

LA ESPADA DE
LA VERDAD

VOLUMEN 21

EL AÑO DE LA
PURIFICACIÓN

TERRY GOODKIND



Mientras Nicci pone en funcionamiento la caja del Destino y designa a Richard como jugador, éste por fin encuentra a Kahlan. Pero la Confesora no tiene ni idea de quién es él y, además, ambos están cautivos de la Orden Imperial y tienen pocas posibilidades de escapar. Por si esto fuera poco, un descubrimiento inesperado llevado a cabo por Jagang podría dar al traste con todo y precipitar el fin de la guerra a su favor. Todo parece confabularse contra Richard y su lucha por liberar al mundo del yugo de la Orden.

Terry Goodkind

El año de la purificación

La Espada de la Verdad

21

Título original: *Confessor*

© Terry Goodkind, 2007

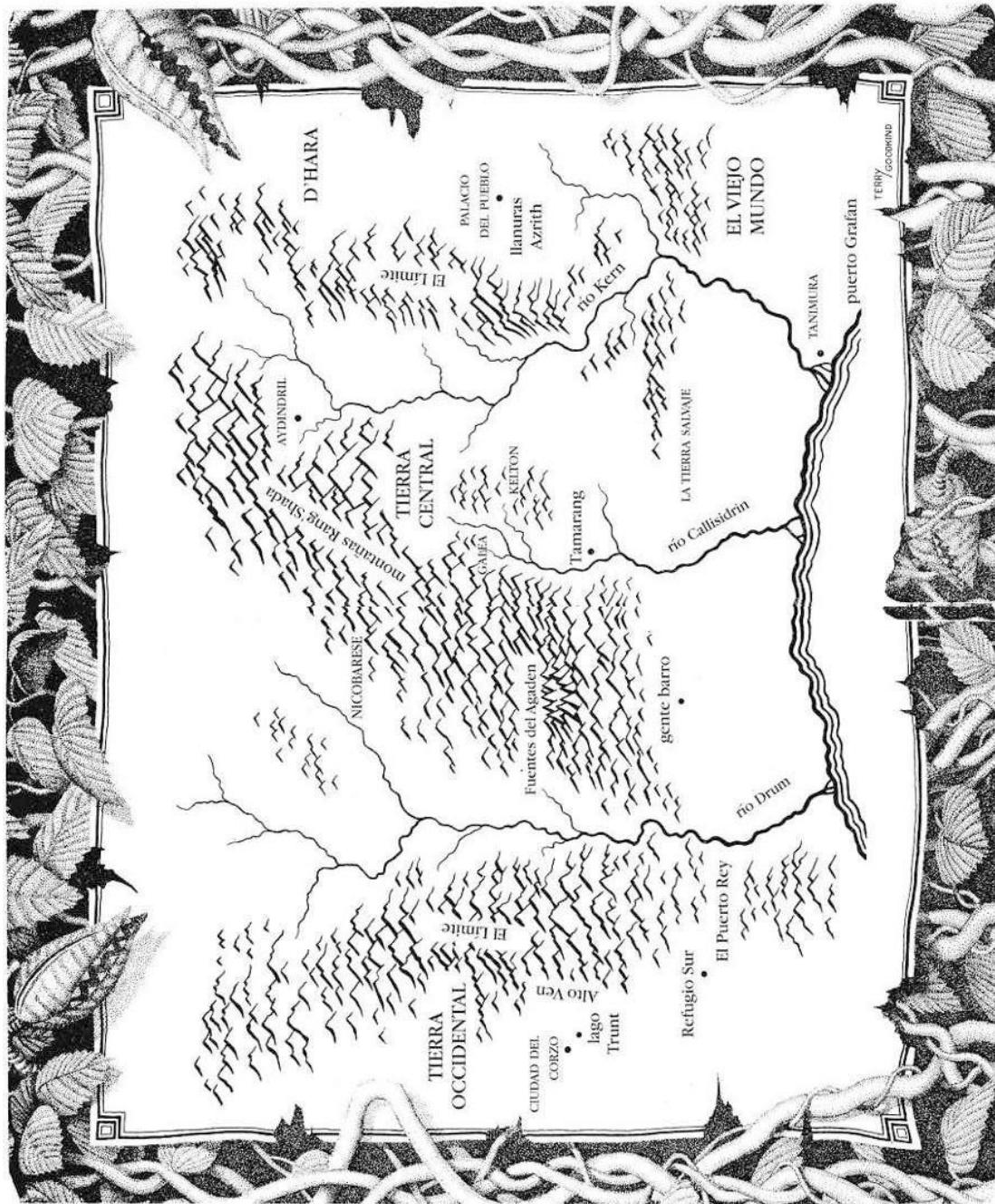
Traducción: © Gemma Gallart, 2012

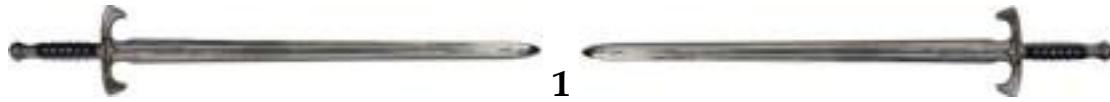
Ilustración de la portada: © Shutterstock

ISBN: 978-84-480-0561-0

A mi buen amigo Mark Masters, un hombre de una creatividad, determinación y logros extraordinarios. Es la prueba viviente de todo aquello sobre lo que escribo: que un hombre solo, mediante su gozoso amor por la vida, el valor de la decencia y la sosegada gracia de la firmeza desprovista de odio, puede inspirar a todos quienes lo conocen con la nobleza del espíritu humano

Mapas





Por segunda vez aquel día, una mujer apuñaló a Richard.

Despertado violentamente por la descarga de dolor, sujetó al instante la muñeca huesuda de la atacante, impidiendo que le desgarrara el muslo. Un vestido deslucido, abotonado hasta la garganta, cubría la flaca figura. Bajo la luz tenue de unas fogatas distantes Richard vio que el trozo cuadrado de tela echado sobre su cabeza y anudado bajo la angulosa mandíbula parecía hecho de un retal de arpillería deshilachada.

A pesar de su cuerpo endebles, las mejillas hundidas y la espalda encorvada, su atacante tenía la mirada hostil de un depredador. La mujer que lo había apuñalado un poco antes aquella noche había sido más gruesa, y más fuerte. El odio también ardía en sus ojos.

La hoja delgada que esta mujer empuñaba era más pequeña pero, con todo, si bien efectuó una herida dolorosa en forma de punción, de haberle seccionado el músculo del muslo, como aparentemente era su intención por el modo en que sujetaba el cuchillo, habría sido mucho peor. El ejército de la Orden Imperial no se molestaba en cuidar a esclavos con heridas que los dejase tullidos; se habrían limitado a ejecutarle. Era probable que eso hubiera sido lo que planeaba la mujer.

Apretando los dientes con reavivada cólera mientras sujetaba la muñeca de la forcejeante mujer con una mano cerrada como una tenaza, Richard le retorció el brazo a la vez que alzaba el puño de su atacante para poder extraer la hoja de la pierna. Una gota de sangre cayó de la punta.

Consiguió someter a la mujer con facilidad, no era el temible asesino que había temido en un principio. De todos modos, el deseo, las intenciones, el ansia de la mujer eran igual de sanguinarios que los de cualquier miembro de la horda invasora a la que seguía. Mientras ella gruñía de dolor, el vaho de sus inspiraciones jadeantes se elevaba en el frío aire nocturno. Richard sabía que actuar con delicadeza sólo proporcionaría a la mujer otra oportunidad para finalizar su trabajo. La sorpresa le había proporcionado una ocasión. Él no iba a proporcionarle

estúpidamente una segunda posibilidad. Sin dejar de sujetar con firmeza la muñeca, le arrebató el cuchillo.

No aflojó la presión sobre el brazo hasta que estuvo en posesión del arma. Podría haberle partido el brazo —ella no merecía menos—, pero no lo hizo. No era el momento ni el lugar para crear un alboroto. Todo lo que quería era tenerla lejos de él. Una vez que la hubo desarmado, la empujó atrás.

En cuanto se detuvo con un traspie, la mujer le escupió.

—Jamás venceréis al equipo del gran y glorioso emperador Jagang. ¡Sois perros... todos vosotros! ¡Todos vosotros, los de aquí arriba, en el Nuevo Mundo, sois perros infieles...!

Richard le lanzó una mirada iracunda, vigilando para asegurarse de que no sacaba otro cuchillo y renovaba el ataque. Comprobó los flancos en busca de un cómplice. Aunque había soldados no muy lejos, justo más allá del pequeño recinto de carros de provisiones, éstos estaban absortos en sus cosas. No parecía que hubiera nadie con la mujer.

Cuando ella empezó a escupirle otra vez, Richard arremetió contra ella. La mujer lanzó un grito ahogado de miedo a la vez que retrocedía. Tras perder el valor para la tarea de apuñalar a un hombre mientras estaba despierto y era capaz de defenderse, le lanzó una última mirada de odio, luego se giró y huyó en la noche. Richard era consciente de que el trozo de gruesa cadena sujetada a su collar no era lo bastante largo como para permitirle llegar hasta ella, pero la mujer no lo sabía y por lo tanto la amenaza había resultado lo bastante convincente para ahuyentárla.

Incluso en mitad de la noche, el vasto campamento del ejército en el que ella se había desvanecido mantenía una actividad incesante, e igual que alguna enorme bestia que girase sobre sí misma, la engulló.

Mientras muchos de los soldados dormían, otros parecían estar siempre trabajando en la reparación de equipos, la confección de armas, cocinando, comiendo, o dedicados a beber y contar historias con voz estridente alrededor de hogueras mientras esperaban su siguiente oportunidad de asesinar, violar y saquear. Toda la noche, daba la impresión, había hombres poniendo a prueba su fuerza unos contra otros, a veces con los músculos, a veces con cuchillos. Grupos reducidos de personas se congregaban de vez en cuando para contemplar tales contiendas y apostar sobre el resultado. Guardias de patrulla en busca de

problemas serios, soldados en busca de entretenimiento y seguidores del campamento en busca de una dádiva rondaban por el campamento durante toda la noche.

Entre los carros Richard podía ver a algunos de los seguidores del campamento, que esperaban ganarse algo de comida o alguna moneda, yendo de grupo en grupo, ofreciendo tocar la flauta y cantar para los hombres. Otros les proponían afeitarlos, lavar y cuidar de sus ropas, o tatuárselos. Varias de las imprecisas figuras, tras breves negociaciones, desaparecían en el interior de las tiendas con los hombres. Otros deambulaban por el campamento con la intención de robar. Y unos pocos de aquellos que andaban por ahí en la noche tenían como objetivo asesinar.

En el centro de todo ello, en medio de un círculo de carromatos de suministros, Richard yacía encadenado junto con otros cautivos llevados allí para jugar en los torneos de Ja'La dh Jin. La mayor parte de su equipo estaba compuesto por soldados regulares de la Orden Imperial, pero éstos estaban durmiendo en sus tiendas.

Casi ninguna ciudad gobernada por la Orden carecía de un equipo de Ja'La. De niños, estos soldados habían jugado a ello casi desde el momento en que empezaban a andar. Todos esperaban que una vez finalizada la guerra el Ja'La siguiera existiendo. Para muchos de los soldados de la Orden, Ja'La dh Jin —el Juego de la Vida— era en sí mismo una cuestión de vida y muerte, casi como a la causa de la Orden.

Y hasta para una anciana escuálida que seguía a su emperador a la guerra y se alimentaba de las sobras de su conquista, el asesinato era un medio aceptable para ayudar a su equipo favorito a obtener la victoria.

Tener un equipo de Ja'La vencedor también era una fuente de gran orgullo para cualquier sección del ejército. El comandante Karg, el oficial responsable del equipo de Richard, también estaba resuelto a vencer. Un equipo vencedor podía aportar beneficios mucho más tangibles que la simple gloria. Los que dirigían los equipos que estaban en los primeros puestos se convertían en hombres poderosos. Los jugadores de Ja'La que vencían se veían recompensados con riquezas de toda clase, incluidas legiones de mujeres ansiosas por estar con ellos.

Por la noche, a Richard lo encadenaban a los carros que contenían las jaulas que lo habían transportado a él y a los otros cautivos, pero en los partidos él era el

hombre punta de su equipo, en quien se confiaba para satisfacer las ambiciones de gloria del comandante Karg. La vida de Richard dependía de lo bien que llevara a cabo su trabajo. Hasta el momento había recompensado la fe del comandante Karg en él.

Ya desde el principio Richard había tenido que elegir entre tomar parte en el afán de triunfo de Karg o ser ejecutado del modo más truculento posible.

Richard, no obstante, había tenido otras razones para «ofrecerse voluntario», razones que eran mucho más importantes para él que cualquier otra cosa.

Echó un vistazo y vio que La Roca, encadenado al mismo carro de transporte, yacía de espaldas, profundamente dormido. El hombre, molinero de profesión, era como un roble. A diferencia de los jugadores punta de otros equipos, Richard insistía en que debían hacer continuos entrenamientos siempre que no estaban en movimiento. No a todos los miembros de su equipo les gustaba, pero seguían sus instrucciones. Incluso en su jaula, mientras viajaban hasta el ejército principal de la Orden Imperial, Richard y La Roca analizaban cómo podrían haberlo hecho mejor, ideaban y memorizaban códigos para jugadas, y efectuaban interminables ejercicios para aumentar su fuerza.

Al parecer, el agotamiento había podido con el ruido y la confusión del campamento, y La Roca dormía tan plácidamente como un bebé, ignorante de que la reputación de su equipo había hecho que ciertas personas quisieran poner fin a sus posibilidades de vencer antes de que iniciaran los torneos.

Cansado como estaba Richard, éste sólo había estado dormitando. Tenía dificultades para dormir. Algo estaba mal, algo no conectado a toda la miríada de problemas que se arremolinaban a su alrededor. Ni siquiera era nada relacionado con los inmediatos peligros de ser un cautivo; era algo distinto, algo dentro de él, algo en lo más profundo de su ser. En cierto modo le recordaba un poco las veces que había estado enfermo con fiebre, pero tampoco era eso en realidad, y no importaba lo detenidamente que intentara analizarlo, la naturaleza de la sensación seguía siendo esquiva. La inexplicable sensación lo confundía hasta tal punto que todo lo que sentía era una dolorosa sensación de inquieta aprensión.

Además de eso, estaba demasiado ensimismado pensando en Kahlan para ser capaz de dormir. Cautiva del emperador Jagang en persona, no estaba tan lejos de él.

A veces cuando había estado a solas con Nicci, entrada la noche, sentados ante un fuego, ella había clavado la mirada en aquellas llamas y le había confiado el modo en que Jagang la maltrataba. Tales relatos le corroían las entrañas a Richard.

No podía ver el complejo del emperador, pero cuando habían entrado en el extensísimo campamento horas antes aquel mismo día había visto las imponentes tiendas de mando. Encontrarse mirando a los ojos verdes de Kahlan tras todo aquel tiempo, incluso aunque fuese sólo por un momento fugaz, lo había llenado de dicha y alivio. Por fin la había encontrado, y estaba viva. Tenía que hallar un modo de sacarla de allí.

Razonablemente seguro de que la última mujer que había intentado apuñalarle ya no acechaba entre las sombras para efectuar otra intentona, Richard apartó por fin la mano para inspeccionar la herida. No era tan mala como podría haber sido. Si hubiera estado profundamente dormido, como La Roca, podría haber resultado mucho peor.

Concluyó que la extraña sensación que lo había estado manteniendo despierto le había hecho en realidad un buen servicio.

A pesar de lo mucho que le dolía, la herida de la pierna no era grave. Mantener la mano bien apretada sobre ella había detenido la sangre. La herida sufrida anteriormente aquella noche también era dolorosa, pero tampoco era tan mala como podría haber sido. El omóplato había detenido la punta del cuchillo de la mujer y frustrado su intento de asesinato.

La muerte lo había visitado dos veces esa noche, y se había marchado con las manos vacías. Richard recordó el viejo dicho que decía que los problemas engendraban tres hijos. Esperó no tener que conocer al tercero.

Acababa de rodar sobre el costado para intentar de nuevo dormir un poco cuando vio que una sombra se colaba entre los carros. Los pasos parecían decididos, no obstante, no sigilosos. Richard se incorporó al tiempo que el comandante Karg se detenía ante él.

Bajo la tenue luz Richard pudo ver con claridad las escamas tatuadas que cubrían el lado derecho del rostro del hombre. Sin las hombreras y el peto de cuero que el comandante solía llevar, o ni siquiera una camisa, Richard distinguió que el diseño de escamas discurría hacia abajo por encima del hombro y cubría también una parte del pecho. El tatuaje le daba un aspecto de reptil. Entre ellos, Richard y

Johnrock se referían al comandante como Cara de Serpiente. El nombre le cuadraba en muchos sentidos.

—¿Qué crees que haces, Ruben?

Ruben Rybnick era el nombre por el que La Roca —y todos los demás en el equipo— conocían a Richard. Era el nombre que Richard había dado cuando lo habían hecho prisionero. Si había un lugar donde su nombre real conseguiría sin la menor duda que lo mataran, Richard estaba justo en mitad de él en aquellos momentos.

—Intentar dormir un poco.

—Tú no tienes derecho a obligar a una mujer a yacer contigo. —El comandante Karg le señaló con un dedo acusador—. Vino a verme y me contó todo lo que intentaste hacerle.

Richard enarcó las cejas.

—¿Lo hizo?

—Ya te lo dije antes, si vencéis al equipo del emperador... sí tú lo vences... entonces podrás elegir a la mujer que quieras. Pero entre tanto no obtienes ningún privilegio. No toleraré que nadie desobedezca mis órdenes... y menos que nadie alguien como tú.

—No sé lo que ella os contó, comandante, pero vino aquí con la intención de matarme. Quería asegurarse de que el equipo del emperador no perdería con nosotros.

El comandante se acuclilló, apoyando el antebrazo en la rodilla mientras miraba con detenimiento al hombre punta de su equipo de Ja'La. Parecía listo para asesinar a Richard.

—Una mentira muy mala, Ruben.

El cuchillo que sólo hacía un poco le había arrebatado a la mujer estaba en la mano de Richard, a lo largo de la parte interior de su muñeca. A esa distancia podría haber destripado al comandante antes de que el otro supiera qué había sucedido.

Pero no era el momento ni el lugar. No ayudaría a Richard a recuperar a Kahlan.

Sin apartar la mirada de los ojos del comandante, Richard giró el cuchillo entre los dedos y atrapó la punta con el índice y el pulgar. Resultaba una sensación agradable tener un acero en la mano, incluso uno tan pequeño como aquél. Le enseñó el cuchillo al comandante, tomándolo por la hoja.

—Por esto sangra mi pierna. Me apuñaló con él. ¿Cómo, si no, podría tener yo un cuchillo?

El significado —y el peligro— de que Richard estuviera en posesión de un cuchillo no pasó desapercibido al oficial. Echó un vistazo a la herida del muslo de Richard y luego cogió el arma.

—Si queréis que ganemos este torneo —dijo Richard con cuidado—, entonces necesito descansar un poco. Descansaría con mucha más facilidad si se apostaran soldados. Si una anciana flacucha, que probablemente ha apostado a favor del equipo del emperador, me mata mientras duermo, entonces vuestro equipo se quedará sin un hombre punta y no tiene ninguna posibilidad de ganar.

—Tienes una gran opinión de ti mismo, ¿verdad, Ruben?

—Vos tenéis una gran opinión de mí, comandante, o me habrías matado hace mucho, allá, en Tamarang, después de que maté a docenas de vuestros hombres.

Con las escamas tatuadas iluminadas tenuemente por las fogatas, el comandante parecía una serpiente evaluando un bocado.

—Da la impresión de que ser hombre punta es peligroso no tan sólo en el campo de Ja'La. —Finalmente se alzó por encima de Richard—. Pondré un guardia. Sólo ten en cuenta que muchísima gente no piensa que seas tan bueno..., al fin y al cabo, ya nos has hecho perder un partido.

Habían perdido el partido porque Richard había intentado proteger a uno de sus hombres, un cautivo llamado York, al que acababan de partir una pierna en una carga del equipo contrario. Había sido un valioso jugador, y por lo tanto un objetivo. El reglamento del Ja'La permitía tales cosas.

Con una pierna con una fractura grave York había resultado inútil como

jugador y como esclavo. Tras sacarlo del terreno de juego, el comandante Karg había degollado al herido sin ceremonias. Por proteger al jugador caído en lugar de seguir jugando y llevar el broc en dirección a la meta contraria, el árbitro había penalizado al equipo expulsando a Richard durante el resto del partido. Habían perdido.

—El equipo del emperador perdió un partido, también, según he oído contar —dijo Richard.

—Su Excelencia hizo ejecutar a ese equipo. Su nuevo equipo se creó a partir de los mejores hombres de todo el Viejo Mundo.

Richard se encogió de hombros.

—Nosotros también perdimos jugadores por varios motivos, y se les reemplaza. Muchos han resultado heridos y no pueden jugar. No hace mucho uno de nuestros hombres se partió una pierna. Vos no hicisteis menos que lo que el emperador hizo con sus perdedores.

»Tal y como lo veo, los detalles sobre quién estaba en su equipo no importan tanto. Todos hemos perdido un partido. Eso hace que estemos empataos. Es todo lo que importa en realidad. Llegamos a esta competición en igualdad de condiciones. No son mejores que nosotros.

El comandante enarcó una ceja.

—¿Piensas que eres su igual?

Richard no se acobardó ante la mirada feroz del otro.

—Conseguiré que nuestro equipo pueda jugar contra el equipo del emperador, comandante, y luego veremos qué sucede.

Una sonrisa maliciosa apareció en las escamas.

—¿Esperas poder elegir a la mujer que quieras, Ruben?

Richard asintió sin devolver la sonrisa.

—De hecho, así es.

El comandante Karg no tenía ni idea de que Richard ya sabía qué mujer quería. Quería a Kahlan. La quería más que a la vida misma, y tenía intención de hacer lo que fuera necesario para sacar a su esposa de la pesadilla de estar cautiva de Jagang y las Hermanas de las Tinieblas.

Con la mirada fija en Richard, el comandante Karg finalmente dijo con un suspiro:

—Diré a los guardias que sus vidas dependen de que nadie se meta con mi equipo mientras duermen.

Una vez que el comandante se hubo desvanecido en la noche, Richard se tumbó, permitiendo por fin a sus doloridos músculos que se relajaran. Contempló cómo unos guardias corrían a establecer un perímetro alrededor de los miembros cautivos del equipo. La comprensión de lo que podría perderse a manos de un simple seguidor del campamento con intenciones arteras había aguijoneado al comandante Karg a actuar. Al menos el ataque había cumplido la función de hacer posible que Richard obtuviera el descanso que necesitaba. No era fácil dormir cuando cualquiera que quisiera podía entrar a hurtadillas y degollarte.

Ahora, al menos, estaba a salvo temporalmente, aun cuando hubiese sido necesario entregar el cuchillo. Todavía tenía el otro, sin embargo, el que le había cogido a la primera mujer. Lo tenía bien guardado en la bota.

Se hizo un ovillo sobre el suelo desnudo en un esfuerzo por mantenerse caliente mientras intentaba conciliar el sueño. El suelo hacía rato que había perdido cualquier calor del día, y sin un saco de dormir o una manta, se vio obligado a amontonar el trozo de cadena que quedaba flojo para crear una especie de almohada. El amanecer no estaba lejos. Allá fuera, en las llanuras Azrith, tampoco iba a hacer más calor en los próximos días.

El amanecer traería con él el primer día del invierno.

Los ruidos del campamento seguían con su cantinela. Estaba muy cansado. Pensar en Kahlan, en la primera vez que la había conocido, en cómo le había levantado el ánimo volver a verla viva por fin, en lo feliz que fue al ver sus hermosos ojos verdes, permitió que el sueño sosegara poco a poco su mente y lo embargara.



Un sonido quedó y de otro mundo, como si se abriera el acceso al mundo de los muertos, despertó a Richard de un sueño profundo.

Alzó los ojos y vio a una figura con una capa con capucha cerniéndose sobre él. Algo en su porte, en su presencia misma, le erizó el vello.

No era una mujer tímida y débil. Algo en su porte le indicó que no se trataba de una atacante.

Era algo mucho peor.

Richard supo sin la menor duda que se trataba de un tercer problema y que éste acababa de dar con él.

Se incorporó, y retrocedió un poco a toda prisa, consiguiendo un poco de valiosa distancia entre ellos. Los guardias del comandante Karg habían fracasado en su tarea de detener a los intrusos. Echó una veloz mirada hacia ellos y les vio efectuando su patrulla con tranquilidad. Con el poco espacio que dejaban entre ellos, Richard no comprendió cómo nadie podía haber conseguido atravesar su perímetro.

La figura encapuchada se deslizó más cerca.

La purificación ha empezado.

Sobresaltado, Richard pestañeó. La fantasmagórica voz resonó en su mente, pero no estaba seguro de que la hubiese oído en realidad. Las palabras tan sólo parecían estar en su cabeza.

Introdujo con cuidado dos dedos en el interior de su bota, buscando a tientas el mango de madera del cuchillo. Cuando lo encontró, empezó a sacarlo.

La purificación ha empezado, dijo de nuevo la figura.

No era como una voz real. Tampoco era ni masculina ni femenina. Las palabras no parecían haber sido pronunciadas en voz alta, sino que más bien sonaban como un millar de susurros unidos. Las palabras parecían como llegadas de otro mundo. A Richard no se le ocurría cómo podía hablar algo muerto, pero las palabras no sonaban en absoluto como si hubieran surgido de algo vivo.

Temió imaginar qué era lo que estaba de pie ante él.

—¿Quién eres? —preguntó, para ganar tiempo mientras evaluaba la situación.

Un vistazo a cada lado no reveló a nadie a la vista. El visitante había venido solo. Los guardias estaban mirando en la dirección opuesta. Vigilaban por si alguien intentaba llegar hasta los cautivos que dormían. No miraban dentro del círculo de carros en busca de problemas.

De improviso la figura pareció estar aún más cerca, al alcance de su brazo. Richard no sabía cómo había llegado tan cerca de él, no la había visto moverse. No le habría permitido acercarse tanto de haberla visto ir hacia él. Y sin embargo, allí estaba.

Llevar una cadena sujetada al cuello no le permitía mucha libertad de maniobra si tenía que pelear. Con los dedos de una mano empezó a recoger cuidadosamente eslabones de la cadena. Si tenía que pelear, haría un lazo con la cadena y la usaría como dogal. Con la otra mano seguía extrayendo subrepticiamente el cuchillo.

Tu tiempo empieza este día, Richard Rahl.

Los dedos de Richard sobre el arma se detuvieron. La figura había pronunciado su verdadero nombre. Nadie en el campamento conocía su nombre auténtico. El corazón le martilleó en el pecho.

Con lo oscuro que estaba, y con la capucha, el rostro de la figura quedaba oculto a la vista. Richard sólo podía ver negrura, como la muerte misma, mirándolo fijamente.

Le pasó por la cabeza que eso podría ser justamente lo que era.

Se recordó que no debía dejar que se le desbordara la imaginación. Se armó de valor.

— ¿Qué has dicho?

Un brazo bajo la oscura capa se alzó hacia él. No pudo ver la mano, tan sólo la tela que la cubría.

Tu tiempo empieza este día, Richard Rahl, el primer día de invierno. Tienes un año para completar la purificación.

Una imagen perturbadora de algo demasiado familiar le vino a la mente: las Cajas del Destino.

Como si le leyeren la mente, un millar de susurros de los muertos hablaron.

Eres un jugador nuevo, Richard Rahl. Debido a eso, el tiempo del juego se ha vuelto a poner a cero. Vuelve a empezar desde este día, el primer día de invierno.

Hasta hacía un poco más de tres años, Richard había llevado una vida apacible en la Tierra Occidental. Toda aquella concatenación de acontecimientos había comenzado cuando su padre auténtico, Rahl el Oscuro, se había hecho por fin con las Cajas del Destino y las había puesto en funcionamiento por primera vez. Eso había sido el primer día de invierno de hacía cuatro años.

La clave para poder diferenciar las tres Cajas del Destino y saber cuál era la caja correcta que debía abrirse era *El libro de las sombras contadas*. Richard había memorizado aquel libro siendo un muchacho, pero debido a que había perdido su vínculo con su don ya no podía recordar las palabras del libro. Ser capaz de leer o recordar libros mágicos requería magia. Pero si bien no recordaba las palabras, sí recordaba los principios básicos expuestos en el libro.

Uno de los elementos más importantes en la utilización del *Libro de las sombras contadas* era verificar si las palabras que Richard había memorizado se pronunciaban fielmente. Verificar si aquel componente clave para abrir las Cajas del Destino era genuino. El mismo libro estipulaba el medio para la verificación.

El medio de efectuar la verificación era utilizar a una Confesora.

Kahlan era la última Confesora viva.

Richard consiguió hacer uso de la voz con la mayor de las dificultades.

— Lo que dices es imposible. No he puesto nada en acción.

Se te ha nombrado como el jugador.

—¿Nombrado? ¿Nombrado por quién?

El hecho de que se te ha nombrado como un nuevo jugador es lo que importa. Quedas advertido de que tienes un año desde este día... y ni un día más para completar la purificación. Usa bien tu tiempo, Richard Rahl. Tu vida será el precio si fracasas. Toda vida será el precio si fracasas.

—¡Pero esto es imposible! —exclamó Richard a la vez que se abalanzaba al frente, cerrando ambas manos alrededor de la garganta de la figura.

La capa se vino abajo.

No había nada dentro.

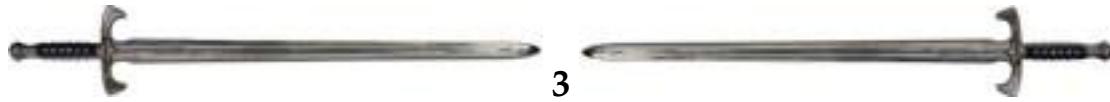
Oyó un sonido quedo, como si una entrada al mundo de los muertos estuviera cerrándose.

Pudo ver las pequeñas nubes de su vaho jadeante alzándose en la negra noche invernal.

Tras lo que pareció una eternidad, Richard volvió a dejarse caer en el suelo, utilizando la capa para cubrir su cuerpo tembloroso, pero no consiguió cerrar los ojos.

En el oeste, unos relámpagos lejanos titilaron en el horizonte. Por el este, el alborear del primer día de invierno se acercaba veloz.

Entre unos relámpagos y la aurora, en mitad de un enemigo que se contaba por millones, Richard Rahl, líder del Imperio d'haraniano, yacía encadenado a un carro pensando en su esposa cautiva y en el tercer problema de aquella noche.



Kahlan yacía en el suelo en la semioscuridad, incapaz de dormir. Oía la respiración uniforme de Jagang en la cama, por encima de ella. Sobre un arcón de madera profusamente tallado un único quinqué, con la mecha muy baja, proyectaba un débil resplandor a través de la penumbra del sanctasantórum del emperador.

El aceite que ardía ayudaba, aunque sólo fuera mínimamente, a enmascarar la fetidez del campamento: los olores de las fogatas, los sudores fétidos, de los desperdicios rancios, de las letrinas, de los caballos y otros animales, y de estiércol, todo ello mezclado en una hediondez omnipresente. De un modo muy parecido a como el recuerdo espantoso de todos los cuerpos putrefactos infestados de gusanos que había visto a lo largo de su viaje le hacía rememorar el olor nauseabundo, inolvidable e inconfundible, de la muerte, era imposible imaginar el campamento de la Orden Imperial sin evocar también su hedor singular y penetrante. Era tan inmundo como la Orden Imperial misma. Desde que llegó al campamento se mostraba siempre reacia a inhalar demasiado profundamente. El olor permanecería ligado para siempre en su mente al sufrimiento, la miseria y la muerte que los soldados de la Orden Imperial infligían a todo lo que tocaban.

A juicio de Kahlan, las personas que creían, apoyaban y peleaban por las convicciones de la Orden Imperial no tenían un lugar en el mundo de la vida.

A través de la tela de gasa que cubría los respiraderos de lo alto de la tienda, Kahlan podía ver fogonazos de relámpagos en el oeste, que iluminaban el cielo sobre sus cabezas para anunciar las tormentas que se aproximaban. La tienda del emperador, con sus tapices y alfombras y gruesas paredes, estaba relativamente silenciosa, si se tenía en cuenta el barullo constante del extenso campamento, de modo que era difícil oír los truenos, pero podía percibir de vez en cuando sus retumbos a través del suelo.

Con el tiempo frío instalándose ya, la lluvia haría que todo fuese aún más deprimente.

Cansada como estaba, Kahlan no podía dejar de pensar en el hombre que había visto a primeras horas de aquel día, el hombre que la había mirado desde aquella jaula mientras recorría el campamento, el hombre de los ojos grises, el hombre que la había visto —que la había visto de verdad— y había gritado su nombre. Fue un momento electrizante para ella.

Que alguien la viera rayaba en lo milagroso. Kahlan era invisible para casi todo el mundo. Invisible no era exacto en realidad, porque lo cierto era que sí la veían. Sencillamente olvidaban que la habían visto en cuanto lo hacían, olvidaban que habían sido conscientes de su presencia sólo un instante antes. Así pues, si bien no era invisible de verdad, era como si lo fuera.

Kahlan conocía bien el gélido contacto del olvido. El mismo hechizo que hacía que las personas la olvidaran en cuanto la habían visto también había borrado todo recuerdo que ella tenía de su pasado. Había perdido su vida antes de caer en las garras de las Hermanas de las Tinieblas.

Entre los millones de soldados que se extendían por las vastas llanuras yermas, sus captores habían encontrado sólo a un puñado de sujetos que pudieran verla..., cuarenta y tres para ser exactos. Estos cuarenta y tres individuos, como el collar que llevaba alrededor del cuello, las Hermanas y el mismo Jagang, se interponían entre ella y la libertad.

Kahlan se decidió a estudiar a cada uno de aquellos cuarenta y tres hombres, para conocer sus puntos fuertes y sus puntos débiles. Los estudiaba en silencio, tomando notas mentalmente sobre cada uno de ellos. Todo el mundo tenía hábitos: modos de andar, de observar lo que sucedía a su alrededor, de prestar atención o no prestarla, de hacer su trabajo. Ella había aprendido todo lo que pudo sobre sus características individuales.

Las Hermanas creían que una anomalía en el hechizo que habían utilizado era la responsable de que un puñado de personas fueran conscientes de la presencia de Kahlan. Era posible que allá fuera hubiera otros que pudieran verla y recordarla, pero Jagang no había descubierto a ninguno más hasta el momento. Los cuarenta y tres soldados eran por lo tanto los únicos hombres capaces de vigilarla.

Jagang, desde luego, podía verla, así como las Hermanas que le habían lanzado el hechizo. Con gran horror por su parte, las Hermanas habían sido capturadas por Jagang y habían acabado con Kahlan en el espantoso campamento de la Orden Imperial. Aparte de las Hermanas y Jagang, ninguno de aquellos pocos

que podían verla la conocían en realidad.

Pero aquel hombre de la jaula era diferente. La había reconocido. Puesto que ella no recordaba haberle visto nunca antes, eso sólo podía significar que era alguien que la conocía de antes.

Jagang le había prometido que cuando ella recuperara finalmente su pasado y supiera quién era, cuando lo supiera todo, entonces empezaría para ella el auténtico horror. El emperador se deleitaba contándole con vívidos detalles exactamente qué tenía intención de hacerle, cómo convertiría su vida en un tormento interminable. Puesto que ella no recordaba su pasado, las promesas de represalias que él hacía no significaban tanto para ella como a él le habría gustado. Con todo, las cosas que había prometido resultaban ya bastante aterradoras.

Cada vez que Jagang prometía tal venganza, Kahlan le devolvía una mirada inexpresiva. Era un modo de separar mediante un muro sus emociones de él; no quería darle la satisfacción de ver sus emociones, su miedo. A pesar de lo que significaría para ella, Kahlan estaba orgullosa de haberse ganado el desprecio de un ser tan repugnante. Ello le proporcionaba la confianza de que su pasado sólo la había colocado en oposición directa a la voluntad de la Orden.

A causa de los horrendos juramentos de Jagang, Kahlan temía muchísimo recordar su pasado. Sin embargo, tras ver la emoción de los ojos de aquel cautivo anhelaba saberlo todo sobre sí misma. La reacción jubilosa de aquel hombre al verla contrastaba con la actitud de todos aquellos de su alrededor que la despreciaban y vilipendiaban. Por ese motivo tenía que saber quién era, quién era la mujer que podía ser tenida en tanta estima por aquel hombre.

Deseó haber podido mirar al hombre durante más tiempo del que había dispuesto. Había tenido que girar la cabeza. Si la hubieran descubierto mostrando algún interés en un cautivo, Jagang lo habría matado sin duda. Kahlan sentía un sentimiento protector hacia aquel hombre; no quería ocasionar problemas sin querer a alguien que la conocía, alguien tan evidentemente abrumado por su visión.

Una vez más Kahlan intentó tranquilizar su mente desbocada. Bostezó mientras contemplaba los parpadeos de los relámpagos en el pequeño retazo de cielo oscuro. El amanecer estaba próximo y ella necesitaba dormir.

Con aquel amanecer, no obstante, llegaría el primer día del invierno. No sabía el motivo, pero sólo pensar en el primer día de invierno le producía inquietud.

No se le ocurría una razón, pero algo respecto a ese primer día de invierno parecía hacerle un nudo de ansiedad en las entrañas. Tenía la impresión de que la acechaban peligros que no podía ni remotamente imaginar.

Alzó la cabeza ante el sonido de algo que caía. El sonido había venido de la habitación situada fuera del dormitorio de Jagang. Kahlan se sostuvo sobre un codo, pero no osó levantarse de su lugar en el suelo, junto a la cama del emperador. Conocía bien las consecuencias de desobedecer sus órdenes. Si tenía que soportar el dolor que él podía proporcionarle mediante el collar que le rodeaba el cuello, tendría que ser por algo más que abandonar una alfombra.

En la oscuridad, Kahlan oyó que Jagang, justo por encima de ella en la cama se incorporó.

Gritos y gemidos estallaron en el otro lado de las acolchadas paredes del dormitorio. Parecía como si fuese la hermana Ulicia. Desde que habían sido capturadas por Jagang, Kahlan había tenido muchas ocasiones de oír sollozar y llorar a la hermana Ulicia. La misma Kahlan había sido presa de las lágrimas muy a menudo, todo por culpa de aquellas Hermanas de las Tinieblas, pero en especial de la hermana Ulicia.

Jagang apartó a un lado las mantas.

—¿Qué sucede ahí fuera?

Kahlan sabía que por el delito de molestar al emperador Jagang la hermana Ulicia no tardaría en tener aún más motivos para gemir.

Jagang puso los pies en el suelo, colocándose casi a horcajadas sobre Kahlan, que estaba en la alfombra, junto a la cama. Miró al suelo asegurándose de que a la débil luz del candil que brillaba encima del arcón, ella lo veía desnudo sobre ella. Satisfecho con su silenciosa e implícita amenaza, recuperó los pantalones de una silla próxima. Brincando de un pie a otro se los puso y fue hacia la entrada. No se molestó en ponerse nada más.

Se paró ante la gruesa colgadura que cubría la entrada y se dio la vuelta, haciendo señas con el dedo a Kahlan. No quería perderla de vista. Mientras Kahlan se ponía en pie, Jagang echó atrás la gruesa tela que cubría la entrada. Kahlan echó un vistazo al lado y vio a la última cautiva que habían llevado al emperador como premio encogida en el lecho, cubriéndose con la manta hasta la barbilla. Al igual que casi todo el mundo, la mujer no veía a Kahlan y sólo se había sentido aún más

confusa y asustada la tarde anterior, cuando Jagang había hablado al fantasma que había en la habitación. Ése había sido el menor de los motivos para sentir miedo que había tenido la mujer aquella noche.

Kahlan sintió una sacudida de dolor chisporroteando por los nervios de sus hombros y brazos; un recordatorio que enviaba Jagang a través del collar de que no tenía que demorarse en hacer lo que le habían dicho. Sin permitirle ver lo mucho que dolía, apresuró el paso tras él.

El espectáculo que la recibió fue desconcertante. La hermana Ulicia rodaba por el suelo, agitando los brazos mientras farfullaba incoherencias entre gemidos y gritos. La hermana Armina, encorvada sobre la mujer caída a sus pies, caminaba arrastrando los pies de un lado a otro, siguiendo a la hermana Ulicia mientras ésta se retorcía sobre el suelo, temerosa de tocar a la mujer, temerosa de no hacerlo, temerosa de cuál podría ser el problema. Parecía como si quisiera tomar a la mujer en sus brazos y tranquilizarla, no fuera a crear un alboroto que atraería la atención del emperador. No había advertido aún que era demasiado tarde para eso. Por lo general, cuando una de aquellas dos mujeres padecía alguna clase de dolor atroz era infligido por Jagang, mediante el control que poseía sobre sus mentes, pero en aquellos momentos él también estaba contemplando el extraño espectáculo, al parecer inseguro de qué podría estar causando tal comportamiento.

La hermana Armina, inclinada ya sobre la mujer que se debatía en el suelo, reparó de improviso en el emperador Jagang y efectuó una inclinación aún más profunda.

—Excelencia, no sé qué le sucede. Lamento que haya perturbado vuestro sueño. Intentaré tranquilizarla.

Jagang, puesto que era un Caminante de los Sueños, no necesitaba hablar a aquellos cuyas mentes eran dominio suyo. Su conciencia deambulaba a voluntad entre sus pensamientos más íntimos.

La hermana Ulicia se revolcó por el suelo frenéticamente, derribando una silla. Unos guardias, de los que habían sido elegidos debido a que podían ver y recordar a Kahlan, habían retrocedido en un círculo alrededor de la mujer que rodaba por el suelo. A ellos les habían encomendado ocuparse de que Kahlan no abandonara la tienda sin Jagang. Las Hermanas no eran responsabilidad suya. Otros guardias, la guardia personal de élite de Jagang, bestias enormes cubiertas de tatuajes y con aretes de metal perforándoles la carne, permanecían de pie como

estatuas cerca de la entrada de la tienda. La tarea de la guardia de élite era encargarse de que nadie entrara en la tienda sin ser invitado. Parecían sólo levemente curiosos en lo que podría estar sucediendo allí.

Más allá, en los rincones más oscuros de la amplia tienda, aguardaban esclavos en las sombras, siempre calladamente dispuestos a llevar a cabo los deseos del emperador. Tampoco ellos reaccionarían apenas, sin importar lo que pudiera suceder ante ellos. Estaban allí para servir según se le antojara al emperador, y nada más. Era poco saludable llamar la atención de Jagang.

Las Hermanas eran su propiedad privada y estaban señaladas como tales con aros que les atravesaban los labios inferiores. No eran la responsabilidad de ninguno de los guardias a menos que Jagang lo ordenara específicamente. Jagang podría haber degollado a la hermana Ulicia, haberla violado o invitado a tomar el té, y sus guardias de élite no habrían ni pestañeadido. De haber sido té lo que quería el emperador, los esclavos habrían ido obedientemente en su busca. Si un asesinato hubiera tenido lugar justo ante sus ojos, habrían aguardado hasta que él terminara y luego, sin decir ni una palabra, lo habrían dejado todo bien limpio.

Cuando la hermana Ulicia volvió a gritar, Kahlan comprendió que la mujer no sentía propiamente dolor. Parecía más bien que estaba... poseída.

La mirada de pesadilla de Jagang recorrió a la docena de guardias.

—¿Ha dicho algo?

—No, Excelencia —dijo uno.

El resto de los soldados, aquellos que podían ver a Kahlan, menearon la cabeza para darle la razón. La guardia de élite no discutió la explicación de los hombres de menor categoría.

—¿Qué le sucede? —preguntó Jagang a la Hermana, que parecía a punto de caer al suelo y postrarse a sus pies.

La hermana Armina se estremeció ante la cólera de su voz.

—No tengo ni idea, Excelencia, lo juro. —Hizo una seña en dirección al extremo opuesto de la estancia—. Estaba dormida, esperando hasta que pudiera ser de utilidad. La hermana Ulicia también dormía. Desperté cuando oí su voz. Pensé que hablaba conmigo.

—¿Qué decía? —preguntó Jagang.

—No pude entenderla, Excelencia.

Kahlan reparó, entonces, que Jagang no sabía lo que la hermana Ulicia había dicho. Él siempre sabía lo que las Hermanas habían dicho, lo que habían pensado, lo que planeaban. Era un Caminante de los Sueños. Deambulaba por el territorio de sus mentes. Siempre tenía conocimiento de todo.

Y sin embargo, no tenía conocimiento de esto.

O, conjeturó Kahlan, a lo mejor no quería decir en voz alta lo que ya sabía. Le gustaba poner a prueba a la gente de ese modo, haciendo preguntas para las que ya conocía la respuesta, y le contrariaba muchísimo descubrir una mentira. Justo el día anterior había tenido un ataque de cólera y estrangulado a un nuevo esclavo que le había mentido al decirle que no había tomado un bocado de una bandeja que traían para la cena del emperador. Jagang, con una musculatura tan poderosa como la de cualquiera de sus guardias de élite, le había roto la garganta a aquel desgraciado. El resto de los esclavos habían aguardado pacientemente hasta que el emperador hubo finalizado el truculento asesinato, y luego arrastraron el cuerpo fuera de allí.

Jagang alargó el brazo al suelo e izó a la Hermana en pie por los cabellos.

—¿Qué es todo esto, Ulicia?

La mujer puso los ojos en blanco, sus labios se movieron y su lengua deambuló sin rumbo fijo por los labios.

Jagang la agarró por los hombros y la zarandeó con violencia. La cabeza de la hermana Ulicia osciló adelante y atrás, con fuerza. Kahlan pensó que podría muy bien partirla el cuello. Deseó que lo hiciera. Entonces habría una Hermana menos de la que Kahlan tendría que preocuparse.

—Excelencia —dijo la hermana Armina en un tono de discreto consejo—, la necesitamos. —Cuando el emperador la miró iracundo, añadió—: Ella es el jugador.

Jagang consideró las palabras de la hermana Armina, sin parecer muy contento respecto a ellas, pero sin discutirlas, tampoco.

—El primer día... —gimió la hermana Ulicia.

Jagang la acercó un poco más a él.

—¿El primer día de qué?

—Invierno... invierno... invierno —farfulló la hermana Ulicia.

Jagang paseó la mirada a su alrededor, contemplando con el entrecejo fruncido a los allí presentes, como pidiéndoles que se lo explicaran. Uno de los soldados alzó un brazo para señalar en dirección a la entrada que conducía fuera de la espléndida tienda.

—Es justo el amanecer, Excelencia.

Jagang le dirigió una mirada iracunda.

—¿Qué?

—Excelencia, es justo el amanecer del primer día de invierno.

Jagang soltó a la hermana, quien cayó pesadamente a las alfombras que cubrían el suelo.

El emperador clavó la mirada en la entrada.

—Así es.

Fuera, a través de la diminuta rendija en un lado de la gruesa colgadura que cubría la entrada, Kahlan pudo ver los primeros haces de color en el cielo. También pudo ver a más miembros de la omnipresente guardia de élite que siempre rodeaba a Jagang. Ninguno de ellos podía ver a Kahlan. Ignoraban por completo que ella estuviera allí. Los guardias especiales del interior de la tienda, los que siempre estaban a mano, podían verla sin problemas, no obstante. En el exterior, junto con la guardia de élite de Jagang, habría más de aquellos guardias cuya tarea era asegurarse de que Kahlan jamás saliera sola de la tienda.

En el suelo, la hermana Ulicia, como en trance, farfullaba:

—Un año, un año, un año...

—¿Un año qué? —chilló a voz en cuello Jagang.

Varios de los guardias más próximos retrocedieron con un estremecimiento.

La hermana Ulicia se incorporó, y empezó a balancearse adelante y atrás.

—Vuelve a empezar. El año vuelve a empezar. Vuelve a empezar. Un año.
Debe volver a empezar...

Jagang alzó la mirada hacia la otra Hermana.

—¿Qué está farfullando?

La hermana Armina extendió las manos.

—No estoy segura, Excelencia.

La mirada iracunda de Jagang se ensombreció más.

—Eso es una mentira, Armina.

La hermana Armina, palideciendo levemente, se lamió los labios.

—A lo que me refería, Excelencia, es que la única cosa que puedo imaginar es que debe de referirse a las cajas. Ella es el jugador, al fin y al cabo.

La boca de Jagang se crispó con un gesto de impaciencia.

—Pero ya sabemos que tenemos un año a partir del momento en que Ulicia las puso en acción —hizo un veloz ademán en dirección a la imponente meseta—, justo después de que Kahlan las sacara del palacio que hay ahí arriba.

—¡Un nuevo jugador! —gritó la hermana Ulicia, con los ojos cerrados, como para corregirle—. ¡Un nuevo jugador! ¡El año empieza de nuevo!

Jagang pareció sorprendido por sus palabras.

Kahlan se preguntó cómo era posible que al Caminante de los Sueños pudiera sorprenderle algo así. Por algún motivo, no obstante, parecía incapaz de utilizar su habilidad con la hermana Ulicia. A menos que estuviera engañándola. Jagang no siempre revelaba con exactitud lo que sabía y lo que no sabía. Kahlan no había percibido nunca que él pudiera leerle la mente, pero no perdía de vista que él podría querer que ella pensara justo eso. ¿Y si él le leía todo el tiempo cada uno de

sus pensamientos?

Con todo, lo cierto era que no creía que así fuera. No podía señalar con precisión una cosa concreta que le hiciera pensar que él era incapaz de utilizar su habilidad como Caminante de los Sueños con ella, sino que más bien era una impresión basada en la evidencia acumulada de muchas cosas pequeñas.

—¿Cómo es posible que haya un jugador nuevo? —preguntó Jagang en un tono que hizo que la hermana Armina empezara a temblar levemente.

La mujer tuvo que tragarse saliva dos veces antes de ser capaz de hablar:

—Excelencia, no tenemos... las tres cajas. Sólo tenemos dos... Existe la tercera caja... la que tenía Tovi.

—Quieres decir la caja que os robaron porque vosotras, zorras estúpidas, enviasteis a Tovi por delante, sola, en lugar de hacer que permaneciera con vosotras. —Era una acusación airada, no una pregunta.

La hermana Armina, al borde del pánico, extendió un dedo en dirección a Kahlan.

—¡Fue culpa suya! Si hubiese hecho lo que se le ordenó y sacado las tres cajas a la vez, habríamos estado todas juntas y habríamos tenido las tres cajas. Pero no cumplió con la tarea de sacarlas a la vez. ¡Es culpa suya!

La hermana Ulicia había dicho a Kahlan que escondiera las tres cajas en su mochila y las sacara. Las tres no cabían, así que sacó una primero, con la intención de regresar a por las otras. La hermana Ulicia había pegado a Kahlan hasta casi matarla a golpes por no llevar a cabo lo imposible y meter las tres en una mochila que no era lo bastante grande.

Kahlan no se molestó en hablar en su propia defensa. Se negaba a rebajarse intentando razonar con gente que no se avenía a razones.

Jagang miró atrás, a Kahlan. Ésta se limitó a recibir la mirada con su acostumbrado semblante inexpresivo. Él volvió otra vez la cabeza hacia la hermana Armina.

—¿Y qué? La hermana Ulicia puso las cajas en funcionamiento. Eso la convierte en el jugador.

—¡Otro jugador! —vociferó la hermana Ulicia desde el suelo entre ellos—. ¡Dos jugadores ahora! ¡El año empieza de nuevo! ¡Es imposible! —La hermana Ulicia se abalanzó al frente—. ¡Imposible!

No había nada allí y sus brazos atraparon sólo aire.

Volvió a sentarse pesadamente en el suelo, jadeando. Unas manos temblorosas le cubrieron el rostro, como si estuviera abrumada.

Jagang se apartó, absorto en sus pensamientos.

—¿Puede haber dos personas que tengan ambas las cajas en funcionamiento a la vez? —se preguntó.

Los ojos de la hermana Armina se movieron rápidamente de un lado a otro. Parecía no estar segura de si debía intentar dar una respuesta. Al final permaneció en silencio.

La hermana Ulicia se frotó los ojos.

—Se desvaneció...

Jagang bajó una mirada torva hacia ella.

—¿Quién se desvaneció?

—No pude verle la cara... Estaba justo allí, diciéndomelo, pero se desvaneció. No sé quién era, Excelencia.

La mujer parecía commocionada hasta el fondo de su alma.

—¿Qué has visto? —preguntó Jagang.

Como sobresaltada por una descarga inesperada, la mujer se puso en pie de golpe. Tenía los ojos abiertos de par en par por el dolor. Un hilillo de sangre le caía de una oreja.

—¿Qué has visto? —repitió Jagang.

Kahlan le había visto infligir dolor a las Hermanas en el pasado, y tanto si había sido capaz o no de estar en la mente de la hermana Ulicia antes, estaba claro

que ahora no tenía ninguna dificultad en hacer sentir su presencia.

—Era alguien... —dijo la hermana con un jadeo—. Alguien que estaba justo aquí, en la tienda, Excelencia. Me contó que había un jugador nuevo, y que debido a ello el año debe empezar otra vez.

La frente de Jagang estaba surcada de arrugas.

—¿Hay un jugador nuevo por el poder de las cajas?

La hermana Ulicia asintió, como si temiera admitirlo.

—Sí, Excelencia. Alguien más ha puesto también las Cajas del Destino en funcionamiento. Se nos ha advertido de que el año debe volver a empezar. Ahora tenemos un año a partir de hoy, el primer día del invierno.

Con la expresión de estar sumido en sus reflexiones, Jagang empezó a caminar en dirección a la entrada. Dos de los guardias de élite apartaron la doble colgadura, permitiendo que el emperador cruzara sin detenerse. Kahlan, que sabía que si no permanecía cerca el dolor del collar no tardaría en hacer su aparición, lo siguió afuera. Detrás de ella, las hermanas Ulicia y Armina apresuraron el paso.

Los fornidos hombres de la guardia de élite del exterior se hicieron a un lado para dejar sitio al emperador. Los otros soldados —los que vigilaban a Kahlan— hicieron otro tanto.

De pie, muy pegada a la espalda de Jagang, bajo el frío amanecer, Kahlan se frotó los brazos, intentando hacerlos entrar en calor. Una pared de nubes oscuras se alzaba amenazadora al oeste. Incluso a través del hedor del campamento, podía oler la lluvia. Las finas nubes que huían hacia el este estaban teñidas de un rojo sangre en el alborear del primer día de invierno.

Jagang permaneció de pie en silencio, considerando la inmensa meseta. Encima de la imponente altiplanicie estaba el Palacio del Pueblo. Si bien éste era sin la menor duda un palacio, era de una extensión que rayaba lo inaudito. También era una ciudad, la sede del poder de todo D'Hara, y esa ciudad se alzaba como el último vestigio de resistencia al ansia de la Orden Imperial de gobernar el mundo e imponer sus creencias a la humanidad. El ejército de la Orden se extendía igual que un ponzoñoso mar negro por las llanuras Azrith, rodeando la meseta y dejándola aislada de cualquier esperanza de rescate o salvación.

Los primeros rayos de luz empezaban a tocar el lejano palacio, haciendo que los muros, columnas y torres de mármol brillaran dorados bajo la luz del amanecer. Era una visión de una belleza impresionante. Para todas aquellas personas de la Orden, sin embargo, la visión del palacio, de tal belleza no tocada aún por sus libidinosas manos, no inspiraba otra cosa que envidia y odio. Codiciaban destruir el lugar, borrar tal majestuosidad, asegurarse de que nadie volvía a aspirar jamás a tal excelencia.

Kahlan había estado en aquel palacio —el palacio de lord Rahl— cuando las cuatro Hermanas la habían llevado allí para que robara las cajas del Jardín de la Vida. El esplendor del lugar resultaba impresionante. Kahlan había detestado sacar aquellas cajas del jardín de lord Rahl. No pertenecían a las Hermanas, y, lo que era peor, a las Hermanas las movía un propósito malvado.

Sobre el altar donde habían descansado las cajas, Kahlan había dejado en su lugar su posesión más preciada. Era una pequeña talla de una mujer, con la cabeza echada atrás, los puños a los costados, la espalda arqueada, como en oposición a una fuerza que intentaba sojuzgarla. Kahlan no tenía ni la más remota idea de dónde había conseguido ella algo tan bello.

Le había destrozado el corazón tener que dejar atrás aquella talla, pero tuvo que hacerlo para poder meter las últimas dos cajas en su mochila. De no haberlo hecho, la hermana Ulicia la habría matado y, por mucho que amara la estatuilla, amaba más su vida. Esperaba que lord Rahl, cuando la viera, comprendiera que ella lamentaba haber cogido lo que le pertenecía a él.

Ahora Jagang había capturado a las Hermanas y estaba en posesión de las siniestras cajas negras. De dos de ellas. La hermana Tovi se había puesto en marcha por delante con la primera de las tres cajas y ahora estaba muerta, y la caja que había estado en su poder había desaparecido. Kahlan había matado a la hermana Cecilia. Eso dejaba sólo a las hermanas Ulicia y Armina, de sus cuatro captoras originales. Por supuesto, Jagang tenía a otras Hermanas bajo su control.

—¿Quién podría poner en funcionamiento una caja? —preguntó Jagang mientras clavaba la mirada en el palacio de la meseta.

No quedaba del todo claro si pedía una respuesta a las Hermanas, o si simplemente pensaba en voz alta.

Las hermanas Ulicia y Armina intercambiaron una mirada. Los guardias de

élite permanecieron de pie igual que centinelas de piedra, y los guardias especiales se dedicaron a dar vueltas alrededor, el más próximo tomando nota de la presencia de Kahlan y dedicándole una complacida mirada de superioridad. Kahlan conocía al hombre, conocía sus costumbres. Era uno de sus vigilantes menos avisados, y sustituía su falta de competencia con arrogancia.

—Bueno —dijo la hermana Ulicia en el incómodo silencio—, haría falta alguien con ambos lados del don... tanto Magia de Suma como de Resta.

—Aparte de las Hermanas de las Tinieblas que tenéis aquí, Excelencia —añadió la hermana Armina—. No estoy segura de quién podría realizar una tarea así.

Jagang lanzó una mirada atrás. Aquel soldado no era el único que mostraba una estúpida actitud de arrogante superioridad. Jagang era muchísimo más listo que la hermana Armina; lo que sucedía era que ella no era lo bastante lista para saberlo. De todos modos, supo reconocer aquella mirada en los ojos de Jagang, la mirada que decía que sabía que ella mentía. La mujer sintió pavor, silenciada por un momento por la mirada iracunda del emperador.

La hermana Ulicia, también mucho más lista que la hermana Armina, reconoció con rapidez el peligro de la situación y tomó la palabra.

—Sólo hay un par de personas, Excelencia.

—Richard Rahl —se apresuró a terciar la hermana Armina, ansiosa por redimirse.

—Richard Rahl —repitió Jagang en un tono de frío odio.

No parecía nada sorprendido por la sugerencia de la Hermana.

La hermana Ulicia carraspeó.

—O la hermana Nicci. Es la única Hermana que no tenéis que es capaz de manejar Magia de Resta.

Jagang fijó su iracunda mirada en ella por un momento antes de volver a girarse para estudiar el Palacio del Pueblo, iluminado ahora de tal modo por el sol que refulgía como un faro por encima de la oscura llanura.

—La hermana Nicci sabe todo lo que vosotras, zorras estúpidas, hicisteis —bramó por fin.

La hermana Armina pestañeó sorprendida, pero no pudo resistirse a decir.

—¿Cómo es eso posible, Excelencia?

Jagang cruzó sus manazas a la espalda. Su espalda y cuello parecían más los de un toro que los de un hombre, y su ensortijado vello no hacía más que aumentar la impresión. La cabeza afeitada le daba un aspecto aún más amenazador.

—Nicci estaba allí, con Tovi, cuando ésta agonizaba —dijo Jagang—, después de que la hubieran apuñalado y robado la caja. Hacía mucho tiempo que no había visto a Nicci. Me sorprendió verla surgir de la nada. Yo estaba allí, en la mente de Tovi, observándolo todo. Tovi no sabía que yo estaba en su mente, igual que vosotras tampoco lo sabíais.

»Nicci tampoco sabía que yo estaba allí.

»Nicci interrogó a Tovi, utilizó la suma gravedad de la herida de la mujer para aguijonearla y hacer que revelara vuestro plan, Ulicia. Nicci contó a Tovi toda una historia sobre que deseaba poder escapar de mi control y con esa mentira obtuvo la confianza de Tovi. Tovi se lo contó todo... todo sobre el hechizo Cadena de Fuego que activasteis, las cajas que robasteis con la ayuda de Kahlan, y que las cajas estaban destinadas a funcionar en conjunción con el hechizo Cadena de Fuego. Todo.

La hermana Ulicia parecía estar enfermando por momentos.

—Entonces muy bien podría ser Nicci quien hizo esto.

—O Nicci y Richard Rahl juntos —sugirió la hermana Armina.

Jagang no dijo nada mientras miraba al palacio.

La hermana Ulicia se inclinó al frente un ápice.

—Si puedo preguntarlo, Excelencia, ¿cómo es que sois incapaz de... bueno, por qué no está Nicci aquí, con vos?

Los ojos completamente negros de Jagang giraron hacia la mujer. Formas

turbias se movían en aquellos ojos negrísimos.

—Estaba conmigo. Se fue. A diferencia de vuestro torpe e hipócrita intento de proteger vuestras mentes de mí mediante el vínculo con el lord Rahl, el vínculo funcionó para Nicci. Por motivos que no puedo ni remotamente comprender ella era sincera, y por lo tanto funcionó. Renunció a todo por lo que había trabajado durante su vida... ¡renunció a su deber moral!

Irguió la espalda, envolviéndose de nuevo en un manto de tranquila autoridad.

—El vínculo funcionó para Nicci. Ya no puedo penetrar en su mente.

La hermana Armina permaneció paralizada por más que simple miedo al hombre. Era evidente que estaba desconcertada por lo que acababa de oír.

La hermana Ulicia asintió para sí, dedicándose a la revisión de sus recuerdos.

—Supongo que, en retrospectiva, no es una sorpresa. Supongo que siempre supe que amaba a Richard. Jamás nos dijo una palabra, por supuesto, a las otras Hermanas de las Tinieblas, pero allá en el Palacio de los Profetas renunció a mucho... cosas a las que jamás habría imaginado que ella renunciaría... a cambio de que la designara como una de sus seis maestras.

»El precio que pagó por esa oportunidad de ser su maestra me hizo sospechar de sus motivos. A un par de las otras las impulsaba la codicia. Simplemente querían succionarle el don a aquel hombre... quedárselo. Pero Nicci no. No era eso tras lo que iba. Así que la vigilé.

»Jamás lo reveló... queridos espíritus, no creo que fuese siquiera consciente ella misma de ello por aquel entonces... pero había una expresión en sus ojos. Estaba enamorada de él. Jamás comprendí realmente aquella expresión por entonces, probablemente porque ella parecía tan segura de su odio por aquel hombre y por todo lo que representaba... pero estaba enamorada de Richard Rahl. Ya por entonces, estaba enamorada de él.

Jagang había enrojecido. Absorta en sus recuerdos, la hermana Ulicia no había advertido su muda cólera. La hermana Armina tocó a escondidas el brazo de la otra mujer para advertirla. Ulicia alzó los ojos y palideció al ver la expresión del rostro del emperador, y cambió al instante de tema.

—Como dije, jamás dijo nada de eso, así que tal vez sólo lo estoy imaginando. De hecho, ahora que lo pienso, estoy segura de ello. Odiaba a aquel hombre. Lo quería muerto. Odiaba todo lo que él representaba. Lo odiaba... Claro como el agua. Lo odiaba.

Cerró la boca, obligándose a dejar de parlotear.

—Se lo di todo. —La voz de Jagang retumbó igual que un trueno reprimido—. Puede decirse que la convertí en una reina. Como Jagang el Justo, le concedí la autoridad para ser el puño de la Fraternidad de la Orden, y aquellos que se oponían al virtuoso modo de actuar de la Orden acabaron por conocerla como la Señora de la Muerte. Fui un estúpido por haberle dado tanta libertad. Me traicionó. Me traicionó por él...

Kahlan no creía que pudiera ver nunca a Jagang atenazado por los celos, pero así lo veía en aquellos momentos. Era un hombre que cogía lo que quería; que no estaba acostumbrado a que se le negara nada. Al parecer, no podía poseer a aquella mujer llamada Nicci. Al parecer, Richard Rahl tenía su corazón.

Kahlan se tragó sus propios sentimientos confusos respecto a Richard Rahl —un hombre al que jamás había conocido— y miró con fijeza a sus guardias.

—Pero la recuperaré. —Jagang alzó un puño.

Musculosos tendones sobresalieron en su brazo al apretar el puño, y las venas de sus sienes parecieron a punto de estallar.

—Más tarde o más temprano aplastaré la resistencia inmoral que representa Richard Rahl, y entonces me ocuparé de Nicci. Pagará por su proceder pecaminoso.

Kahlan y la tal Nicci tenían algo en común. Si Jagang le ponía alguna vez las manos encima a Nicci, Kahlan lo sabía, también le haría todo el daño que pudiera.

—¿Y las Cajas del Destino, Excelencia? —preguntó la hermana Ulicia.

El brazo descendió de Jagang, y él le dirigió una sonrisa sombría a la mujer.

—Querida, no importa si uno de ellos ha conseguido poner las Cajas del Destino en funcionamiento. No les servirá de nada. —Apuntó con un pulgar atrás, a Kahlan—. La tengo a ella. Tengo lo que necesitamos para poner el poder de las cajas al servicio de la causa de la Fraternidad de la Orden.

»Tenemos la razón de nuestro lado. El Creador está de nuestro lado. Cuando demos rienda suelta al poder de las cajas haremos desaparecer la blasfemia de la magia del mundo. Haremos que todos los hombres se inclinen ante las enseñanzas de la Orden. Todos los hombres se someterán a la justicia divina y tendrán una misma fe.

»Será un amanecer nuevo para la humanidad, el alborrear de una era sin magia que mancille las almas de los hombres. A todos los llenará de júbilo ser parte de la gloria de la Orden. En ese mundo nuevo, todos los hombres serán iguales. Todas las personas podrán entonces dedicarse al servicio del prójimo, como es la voluntad del Creador.

—Sí, Excelencia —dijo la hermana Armina, ansiosa por volver a ganarse su favor.

—Excelencia —aventuró la hermana Ulicia—, tal y como he explicado antes, si bien puede que tengamos muchos de los elementos necesarios, como habéis indicado con tanta razón, todavía necesitamos tener las tres cajas para lograr el objetivo de acceder al poder de éstas. Todavía nos hace falta esa tercera caja.

La horripilante sonrisa de Jagang regresó.

—Tal como os he dicho, yo estaba allí, en la mente de Tovi. Puede que tenga una idea sobre quién estuvo involucrado en el hurto.

Las hermanas Ulicia y Armina parecieron no tan sólo sorprendidas, sino curiosas.

—¿La tenéis, Excelencia?

Él asintió.

—Mi consejero espiritual, el hermano Narev, tenía amistad con cierta persona. Sospecho que podría estar involucrada.

La hermana Ulicia se mostró escéptica.

—¿Creéis que un amigo de la Fraternidad de la Orden podría haber estado involucrado?

—No, no he dicho un amigo de la Fraternidad. He dicho alguien de quien era

amigo el hermano Narev. Una mujer, con la que, también yo, tuve algún que otro trato en el pasado en nombre del hermano Narev. Creo que a lo mejor habéis oído hablar de ella. —Jagang enarcó una ceja en dirección a la Hermana—. Se la conoce por el nombre de Seis.

La hermana Armina lanzó una exclamación ahogada y se quedó rígida.

Los ojos de la hermana Ulicia se abrieron como platos y se quedó boquiabierta.

—Seis... Excelencia, ¿os referís a Seis, la bruja?

Jagang pareció complacido por la reacción.

—Ah, así que la conocéis.

—En una ocasión nuestros caminos se cruzaron. Tuvimos una especie de conversación. No fue lo que yo describiría como una conversación agradable. Excelencia, nadie puede tratar con esa mujer.

—Bueno, verás, Ulicia, ése es justo un punto más en el que tú y yo diferimos. Tú no tienes nada de valor que ofrecerle salvo tu cuerpo deshuesado para que alimente con él a aquellos con una predilección por la carne humana que aloja en su guarida. Yo, en cambio, poseo un buen conocimiento de lo que esa mujer necesita y quiere. Estoy en posición de concederle la clase de satisfacciones que busca. A diferencia de ti, Ulicia, puedo tratar con ella.

—Pero si Richard Rahl o Nicci pusieron la caja en funcionamiento, eso sólo puede significar que ellos la poseen —dijo la hermana Ulicia—. Así que, incluso si Seis realmente tuvo la caja después de Tovi, ahora está fuera de su alcance.

—¿Así que piensas que una mujer como ésa renunciará a sus fervientes deseos? ¿Todas las cosas que codicia? —Jagang negó con la cabeza—. No, a Seis no le habrá sentado nada bien que sus planes fueran... interrumpidos. Seis es una mujer a la que no se le puede negar algo. No trata con amabilidad a nadie que se cruce en su camino. ¿Estoy en lo cierto, Ulicia?

La mujer tragó saliva antes de asentir.

—Espero que una mujer con sus siniestras aptitudes y determinación no descansará hasta haber corregido la injusticia, y luego tendrá que tratar con la

Orden. Así que, como ves, creo que todo está bajo control. Que uno de esos dos criminales, Nicci o Richard Rahl, hayan puesto la caja en funcionamiento no significará nada al final. La Orden prevalecerá.

La hermana Ulicia, con los dedos entrecruzados con firmeza para impedir que le temblaran las manos desde el momento en que había oído el nombre Seis, inclinó la cabeza.

—Sí, Excelencia. Me doy perfecta cuenta de que, en verdad, lo tenéis todo controlado.

Jagang, viendo su porte derrotado, chasqueó los dedos a la vez que volvía la atención hacia uno de los esclavos sin camisa que permanecían atrás, cerca de la entrada a la tienda real.

—Tengo hambre. Los torneos de Ja'La empiezan hoy. Quiero una comida abundante antes de ir a ver los partidos.

El hombre rindió una profunda reverencia.

—Sí, Excelencia. Me ocuparé de ello al momento.

Una vez que el esclavo hubo salido a la carrera para llevar a cabo su cometido, *Jagang* paseó la mirada por el campamento.

—Por ahora, nuestros valerosos combatientes necesitan una distracción. Uno de los equipos de ahí fuera ganará la posibilidad de jugar contra mi propio equipo. Esperemos que ese equipo que obtenga el derecho a enfrentarse al mío sea lo bastante bueno como para conseguir que mis hombres suden un poco para derrotarlos.

—Sí, Excelencia —dijeron las Hermanas a la vez.

Jagang, con semblante molesto por su servilismo, llamó con una seña a uno de los guardias de Kahlan.

—Ella va a matarte el primero.

El hombre se quedó petrificado, con el pánico pintado en los ojos.

—¿Excelencia?

Jagang ladeó la cabeza para indicar a Kahlan, situada sólo a medio paso tras él y a su derecha.

—Ella va a matarte el primero, y lo mereces.

El hombre inclinó la cabeza.

—No comprendo, Excelencia.

—Claro que no lo comprendes..., eres estúpido. Ha estado contando tus pasos. Das el mismo número de pasos cada vez antes de girar. Cada vez que giras miras para comprobar dónde está ella, luego sigues adelante.

»Ha contado tus pasos. Cuando llega el momento de que gires, no necesita estar mirando en tu dirección porque sabe con exactitud cuándo lo harás. Sabe que, justo antes de que gires, comprobarás dónde está, y la verás mirando en la dirección opuesta. Y que eso hará que te relajes.

»Cuando vienes hacia nosotros desde la derecha y giras, das la vuelta del mismo modo cada vez... a tu derecha. Cada vez que giras, el cuchillo de tu cinto, en la cadera derecha, queda muy cerca de ella.

El hombre bajó la mirada hacia el cuchillo de su cinturón. Lo tapó con una mano.

—Pero Excelencia, yo no le permitiría coger mi cuchillo. Lo juro. La detendría.

—¿Detenerla? —Jagang soltó una breve risotada—. Ella sabe que no está a más de dos pasos del punto donde darás la vuelta, a dos pasos de arrebatarle el cuchillo directamente de la funda. —Chasqueó los dedos—. Tan rápido como esto, tendrá tu cuchillo. Es probable que ni siquiera te des cuenta antes de morir.

—Pero yo...

—Tú mirarás para ver qué hace, la verás mirar en otra dirección, y entonces girarás. Para cuando hayas dado el tercer paso, ella tendrá tu cuchillo. En un instante te habrá hundido toda la longitud de la hoja en el riñón derecho. Estarás prácticamente muerto antes de que sepas qué te atacó.

A pesar del frío, el sudor perló la frente del hombre.

Jagang echó una ojeada atrás, a Kahlan, quien le devolvió una mirada inexpresiva, desprovista de toda emoción.

Jagang estaba equivocado. Aquel hombre moriría en segundo lugar. Era estúpido, tal y como Jagang había dicho. Los estúpidos eran más fáciles de matar. Resultaba más difícil matar a los listos. Kahlan conocía a cada uno de sus guardias. Se había preocupado de aprender todo lo que podía sobre cada uno de ellos. El otro hombre que desfilaba por delante de la tienda era uno de los más listos de entre su guardia especial.

Allí donde estuviera, ella siempre analizaba la situación y preveía cómo podría en práctica un intento de huida. Éste no era el momento, ni el lugar, pero lo había considerado.

No mataría al estúpido primero, pero le cogería el cuchillo, tal y como Jagang había dicho. Luego giraría hacia el listo porque sus reacciones eran mucho más rápidas. La tarea de los guardias especiales era impedirle escapar, no matarla. Cuando el listo cayera sobre ella para derribarla, ella ya tendría el cuchillo y utilizaría el impulso del mutuo encuentro para asestarle un tajo en la garganta. Esquivaría luego el peso muerto del hombre, que caería sobre el lado izquierdo, giraría en redondo, y hundiría el cuchillo en el riñón del estúpido, tal y como Jagang había sugerido.

—Me habéis pillado —dijo Kahlan al emperador sin la menor inflexión en la voz—. Bien jugado.

El ojo izquierdo de Jagang se crispó un instante. No sabía si Kahlan decía la verdad, o mentía.



—¿Conoces las consecuencias de romper el sello que hay en esas puertas? —preguntó Cara.

Zedd se volvió hacia la mujer. —¿Necesito recordarte que soy Primer Mago?

Cara le respondió con la misma moneda: una mirada iracunda.

—Bien, perdona. ¿Conoces las consecuencias de romper el sello que hay en esas puertas, Primer Mago Zorander?

Zedd se irguió.

—No era eso a lo que me refería.

La mujer seguía mirándolo furiosa.

—No has respondido a mi pregunta.

Una característica de las mord-sith era que no les gustaba recibir respuestas evasivas. No les gustaba ni un ápice. Hacía que se mostraran ariscas. Como norma Zedd consideraba prudente no dar a las mord-sith motivos para mostrarse ariscas, pero al mismo tiempo, a él no le gustaba que le dieran la lata cuando hacía algo importante. Eso lo volvía arisco.

—¿Cómo puede aguantarte Richard?

La mirada iracunda de Cara se intensificó.

—Jamás he ofrecido a lord Rahl una elección. Ahora, responde a mi pregunta. ¿Conoces las consecuencias de romper el sello que hay en esas puertas?

Zedd se puso en jarras.

—¿No te parece que sé una cosa o dos sobre la magia?

—Eso pensaba, pero empiezo a tener mis dudas.

—Vaya, ¿así que piensas que sabes más sobre magia que yo?

—Sé que la magia significa problemas. Da la impresión de que en este momento podría muy bien saber más sobre ella que tú. Sé bien que no debo atravesar como una tromba un sello de esa clase. Nicci sólo habría protegido esa puerta por un buen motivo. No creo que sea muy sensato, Primer Mago, atravesar como una tromba su escudo sin saber por qué está ahí.

—Bueno, creo que sé una o dos cosas sobre sellos y escudos.

Cara enarcó una ceja.

—Zedd, Nicci puede manejar Magia de Resta.

Zedd dirigió un vistazo a la puerta, luego volvió a mirar a Cara. Por el modo en que ella se inclinaba sobre él pensó que la mord-sith muy bien podría agarrarle por el cuello de la túnica y apartarlo por la fuerza de las puertas recubiertas de latón si decidía que tenía que hacerlo.

—Supongo que tienes razón —Alzó un dedo—. Pero por otra parte, puedo percibir que algo serio tiene lugar ahí dentro... algo que no presagia nada bueno en absoluto.

Cara suspiró y por fin apartó su airada mirada. La mord-sith se irguió, pasando la larga trenza rubia a través de su puño mientras comprobaba ambos lados del pasillo.

Arrojó la trenza por encima de su hombro.

—No sé, Zedd. Si yo estuviera dentro de una habitación y hubiese cerrado la puerta con llave sería por una buena razón y no me gustaría que tú forzaras la cerradura. Nicci no quiso permitir que me quedara con ella... y nunca antes me ha pedido que la dejara sola de ese modo. No quería dejarla entrar allí por su cuenta, pero insistió.

»Estaba en uno de esos estados de ánimo silenciosos y escalofriantes tuyos. Ha estado así una barbaridad últimamente.

Zedd suspiró.

—Así es. Pero no sin una buena razón... Queridos espíritus, Cara, todos hemos estado de un humor raro últimamente, y todos tenemos una buena razón.

Cara asintió.

—Nicci dijo que necesitaba estar sola. Le dije que no me importaba y que tenía la intención de quedarme con ella.

»No sé qué tiene, pero, a veces, cuando dice que hagas algo te encuentras haciéndolo. Con lord Rahl sucede lo mismo. Yo no acostumbro a prestar demasiada atención a sus órdenes... al fin y al cabo, sé mejor que él cómo protegerlo... pero a veces dice algo, y simplemente descubres que estás haciendo lo que te pidió. Nunca sé como se las arregla para hacerlo. Nicci hace lo mismo. Los dos tienen la curiosa habilidad de hacer que hagas cosas que no tienes intención de hacer... y ni siquiera alzan la voz.

»Nicci dijo que iba a hacer algo que involucraba magia; lo dijo de un modo que dejaba claro que quería estar a solas. Antes de que me diera cuenta, ya le había dicho que esperaría aquí fuera por si necesitaba algo.

Zedd ladeó la cabeza en dirección a la mujer, y le dirigió una mirada.

—Creo que esto tiene algo que ver con Richard.

La mirada iracunda de mord-sith de Cara regresó al momento. Zedd pudo ver cómo se le tensaba la musculatura bajo el cuero rojo.

—¿Qué quieres decir?

—Tal como te decía, estaba actuando de un modo de lo más extraño. Me preguntó si confiaría la vida de todo el mundo a Richard.

Cara lo miró fijamente por un momento.

—A mí me preguntó eso mismo.

—Eso me ha estado carcomiendo, haciendo que me pregunte qué quería decir. —Zedd agitó un dedo en dirección a la puerta—. Cara, está ahí dentro con esa cosa... con esa caja del Destino. Puedo percibirlo.

Cara asintió.

—Bueno, tienes razón respecto a eso. La vi ahí dentro justo antes de que ella cerrara la puerta.

Zedd apartó un mechón de su rostro.

—Ésa es parte de la razón por la que creo que esto tiene algo que ver con Richard. Cara, no suelo cruzar esta clase de sellos a la ligera, pero creo que ahora es importante.

Cara suspiró con resignación.

—De acuerdo. —Su boca se crispó por el desagrado de estar de acuerdo con su plan—. Si te arranca la cabeza de un mordisco, supongo que siempre puedo volvértela a coser.

Zedd sonrió al tiempo que se subía las mangas. Inspirando profundamente, volvió a encorvarse para desanudar el sello que Nicci había tejido con magia alrededor de la palanca.

Las inmensas puertas revestidas de latón estaban cubiertas de símbolos grabados que eran propios del campo de contención de aquella parte del Alcázar. Un lugar como aquél estaba ya reforzado contra la manipulación y protegido de un acceso fortuito, pero él había crecido en el Alcázar y sabía cómo funcionaban los distintos elementos mágicos del lugar. También conocía muchos de los trucos asociados con esos elementos. Este campo mágico en concreto era peligroso porque, era un campo de contención de doble cara.

Deslizó tres dedos de la mano izquierda sobre la zona de convergencia. Sintió un cosquilleo en el brazo que le llegó hasta la altura del codo. No era una buena señal. Nicci había añadido algo al escudo, creando un escudo personal a partir de algo que había sido genérico. Zedd empezaba a pensar que Cara sabía más de lo que él creía.

Éste era un escudo que parecía responder de un modo excepcional a la aplicación de fuerza. Se detuvo un momento para considerarlo. Tendría que obtener lo que quería sin aplicar fuerza. Con sumo cuidado metió un fino hilo de inocente energía a través de la maraña, y con la mano derecha aflojó la enredada restricción de poder.

Sabía muy bien que no serviría de nada limitarse a intentar abrirse paso a través del sello, porque el campo de contención estaba estructurado de tal modo

que la fuerza sólo provocaría que se cerrara más. Al parecer Nicci había añadido multiplicadores a esa cualidad. Si él aplicaba demasiada fuerza el escudo éste simplemente se compactaría más, igual que si tirara más de los extremos de una cuerda anudada. Si eso sucedía, no lo desharía nunca.

Además de eso, Cara tenía razón... Nicci poseía Magia de Resta y no había forma de saber qué elementos de ese poder siniestro podría haber tejido ella en el interior de la matriz para impedir que se violara el sello interior. No le gustaría meter la mano a través del agujero de la cerradura, por así decirlo, y encontrarse con que la había sumergido directamente en un caldero de plomo fundido. Era mucho menos arriesgado deshacer el nudo mágico que intentar romperlo.

Tales dificultades sólo conseguían que Zedd estuviera más empeñado en hallar un modo de atravesarlo. Era un rasgo personal suyo que había puesto de malhumor a su padre; en especial si se trataba de un escudo que el padre de Zedd había construido específicamente para mantener fuera a su curioso hijo.

La lengua de Zedd asomó por la comisura izquierda de su boca mientras trabajaba para abrirse paso por el tejido del escudo. Había penetrado ya mucho más de lo que había esperado. Amplió la sonda invisible de poder a través del mecanismo para poderlo controlar desde el interior.

Y entonces, a pesar de estar siendo increíblemente cuidadoso, la trama del escudo se tensó, liberándose de la incursión mágica. Era como si lo hubieran conducido a una emboscada.

Zedd permaneció encorvado ante las puertas revestidas de latón, sorprendido de que un escudo hubiera sido capaz de reaccionar de aquel modo. Después de todo, él no intentaba aún violarlo, sino simplemente sondear su mecanismo interior... echar una mirada por el ojo de la cerradura, por así decirlo.

Había hecho lo mismo un gran número de veces antes. Siempre había funcionado. Debería haber funcionado. Era el escudo más desconcertante con el que se había tropezado jamás.

Seguía inclinado sobre la palanca, considerando el siguiente paso, cuando la puerta se abrió hacia dentro.

Zedd giró la cabeza un poco, mirando hacia arriba. Nicci, con una mano en el picaporte de la parte interior, se alzaba ante él.

—¿No se te ocurrió llamar a la puerta? —preguntó.

Zedd se irguió, esperando que su cara no se estuviera poniendo colorada pero sospechando que así era.

—Bueno, a decir verdad, lo consideré, pero luego descarté la idea. Pensé que podrías haber estado trabajando hasta tarde en ese libro y podrías estar dormida... No quería molestarte.

La hechicera llevaba la rubia melena suelta por encima de los hombros de su vestido negro, un vestido que ceñía cada curva de su perfecta figura, y aun cuando daba la impresión de no haber pegado ojo en toda la noche, sus ojos azules eran tan penetrantes como los de cualquier hechicera. La combinación de su belleza seductora, dignidad distante e intelecto agudo —por no mencionar el hecho de que poseía poder suficiente para convertir a casi cualquiera en cenizas— desarmaba e intimidaba a la vez.

—Si hubiera estado dormida —dijo Nicci con aquella voz sosegada y sedosa—, ¿no crees que me hubiera despertado de todas formas tu intento de abrirte paso a través de un campo de contención con un escudo conjurado a partir de instrucciones de un libro de hace tres mil años y reforzado con cerrojos de Magia de Resta?

El nivel de alarma de Zedd creció. Tales escudos no se construían para echar una cabezadita en privado.

Extendió las manos.

—Sólo pretendía echar un vistazo para ver qué hacías.

La fría mirada de la mujer le estaba haciendo empezar a sudar.

—Pasé muchísimo tiempo en el Palacio de los Profetas enseñando a muchachos magos cómo comportarse y disciplinar sus poderes. Sé cómo hacer escudos que no pueden forzarse. Como Hermana de las Tinieblas he tenido ocasión de practicar muy a menudo.

—¿De verdad? Estaría muy interesado en aprender sobre tales escudos arcanos... desde una perspectiva estrictamente profesional, desde luego. Tales cosas son un poco como una... afición para mí.

Ella seguía con la mano sobre el picaporte de la puerta.

—¿Qué quieres, Zedd?

El mago carraspeó.

—Bueno, con toda franqueza, Nicci, estaba preocupado sobre lo que podría estar pasando ahí dentro, con esa caja.

Nicci sonrió de un modo apenas perceptible.

—Ah. No sé por qué, pero no pensaba que tuvieses la esperanza de pillar me retozando desnuda.

Retrocedió al interior de la biblioteca, dando a entender que podían entrar.

Era una habitación inmensa, con ventanales de arco discurriendo a lo largo de la pared del fondo. Gruesas colgaduras de terciopelo verde con un fleco dorado junto con columnas de brillante caoba se alzaban entre los ventanales.

Algunas de las hojas de cristal refractario que componían las ventanas que formaban parte del campo de contención de aquella sección del Alcázar se habían roto en un combate que había tenido lugar no hacía mucho, cuando Richard había estado allí. Nicci había invitado a un rayo a entrar a través de aquellas ventanas para hacer desaparecer a la bestia del inframundo que había atacado a Richard. Cuando le preguntaron cómo había sido capaz de convencer al rayo para que hiciera lo que ella quería, Nicci se había encogido de hombros y respondido sencillamente que había creado un vacío que el rayo necesitaba llenar, de modo que se había visto compelido a hacerlo. Zedd comprendía el principio. Pero era incapaz de imaginar cómo podía hacerse eso.

Si bien le había estado agradecido por haber salvado la vida de Richard, a Zedd no le había complacido la destrucción de un cristal tan valioso e irremplazable, que dejaba una brecha en el campo de contención. Nicci se había ofrecido a ayudar con las reparaciones. Zedd no habría sabido cómo llevar a cabo tal cosa él solo; tampoco habría pensado que existiera nadie vivo capaz de saber emplear fuerzas del modo en que ella lo había hecho, o que tuviera el poder para hacerlo. Y sin embargo ella lo había hecho.

Eso había hecho pensar a Zedd en una reina que bajara a las cocinas reales para demostrar con suma destreza cómo hacer un pan poco corriente con una receta

largo tiempo olvidada.

Aunque Zedd había conocido a algunas hechiceras muy poderosas, jamás había conocido a ninguna que igualara a Nicci. Algunas de las cosas que ella podía hacer con aparente facilidad eran tan desconcertantes que lo dejaban sin habla.

Desde luego, Nicci era mucho más que una simple hechicera. Al haber sido una Hermana de las Tinieblas sabía hacer uso de la Magia de Resta. Como Hermana de las Tinieblas, habría tomado el poder de un mago y lo habría añadido al suyo, para crear algo por completo único... algo que a Zedd no le gustaba considerar.

Hasta cierto punto ella lo asustaba, pues si no hubiera sido por Richard, ella seguiría dedicada a la causa de la Orden. Con tantas facetas de la vida de aquella mujer siendo un misterio para él, con todo lo que había hecho pero que nunca mencionaba, con todo de lo que había formado parte en una ocasión, Zedd no estaba seguro de hasta dónde podía confiar en ella.

Richard confiaba en ella, no obstante; le confiaba su propia vida, y ella había demostrado ser digna de aquella confianza en numerosas ocasiones. Aparte de él y de Cara, Zedd no conocía a nadie que sintiera una devoción tan feroz por Richard como ella. Nicci iría sin la menor duda al mismo inframundo si tenía que hacerlo para salvarlo.

Richard había traído a aquella mujer excepcional de vuelta de las profundidades del mal, tal y como había hecho con Cara y las demás mordsith. ¿Quién, si no Richard, podía llevar a cabo una cosa así? ¿A quién que no fuera Richard se le podía ocurrir hacer una cosa así?

Cómo echaba en falta Zedd a aquel muchacho.

Nicci volvió a entrar silenciosamente en la biblioteca, y Zedd vio entonces lo que había sobre la mesa. Su habilidad le había dicho que estaba allí, pero no le había dado más detalles sobre ello.

Detrás de él, Cara soltó un silbido quedo. Zedd también estuvo a punto de silbar.

La caja del Destino, que descansaba encima de una de las macizas mesas de la biblioteca, era de un negro fascinante que daba la impresión de que podría succionarle la luz directamente al sol, un negro tan negro que casi parecía como si la caja misma no fuera otra cosa que un vacío en el mundo de la vida. Clavar la mirada

en ella producía la inquietante sensación de estar mirando directamente al interior del inframundo, el mundo de los muertos.

Pero era el hechizo de contención que se había dibujado alrededor de la caja lo que le tenía alarmado. Había sido dibujado con sangre. Había otros sortilegios, otros hechizos, dibujados sobre el tablero de la mesa, también estaban dibujados con sangre.

Zedd reconoció algunos de los elementos de los diagramas. No conocía a nadie vivo que pudiera haber dibujado tales sortilegios. Tales cosas no eran del todo estables, lo que las convertía en increíblemente peligrosas. Muchos hechizos podían matar en un instante si se llevaban a cabo de un modo incorrecto. Estos hechizos, dibujados con sangre, nada menos, estaban entre los más peligrosos que existían. Emplearlos con éxito no era algo que Zedd, con toda una vida de conocimientos, preparación y práctica, se hubiera planteado intentar jamás.

El anciano había visto dibujados tales hechizos terribles sólo en una ocasión anterior. Aquéllos los había dibujado Rahl el Oscuro —el padre de Richard—, cuando había estado completando el conjuro asociado con la apertura de las Cajas del Destino. Abrir una de las cajas le había costado la vida.

Alrededor de la caja, flotando en el aire, líneas de luz de color verde y ámbar trazaban más hechizos aún. Recordaban en cierto modo las refulgentes líneas verdes de la red de verificación que habían llevado a cabo en aquella misma habitación, pero esta estructura de fórmulas tridimensionales era materialmente distinta. Y esas líneas refulgentes latían como si estuvieran vivas. Zedd supuso que tenía sentido. El poder de las cajas era el poder de la vida misma.

Otras líneas, conectadas a intersecciones de luz verde, y, en ciertos lugares, de color ámbar, eran tan negras como la caja. Mirarlas con detenimiento era como mirar a través de rendijas a la misma muerte. Se había mezclado Magia de Resta con Magia de Suma para crear una telaraña de poder como Zedd no había imaginado que pudiera llegar a ver en su vida.

Toda la telaraña de luz y oscuridad flotaba en el espacio.

La Caja del Destino descansaba en el centro de esa telaraña, como una gorda araña negra.

El libro de la vida estaba abierto a poca distancia.

—Nicci —consiguió decir Zedd con dificultad—, ¿qué has hecho, en nombre de la Creación?

Cuando llegó ante la mesa, Nicci se dio la vuelta y lo miró durante un momento incómodamente prolongado.

—No he hecho nada en nombre de la Creación. Lo he hecho en nombre de Richard Rahl.

Zedd apartó la mirada del terrible objeto situado en el interior de las líneas incandescentes para clavar la mirada en ella. Tenía dificultades para respirar.

—Nicci, ¿qué has hecho?

—La única cosa que podía hacer. Lo que tenía que hacerse. Lo que sólo yo podía hacer.

La confluencia de ambos lados del don sosteniendo a la Caja del Destino en el interior de su refulgente telaraña era algo que superaba todo lo imaginable.

Zedd eligió sus palabras con sumo cuidado.

—¿Estás sugiriendo que crees que puedes poner esa caja en funcionamiento?

El modo en que ella sacudió lentamente la cabeza hizo que él sintiera una opresión en el pecho provocada por el pavor. Los ojos azules de la hechicera lo dejaron paralizado donde estaba.

—Ya la he puesto en funcionamiento.

Zedd sintió como si el suelo fuera a abrirse bajo sus pies y él pudiera no dejar de caer jamás. Se preguntó durante sólo un instante si algo de todo aquello era real. Toda la habitación parecía dar vueltas a su alrededor. Notó que le temblaban las piernas.

La mano de Cara ascendió bajo el brazo del mago para sostenerlo.

—¿Te has vuelto loca? —preguntó él, el acaloramiento apareciendo en su voz al mismo tiempo que las piernas se le quedaban rígidas.

—Zedd... —Dio un paso en su dirección—, tenía que hacerlo.

Zedd no podía ni pestañear siquiera.

—¿Tenías que hacerlo? ¿Tenías que hacerlo?

—Sí. Tenía que hacerlo. Es el único modo.

—¡El único modo de qué! ¡El único modo de poner fin al mundo? ¡El único modo de destruir la vida?

—No. El único modo de concedernos una posibilidad de sobrevivir. Sabes lo que va a ser de este mundo. Sabes lo que la Orden Imperial va a hacer... lo que están a punto de hacer. El mundo está al borde del fin. La humanidad tiene ante sí un millar de años de oscuridad en el mejor de los casos. En el peor, el género humano jamás volverá a existir.

»Sabes que nos aproximamos a sendas de las profecías más allá de las cuales todo se oscurece. Nathan te ha hablado de esas ramificaciones que conducen a un gran vacío, más allá del cual no hay nada. Nos encontramos mirando al interior de ese vacío.

—¿Y has pensado en algún momento que lo que acabas de hacer podría muy bien ser la causa de ello... justo lo que lleve a la humanidad, a ese vacío, a la extinción?

—La hermana Ulicia ya ha puesto las Cajas del Destino en funcionamiento. ¿Crees que a ella y a sus Hermanas de las Tinieblas les importa la vida? Ellas trabajan para liberar al Custodio del inframundo. Si ella tiene éxito, el mundo de la vida está condenado. Sabes lo que son las cajas, conoces su poder, sabes lo que sucederá si es ella quien gobierna el poder de las cajas.

—Pero eso no significa...

—No tenemos elección —La mirada de Nicci no flaqueó—. Tenía que hacerlo.

—¿Y tienes alguna idea de cómo invocar el poder? ¿Cómo conseguir el dominio sobre las cajas? ¿Cómo saber cuál es la caja correcta?

—No, no aún —admitió ella.

—¡Ni siquiera tienes las otras dos!

—Tenemos un año para conseguirlas —repuso ella con sosegada determinación—. Tenemos un año desde el primer día de invierno. Un año a partir de hoy.

Zedd alzó las manos, presa de furia y frustración.

—Incluso aunque pudiéramos encontrarlas, ¿crees que podrías ser capaz de dominar su poder? ¿Crees que puedes manejar el poder de quien las creó?

—Yo no —repuso ella en lo que era casi un susurro.

Zedd ladeó la cabeza, inseguro de haber oído en realidad lo que pensaba que había oido. Su sospecha estalló en forma de abrasador temor.

—¿Qué quieres decir con que tú no? Acabas de decir que has puesto las cajas en funcionamiento.

Nicci se aproximó más y le posó una mano en el antebrazo.

—Cuando abrí el portal se me pidió que designara al jugador. Designé a Richard. Puse las Cajas del Destino en funcionamiento en nombre de Richard.

Zedd se quedó estupefacto.

Quiso matarla.

Quiso estrangularla. Quiso descuartizarla.

—¿Designaste a Richard?

Ella asintió.

—Era el único modo.

Zedd pasó los dedos de ambas manos por la rebelde mata de pelo blanco, sosteniéndose la cabeza por temor a que le cayera a trozos.

—El único modo? ¡Rediantre, mujer! ¿Te has vuelto loca?

—Zedd, tranquilízate. Sé que es una sorpresa, pero esto no es un capricho. Lo he pensado a fondo. Créeme, lo he pensado muy bien. Si hemos de sobrevivir, si

aquellos a quienes les importa la vida han de sobrevivir, si ha de existir una posibilidad para la vida, entonces éste es el único modo.

Zedd se dejó caer pesadamente en una de las sillas que había ante la mesa. Antes de que hiciera algo irremediable, antes de que reaccionara llevado por una furia ciega, se dijo que no debía perder la cabeza. Intentó repasar todo lo que sabía sobre las cajas. Intentó tomar en cuenta todas las cosas desesperadas que había hecho en su vida. Intentó verlo desde la perspectiva de la hechicera.

No pudo.

—Nicci, Richard no sabe cómo utilizar su don.

—Tendrá que encontrar un modo.

—¡No sabe nada sobre las Cajas del Destino!

—Tendremos que enseñarle.

—Nosotros no sabemos suficientes cosas sobre las Cajas del Destino. No sabemos con seguridad cuál es el *Libro de las sombras contadas* correcto. ¡Sólo el libro correcto puede abrir las cajas!

—Tendremos que solucionar eso.

—¡Queridos espíritus, Nicci, ni siquiera sabemos dónde está Richard!

—Sabemos que la bruja intentó capturarle en la sliph y fracasó. Sabemos, por lo que Rachel nos contó, que, al parecer, Seis separó a Richard de su don dibujando hechizos en las cuevas sagradas de Tamarang. Rachel dijo que Seis lo perdió cuando lo capturó la Orden Imperial. Por lo que sabemos, en estos momentos podría haber escapado de ellos también y estar de camino aquí. Si no es así, tendremos que encontrarle.

Zedd no parecía hallar un modo de hacerle ver todo lo que se interponía en su camino.

—¡Lo que sugieres es imposible!

Ella sonrió entonces, con una sonrisa triste.

—Un mago que conozco y respeto, un mago que enseñó a Richard a ser el hombre que es, también le enseñó a pensar en la solución, no en el problema. Tal consejo siempre le ha sido de gran utilidad.

Zedd no estaba dispuesto a aceptar nada de aquello. Se levantó de golpe.

—No tenías derecho a hacer una cosa así, Nicci. ¡No tenías derecho a designar a Richard para esto!

La sonrisa de la hechicera desapareció para dejar ver su férrea determinación.

—Conozco a Richard. Sé cómo combate por la vida. Sé lo que significa para él. Sé que no hay nada que no hiciera para preservar la vida. Sé que si supiera todas las cosas que yo sé, habría querido que hiciera lo que he hecho.

—Nicci, tú no...

—Zedd —dijo en un tono de voz autoritario que le hizo callar—. Te pregunté si le confiabas a Richard tu vida, toda la vida. Dijiste que lo hacías. No vacilaste ni matizaste los límites de tu confianza.

»Richard es el único que puede conducirnos en la batalla final. La batalla por el poder de las cajas es la batalla final. Las Hermanas de las Tinieblas que tienen el dominio de esas cajas harán que sea así. De un modo u otro, se asegurarán de ello. El único modo de que Richard nos lidere es que él ponga en funcionamiento las cajas. De ese modo, él es la realización de la profecía: *fuer grissa ost drauka...* el portador de muerte.

»Pero eso es más que profecía. La profecía sólo expresa lo que ya conocemos, que Richard es quien ha estado liderándonos en la defensa de los valores que promueven la vida.

»El mismo Richard fijó los términos del combate cuando habló a las tropas d'haranianas. Como el lord Rahl, el líder del Imperio d'haraniano, dijo a aquellos hombres cómo se libraría la guerra a partir de ahora: Todo o nada.

»Esto no puede ser diferente. Richard es leal hasta la médula y no esperaría que ninguna otra persona hiciera lo que él mismo no pudiera hacer. Es el núcleo de todo lo que creemos. No nos traicionaría.

»Ahora estamos metidos en ello hasta el final. Ahora es de verdad todo o

nada.

Zedd alzó los brazos.

—Pero designar a Richard como el jugador no es el único modo en que puede liderar esta batalla, no es el único modo en que puede tener éxito... pero puede muy bien ser la causa de que fracase. Lo que has hecho podría conducirnos a todos a la perdición.

Los ojos azules de Nicci brillaron con la clase de convicción, resolución y cólera que indicaba que podía reducirle a cenizas si se interponía en el camino de lo que ella creía que era necesario. Por primera vez Zedd veía a la Señora de la Muerte como aquellos que se interpusieron en su camino, que conocieron toda su furia.

—Tu amor por tu nieto te está cegando. Él es algo más que tu nieto.

—Mi amor por él no...

Nicci alargó un brazo con energía para señalar al este, en dirección a D'Hara.

—¡Esas Hermanas de las Tinieblas activaron el hechizo Cadena de Fuego! El hechizo Cadena de Fuego arde sin freno a través de nuestras memorias. Un acontecimiento así significa mucho más que la simple pérdida de nuestro recuerdo de Kahlan.

»Quiénes somos, qué somos, qué podemos ser, todo eso se desintegra momento a momento. No se trata de olvidar simplemente a Kahlan. El vórtice de ese hechizo crece día a día. El daño se multiplica. No somos conscientes de toda la vastedad de lo que ya hemos perdido mientras día a día perdemos aún más. Nuestras mentes o nuestra habilidad para pensar, para razonar, están siendo erosionadas por ese hechizo repugnante.

»Lo que es peor, el hechizo Cadena de Fuego está contaminado. El mismo Richard nos lo mostró. La contaminación de los repiques está enterrada profundamente en el hechizo Cadena de Fuego que ha infectado a todo el mundo. La contaminación que lleva consigo el hechizo arde a través del mundo de la vida. Además de destruir nuestra naturaleza, nuestro ser, está destruyendo el tejido de la magia misma. Sin Richard ni siquiera seríamos conscientes de ello.

»El mundo no sólo está al borde del abismo por culpa de Jagang y la Orden Imperial, sino que lo está destruyendo la tarea silenciosa e invisible del hechizo

Cadena de Fuego y la contaminación que lleva en su interior.

Nicci se dio un golpecito en la sien con un dedo.

— ¿Ha destruido ya esa contaminación tu capacidad para ver lo que está en juego? ¿Te ha quitado ya la capacidad de pensar?

»Lo único que puede contrarrestar el hechizo Cadena de Fuego son las Cajas del Destino. Es el motivo por el que se crearon las cajas... las crearon específicamente como la única salvación en el caso de que se activara alguna vez un acontecimiento Cadena de Fuego.

»Esas Hermanas activaron el hechizo. Para acrecentar lo que hicieron, para convertirlo en irreversible, ellas mismas pusieron en funcionamiento las cajas, nombrándose a sí mismas como el jugador. Creen que ahora no hay modo de que nadie las detenga. Puede que tengan razón. He leído *El libro de la vida*, las instrucciones sobre cómo funcionan las cajas. El libro no proporciona ningún modo de detener su funcionamiento una vez iniciado. No podemos desactivar Cadena de Fuego. No podemos detener el funcionamiento de las cajas. El mundo de la vida está a punto de girar sin control... tal y como ellas quieren.

»¿Por qué lucha Richard? ¿Por qué luchamos todos nosotros? Deberíamos limitarnos a darnos por vencidos, decir que es demasiado difícil, demasiado arriesgado intentar impedir nuestra aniquilación? ¿Deberíamos retroceder ante la única oportunidad que tenemos? ¿Debemos entregar todo lo que importa? ¿Deberíamos permitir a Jagang masacrar a todos aquellos que desean ser libres? ¿Dejar que la Fraternidad de la Orden esclavice al mundo? ¿Permitir que Cadena de Fuego corra sin freno y destruya nuestro recuerdo de todo lo que es bueno? ¿Dejar que la contaminación que contiene ese hechizo erradique la magia del mundo junto con todo lo que depende de ella para vivir? ¿Debemos limitarnos a permanecer sentados y darnos por vencidos? ¿Debemos dejar que el mundo acabe en las manos de gente que lo destruiría todo?

»La hermana Ulicia abrió el portal que conduce al poder de las cajas. Puso las cajas en funcionamiento. ¿Qué tiene que hacer Richard? Tiene que disponer de las armas que necesita para librarse esta batalla. Yo acabo de darle lo que necesita.

»La contienda está ahora realmente equilibrada. Los dos bandos de esta batalla están totalmente comprometidos en la lucha que lo decidirá todo.

»Tenemos que confiar en Richard en esta pelea.

»Hubo una época hace unos cuantos años que tuviste que enfrentarte a decisiones similares. Conocías tus opciones, tus responsabilidades, los riesgos y las consecuencias letales de no hacer nada. Tú nombraste a Richard el Buscador de la Verdad.

Zedd asintió.

—Sí, ya lo creo que lo hice.

—Y él estuvo a la altura de todo lo que tú creías, y más, ¿no es cierto?

El anciano era incapaz de obligarse a dejar de temblar.

—Sí, el muchacho hizo todo lo que esperaba y más.

—Esto no es diferente, Zedd. Las Hermanas de las Tinieblas ya no tienen el acceso exclusivo al poder de las cajas. —Alzó un brazo y cerró el puño—. He dado a Richard una posibilidad... nos he dado a todos una posibilidad. Acabó de poner a Richard en juego, dándole lo que debe tener para ganar esta lucha.

A través de unos ojos llenos de lágrimas Zedd miró al interior de los ojos de la hechicera. Además de la determinación y la furia, había algo más. Vio allí, en sus ojos azules, una sombra de dolor.

—¿Y...?

Ella se echó hacia atrás.

—¿Y qué?

—A pesar de que tu razonada exposición ha sido muy completa, hay algo más, algo que no has dicho.

Nicci le dio la espalda, arrastrando una mano por el tablero de la mesa, por entre los hechizos dibujados con su propia sangre, hechizos que había invocado arriesgando su vida.

De espaldas a él, Nicci gesticuló, fue una tímida sacudida de la mano, un sencillo movimiento que delataba una angustia inimaginable.

—Tienes razón —dijo con una voz cuyo control apenas podía mantener—.

He dado a Richard otra cosa más.

Zedd permaneció allí, observando con atención a la mujer que le daba la espalda.

— ¿Y qué es eso?

Ella se volvió. Una lágrima trazaba una lenta senda por su mejilla.

— Le acabo de dar la única posibilidad que tiene de recuperar a la mujer que ama. Las Cajas del Destino son la única contramedida al hechizo Cadena de Fuego, el hechizo que le arrebató a Kahlan. Si ha de recuperarla, las Cajas del Destino son el único modo.

»Le he dado la única posibilidad que tiene de tener lo que más ama en la vida.

Zedd se dejó caer en la silla y hundió el rostro en las manos.



Nicci se irguió, la espalda rígida y recta, mientras Zedd, desplomado en la silla ante ella, lloraba con el rostro entre las manos.

La hechicera había trabado las rodillas por temor a que las piernas cedieran bajo su peso. Se dijo que no permitiría que se le escapara una sola lágrima.

Casi lo había conseguido.

Cuando había puesto la caja en funcionamiento en nombre de Richard, aquel poder le había hecho algo a ella. Hasta cierto punto, había contrarrestado el daño provocado por el hechizo Cadena de Fuego que la infectaba.

Cuando Nicci designó a Richard como el jugador, completando las conexiones con el poder que había invocado, Nicci había conocido de repente a Kahlan.

No fue una reconstrucción de su recuerdo perdido de Kahlan —eso había desaparecido— sino que más bien fue una sencilla reconexión de la conciencia con la realidad de la existencia de Kahlan.

Durante una eternidad, le parecía ahora, Nicci había pensado que Richard se engañaba a sí mismo al creer en la existencia de una mujer que nadie excepto él recordaba. Incluso más tarde, cuando Richard había hallado el libro sobre Cadena de Fuego y les había demostrado lo que había sucedido en realidad, Nicci lo había creído por fin, pero había basado aquella creencia sólo en su fe en Richard y los hechos que éste había sacado a la luz. Era una convicción intelectual.

Aquella convicción carecía de base en sus propios recuerdos. Nicci carecía de un recuerdo personal de Kahlan, únicamente tenía la memoria de Richard en la que basarse, su palabras, y la evidencia de que disponían. Mediante aquella especie de conocimiento de segunda mano había creído en la existencia de la mujer, de Kahlan, porque creía en Richard.

Pero ahora Nicci sabía de verdad que Kahlan era real.

La hechicera seguía sin tener ningún recuerdo de la mujer, pero ya no necesitaba basarse en la palabra de Richard para saberlo. Ahora era manifiesto, casi como si lo percibiera directamente. Era un tanto parecido a recordar conocer a alguien en el pasado pero no ser capaz de recordar el rostro. Si bien no se conseguía recordar el rostro de aquella persona, la existencia de tal persona no se ponía en duda.

Nicci sabía que, ahora, debido a la conexión con el poder de las cajas, debido a lo que había llevado a cabo dentro de ella, sería capaz de ver a Kahlan tal y como podía ver a todas las demás personas. El hechizo Cadena de Fuego seguía residiendo dentro de Nicci, pero el poder de la caja había contrarrestado, al menos en parte, el hechizo, había detenido el daño continuado, permitiéndole ser consciente de la verdad. Su recuerdo de Kahlan seguía sin ser vital, pero Kahlan sí lo era.

Nicci sabía en aquellos momentos, lo sabía de verdad, que el amor de Richard era real, y Nicci sentía un dolorido júbilo por el corazón de Richard, aun cuando el suyo propio se hubiera partido.

Cara avanzó hasta colocarse junto a ella e hizo algo que Nicci jamás podría haber imaginado que hiciera una mord-sith: le pasó un brazo con delicadeza alrededor de la cintura a Nicci y la atrajo hacia ella.

Al menos, era algo que ninguna mord-sith habría hecho jamás hasta la llegada de Richard. Richard lo había cambiado todo. A Cara, como a Nicci, la pasión de Richard por la vida la había traído de vuelta del borde de la locura. Las dos compartían una comprensión única de Richard, una conexión especial, una perspectiva que Nicci dudaba que nadie más, ni siquiera Zedd, pudiera percibir.

Más que eso, nadie excepto Cara podía entender todo a lo que Nicci acababa de renunciar.

—Hiciste bien, Nicci —susurró la mord-sith.

Zedd se puso en pie.

—Sí, lo hizo. Lo siento, querida, si he sido injusto contigo. Veo ahora que sí que lo meditaste a conciencia. Hiciste lo que creías que era correcto. Debo admitir que, dadas las circunstancias, hiciste la única cosa que tenía sentido.

»Me disculpo por hacer estúpidas suposiciones apresuradas. He tenido motivos para conocer muchos de los profundos peligros que rodean el uso del poder de las cajas; probablemente sé más sobre ello que nadie vivo hoy en día. He visto cómo era invocada la magia de las Cajas del Destino por Rahl el Oscuro. Debido a eso, tengo un punto de vista un tanto distinto del que tú has presentado.

»Si bien no estoy necesariamente de acuerdo por completo contigo, lo que hiciste fue un acto de gran inteligencia y valor, por no mencionar la desesperación. Pero estoy familiarizado, también, con actos desesperados ante probabilidades increíbles, y puedo darme cuenta de hasta qué punto son a veces necesarios.

»Espero que tengas razón en lo que has hecho. Incluso si ello significa que yo estoy equivocado. Yo preferiría que fueses tú la que estuviese en lo cierto.

»Pero no importa ahora. Lo hecho, hecho está. Has puesto las Cajas del Destino en funcionamiento y nombrado a Richard como el jugador. A pesar de lo que yo pueda creer, estamos todos de acuerdo en nuestra causa. Ahora que eso está hecho, debemos hacer todo lo que podamos para ocuparnos de que funcione. Todos necesitaremos esforzarnos al máximo para ayudar a Richard. Si él fracasa, todos fracasaremos. Toda la vida fracasará.

Nicci no pudo evitar sentir cierto grado de alivio.

—Gracias, Zedd. Con tu ayuda, haremos que funcione.

Él negó tristemente con la cabeza.

—¿Mi ayuda? A lo mejor no soy más que un estorbo. Cómo desearía que me hubieses consultado primero...

—Lo hice —dijo Nicci—. Te pregunté si le confiabas a Richard tu vida, toda vida. ¿Qué más consultas podría haber aparte de esa?

Zedd sonrió por entre la tristeza que persistía en su rostro.

—Imagino que tienes razón. Podría ser que la combinación del hechizo Cadena de Fuego y la contaminación de los repiques hayan erosionado mi capacidad de pensar.

—No creo eso ni por un momento, Zedd. Creo que lo que ocurre es que quieras a Richard y estás preocupado por él. No habría buscado tu consejo de no

haber sido importante. Me contaste lo que necesitaba saber.

—Si vuelves a sentirte confuso —le dijo Cara al anciano—, yo te lo dejaré todo bien claro.

Zedd la miró con el entrecejo fruncido.

—Qué tranquilizador.

—Bueno, Nicci se extendió mucho —dijo Cara—, pero en realidad no es tan complicado. Cualquiera debería de ser capaz de verlo... incluso tú, Zedd.

Zedd puso cara de pocos amigos.

—¿Qué quieres decir?

Cara encogió un hombro.

—Nosotros somos el acero contra el acero. Lord Rahl es la magia contra la magia.

Para Cara no era más complicado que eso. Nicci se preguntó si la mordsith no se daba cuenta en realidad de que únicamente raspaba la superficie, o si comprendía todo el concepto mejor que nadie. A lo mejor ella tenía razón y en realidad no era más complicado que eso.

Zedd posó una mano sobre el hombro de Nicci. A ella le recordó el delicado contacto de Richard.

—Bien, a pesar de lo que Cara dice, esto puede significar la muerte de todos nosotros. Si funciona, no obstante, tenemos mucho trabajo que hacer. Richard va a necesitar nuestra ayuda. Tú y yo sabemos muchísimo sobre magia. Richard apenas sabe nada.

Nicci sonrió para sí.

—Sabe más sobre ella de lo que crees que sabe. Fue Richard quien descifró la mácula en el hechizo Cadena de Fuego. Ninguno de nosotros comprendía todo aquello sobre el lenguaje de los símbolos, pero Richard se percató. Por sí solo aprendió a comprender dibujos, diseños y emblemas antiguos.

»Jamás pude enseñarle nada sobre su don, pero él me sorprendió a menudo con lo mucho que captaba de lo que estaba más allá de la comprensión convencional de la magia. Me enseñó cosas que no habría podido imaginar jamás.

Zedd asentía.

—A mí también me vuelve loco.

Rikka, la otra mord-sith que vivía en el Alcázar del Hechicero, asomó la cabeza por la puerta.

—Zedd, se me acaba de ocurrir que deberías saber algo. —Señaló con un dedo hacia el cielo—. Yo estaba unos cuantos niveles más arriba y debe de haber alguna clase de ventana rota o algo. El viento hace un ruido extraño.

Zedd frunció el entrecejo.

—¿Qué clase de ruido?

Rikka se puso en jarras y clavó la mirada en el suelo, reflexionando.

—No lo sé. —Volvió a alzar los ojos—. Es difícil de describir. Me recordó un poco al viento soplando por un pasadizo estrecho.

—¿Un aullido? —preguntó Zedd.

Rikka negó con la cabeza.

—No. Era más bien como cuando el viento sopla a través de las almenas.

Nicci dirigió una veloz mirada a las ventanas.

—Acaba de amanecer. He estado lanzando telarañas mágicas. El viento no se ha alzado aún.

Rikka se encogió de hombros.

—No sé qué podría haber sido, entonces.

—El Alcázar a veces emite sonidos cuando respira.

Rikka arrugó la nariz.

—¿Respira?

—Sí —dijo el mago—. Cuando cambia la temperatura, como ahora en que las noches son cada vez más frías, el aire que hay abajo, en las miles de habitaciones, se mueve de un lado a otro. Al verse obligado a pasar por los espacios angostos de los pasillos en ocasiones gime a través de los corredores del Alcázar aun cuando no haya viento fuera.

—Bueno, no llevo aquí el tiempo suficiente para haber presenciado algo así, pero eso debe ocurrir. El Alcázar debe de estar respirando —Rikka empezó a alejarse.

—Rikka —la llamó Zedd, aguardando a que la mord-sith se detuviera—. ¿Qué hacías ahí arriba de todos modos?

—Chase está buscando a Rachel —repuso Rikka, volviéndose—. Simplemente ayudaba. ¿No la has visto, verdad?

Zedd negó con la cabeza.

—Esta mañana no. La vi por última vez anoche, cuando se fue a acostar.

—De acuerdo. Se lo diré a Chase. —Rikka miró al interior de la habitación un momento y luego apoyó una mano en la entrada—. ¿Y qué es esa cosa de la mesa? ¿Qué tramáis vosotros tres?

—Problemas —dijo Cara.

Rikka asintió con expresión sagaz.

—Magia.

—Lo has acertado —repuso Cara.

Rikka dio un golpecito con la palma de la mano en el marco de la puerta.

—Bueno, será mejor que vaya en busca de Rachel antes de que Chase la encuentre primero y le lea la cartilla por andar explorando.

—Esa niña es una auténtica rata del Alcázar —suspiró Zedd—. A veces pienso que conoce el Alcázar tan bien como yo.

—Lo sé —replicó Rikka—. Me he tropezado con ella en lugares que no podía ni creer. En una ocasión tuve la certeza de que tenía que haberse perdido. Ella insistió en que no era así. Hice que me condujera de vuelta para demostrarlo. Regresó a su habitación sin equivocarse de pasillo ni una sola vez, luego me miró con una sonrisa burlona y dijo: «¿Lo ves?».

Sonriendo, Zedd se rascó la sien.

—Yo tuve una experiencia similar con ella. Los niños aprenden tales cosas con rapidez. Chase la anima a aprender cosas, a saber dónde está, de modo que no se pierda con tanta facilidad. Imagino, que puesto que yo crecí aquí, ésa es la razón de que no me pierda en este lugar.

Rikka giró en dirección al pasillo pero luego se volvió cuando Zedd pronunció su nombre.

—¿El ruido del viento? —Meneó un dedo en dirección al techo—. ¿Has dicho que fue ahí arriba?

Rikka asintió.

—¿Te refieres al corredor que discurre ante la hilera de bibliotecas? ¿El lugar con las zonas para sentarse espaciadas a lo largo del pasillo?

—Sí ése es el lugar. Estaba comprobando las bibliotecas en busca de Rachel. Le gusta mirar libros. Pero como has dicho, debe de ser el Alcázar que respira.

—El único problema es que ésa es una de las zonas donde el Alcázar tiende a no emitir ningún sonido cuando respira. Los extremos sin salida de ese corredor desvían el movimiento del aire a otra parte, impidiendo que haya suficiente aire moviéndose por esa zona lo bastante deprisa como para emitir tal sonido.

—Podría haber venido de más lejos... y yo pensé que era en ese corredor.

—¿Y dices que sonaba como un gemido? —quiso precisar Zedd.

—Bueno, ahora que lo pienso, parecía más un gruñido.

La frente de Zedd se arrugó.

—¿Un gruñido?

Cruzó la gruesa alfombra y sacó la cabeza por la puerta, para escuchar.

—Bueno, no un gruñido como un animal —indicó Rikka—. Más bien como un retumbo sordo... me recordó el sonido que hace el viento al pasar por entre las almenas. Ya sabes, un sonido parecido a una especie de revoloteo sordo.

—No oigo nada —masculló Zedd.

Rikka hizo una mueca.

—Bueno, no puedes oírlo aquí abajo.

Nicci se reunió con ellos en la entrada.

—Entonces ¿por qué siento algo que vibra en el centro de mi pecho?

Zedd miró fijamente a la hechicera por un momento.

—¿A lo mejor por algo relacionado con todos esos conjuros que tenían que ver con la caja?

Nicci se encogió de hombros.

—Podría ser, supongo. Nunca antes he tratado con algunos de esos elementos. No hay forma de saber cuáles podrían ser los efectos secundarios.

—¿Recuerdas cuando Friedrich disparó accidentalmente aquella alarma? —preguntó él, volviéndose hacia Rikka, quien asintió—. ¿Sonó algo parecido a eso?

Rikka negó categóricamente con la cabeza.

—No a menos que pusieras la alarma bajo el agua.

—Las alarmas son magia construida. —Zedd se frotó el mentón pensativo—. No puedes ponerlas bajo el agua.

Cara empuñó su agiel.

—Basta de charlas. —Se abrió paso entre ellos para cruzar la puerta—. Yo digo que vayamos a echar una mirada.

Zedd y Rikka la siguieron. Nicci no.

Indicó con un ademán la caja del Destino que descansaba sobre la mesa, en el interior de la resplandeciente telaraña de luz.

—Será mejor que no me aleje.

Además de velar por la caja, necesitaba estudiar *El libro de la vida*, junto con otros volúmenes, más a fondo. Todavía existían partes de la teoría que regía las cajas que no había sido capaz de comprender por completo, y la desazonaban una cantidad de preguntas sin respuesta. Si quería acabar siendo de alguna ayuda a Richard, necesitaba conocer las respuestas a esas preguntas.

Lo que más le preocupaba era una cuestión en la parte central de la teoría relacionada con las conexiones entre el poder de la caja y el sujeto que sufría más personalmente el hechizo Cadena de Fuego: Kahlan. Nicci necesitaba comprender mejor la naturaleza de los requisitos para las conexiones basadas en fundamentos primordiales. Necesitaba entender por completo cómo se establecían tales fundamentos. Le molestaban las restricciones sobre protocolos predeterminados..., su necesidad de disponer de un campo estéril para recrear el recuerdo. También necesitaba saber más cosas sobre las condiciones precisas en las que era necesario aplicar las fuerzas.

En el centro de todo ello, no obstante, estaba aquel requisito cautelar de un campo estéril. Era necesario que comprendiera la naturaleza precisa del campo estéril que las cajas requerían y, lo que era más importante, por qué los protocolos de éstas lo prescribían.

—Tengo todos los escudos activados —le indicó Zedd—. Las entradas al Alcázar están selladas. Si alguien hubiera entrado sin permiso sonaría todas las alarmas. Nos tendríamos que poner tapones en los oídos hasta hallar la causa.

—Hay personas con el don que saben sobre tales cosas —le recordó Nicci.

Zedd no necesitó meditarlo mucho rato.

—No vas desencaminada. Teniendo en cuenta todo lo que está pasando, y todo lo que aún no sabemos, hemos de ser cautelosos. No sería una mala idea que no perdieras de vista la caja.

Nicci asintió mientras les seguía fuera de la puerta.

—Hacédmelo saber en cuanto todo esté despejado.

El altísimo pasillo del exterior, si bien no llegaba a los cuatro metros de anchura, se alzaba hasta quedar casi fuera de la vista sobre sus cabezas. El corredor formaba un largo y estrecho pasaje en la montaña en la parte más inferior del Alcázar. En el lado izquierdo se alzaba una pared que había sido tallada directamente en el granito de la misma montaña. Incluso miles de años más tarde, las marcas dejadas por las herramientas de tallar todavía eran visibles.

Aquella grieta en apariencia interminable a través de la montaña constituía parte del límite de la zona de contención. Las habitaciones situadas dentro de esta zona estaban todas alineadas a lo largo del borde exterior del Alcázar, que ascendía surgiendo de la montaña misma.

Nicci siguió a los demás sólo un corto trecho por el pasillo, observándolos hasta que llegaron a la primera intersección.

—Éste no es momento para volverse descuidado o indulgente —les gritó—. Hay demasiado en peligro.

Zedd aceptó su advertencia con un asentimiento de cabeza.

—Regresaremos en cuanto eche un vistazo.

Cara lanzó a una mirada atrás, a Nicci.

—No te preocupes, estaré allí y no estoy de humor para ser indulgente. De hecho, no voy a estar de buen humor otra vez hasta que vea a lord Rahl vivo y a salvo.

—¿Tú tienes ratos de buen humor? —preguntó Zedd mientras se alejaban a toda prisa.

Cara lo miró con cara de pocos amigos.

—Con frecuencia me muestro alegre y amable. ¿Estás sugiriendo que no es así?

Zedd alzó las manos en señal de rendición.

—No, no. «Alegre» te describe a la perfección.

—Bueno.

—De hecho, «alegre» iría por delante incluso de «sanguinaria» en mi opinión.

—Ahora que lo pienso, creo que aún me gusta más lo de «sanguinaria».

Nicci no podía compartir el espíritu de sus bromas. Ella no servía para hacer reír a la gente, y con frecuencia la dejaba perpleja el modo en que Zedd y otros podían aliviar la tensión con tales frases.

Nicci conocía muy bien la naturaleza de las personas que intentaban matarles. En una ocasión fue una de ellas, y había sido tan despiadada como letal.

Ni una sola vez había visto al emperador Jagang mostrarse jovial o despreocupado. No era precisamente un hombre dado a las agudezas. Había pasado mucho tiempo con él, y jamás fue otra cosa que sistemáticamente letal. Su causa era terriblemente seria para él y estaba consagrado a ella de un modo fanático. Conociendo a la clase de personas que iban a por ellos, personas como ella misma había sido en una ocasión, y puesto que comprendía su naturaleza desalmada, Nicci no consideraba que ella pudiera actuar con menor seriedad que ellos.

Miró con atención como Zedd, Cara y Rikka se alejaban a toda prisa por el primer pasillo a la derecha, en dirección a la escalera.

Mientras ellos iniciaban el ascenso, Nicci comprendió de improviso qué era el sonido, la vibración que había experimentado.

Era una alarma, en cierto modo.

Y supo por qué Rikka no la había reconocido.

Abrió la boca para llamar a los otros justo cuando el mundo pareció detenerse en seco.

Una nube oscura descendió como una exhalación por el hueco de la escalera. Era como una serpiente esbozada por miles de motas en el aire, que avanzaba, giraba, se retorcía, adelgazaba y engordaba mientras descendía en medio de un rugido. El retumbo producido por su aleteo era ensordecedor.

Miles de murciélagos doblaron la esquina en tropel, formando como una bandada en el aire, constituida por un número incalculable de aquellas pequeñas

criaturas. El espectáculo de tantos miles de murciélagos fusionados en una única figura en movimiento era fascinante. La barahúnda resonó en las paredes, inundando aquella hendidura en la montaña con una explosión de ruido. Los murciélagos parecían huir presas del pánico.

Zedd, Cara y Rikka parecían petrificados en el punto donde habían empezado a subir la escalera.

Y entonces los murciélagos que huían desaparecieron, empujados por el terror que recorría el Alcázar tras ellos.

Con la vista fija en la escalera por la que habían venido los murciélagos, Nicci sintió como si estuviera petrificada, inmóvil en un expectante momento de silencio en el tiempo, esperando algo inimaginable. Con una sensación de pánico creciente, comprendió que en realidad no podía moverse.

Y entonces una forma oscura descendió veloz la escalera como un mal viento. Sin embargo, al mismo tiempo, parecía, de un modo inexplicable, estar inmóvil. Parecía compuesta de arremolinadas formas negras y sombras ondulantes, que creaban un negro torbellino de oscuridad. La mareante forma, sus corrientes de oscuridad entrelazadas, insinuaban un movimiento que no tenía.

Nicci pestañeó, y la cosa ya no estaba.

Renovó con urgencia el esfuerzo por moverse, pero sintió como si estuviera suspendida en cera tibia. Podía respirar hasta cierto punto, y avanzar, pero sólo de un modo increíblemente lento. Cada centímetro precisaba de un esfuerzo monumental y parecía tardar una eternidad. El mundo se había vuelto terriblemente espeso mientras todo aminoraba hacia un paro total.

En el corredor, justo detrás de los otros que estaban en el pasillo al pie de la escalera, la forma volvió a aparecer, suspendida en el aire, por encima del suelo de piedra. Parecía una mujer vestida con un ondulante vestido negro, flotando bajo el agua.

Incluso en mitad de su creciente terror, Nicci halló fascinadora la extraña visión. Los otros, a los que la intrusa había dejado ya atrás, estaban ascendiendo la escalera, tan quietos como si estuvieran atrapados en una pintura.

Los negros cabellos hirsutos de la mujer se alzaban perezosamente alrededor de todo su rostro pálido. La amplia tela de su vestido negro se arremolinaba como

en torbellinos de agua. En el interior de la lenta turbulencia de la tela y los pelos negros, la mujer parecía casi no moverse.

Daba toda la impresión de estar flotando bajo unas aguas turbias.

Entonces la figura volvió a desaparecer.

No, no estaba bajo agua, comprendió Nicci.

Estaba en la sliph.

Así era como Nicci se sentía, también. Era aquella clase de extraña y sobrenatural sensación de vagar suspendido a la deriva. Era increíblemente lento y al mismo tiempo cegadoramente veloz.

La figura volvió a surgir de repente, más cerca esta vez.

Nicci intentó llamar, pero no pudo. Intentó alzar los brazos para lanzar una telaraña mágica, pero sus movimientos eran demasiado lentos. Pensó que podría necesitar todo un día sólo para alzar el brazo.

Fragmentos centelleantes de luz titilaron y relampaguearon en el aire entre Nicci y los demás. Era magia, comprendió, lanzada por Zedd. No alcanzó a la intrusa. Aun cuando el breve aluvión de poder se apagó con un chisporroteo sin tener el menor efecto, a Nicci la dejó atónita que Zedd hubiera conseguido activarlo de todos modos. Ella había intentado algo muy parecido sin ningún resultado.

Oscuros regueros de tela se movieron a la deriva, agitándose por el pasillo. Formas y sombras serpenteantes se enroscaron sobre sí mismas mientras se movían con gran lentitud. La figura no caminaba, ni corría. Resbalaba, flotaba, fluía.

Luego volvió a desaparecer.

En un abrir y cerrar de ojos, reapareció, mucho más cerca aún. Tenía una piel espectral muy tirante, sobre un rostro huesudo que parecía no haber sido tocado jamás por la luz del sol. Gudejas de ingravidos cabellos negros se alzaban junto con jirones del ondulante vestido negro.

Era el espectáculo más desorientador que Nicci había visto jamás. Sintió como si se ahogara y el pánico brotó en ella ante la sensación de no ser capaz de respirar lo bastante rápido, de conseguir el aire que necesitaba. Sus ardientes

pulmones eran incapaces de funcionar más deprisa que el resto de ella.

Cuando Nicci concentró la mirada, la figura de la mujer había desaparecido. Se le pasó por la cabeza que también sus ojos eran demasiado lentos. El corredor volvía a estar vacío. Parecía que su concentración era incapaz de mantener el mismo ritmo que el movimiento.

Pensó que a lo mejor padecía alguna clase de alucinación provocada por los hechizos que había lanzado, por el poder de la caja al que había accedido. Se preguntó si podría ser alguna clase de efecto secundario. A lo mejor era el poder mismo de las cajas que había venido a por ella por haberlo manipulado indebidamente.

Tenía que ser eso... algo relacionado con todas las cosas peligrosas que ella había conjurado.

La mujer apareció otra vez, como si flotara hacia arriba a través de turbias profundidades, emergiendo de improviso a la vista, fuera del oscuro abismo.

Esta vez Nicci pudo ver con claridad las facciones austeras y angulosas de la mujer.

Sus ojos, de un azul desvaído, se clavaron en Nicci. Aquel escrutinio llevó un gélido temor al alma de Nicci. Los ojos de la mujer eran tan pálidos que parecía que tenían que estar ciegos, pero Nicci sabía que esa mujer podía ver a la perfección, no sólo a la luz, sino también en la cueva más negra.

La mujer sonrió con la mueca más perversa que Nicci había visto nunca. Era la sonrisa de alguien que no tenía miedo pero que disfrutaba causándolo, una mujer que sabía que lo tenía todo bajo su dominio. Un lento escalofrío recorrió a Nicci.

Y a continuación la mujer desapareció.

A lo lejos, más magia de Zedd centelleó y chisporroteó brevemente antes de extinguirse.

Nicci pugnó por moverse, pero el mundo era demasiado espeso, tal y como lo parecía a veces en aquellos sueños terribles que ella tenía, sueños en los que luchaba por moverse pero no lo conseguía a pesar de lo mucho que lo intentaba. Era el sueño en el que intentaba huir de Jagang. Él estaba siempre cerca, yendo a por ella, alargando las manos para cogerla. Era como la muerte misma, resuelto a llevar

a cabo las crueidades más inimaginables, mientras iba hacia ella. Ella siempre deseaba desesperadamente correr en aquellos sueños, pero, a pesar de sus denodados esfuerzos, sus piernas no querían moverse con la velocidad suficiente.

Tales sueños la ponían siempre en estado de pánico. Era un sueño que convertía la muerte en tan real que podía paladear su terror.

Había tenido aquel sueño en una ocasión estando acampada. Richard había estado allí. La despertó preguntando qué sucedía, y ella se tragó las lágrimas entre jadeos mientras se lo contaba. Él le cogió el rostro con la mano y le dijo que sólo era un sueño, y que a ella no le pasaba nada. Y ella habría dado cualquier cosa por que él la hubiera abrazado y le hubiera dicho que estaba a salvo, pero él no lo hizo. Con todo, tener su mano sobre el rostro, cubierta con las dos suyas, y sus palabras amables, su empatía, habían sido un consuelo que calmó el terror que sentía.

Esto, no obstante, no era un sueño.

Nicci intentó tomar aire, llamar a Zedd, pero no pudo hacer ninguna de esas cosas. Intentó invocar a su han, su don, pero no parecía capaz de conectar con él. Era como si su don fuera sumamente veloz y ella sumamente lenta.

La mujer, cuya carne era del color pálido de los que acaban de morir, el pelo y el vestido tan negros como el inframundo, estaba de improviso justo allí, justo al lado de Nicci.

El brazo de la mujer flotó al exterior, alargándose por entre la arremolinada tela negra. La carne reseca, estirada al máximo sobre los nudillos, realzaba más su esqueleto. Sus dedos huesudos rozaron la parte inferior de la mandíbula de Nicci. Fue un contacto altanero, un arrogante acto de triunfo.

Ante el contacto, la vibración que sentía la hechicera en el pecho se agudizó. Le dio la impresión de que iba a ser capaz de hacerla pedazos.

La mujer rió. Fue una carcajada, hueca, lenta y borbotante, que resonó dolorosamente por los pasillos de piedra del Alcázar.

Nicci supo sin la menor duda lo que la mujer quería, lo que había venido a buscar, e intentó con desesperación activar su poder, agarrar a la mujer, abalanzarse sobre ella, hacer cualquier cosa para detenerla, pero no pudo hacer nada. Su poder parecía estar increíblemente lejos, necesitaría toda una eternidad para alcanzarlo.

Al mismo tiempo que su dedo rozaba la mandíbula de Nicci, la mujer volvió a desaparecer, desvaneciéndose de vuelta al interior de las oscuras profundidades.

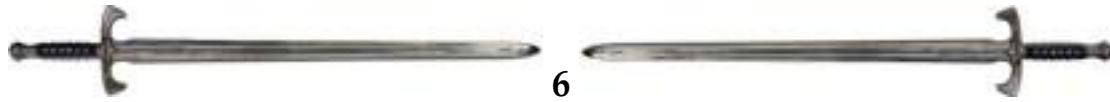
La siguiente vez que apareció, estaba ante las puertas abiertas, revestidas de latón, de la habitación que contenía la caja. La mujer flotó a través de la entrada, sin que sus pies tocaran el suelo en ningún momento, y con el vestido ondeando levemente a su alrededor.

Una vez más desapareció del centro de visión de Nicci.

La siguiente vez que apareció, estaba entre la habitación y Nicci.

Tenía la caja del Destino bajo un brazo.

Mientras aquella risa horrible resonaba por la mente de Nicci, el mundo se sumió en la oscuridad.



Rachel no sabía a quién pertenecía el caballo, y no le importaba en realidad. Lo quería.

Llevaba corriendo toda la noche y estaba agotada. En ningún momento se había detenido a considerar por qué tendría que estar corriendo. En cierto modo no parecía relevante. Sólo importaba que siguiera avanzando. Tenía que darse prisa. Tenía que seguir adelante.

Necesitaba ir más deprisa.

Necesitaba el caballo.

Estaba segura de la dirección en la que tenía que ir, aunque no sabía por qué se sentía tan segura. No le dedicaba ninguna consideración seria a aquel asunto, y éste se limitaba a ser sólo una pregunta procedente de algún punto en lo más profundo de la mente que jamás llegaba a salir a la superficie para transformarse en una inquietud.

Mientras permanecía agazapada en aquel arbusto reseco, intentaba mantenerse tan quieta como una sombra a la vez que calculaba qué hacer. Era difícil permanecer inmóvil debido al frío que sentía. Intentó no tiritar por temor a delatarse. Quería frotarse los brazos, pero sabía que no debía porque cualquier movimiento podría atraer la atención. Helada como estaba, lo que más le interesaba era conseguir el caballo.

Quienquiera que fuese el propietario del animal no parecía estar cerca. O si lo estaba, ella no podía verle. A lo mejor dormía en la larga maleza marrón y estaba demasiado bajo para que ella viera dónde estaba. A lo mejor estaba explorando.

O podría estar esperando a que ella apareciera, quizá con una flecha colocada y lista, de modo que en cuanto ella saliera corriendo de su escondite pudiera apuntar y abatirla. No obstante lo aterrador que era tal pensamiento, su necesidad de seguir adelante se impuso.

Rachel comprobó la posición del sol entre el espeso grupo de árboles, orientándose, asegurándose de que sabía en qué dirección necesitaba ir. Analizó las posibles rutas de huida. Había un sendero amplio por donde podría huir velozmente. También había un río poco profundo que discurría a través del prado. Al otro lado del prado el río corría en paralelo al camino hacia el sudeste, entre los árboles.

El sol, bajo y con un aspecto enorme, flotaba justo encima de la línea del horizonte. Su color cárdeno hacía juego con los araños que cubrían los brazos de Rachel y que se había hecho al correr a través de la maleza.

Antes de que ella lo advirtiera, antes de que hubiera acabado de meditarlo, sus piernas estaban ya en movimiento. Casi parecían tener mente propia. Dio unos pocos pasos fuera de la maleza y empezó a correr disparada en dirección al caballo.

Por el rabillo del ojo, divisó al hombre cuando éste se irguió de repente. Tal y como Rachel había sospechado, había estado durmiendo. Con su chaleco de cuero y las correas claveteadas llenas de cuchillos, parecía uno de aquellos hombres de la Orden Imperial. Daba la impresión de estar solo. Probablemente explorando. Eso era lo que Chase le había enseñado. Los soldados de la Orden Imperial que estaban solos solían ser exploradores.

En realidad no le importaba quién era. Quería el caballo. Pensó que quizás debería sentir miedo del hombre, pero no era así. Lo único que temía era no conseguir el caballo, no darse prisa.

El hombre arrojó la manta a un lado y se puso en pie de un salto. Echó a correr como una exhalación. Se acercaba deprisa, pero las piernas de Rachel habían crecido durante el verano y era una corredora veloz. El soldado le chilló y ella apenas le prestó atención mientras iba a toda velocidad hacia la yegua zaina.

El hombre le arrojó algo. Ella lo vio pasar como una flecha por encima de su hombro izquierdo. Era un cuchillo. A tal distancia, sabía que había sido un lanzamiento estúpido; un lánzalo y reza, como lo llamaba Chase. Él le había enseñado a concentrarse, a apuntar. Le había enseñado una barbaridad de cosas sobre esas armas. Rachel también sabía que un blanco que corría era difícil de acertar con un cuchillo.

No se equivocó. El cuchillo no le dio por un buen margen, y se clavó con un golpe sordo en un tronco caído situado entre ella y el caballo. Arrancó de un tirón el

arma del tronco podrido mientras corría y se lo metió en el cinturón a la vez que aminoraba la marcha.

El cuchillo era suyo ahora. Chase le había enseñado a coger las armas del enemigo siempre que fuera posible y estar preparada para utilizarlas. Le había enseñado que en una situación de supervivencia tenía que usar cualquier cosa que tuviera a mano.

Tomando aire a bocanadas, corrió bajo el hocico del caballo, agarrando los flojos extremos de las riendas, pero estaban atadas a la rama de un tronco caído. Sus dedos trabajaron frenéticamente para deshacer el tirante nudo, pero estaban entumecidos por el frío y le resbalaban sobre el cuero. Quiso chillar de contrariedad, pero en su lugar siguió trabajando con el nudo. Pareció que tardaba una eternidad en aflojarlo, pero en cuanto las riendas quedaron libres las juntó en una mano.

Fue entonces cuando reparó en la silla de montar que no estaba muy lejos. Echó una mirada arriba cuando el hombre volvió a chillar, lanzándole un improperio. Se acercaba deprisa. No tendría suficiente tiempo ni para ensillar el caballo. Unas alforjas —probablemente llenas de provisiones— estaban recostadas contra la silla.

Deslizó el brazo bajo el centro de las alforjas y pasó agachada bajo el cuello del sobresaltado animal.

Colocándose en el lado izquierdo, agarró un puñado de crines y se sujetó con fuerza para saltar sobre el lomo desnudo del animal. Las alforjas pesaban y estuvo a punto de dejarlas caer, pero se aferró bien y tiró de ellas hacia arriba. Colocó las pesadas bolsas atravesadas sobre la cruz del caballo, frente a sus piernas. Habría comida y agua dentro, y necesitaría ambas cosas si quería ser capaz de seguir adelante durante mucho tiempo. Simplemente daba por supuesto que sería un largo viaje.

El caballo resopló, sacudiendo la cabeza. Rachel no dedicó tiempo a tranquilizar al animal como Chase le había enseñado. Tiró de las riendas a la vez que golpeaba las costillas del caballo con los talones. El animal danzó lateralmente, no muy seguro sobre su desconocido nuevo jinete. Rachel echó un vistazo atrás y vio que el hombre estaba casi allí. Agarrando con energía un puñado de crines con una mano y las riendas con la otra, Rachel se inclinó al frente y volvió a golpear los costados del animal con los talones, algo más atrás. El caballo salió disparado.

El hombre, maldiciendo, efectuó un salto frenético para agarrar la brida. Rachel dio un tirón a las riendas y el caballo obedeció. El soldado pasó volando por delante y aterrizó de brúces, gruñendo por la fuerza del impacto. Lanzó un grito al ver de improviso los atronadores cascos del caballo tan cerca, su cólera se transformó en terror mientras rodaba fuera del paso del animal. No resultó pisoteado por unos centímetros.

Rachel no experimentó ninguna sensación de triunfo. Sólo sentía la compulsión de darse prisa, de correr hacia el sudeste. El caballo la complació.

Guió a la yegua por el arroyo situado en el otro extremo del claro cubierto de hierba. Los árboles los rodearon a medida que corrían siguiendo la amplia franja de aguas poco profundas, mientras el hombre desaparecía muy por detrás. El agua la salpicaba mientras el caballo corría.

Chase le había enseñado a utilizar el agua para ocultar su rastro.

Cada zancada del animal era una zancada más cerca, y eso era todo lo que importaba.



Cuando el soldado que pasaba ante los carromatos arrojó los huevos duros, Richard atrapó tantos como pudo. Sosteniéndolos en la parte interior del codo, gateó de vuelta bajo el carro para salir de la lluvia. Era un refugio frío y miserable, pero seguía siendo mejor que estar sentado bajo el aguacero.

Tras haber reunido su propio botín de huevos, La Roca, arrastrando su cadena tras él, correteó de vuelta bajo el otro extremo del carro.

—Huevos otra vez —dijo La Roca con repugnancia—. Eso es todo lo que nos dan siempre de comer. ¡Huevos!

—Podría ser peor —comentó Richard.

—¿Cómo? —quiso saber el otro, nada contento con su dieta.

—Podrían estarnos dando de comer a York.

La Roca miró en dirección a Richard y torció el gesto.

—¿York?

—Tu compañero de equipo, el que se partió la pierna —respondió Richard mientras empezaba a pelar uno de sus huevos—. El que Cara de Serpiente asesinó.

—Oh. Ese York. —La Roca lo consideró un momento—. ¿Realmente piensas que estos soldados comen personas?

Richard le echó una mirada.

—Si se quedan sin comida se pondrán a comer a los muertos. Si están lo bastante hambrientos y se quedan sin muertos, recolectarán una cosecha nueva.

—¿Piensas que se quedarán sin comida?

Richard sabía que así sería, pero no quiso decirlo. Había dado instrucciones a las fuerzas d'haranianas de destruir no sólo cualquier convoy de suministros procedente del Viejo Mundo, sino que destruyeran la capacidad del Viejo Mundo para mantener la enorme fuerza invasora que tenían en el norte.

—Me limito a decir que podríamos comer cosas peores que estos huevos.

La Roca contempló los huevos con otros ojos.

Mientras empezaba a pelar uno de ellos, La Roca cambió de tema.

—¿Crees que nos harán jugar a Ja'La bajo la lluvia?

Richard engulló un trozo de huevo duro antes de responder.

—Probablemente. Pero yo preferiría jugar un partido y calentarme en lugar de estar aquí sentado congelándome todo el día.

—Supongo —repuso La Roca.

—Además —le dijo Richard—, cuanto antes podamos empezar a derrotar a los equipos contrarios, antes ascenderemos en las categorías, y antes jugaremos contra el equipo del emperador.

La Roca sonrió burlón ante aquella perspectiva.

Richard estaba muerto de hambre, pero se obligó a tomárselo con calma y saborear la comida. Mientras pelaban cáscaras y comían en silencio, mantuvo la vista puesta en la actividad que tenía lugar a lo lejos. Incluso bajo la lluvia, los soldados estaban ocupados en toda clase de trabajos. El sonido de martillos en las forjas resonaba a través del sonsonete de la lluvia y el clamor de conversaciones, chillidos, discusiones, risas y órdenes dadas a gritos.

El vasto campamento estaba desplegado por las llanuras Azrith hasta lo que Richard podía ver de la línea del horizonte. Podía ver carros y un poco más allá las tiendas más grandes, en la media distancia. Pasaban caballos, y carros tirados por mulas se abrían paso entre las masas de combatientes. Hombres de pie, con aspecto abatido bajo la lluvia, formaban colas a la espera de recibir comida ante algunas tiendas.

A lo lejos el Palacio del Pueblo, descansando sobre una meseta elevada, se

alzaba imponente por encima de todo. Incluso en la lobreguez de aquel día gris, los magníficos muros de piedra, las torres espléndidas y los tejados de tejas del palacio destacaban por encima del ejército mugriento que había venido a destruirlo. Con los vapores que se alzaban del campamento de la Orden Imperial, unidos a la lluvia y el cielo nublado, la meseta y el palacio situado encima parecían una aparición distante y noble. Había momentos en que nubes y neblina pasaban ante ella como una cortina y toda la meseta desaparecía en una penumbra gris, como si ya hubiera visto suficiente del hervidero de gente que había venido a profanarla.

No era fácil para ningún enemigo atacar el palacio. La carretera que ascendía por el lado de las paredes del precipicio era excesivamente angosta para un ataque que mereciera tal nombre. Además de eso, había un puente levadizo que Richard estaba seguro de que ya habrían alzado e, incluso de no ser así, había muros colosales en lo alto y poco espacio para reunir cualquier fuerza de proporciones considerables.

Excepto en tiempos de guerra, el Palacio del Pueblo atraía comercio de todo D'Hara. Constantemente se llevaban provisiones para las personas que vivían allí, y como era un centro de comercio, cantidades ingentes de personas acudían al palacio a comprar y vender mercancías. Para todas aquellas personas, la ascensión a la ciudad palacio se llevaba a cabo principalmente por el interior de la misma meseta. Escaleras y pasarelas acogían al gran número de visitantes y vendedores. También había rampas para caballos y carros. Debido a que tantas personas subían por el interior de la meseta, había tiendas y tenderetes a lo largo de todo el trayecto. Innumerables personas acudían para comprar en aquellos puestos de venta y jamás efectuaban todo el trayecto hasta la ciudad, situada en lo alto.

Todo el interior de la meseta era un entramado de tiendas. Algunos de los espacios interiores eran públicos pero otros no. Había muchos soldados de la Primera Fila —la guardia del palacio— acuartelados allí.

El problema desde la perspectiva de la Orden Imperial era que las grandes puertas a aquellas áreas de acceso interior estaban cerradas. Aquellas puertas habían sido construidas para resistir cualquier clase de ataque, y había suficientes provisiones almacenadas dentro para resistir un asedio largo.

Fuera, las llanuras Azrith no eran en absoluto un lugar ideal para congregar a un ejército dispuesto a un asedio. Si bien unos pozos profundos en el interior de la meseta proporcionaban agua a los habitantes, fuera del palacio, en las llanuras Azrith, no había ningún suministro regular de agua cercano, y tampoco existía

ninguna fuente próxima de leña. Además, el clima en la llanura era muy riguroso.

La Orden Imperial tenía personas poseedoras del don, pero no podían resultar de mucha ayuda para abrir una brecha en las defensas del palacio. El edificio estaba construido bajo la forma de un hechizo de protección que amplificaba el poder del lord Rahl gobernante mientras que, al mismo tiempo, reducía el poder de cualesquiera otros. En el interior de aquella meseta, y en la ciudad situada encima, la habilidad de cualquier persona con el don que no fuera un Rahl quedaba severamente limitada por aquel hechizo.

Al ser un Rahl, un hechizo así sería beneficioso para Richard, de no ser porque lo habían separado de su don. Estaba bastante seguro de cómo se había llevado eso a cabo pero, encadenado a un carro, en mitad del campamento de un ejército enemigo, no podía hacer gran cosa al respecto.

Aparte de la meseta y el palacio situado encima, lo que más sobresalía en las llanuras Azrith era la rampa que la Orden Imperial estaba construyendo. Sin un modo fácil de atacar la sede del poder del Imperio d'haraniano, el último obstáculo que se interponía en el camino de su dominio total del Nuevo Mundo, a Jagang se le había ocurrido construir una rampa enorme para llevar fuerzas suficientes a lo alto de la meseta y abrir una brecha en las murallas.

En un principio, Richard había pensado que tal cosa era una tarea imposible, pero a medida que había estudiado lo que hacía el ejército de Jagang, se había sentido desanimado al comprender que podría funcionar. Si bien la meseta tenía una altura impresionante, alzándose muy por encima de las llanuras Azrith, la Orden Imperial disponía de cientos de miles de hombres que dedicar a la empresa.

Desde la perspectiva de Jagang, ése era su último objetivo, el último lugar que tenía que aplastar para poder instaurar el dominio sin oposición de la Orden Imperial. El emperador, ya no tenía más batallas que librar, ni más ejércitos que destruir, ni más ciudades que capturar. La ciudad en lo alto de la meseta era todo lo que se interponía en su camino.

La Orden Imperial no podía permitir que las gentes del Nuevo Mundo vivieran fuera de su control, porque ello contradecía las enseñanzas de sus líderes espirituales. Los Hermanos de la Orden predicaban que las elecciones individuales eran inmorales porque eran ruinosas para la humanidad. La existencia misma de personas prósperas, independientes y libres constituía un fuerte contraste con las doctrinas fundacionales de la Orden. La Orden había condenado a los habitantes

del Nuevo Mundo como egoístas y malvados, y exigido que se convirtieran a las creencias de la Orden o murieran.

Tener cientos de miles de efectivos con demasiado tiempo libre mientras aguardaban para imponer las creencias de la Orden resultaba sin duda conflictivo. Jagang había hallado una tarea para mantenerlos a todos ocupados, un sacrificio por la causa; ahora estaban todos consagrados a trabajar por turnos todas las horas del día y la noche en la construcción de la rampa.

Si bien Richard no podía verlos, sabía que tenían que estar excavando tierra y rocas. A medida que aquellos pozos de excavación aumentaban de tamaño, otros hombres transportaban la tierra al emplazamiento de la rampa. En un número tan vasto, trabajando sin pausa, podían llevar a cabo perfectamente tan sobrecededora empresa. Richard no llevaba mucho tiempo en el campamento, pero imaginaba que no tardaría en poder ver cómo la empinada rampa se acercaba a la cima de la meseta.

—¿Cómo morirás? —preguntó La Roca.

Richard estaba harto de contemplar la distante rampa, de contemplar el oscuro y cruel futuro que la Orden impondría a todo el mundo. La pregunta de La Roca, no obstante, no era exactamente un rayo de sol en la oscuridad. Richard se dejó caer hacia atrás, contra la parte interior de una rueda del carro.

—¿Crees que tendré elección? —preguntó por fin—. ¿Voz y voto en la cuestión? —Richard apoyó un antebrazo sobre la rodilla, gesticulando con medio huevo—. Efectuamos elecciones sobre cómo vivimos, La Roca. No creo que podamos decidir cómo moriremos.

A La Roca pareció sorprenderle la respuesta.

—¿Crees que podemos elegir cómo vivimos? Ruben, no tenemos elección.

—Podemos elegir —dijo Richard, sin más explicación, le dio un bocado al huevo.

La Roca alzó la cadena sujetada al collar.

—¿Cómo puedo hacer una elección? —Señaló fuera con un ademán—. Son nuestros amos.

—¿Amos? Ellos han elegido no pensar por sí mismos y vivir en su lugar de acuerdo con las enseñanzas de la Orden. Al hacer eso no son ni siquiera los amos de sus propias vidas.

La Roca sacudió la cabeza con asombro.

—A veces, Ruben, dices las cosas más raras. Soy un esclavo. Yo soy quien no tiene elección, no ellos.

—Hay cadenas más fuertes que las que llevas sujetas al collar que rodea tu cuello, La Roca. Mi vida significa mucho para mí. Daría mi vida para salvar la vida de alguien a quien tenga en mucha estima.

»Esos hombres han elegido sacrificar sus vidas para una causa sin sentido que sólo causa sufrimiento; han renunciado a sus vidas y no han obtenido nada que tenga ningún valor a cambio. ¿Es eso elegir vivir? No lo creo. Llevan cadenas que se han colocado al cuello, cadenas de una clase diferente, pero cadenas de todos modos.

—Yo peleé cuando vinieron a cogerme. La Orden Imperial ganó. Ahora estoy encadenado aquí. Esos hombres viven, pero si intentamos ser libres, moriremos.

—Todos tenemos que morir, La Roca... cada uno de nosotros. Es cómo elegimos vivir lo que importa. Al fin y al cabo, es la única vida que cada uno de nosotros tendrá jamás, así que cómo vivimos es de importancia capital.

La Roca masticó durante un momento mientras lo meditaba. Por fin, con una amplia sonrisa, pareció desestimar todo el asunto

—Bueno, si realmente acabo teniendo que elegir cómo moriré, deseo que sea bajo las aclamaciones de la multitud por lo bien que he jugado un partido. —Echó una mirada en dirección a Richard—. ¿Y tú, Ruben? ¿Si tienes que elegir...?

Richard tenía otras cosas en la cabeza... cosas importantes.

—Espero no tener que decidir esa cuestión el día de hoy.

La Roca suspiró pesadamente. Los huevos parecían diminutos en las manos rollizas del hombretón.

—Quizá no hoy, pero creo que en este lugar perderemos la vida.

Richard no respondió, así que su compañero volvió a hablar en medio del sonsonete del aguacero.

—Lo digo en serio. —Frunció el entrecejo—. Ruben, ¿estás escuchando, o sigues soñando con esa mujer que crees que viste cuando entramos en el campamento ayer?

Richard reparó en que así era, y en que sonreía. A pesar de todo, sonreía. A pesar de lo ciertas que eran las palabras de La Roca —que podían muy bien morir en ese lugar—, él sonreía. Con todo, no quería hablar de Kahlan con él.

—Vi muchas cosas cuando entramos con el carro en este campamento.

—Muy pronto, tras los partidos —dijo La Roca—, y si lo hacemos bien, tendremos mujeres. Cara de Serpiente nos lo ha prometido. Pero ahora sólo hay soldados y más soldados. Ayer debiste ver fantasmas.

Richard clavó la mirada en la nada, asintiendo.

—No eres el primero que piensa que ella es un fantasma.

La Roca levantó con un esfuerzo un trozo de cadena para apartarlo y desplazó el cuerpo un poco más cerca de Richard.

—Ruben, será mejor que tengas la cabeza clara o vas a conseguir que nos maten antes de tener siquiera una oportunidad de jugar contra el equipo del emperador.

Richard alzó los ojos.

—Pensaba que estabas preparado para morir.

—No quiero morir. Al menos hoy.

—Ahí lo tienes, La Roca, has hecho una elección. Incluso encadenado, has tomado una decisión respecto a tu vida.

El hombretón meneó un grueso dedo ante Richard.

—Mira, Ruben, si acabo muerto jugando a Ja'La, no quiero que sea porque tienes la cabeza en las nubes, soñando con mujeres.

—Sólo una mujer, La Roca.

El hombretón recostó el cuerpo y se limpió el resto de cáscaras de huevos de los dedos.

—Lo recuerdo. Dijiste que viste a la mujer que querías que fuera tu esposa.

Richard no lo corrigió.

—Sólo quiero que juguemos bien y ganemos todos nuestros partidos para que tengamos la oportunidad de competir con el equipo del emperador.

La amplia sonrisa de La Roca regresó.

—¿De verdad piensas que podemos vencer al equipo del emperador, Ruben? ¿Piensas que podemos sobrevivir a un partido con esos hombres?

Richard rompió la cáscara de otro huevo contra su tacón.

—Eres tú quien quiere morir bajo las aclamaciones de las multitudes por lo bien que has jugado.

La Roca le dedicó una mirada de soslayo.

—A lo mejor haré lo que tú dices y elegiré vivir como un hombre libre...

Richard se limitó a sonreír mientras partía el huevo por la mitad de un mordisco.

Poco después de que Richard y La Roca hubieran terminado de comerse los huevos, el comandante Karg apareció, avanzando con paso firme hacia ellos por el barro.

—¡Salid aquí fuera! ¡Todos vosotros!

Richard y La Roca gatearon fuera de debajo del carro y salieron a la llovizna. Otros cautivos en carros situados a ambos lados se pusieron en pie, aguardando para oír lo que quería decirles el comandante. Los soldados que pertenecían al equipo se aproximaron más.

—Vamos a tener visita —anunció el comandante Karg.

—¿Qué clase de visita? —preguntó uno de los soldados.

—El emperador está haciendo un recorrido por los equipos que han venido para el torneo. El emperador Jagang y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Espero que le demostréis que he sabido seleccionar un equipo digno de encomio. Cualquier hombre que no dé una buena imagen de mí, o que no sepa mostrar el respeto adecuado por nuestro emperador, no me será de utilidad.

Sin decir nada más, el comandante se marchó a toda prisa.

Richard sintió que oscilaba sobre los pies al mismo tiempo que el corazón le martilleaba con fuerza. Se preguntó si Kahlan estaría con Jagang, como había estado el día anterior. Si bien quería desesperadamente verla otra vez, detestaba pensar que ella tuviera que estar cerca de aquel hombre. De hecho, detestaba pensar que tuviera que estar cerca de cualquiera de aquellos hombres.

Durante el invierno, cuando Nicci había capturado a Richard y lo había llevado al Viejo Mundo, Kahlan, ocupando su lugar, había liderado las fuerzas d'haranianas. Ella era la persona responsable de impedir a Jagang que obtuviera la victoria en aquel entonces, que de otro modo habría logrado. Había sido responsable de reducir las filas de soldados de la Orden, incluso aunque los interminables suministros procedentes del Viejo Mundo hubieran incluido refuerzos que repusieron con creces a los hombres caídos. Kahlan no sólo había retrasado a los invasores, sino que se había ganado su odio imperecedero por todo el dolor que les había infligido. De no haber sido por ella la Orden probablemente habría atrapado al ejército d'haraniano y lo habría masacrado, pero ella lo había mantenido un paso por delante de Jagang, justo fuera de su alcance.

Intentando mostrarse sereno, Richard se recostó contra el carro y cruzó los brazos mientras aguardaba. No tardó mucho en avistar un séquito que se abría paso por el campamento. Pasaban a lo largo de la hilera de equipos situados a lo lejos, deteniéndose a intervalos regulares en el camino para echar una mirada más detenida.

A juzgar por los soldados que Richard podía ver que conformaban el grupo, debían escoltar al emperador. Richard reconoció a la guardia de élite del día anterior, cuando había penetrado en el campamento y pasado justo por delante de Jagang. Fue entonces cuando vio brevemente a Kahlan. Los guardias del emperador eran amedrentadores con sus cotas de malla y cuero y con sus armas bien confeccionadas, pero era el tamaño de los hombres y sus músculos protuberantes, y

reluctantes debido a la lluvia, lo que resultaba de verdad sobrecededor.

Eran individuos que incluso metían el miedo en los corazones de las bestias que formaban la Orden. La Tropa se mantenía bien apartada de la guardia real. Richard no suponía que tales hombres fueran a tolerar nada que consideraran una amenaza potencial para el emperador.

La Roca se adelantó para unirse a los otros que aguardaban en fila a que el emperador les pasara revista.

Al ver Richard la cabeza afeitada de Jagang en el centro de las filas de aquellos hombres fornidos, cayó en la cuenta.

Jagang lo reconocería.

Jagang, como Caminante de los Sueños, había estado en las mentes de diferentes personas y había visto a Richard a través de sus ojos.

Richard apenas podía creer lo descuidado que había sido al no tener en cuenta que cuando jugara contra el equipo del emperador, para poder acercarse lo suficiente a Kahlan, Jagang estaría allí, y que Jagang lo reconocería. Obsesionado con la idea de conseguir llegar por fin hasta Kahlan, no había considerado tal posibilidad.

Richard reparó en algo más, entonces... una Hermana.

Parecía la hermana Ulicia, pero si era ella, había envejecido muchísimo desde la última vez que la había visto. Estaba más alejada, atrás, en la cola de todos los guardias que seguían a Jagang, pero Richard pudo ver de todos modos los pliegues flácidos de su rostro. La última vez que la había visto había sido una mujer atractiva, aunque Richard tenía dificultades para separar la belleza de una persona de su carácter. Y la hermana Ulicia era una mujer siniestra. No importaba lo superficialmente atractiva que fuera una persona, una personalidad cruel contaminaba la imagen que Richard tenía de ella. Un carácter corrompido influía en su valoración de una persona hasta tal extremo que no podía verla atractiva.

Ésa era también una de las razones por las que Kahlan le resultaba tan hermosa: no era tan sólo una belleza despampanante, sino ejemplar en todos los aspectos. Su inteligencia y perspicacia iban acompañadas de su pasión por la vida. Era como si su belleza cautivadora reflejara a la perfección su esencia.

La hermana Ulicia, a pesar de lo atractiva que había sido físicamente, en aquellos momentos sólo parecía reflejar la podredumbre que había en su interior.

Richard comprendió entonces que no sólo lo reconocerían Jagang y la hermana Ulicia, sino que habría otras Hermanas en el campamento que también lo conocían.

De improviso, se sintió muy vulnerable. Cualquiera de aquellas Hermanas podía pasar por allí en cualquier momento. No tenía dónde esconderse.

Cuando llegara lo bastante cerca, Jagang no dejaría de ver que lord Rahl, justo el hombre que perseguía, estaba allí mismo, entre ellos. Encadenado como se hallaba, sin su habilidad para utilizar su han, Richard estaría a merced de Jagang.

En un escalofriante abrir y cerrar de ojos pasó ante él una visión que Shota, la bruja, le había transmitido. Había visto cómo lo ejecutaban. Llovía en aquella visión, de un modo muy parecido a como lo hacía ahora. Kahlan había estado allí y, en lloroso terror había presenciado como le ataban las muñecas a la espalda y le obligaban a arrodillarse sobre el barro. Mientras él estaba arrodillado allí, con Kahlan chillando a voz en cuello su nombre, un soldado fornido de aspecto bestial había ido a colocarse detrás de él, prometiendo hacer suya a Kahlan mientras pasaba un cuchillo por delante del rostro de Richard, y luego le cercenaba la garganta.

Richard advirtió que se tocaba la garganta, como para aliviar la herida. Jadeaba, presa del pánico.

Sintió una ardiente oleada de náuseas ascendiendo a través de él. ¿Iba a ser realidad la visión de Shota? ¿Era esto sobre lo que ella le había querido advertir? ¿Iba a ser ése el día en que muriera?

Todo estaba sucediendo demasiado deprisa. No estaba preparado para esto. ¿Pero qué podría haber hecho para estar preparado?

—¡Ruben! —chilló el comandante Karg—. ¡Ven hasta aquí!

Richard luchó por controlar sus emociones. Inspiró profundamente y pugnó por serenarse mientras empezaba a avanzar, sabiendo que si no lo hacía sólo conseguiría que las cosas se pusieran feas aún más deprisa.

No muy lejos, el grupo de hombres estaba parado ante el siguiente equipo de

la hilera. Richard pudo oír el murmullo de sus conversaciones por encima del sonido de la lluvia.

Su cabeza trabajaba a toda velocidad, intentando pensar qué podía hacer antes de que Jagang lo reconociera. Sabía que no podía esconderse detrás de los otros. Era el hombre punta. Jagang querría ver al hombre punta del equipo.

Y entonces avistó brevemente a Kahlan.

Richard se movió como en un sueño. Todo el grupo de soldados que rodeaba al emperador y a Kahlan había empezado a girar en la dirección en que estaba Richard y su equipo.

Sabiendo que tenía que reunirse con los otros hombres, Richard empezó a pasar por encima de la cadena sujetada al collar de La Roca. Justo entonces tuvo una idea. Apresuró el paso al frente y dejó a propósito que su pie se enganchara en la cadena. Cayó de bruces en el lodo.

El comandante Karg enrojeció de cólera.

—Ruben... ¡torpe idiota! ¡Levántate!

Richard se incorporó a toda prisa al mismo tiempo que los guardias de Jagang empezaban a dejar paso al emperador. Richard se puso en pie muy erguido junto a La Roca. Con un dedo, se retiró el barro de los ojos.

Pestañeo para aclararse la visión. Entonces divisó a Kahlan. Caminaba justo detrás de Jagang. La capucha de la capa, subida para protegerla de la lluvia, le ocultaba en parte el rostro. Richard reconoció cada familiar movimiento de su cuerpo. Nadie se movía como ella.

Los ojos de ambos se encontraron, y Richard pensó que el corazón se le pararía.

Recordó la primera vez que la había visto. Ella había tenido un aspecto tan noble con aquel vestido blanco... Recordó el modo en que lo había mirado directamente sin hablar; una mirada que era inquisitiva y al mismo tiempo cauta, una mirada que transmitía al instante y con claridad su inteligencia. Él jamás había visto a nadie hasta aquel momento que pareciera tan... valiente.

Pensó que probablemente había estado enamorado de ella desde aquel

primer momento, desde aquella primera mirada a sus hermosos ojos verdes. Había estado seguro de que en aquella primera mirada a los ojos de Kahlan había visto su alma.

En aquellos momentos había todo eso en su expresión, junto con una insinuación de confusa inquietud. Debido al modo en que su mirada se fijó en ella, la siguió, Kahlan fue consciente de que podía verla. Al ser el objeto del hechizo Cadena de Fuego, ella no recordaría quién era él, ni quién era ella. Aparte de Richard y las Hermanas que la habían cogido prisionera y activado el hechizo Cadena de Fuego, nadie podía recordarla. Resultaba evidente que Jagang no se veía afectado por el hechizo, y Richard conjeturó que probablemente se debía a una conexión con las Hermanas. Pero Kahlan sería invisible para todos los demás.

De todos modos, ella notó que Richard podía verla. En el aislamiento impuesto por el hechizo, eso tenía que ser algo de una gran importancia y significado para ella. Por la expresión de su rostro, pudo darse cuenta de que así era.

Antes de que Jagang pudiera acercarse lo suficiente para inspeccionar al equipo, un hombre lo llamó a gritos a la vez que corría hasta donde estaba el grupo. El emperador le hizo una seña para que se acercara de un modo que sugería que el recién llegado era bien conocido. Los guardias se hicieron a un lado mientras él se abría paso por el círculo interior de protección. Puesto que sólo llevaba encima unas armas mínimas —un par de cuchillos—, Richard razonó que debía de ser un mensajero. Estaba sin resuello pero parecía tener mucha prisa.

Cuando alcanzó al emperador, se inclinó muy cerca de él, hablando muy excitado pero en voz baja. En un punto de su informe, señaló a través del campamento en dirección a la zona donde tenía lugar la construcción de la rampa.

Kahlan, apartando la mirada de Richard, inspeccionó al mensajero que hablaba con Jagang.

Richard examinó a los guardias que la rodeaban. No eran la guardia real, y de hecho procuraban mantenerse apartados de ellos. Estos hombres se parecían más a los soldados del campamento. Sus armas no estaban tan bien confeccionadas. No llevaban cota de malla ni coraza, y las ropas que vestían parecían ser una colección de lo que habían podido encontrar en sus correrías. Eran corpulentos, jóvenes y fuertes, pero no estaban a la altura de los guardias del emperador. Tenían más aspecto de matones.

Richard comprendió, entonces, que estaban custodiando a Kahlan.

A diferencia de los guardias de Jagang, que parecían hacer caso omiso de la presencia de la mujer, estos hombres dirigían frecuentes ojeadas a Kahlan, controlando cada movimiento que hacía. Eso sólo podía significar que la podían ver. Los guardias de Jagang jamás miraban a Kahlan, pero esos hombres sí lo hacían. Eran capaces de verla. De algún modo, Jagang había encontrado hombres para custodiarla a los que no afectaba el hechizo.

Cuestionándose en un principio si realmente ellos podían verla, y confundido por cómo podía ser posible tal cosa, Richard comprendió por fin que en realidad sí tenía sentido. El hechizo Cadena de Fuego, igual que el mundo de la magia, había sido contaminado por los repiques y esa contaminación había erosionado la capacidad de la magia para funcionar. La finalidad de los repiques era destruir la magia, y debido a la mácula dejada por su presencia en el mundo de la vida, la composición misma del hechizo Cadena de Fuego había quedado afectada. Cuando Zedd y Nicci habían llevado a cabo la red de verificación, Richard había descubierto el daño en la estructura del hechizo.

Debido a esa contaminación dentro del hechizo Cadena de Fuego, éste no funcionaba tal como lo habían diseñado. Estaba viciado. Tenía todo el sentido que un defecto así permitiera que unas cuantas personas escaparan a sus efectos.

Richard recordó que la plaga, que había arrasado a la población como un reguero de pólvora, no había afectado a todo el mundo. Hubo algunas personas —incluso algunas que cuidaban de enfermos y moribundos— que jamás contrajeron la plaga. Esto debía de ser algo parecido. Por fuerza tenían que existir unas cuantas personas que no estuvieran afectadas por el hechizo Cadena de Fuego y fueran capaces por lo tanto de ver a Kahlan.

Mientras aquellos guardias especiales, distraídos por el mensajero que hablaba a Jagang con tanta urgencia, se giraban para ver mejor lo que sucedía con el emperador, Kahlan efectuó un pequeño movimiento para girar con ellos. Pareció del todo natural; Richard supo que era cualquier cosa menos eso. Al girarse, Kahlan ajustó la capucha de la capa para protegerse de la lluvia, y cuando descendió, la mano pasó cerca de uno de sus vigilantes. Richard vio que la vaina del cinturón del hombre estaba vacía. A la vez que la mano de Kahlan desaparecía de nuevo bajo la capa, Richard captó un breve destello procedente de la hoja. Quiso lanzar una sonora carcajada, una aclamación, pero no se atrevió a mover un músculo.

Kahlan lo descubrió mirándola y comprendió que él había visto lo que acababa de hacer. Lo observó con atención por un momento para ver si la delataría. Utilizaba la capucha de la capa para ocultar el rostro a los que la custodiaban, para impedirles que vieran que miraba de refilón a Richard. Cuando él no se movió, ella se giró y, junto con los guardias, observó lo que tenía lugar entre el mensajero y el emperador.

Jagang dio media vuelta de repente y empezó a alejarse, regresando por donde había venido, con el mensajero pegado a sus talones. Kahlan echó una breve mirada atrás para poder dar una última mirada fugaz a Richard antes de que los guardias pudieran cerrar filas alrededor del emperador y su cautiva.

Al hacer ella eso, y moverse justo lo suficiente la capucha de la capa, Richard vio el oscuro moretón que tenía en la mejilla izquierda.

La cólera llameó a través de su cuerpo. Cada fibra de su ser quería hacer algo, actuar, apartarla de Jagang, sacarla del campamento. Su mente trabajó a toda prisa para dar con algo, cualquier cosa pero, encadenado como estaba, no había nada que pudiera hacer. Ése no era el momento ni el lugar.

Lo que era peor, sabía que si no hacía nada, los malos tratos de Jagang no harían más que continuar. Si no hacía nada y Kahlan padecía cosas peores, Richard sabía que jamás se lo perdonaría. No obstante, a pesar de lo desesperadamente que quería hacer algo, no podía hacer nada.

Permaneció de pie, callado y quieto, conteniendo la ira que le recorría de forma avasalladora, una cólera que era idéntica a la de la *Espada de la Verdad*, la espada a la que había renunciado para encontrar a Kahlan.

Kahlan, el emperador y todos los guardias desaparecieron de vuelta al interior de la arremolinada suciedad del campamento. Cortinas de niebla parecieron cerrarse tras ellos.

Richard se quedó allí, de pie, temblando, presa de una amarga frustración. Ni siquiera la gélida lluvia podía enfriar su furia reprimida. Ya mientras su mente revisaba toda acción posible, sabía que no había nada que pudiera hacer. Por ahora.

Al mismo tiempo su corazón anhelaba estar con Kahlan. Sentía una angustia terrible cuando pensaba a lo que ella debía de estarse enfrentando, y se le hizo un nudo en el estómago. Notaba las rodillas a punto de doblarse por el miedo que sentía por ella. Tuvo que fortalecer su determinación para no caer al suelo llorando.

Si tan sólo pudiera ponerle las manos encima a Jagang. Si tan sólo...

El comandante Karg avanzó con paso decidido para colocarse ante Richard.

—Tienes suerte —refunfuñó—. Evidentemente el emperador tenía cosas más importantes que hacer que examinar a mi equipo y a mi torpe hombre punta.

—Necesito un poco de pintura —dijo Richard.

El comandante Karg pestañeó sorprendido.

—¿Qué?

—Necesito un poco de pintura.

—¿Esperas que vaya a buscarte pintura?

—Sí, la necesito.

—¿Para qué?

Richard agitó un dedo ante el rostro del oficial, resistiendo con todas sus fuerzas el impulso de pasar un trozo de cadena alrededor del cuello del comandante y estrangularlo.

—¿Por qué tenéis todos esos tatuajes?

Confundido, el comandante Karg titubeó por un momento, considerando la pregunta como si pudiera contener alguna trampa.

—Para hacer que parezca mucho más feroz ante el enemigo —respondió por fin—. Un aspecto así me proporciona poder. Cuando el enemigo ve a nuestros hombres, ve combatientes feroces. Eso les mete el miedo en el cuerpo. Cuando quedan paralizados un momento por el miedo, nosotros triunfamos.

—Por eso quiero la pintura —dijo Richard—. Quiero pintar los rostros de nuestro equipo para meterles el miedo en el cuerpo a nuestros adversarios. Nos ayudará a derrotarlos. Ayudará a nuestro equipo a triunfar.

El comandante Karg estudió los ojos de Richard durante un momento, como para evaluar si hablaba en serio o tramaba algo.

—Tengo una idea mejor —dijo el comandante—. Haré que vengan los tatuadores y tatúen a todo mi equipo. —Dio un golpecito con un dedo a las escamas que cubrían un lado de su rostro—. Haré que os tatúen a todos con escamas y cosas así por todo el cuerpo. Hará que todos os parezcáis a mis hombres. Cuando todos tengáis tatuajes como los míos, todo el mundo sabrá que me pertenecéis.

El comandante dedicó a Richard una sonrisa siniestra, complacido con su idea.

—Todos tendréis tatuajes y aretes de metal en los rostros. Todos pareceréis animales inhumanos.

Richard aguardó hasta que el hombre hubo terminado y luego negó con la cabeza.

—No. Eso no servirá. No es lo bastante bueno.

El comandante Karg se puso en jarras.

—¿Qué quieres decir con que no es lo bastante bueno?

—Bueno —dijo Richard—, no se pueden ver esas clases de tatuajes a mucha distancia. Estoy seguro de que funcionan a la perfección en la batalla, cuando se está en una confrontación cara a cara con el enemigo, pero no será así en los partidos de Ja'La. Tales tatuajes se pasarían por alto.

—A menudo estás tan cerca en el campo de Ja'La como lo estás en combate —repuso el otro.

—Es posible —concedió Richard—, pero quiero que destaquemos no sólo ante nuestros adversarios de ese momento, no sólo ante los hombres del campo de juego, sino también ante los que estarán observando... ante cualquiera que esté observando. Quiero que todo el mundo vea nuestros rostros pintados y nos reconozca al instante. Quiero que tal visión meta el miedo en las mentes de los otros equipos. Quiero que nos recuerden, y que se preocupen.

El comandante Karg cruzó los musculosos brazos.

—Quiero que os tatúen para que parezcáis mi equipo. Así todos sabrán que es el equipo del comandante Karg.

—¿Y si perdemos? ¿Y si perdemos de un modo humillante?

El comandante se inclinó un poco al frente a la vez que le fulminaba con la mirada.

—Entonces seréis azotados como mínimo, y dejaréis de serme de utilidad. Creo que a estas alturas ya sabes qué pasa con los cautivos que no son de utilidad.

—Si eso sucede —dijo Richard—, todo el mundo recordará que el equipo al que ejecutasteis por ser inferiores estaban todos tatuados igual que vos. Si fracasamos, recordarán el dibujo de la serpiente, de vuestro tatuaje, eso nos vincularía a vos, pero también a vos con nosotros. Si perdemos, quedaréis estigmatizado por ese tatuaje. Si perdemos, cada vez que vean vuestro rostro tatuado se reirán de vos.

»Si por algún motivo perdiéramos, la pintura se puede lavar antes de que nos azoten o hagan algo peor.

El comandante Karg empezaba ya a captar lo que quería decir Richard, y se calmó visiblemente mientras se rascaba la mandíbula.

—Veré si puedo conseguir algo de pintura.

—Que sea roja.

—¿Roja? ¿Por qué?

—El rojo destaca. El rojo también hace que la gente piense en sangre. Quiero que nos vean y antes que nada se pregunten por qué queremos dar la impresión de que estamos pintados con sangre. Quiero que los otros equipos se preocupen por ello la noche antes de un partido. Quiero que suden y pierdan el sueño pensando en ello. Cuando por fin salgan a jugar contra nosotros, estarán cansados, y entonces les haremos sangrar.

Una lenta sonrisa se fue extendiendo por el rostro del comandante.

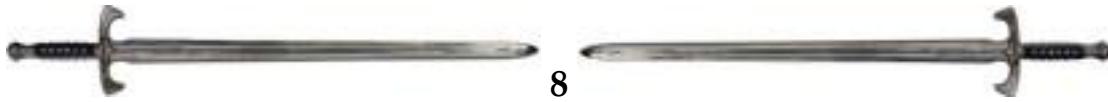
—Sabes, Ruben, de haber nacido en el lado correcto de esta guerra, apuesto a que seríamos buenos amigos.

Richard dudaba que el hombre comprendiera de verdad el concepto de amistad.

—Necesitaré pintura suficiente para todos los hombres —dijo.

El comandante Karg asintió mientras empezaba a alejarse.

—La tendrás.



Kahlan apresuró el paso para mantenerse cerca de Jagang mientras éste cruzaba con paso decidido el campamento, no fuera a ser que el emperador le enviara una contundente descarga de dolor a través del collar. Aunque, como ya había demostrado él en gran número de ocasiones, tampoco le hacía falta ninguna excusa. De todos modos, ella sabía que justo en aquel momento era mejor que no diera ni tan sólo la impresión de que podría darle motivos, porque él iba con prisas debido a la extraña noticia que le había traído aquel mensajero.

Aunque a ella no le importaba demasiado la noticia, pues tenía la mente puesta en el cautivo al que finalmente había vuelto a ver, el prisionero que habían traído el día anterior.

Mientras pasaba a través del campamento, pensando en él, vigilaba no tan sólo a sus guardias sino también a los soldados del campamento, en busca de reacciones que pudieran indicar que podían verla, atenta por si oía algún comentario obsceno que los delatara. Por todas partes, hombres sobresaltados contemplaban con fijeza el grupo fuertemente armado que se abría paso en mitad de su vida diaria, pero no vio a uno solo que la mirara directamente, o mostrara cualquier otra señal de que la veía.

A pesar de ser soldados de un ejército conducido por el emperador en persona, aquellos combatientes probablemente no habían visto nunca a Jagang tan de cerca. Aquel ejército constituyía una población que era mayor que casi cualquier ciudad. Si aquellos hombres habían visto alguna vez al emperador con anterioridad, probablemente habría sido sólo desde muy lejos. Ahora, mientras pasaba cerca, clavaban la mirada en él con patente sobrecogimiento.

Kahlan observó en su reacción, y en la actitud de Jagang hacia ellos, la falsedad de las enseñanzas de la Orden en lo relativo a la igualdad absoluta de todos los hombres. Por su parte, Jagang jamás mostraba la menor inclinación por compartir la vida corriente de sus tropas, una existencia diaria en mitad de la inmundicia y el barro. Vivían en un campamento donde virtualmente no regía ninguna ley, lo que favorecía delitos de toda índole, en tanto que Jagang disfrutaba

siempre de protección frente a esos facinerosos, en teoría, iguales a él en todos los aspectos. Kahlan suponía que sí compartían una cosa: ellos, como su emperador, vivían vidas de una violencia irracional casi constante y sentían una total indiferencia hacia la vida de los demás.

Kahlan, invisible a los soldados que tenía alrededor, pasaba con cuidado por encima de charcos y bonigas. Aferraba el cuchillo con fuerza bajo la capa, indecisa, aún, sobre qué haría exactamente con él. La oportunidad de coger el cuchillo se le había presentado de improviso y ella había actuado.

En un entorno tan turbulento resultaba agradable tener un arma. El campamento era un lugar aterrador, a pesar de lo invisible que ella era a casi todos aquellos guerreros. Aun cuando sabía que no tenía ninguna esperanza de poder usar el cuchillo para huir de Jagang, de sus vigilantes especiales y de las Hermanas, seguía resultando agradable tener un arma. Un arma le proporcionaba un ápice de control, un modo de defenderse... al menos hasta cierto punto. Más que eso, no obstante, un arma simbolizaba lo mucho que valoraba su vida. Tenerla era una declaración de que no se había rendido. Y de que no lo haría.

Si tenía una oportunidad, Kahlan utilizaría el cuchillo para matar a Jagang. Sabía que en el caso de que consiguiera llevar a cabo tal hecho, ello significaría también una muerte segura para ella. También sabía que la Orden no flaquearía por la muerte de Jagang. Eran como hormigas. Pisar una no hacía retroceder a la colonia.

Con todo, sabía que más tarde o más temprano iban a ejecutarla... y probablemente por la mano del mismo Jagang y en medio de un padecimiento terrible. Ya le había visto asesinar a varias personas sin motivo, de modo que acabar con él serviría para satisfacer su sentido de la justicia. Los recuerdos de Kahlan de su vida pasada habían desaparecido. Desde que las Hermanas le habían quitado la memoria sólo tenía conciencia de que aquel mundo se había vuelto loco. Tal vez no podría arreglar el mundo, pero si podía matar a Jagang podría conseguir que se hubiera hecho justicia en una pequeña parte de él.

No sería fácil, de todos modos. Jagang no sólo era fuerte y hábil en el combate, era un individuo muy listo. En ocasiones Kahlan pensaba que él sí que podía leerle la mente. Por otra parte, puesto que Jagang era un guerrero y a menudo capaz de anticipar lo que ella haría a continuación, Kahlan pensaba que en el pasado ella debía de haber sido una guerrera.

Alertados por los apremiantes cuchicheos de sus compañeros, los hombres salían de las tiendas, se quitaban las legañas de los ojos y se quedaban de pie bajo la llovizna contemplando el desfile que tenía lugar entre ellos. Otros abandonaban la tarea de cuidar los animales, y los jinetes frenaban sus caballos para aguardar hasta que pasara el emperador.

Por otra parte, las fogatas donde se cocinaba añadían un hollín grasiendo al olor de las letrinas. Kahlan no creía que las letrinas cavadas a toda prisa fueran útiles durante mucho tiempo, pues por el aspecto infecto de los arroyuelos que discurrían por el campamento, éstas rebosaban ya. El olor proclamaba que estaba en lo cierto. No podía ni imaginar hasta qué punto iba a empeorar a lo largo de los próximos meses de asedio.

Sin embargo, Kahlan lo advertía todo sólo de un modo vago, en el subconsciente. Sus pensamientos estaban puestos en otras cosas. O más bien, en una cosa: en aquel cautivo de los ojos grises.

No sabía con qué equipo jugaría. Cuando había visto su rostro el día antes él había estado en una jaula en un carro. Sabía tan sólo, por retazos captados de las conversaciones de Jagang con oficiales, que las jaulas contenían algunos de los hombres que estaban en un equipo que había venido a jugar.

Jagang había estado ansioso por efectuar un recorrido por los equipos antes de que empezara ninguno de los partidos. Mientras pasaban de equipo en equipo, ella había buscado a aquel desconocido con la mirada. En un principio, ni siquiera había reparado en que lo hacía, pero descubrió que se mantenía cerca de Jagang mientras éste inspeccionaba a los jugadores para poder verlos también.

El emperador sabía muchas cosas sobre algunos de los equipos. Hacía comentarios a sus guardias sobre lo que esperaba ver antes de conocer a los integrantes de un equipo. Cuando llegaba ante un grupo nuevo pedía ver al hombre punta, junto con los aleros. Varias veces quiso echar un vistazo a los hombres de la línea de bloqueo. A Kahlan le recordó un ama de casa en el mercado, inspeccionando tajadas de carne.

Kahlan había examinado todos los rostros, mirando a cada uno de los jugadores. No había estado juzgando su altura, peso y musculatura, como había estado haciendo Jagang. Les había estado mirando las caras, intentando hallar al desconocido que había visto en la jaula el día antes. Empezaba a desanimarse, pensando que no debía de estar entre los equipos, y había empezado a imaginar

que a lo mejor había acabado trabajando como esclavo en la rampa.

Y entonces, cuando por fin lo distinguió, éste hizo algo de lo más extraño: cayó de bruces sobre el barro. Ellos estaban aún a cierta distancia y nadie salvo Kahlan lo había estado mirando. Todos los demás pensaron que simplemente era un torpe cuando tropezó con la cadena. Mientras se acercaban al equipo algunos de los guardias habían reido, cuchicheando entre ellos sobre lo rápido que iban a partírle el cuello a un tipo así en el campo de Ja'La.

Kahlan no lo había encontrado divertido. Sólo ella había estado mirando al hombre y sabía que no había tropezado por accidente. Sabía que había sido deliberado.

La caída había parecido muy real. Nadie más imaginó que había sido planeada. Kahlan sabía que lo había sido. Sabía lo que era ser un cautivo y tener que actuar de modo instantáneo sin importar lo arriesgado que fuera porque no se tenía elección.

Pero ¿cuál podía ser el propósito de algo así? En algunas circunstancias las personas hacían tales cosas para hacer reír —y algunos de los guardias se habían reído—, pero aquél no era el propósito que había tras lo que aquel hombre había hecho.

Para Kahlan había sido no tan sólo deliberado, sino hecho a toda prisa, como si se le hubiera ocurrido apenas hacía un segundo y no hubiera tiempo de pensar en algo mejor. Había sido un acto desesperado. Pero ¿por qué? ¿Qué quería conseguir?

De repente lo comprendió. Era, en cierto modo, algo como lo que ella había estado haciendo... usando la capucha de la capa para ocultar lo que hacía, adónde miraba, a quién miraba. Él debía haber querido taparse la cara, y eso sólo se podía deber a que pensaba que alguien lo reconocería. Debía temer que Jagang le reconocería. O a lo mejor la hermana Ulicia.

Supuso que eso tenía sentido. Al fin y al cabo, era un cautivo. Únicamente los enemigos de la Orden eran cautivos. Se preguntó si era un oficial de alto rango o algo parecido.

Y había reconocido a Kahlan. Desde el primer instante en que los ojos de ambos se encontraron el día anterior, cuando él había estado en aquella jaula, pudo darse cuenta de que él la reconocía.

Cuando se había aproximado al equipo junto con Jagang, él y ella habían compartido una mirada. En aquella mirada vio que ambos conocían el aprieto en el que se encontraba el otro, y ninguno de los dos había hecho nada que pudiera delatar al otro, como si hubieran efectuado un pacto silencioso.

A Kahlan le levantó el ánimo saber que en medio de todos aquellos asesinos, había un hombre que no era un enemigo.

Al menos, ella no pensaba que lo fuera. Se recordó que no debía sustituir su imaginación por la verdad. Al haber desaparecido su memoria, no tenía ningún modo de saber si era un enemigo o no. Supuso que podría ser alguien que la hubiera estado persiguiendo, y se preguntó si podría ser posible que él, al igual que Jagang, tuviera algún motivo para querer verla sufrir. Que fuera un cautivo de Jagang no significaba automáticamente que estuviera del lado de Kahlan. Después de todo, no podía decirse que las Hermanas estuvieran del lado de Jagang.

Pero si él intentaba ocultar el rostro para que no lo reconocieran, ¿que iba a suceder una vez que empezaran los partidos de Ja'La? Podría permanecer embarrado durante un día o dos, pero una vez que la lluvia cesara, el barro se secaría. Se preguntó qué haría él entonces, y no pudo evitar sentir una punzada de preocupación.

Al final de la visita a los equipos, cuando se habían marchado para ver lo que el mensajero tenía que mostrar a Jagang, ella había visto otra cosa en los ojos de aquel desconocido: cólera. Cuando ella había girado la cabeza para darle un último vistazo, la capucha de la capa se había echado atrás y él había visto el negro moratón que Jagang había dejado en su rostro.

Kahlan había pensado que el desconocido daba la impresión de ir a usar las manos desnudas para hacer pedazos la cadena que lo retenía. Le alivió ver que era lo bastante listo como para no hacer nada. El comandante Karg lo habría matado en un abrir y cerrar de ojos.

Por las conversaciones entre Jagang y el comandante, cuando el primero había iniciado la inspección de los equipos, los dos eran viejos conocidos. Mencionaron batallas en las que habían estado juntos. En aquella breve conversación ella había evaluado al comandante. Al igual que Jagang, el comandante no era un hombre al que subestimar; un hombre así no habría querido verse avergonzado ante su emperador, y habría matado a su hombre punta sin una vacilación de haber permitido éste que su cólera se manifestara.

Imaginó que había sentido cólera al ver lo que Jagang le había hecho. Y eso le hacía pensar que aquel hombre no podía ser su enemigo.

Pero el hombre era peligroso también. El modo en que se mantenía erguido, el modo en que equilibraba el cuerpo, el modo en que se movía, le decían a Kahlan muchas cosas sobre él. Pudo ver con claridad que había inteligencia en su mirada. No era alguien al que se pudiera subestimar. Sabría con seguridad si estaba en lo cierto una vez que empezaran los partidos, pero un hombre como el comandante Karg no utilizaría a un cautivo como su hombre punta a menos que existiera una muy buena razón para ello. Kahlan lo sabría muy pronto, cuando viera jugar al hombre; pero a ella le daba la impresión de que aquel hombre era pura furia contenida, y que sabía como soltarla.

—Por aquí, Excelencia —dijo el mensajero mientras señalaba a lo lejos, entre la gris llovizna.

Siguieron al mensajero, abandonado el oscuro mar que era el campamento para salir al terreno abierto de las llanuras Azrith. Kahlan había estado tan ensimismada pensando en el desconocido de los ojos grises que ni siquiera había reparado en que se acercaban a la zona de la construcción. La rampa se alzaba muy alta, y, más allá, la meseta se erguía por encima de todos ellos. A tan poca distancia la meseta era de verdad imponente. A tan poca distancia ella podía ver mucho menos del espléndido palacio situado sobre ella.

Cuando había empezado a llover, había esperado que a lo mejor ello provocaría que la rampa se desplomara. Pero, ahora que estaban junto a ella, vio que no tan sólo estaba reforzada con piedras sino que la compactaban muy bien. Cuadrillas de hombres con grandes pesos apisonaban la tierra y las rocas.

No era un esfuerzo desorganizado. Si bien los soldados del campamento —como los que la custodiaban a ella— no eran otra cosa que animales ignorantes consagrados mecánicamente a una causa sin sentido, había algunos servidores de la Orden Imperial que eran inteligentes. Eran los que supervisaban la construcción; los que eran simples brutos se limitaban a acarrear tierra.

Jagang se había rodeado de hombres competentes. Sus guardias personales, enormes y fuertes, no eran precisamente unos idiotas, y aquellos que supervisaban la construcción de la rampa eran asimismo inteligentes.

Los que supervisaban el proyecto sabían lo que hacían y tenían la suficiente

seguridad en sí mismos para contradecir a Jagang cuando sugería algo que no funcionaría. Al principio, Jagang había querido hacer más estrecha la base de la rampa para que pudieran adquirir altura con más rapidez. Aunque respetuosos, ellos no tuvieron miedo de decirle que no funcionaría, y por qué. Él había escuchado con atención y, cuando vio que tenían razón, les dejó continuar con sus planes. Cuando Jagang pensaba que tenía razón, no obstante, era tan decidido como un toro.

Numerosas filas de operarios, cada una de doce o quince hombres de fondo, se alargaban desde la colosal rampa. Algunos pasaban cestos llenos de tierra y piedras, y otros devolvían cestos vacíos. Los había que empujaban carretillas con rocas, y carros tirados por mulas que transportaban las rocas de mayor tamaño. El proyecto era monumental, pero con tanta gente trabajando en ella, la rampa crecía a ritmo constante.

Kahlan siguió al emperador mientras éste recorría presuroso el emplazamiento, con el mensajero señalando sin cesar el camino entre el maremánum de actividad. Las filas de hombres se dividían a medida que el cortejo real las atravesaba, luego volvían a fusionarse.

Mientras se abrían paso por delante de los trabajadores, Kahlan vio por fin los pozos de donde extraían los materiales para la rampa. Parecía haber un número incontable de pozos en el suelo. De cada uno sacaban material. El conjunto de pozos se extendía hasta donde ella podía ver.

Jagang y su grupo avanzaron entre los pozos, dispuestos en una cuadricula, a través de la llanura. Aquellos senderos que pasaban entre ellos eran lo bastante amplios para dar cabida a carros que iban en direcciones opuestas.

—Aquí abajo, Excelencia. Éste es el lugar.

Jagang se detuvo, estudiando con detenimiento el talud que descendía al pozo. Parecía ser la única excavación que estaba desierta. El emperador paseó la mirada por los pozos cercanos.

—Despejad éste de aquí, también —dijo, indicando el pozo siguiente—. Y no iniciéis ninguna otra excavación más allá en la misma dirección.

Algunos de los supervisores que se habían reunido corrieron a hacer cumplir sus instrucciones.

—Vamos —dijo Jagang—, quiero ver si esto es realmente algo importante o no.

—Estoy seguro de que lo encontraréis tal y como lo describí, Excelencia.

Jagang hizo caso omiso del anguloso mensajero mientras iniciaba el descenso por el talud del pozo. Kahlan permaneció cerca. Una ojeada atrás le reveló a la hermana Ulicia a unos doce pasos por detrás. Como su capa no tenía capucha tenía los cabellos mojados pegados a la cabeza. No parecía nada contenta de estar bajo la lluvia. Kahlan volvió la cabeza para vigilar por donde pisaba en la resbaladiza y empapada pendiente.

En el fondo del pozo cientos de hombres trabajaban duro cavando y cargando. Puesto que algunas partes del suelo eran más blandas y fáciles de cavar, aquellos lugares eran más profundos. En otros puntos, donde era más pedregoso y más difícil de excavar, había montículos casi el doble de altos que Kahlan que aún tenían que ser reducidos.

Siguiendo al mensajero a través de aquel desorden, Jagang descendió al interior de una de las zonas más profundas. Kahlan los siguió, rodeada por sus custodios; quería mantenerse cerca de Jagang por si acaso él se distraía con lo que fuera que hubiera en el pozo. Si tenía una oportunidad, sin importar el riesgo, intentaría matarle.

El mensajero se acuclilló sobre el suelo.

—Es esto, Excelencia.

Dio una palmada sobre algo que asomaba del suelo. Kahlan frunció el entrecejo, contemplando junto con todos los demás la lisa extensión que había quedado al descubierto.

El mensajero había estado en lo cierto. Sin lugar a dudas no parecía natural. Kahlan pudo ver lo que parecían junturas. Daba la impresión de ser una estructura enterrada profundamente en el suelo.

—Limpiadlo —dijo Jagang a unos capataces.

Mientras unos hombres procedían a cumplir la orden, Kahlan pudo ver que la estructura estaba compuesta de piedras enormes talladas en formas concretas para conformar la curva de un arco. Le recordó muchísimo a un edificio enterrado,

salvo que no había tejido.

A Kahlan no se le ocurría que podía estar haciendo una cosa así enterrada allí. No había forma de saber cuántos cientos o incluso miles de años llevaba sepultado lo que fuera eso.

Cuando hubieron retirado suficiente tierra y piedras, Jagang se agachó y pasó la mano sobre la piedra húmeda. Sus dedos resiguieron algunas junturas. Eran tan herméticas que ni siquiera la hoja de un cuchillo podría haberse deslizado entre ellas.

—Traed algunas herramientas, palancas y cosas así —dijo—. Quiero saber qué hay ahí en su interior.

—Al momento, Excelencia —dijo uno de los supervisores.

—Usa a tus ayudantes en lugar de los peones. Acordonad todo este lugar. No quiero a ninguno de los soldados regulares en las cercanías. Emplazaré a algunos de mis guardias aquí para que vigilen en todo momento. El acceso a esta área tiene que estar tan restringido como a mis propias tiendas.

Kahlan sabía que si cualquiera de los soldados conseguía penetrar en aquella tumba —o lo que fuera aquella cosa antigua que habían encontrado— saquearía todo lo que tuviera valor.

Kahlan alzó la mirada cuando advirtió que algunos de los guardias de Jagang descendían apresuradamente por el talud. Se abrieron paso entre los capataces, los peones y los guardias para llegar junto al emperador.

—La tenemos —informó uno de ellos entre jadeos.

Jagang mostró una lenta sonrisa perversa.

—¿Dónde está?

El hombre señaló.

—Justo ahí arriba, Excelencia.

Jagang echó una ojeada a Kahlan. Ella no sabía que tramaba él, pero esa mirada provocó que un escalofrío le recorriera la espalda.

—Traedla aquí abajo —dijo Jagang.

Volvieron a ascender el talud a toda prisa para ir en busca de quien fuera que tuvieran. Kahlan era incapaz de imaginar de quién hablaban, y por qué proporcionaba a Jagang tal satisfacción.

Mientras esperaban, los supervisores de la obra siguieron dejando al descubierto más de la estructura enterrada. En poco tiempo, habían sacado a la luz una extensión de piedra de casi quince metros.

Otros hombres trabajaron para ensanchar la excavación alrededor de la lisa cantería. Cuanto más de ella dejaban al descubierto, más de su forma y envergadura quedaba a la vista. No era algo pequeño. Puesto que no mostraba indicios de finalizar, no había modo de saber lo largo que era.

Kahlan alzó los ojos al oír gritos sofocados y el sonido de una escaramuza. Los corpulentos guardias bajaban a una figura delgada y forcejeante por la enlodada pendiente.

Los ojos de Kahlan se abrieron como platos. Las piernas le temblaron.

Era Jillian, la jovencita que había conocido en las antiguas ruinas de la ciudad de Caska, la jovencita a la que Kahlan había ayudado a escapar. Kahlan había matado a dos de los guardias de Jagang y a la hermana Cecilia para que Jillian pudiera huir.

A medida que los guardias hacían avanzar al frente a la muchacha, los ojos de color cobre de ésta vieron por fin a Kahlan y se llenaron de lágrimas por no haber podido evitar a los esbirros de la Orden.

Los guardias la acercaron y sostuvieron bien erguida ante el emperador.

—Vaya, vaya —dijo Jagang con una risita áspera—, mira lo que tenemos aquí.

—Lo siento —musitó la muchacha a Kahlan.

Jagang dirigió una ojeada a Kahlan.

—Mandé a algunos hombres a buscar a tu amiguita. Lograste llevar a cabo una fuga de lo más teatral para ella. —Jagang sujetó la barbilla de Jillian,

oprimiéndole las mejillas con los gruesos dedos—. Es una lástima que fuera en vano.

Kahlan pensó que no fue en vano. Al menos había matado a dos de sus guardias y a la hermana Cecilia; al menos había hecho todo lo posible para conseguirle la libertad a Jillian. Lo había intentado con todas sus fuerzas. Aquel intento le había salido muy caro, pero volvería a hacerlo.

Jagang agarró el delgado brazo de la muchacha con su manaza y tiró de ella al frente. Volvió a sonreír burlón a Kahlan.

—¿Sabes lo que tenemos aquí?

Kahlan no respondió. No tenía intención de participar en su juego.

—Lo que tenemos aquí —dijo él en respuesta a su propia pregunta— es a alguien que puede ayudar a que te comportes.

Ella le dirigió una mirada inexpresiva y no preguntó.

Jagang señaló de improviso la cintura de uno de los guardias especiales de Kahlan, el que estaba justo a la derecha de ésta.

—¿Dónde está tu cuchillo?

El hombre bajó la mirada hacia su cinto como si temiera que una serpiente pudiera estar a punto de clavarle los colmillos. Volvió a alzar los ojos de la vaina vacía.

—Excelencia... debo, debo de haberlo perdido.

La mirada gélida de Jagang hizo palidecer al hombre.

—Ya lo creo que lo has perdido.

Jagang giró en redondo y asestó un revés a Jillian con fuerza suficiente para enviarla volando por los aires. La muchacha aterrizó en el barro, chillando debido al susto y el dolor. Una mancha roja se extendió por el charco alrededor de su cara.

Jagang se volvió hacia Kahlan y alargó la mano.

—Dame el cuchillo.

Sus ojos totalmente negros tenían una mirada tan letal que Kahlan pensó que tendría que retroceder un paso de puro miedo.

Jagang movió los dedos.

—Si tengo que volver a pedirlo, le partiré los dientes de una patada.

En un abrir y cerrar de ojos Kahlan repasó todas sus opciones. Se sentía igual que aquel hombre de los ojos grises debía de haberse sentido cuando cayó deliberadamente de brúces sobre el barro. Tampoco ella tenía elección.

Depositó el cuchillo sobre la palma de Jagang.

Éste sonrió con expresión de triunfo.

—Vaya, muchas gracias, querida.

Sin hacer una pausa se giró, como si lanzara el puño en un potente golpe, y hundió el cuchillo en el rostro del vigilante al que pertenecía. El sonoro chasquido de hueso al partirse resonó en el aire húmedo. El hombre cayó muerto al barro. El torrente de sangre resultó dantesco bajo la luz gris. El desgraciado ni siquiera tuvo tiempo de gritar antes de morir.

—Ahí tienes tu cuchillo —le dijo Jagang al cadáver.

Se volvió hacia los rostros atónitos de los guardias especiales de Kahlan.

—Sugeriría que controlaseis mejor vuestras armas. Si ella le quita un arma a cualquiera de vosotros y no os mata con él, yo lo haré. ¿Es eso lo bastante simple como para que todos lo entendáis?

Como uno solo todos respondieron:

—Sí, Excelencia.

Jagang se inclinó y levantó de un tirón a la sollozante Jillian. La sostuvo en alto sin esfuerzo, sólo los dedos de sus pies tocaban el suelo.

—¿Sabes cuántos huesos tiene el cuerpo humano?

Kahlan contuvo las lágrimas.

—No.

—Tampoco yo —respondió él con un encogimiento de hombros—. Pero tengo un modo de averiguarlo. Podemos empezar a romperle los huesos, de uno en uno, contando a medida que se parten...

—Por favor... —suplicó Kahlan, tratando con todas sus fuerzas de reprimir un sollozo.

Jagang empujó a la muchacha hacia Kahlan como si le estuviera entregando una muñeca de tamaño natural.

—Ahora eres responsable de su vida. Siempre que me des cualquier motivo para que me sienta contrariado, le romperé uno de sus huesos. No sé el número exacto de huesos que tiene su frágil cuerpecito, pero estoy seguro de que son muchos. —Enarcó una ceja—. Y sí sé que se me contraría con facilidad.

»Si haces algo más que contrariarme, haré que la torturen ante tus ojos. Tengo expertos en el arte de la tortura. —Los torbellinos de formas grises se desplazaron por sus negrísimos ojos—. Son muy hábiles manteniendo a la gente con vida durante mucho tiempo mientras padecen una agonía inimaginable. Pero si por casualidad ella muriera al ser torturada, entonces tendré que empezar contigo.

Kahlan apretó contra su pecho la sangrante cabeza de la pobre muchacha, y Jillian le dijo entre sollozos quedos lo mucho que lamentaba que la hubiesen atrapado. Kahlan la acalló con dulzura.

—¿Me comprendes? —exigió Jagang con un tono calmado pero no menos amenazador.

Kahlan tragó saliva.

—Sí.

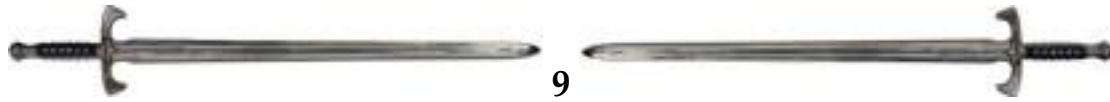
Agarró entonces los cabellos de Jillian en su enorme puño y empezó a tirar de ella hacia atrás. La muchacha chilló con renovado terror.

—Sí, Excelencia —gritó Kahlan.

Jagang sonrió a la vez que soltaba los cabellos de la muchacha.

—Eso está mejor.

Nada deseaba más Kahlan que el fin de aquella pesadilla, pero sabía que no había hecho más que empezar.



Deja de comportante como un niño grande y quédate quieto —dijo Richard.

La Roca pestañeó frenéticamente. —No me la metas en los ojos.

—No voy a metértela en los ojos.

La Roca inhaló con ansiedad.

—¿Por qué tengo que ser el primero?

—Porque eres mi alero derecho.

La Roca no tuvo una respuesta inmediata para aquello. Apartó con energía la barbilla de la mano de Richard.

—¿Realmente crees que esto nos ayudará a ganar?

—Lo hará —dijo Richard a la vez que se erguía—, si hacemos bien todo lo demás. La pintura por sí sola no va a ganar partidos, pero la pintura añadirá algo importante, algo que el simple hecho de ganar no podría lograr... ayudará a forjar una reputación. Esa reputación desestabilizará a aquellos con los que tengamos que enfrentarnos.

—Vamos, La Roca —lo instó uno de los otros hombres mientras cruzaba los brazos con impaciencia.

El resto del equipo, reunido alrededor, observando, asintió para dar su conformidad. En realidad ninguno de ellos quería ser el primero. La mayoría de ellos, pero no todos, se habían dejado convencer por la explicación de Richard.

La Roca, paseando la mirada por todos los que esperaban, indicó por fin con una mueca.

—De acuerdo, adelante.

Richard echó una ojeada, más allá de su alero derecho, a los guardias con flechas colocadas y listas para ser disparadas. Ahora que habían retirado las cadenas a los cautivos, vigilaban cualquier señal de problemas. El comandante Karg colocaba siempre una guardia numerosa cada vez que Richard y los otros cautivos no estaban encadenados. Richard advirtió, no obstante, que la mayoría de flechas lo apuntaban a él.

Concentrándose otra vez en La Roca, extendió los dedos y agarró la parte superior de la cabeza del hombre para mantenerlo inmóvil.

Richard le había estado dando vueltas a qué pintaría en los rostros del equipo. En un principio, cuando se le había ocurrido la idea, había pensado que tal vez podía limitarse a hacer que cada hombre se pintara su rostro del modo en que quisiera. Tras una breve consideración comprendió que no podía dejárselo al capricho de aquellos hombres. Había demasiado en juego.

Además de eso, todos querían que Richard lo hiciera. Él era el hombre punta. Había sido idea suya. Suponía que la mayoría se habían sentido indecisos porque creían que se iban a reír de ellos, y por lo tanto querían que fuera obra suya.

Richard sumergió el dedo en el pequeño cubo de pintura roja. Había decidido no utilizar el pincel que el comandante Karg había traído junto con la pintura.

En el poco tiempo del que había dispuesto, había pensado mucho sobre lo que pintaría. Sabía que tenía que ser algo que lograra lo que había buscado en un principio. Y para que funcionara del modo en que lo había descrito, tenía que dibujar cosas que conocía.

Tenía que dibujar la danza con la muerte.

La danza con la muerte, al fin y al cabo, estaba en última instancia centrada en la vida, si bien el significado de dicha danza no era simplemente el concepto de la supervivencia. El propósito de las figuras era ser capaz de enfrentarse al mal y destruirlo, permitiendo de ese modo preservar la vida, incluso la propia. Era una distinción muy sutil pero importante: se reconocía la existencia del mal para poder luchar por la vida.

Si bien la necesidad vital de reconocer la existencia del mal era evidente para Richard, era un concepto al que muchas personas rehusaban deliberadamente enfrentarse. Elegían estar ciegos, vivir en un mundo de fantasía. La danza con la

muerte no permitía tales fantasías letales. La supervivencia requería el reconocimiento claro y consciente de la realidad. Por consiguiente la danza con la muerte requería que uno reconociera la verdad.

Los elementos de la danza con la muerte —sus figuras— eran los componentes de toda clase de combate, fuera un partido, o una lucha a muerte. Dibujados en un lenguaje de emblemas, esos componentes establecían los conceptos que conformaban la danza. Usar esos conceptos implicaba ver lo que sucedía en realidad —en parte y en conjunto—, para poder contrarrestarlo. El propósito final de la danza con la muerte era ganar la vida. La traducción de Ja'La dh Jin era el Juego de la Vida.

Las cosas que pertenecían a un mago guerrero desempeñaban todas algún papel en la danza con la muerte. De ese modo un mago guerrero estaba consagrado a la vida. Entre otras cosas, los símbolos en el amuleto que Richard había llevado eran un diagrama resumido del concepto central de la danza. Conocía aquellos movimientos por haber combatido con la *Espada de la Verdad*.

Aun cuando ya no tenía la espada, comprendía bien la totalidad de lo que estaba involucrado en el significado de la danza con la muerte, y por lo tanto el conocimiento que había obtenido al utilizar la espada permanecía con él tanto si tenía el arma como si no. Como Zedd le había recordado a menudo al principio, la espada no era más que una herramienta: era la mente que había tras el arma lo que importaba.

Sobre la marcha, desde el momento en que Zedd había dado a Richard la espada, éste había llegado a comprender el lenguaje de los emblemas. Le hablaban. Reconocía los símbolos pertenecientes a un mago guerrero, y comprendía lo que significaban.

Utilizando su dedo, Richard empezó a pintar unas líneas en el rostro de La Roca. Eran las figuras utilizadas para enfrentarse al enemigo. Cada combinación de líneas tenía un significado. Hiere, esquiva, lanza una estocada, tuerce el cuerpo, gira en redondo, acuchilla, acompaña el golpe, da muerte con rapidez al tiempo que te preparas para enfrentarte al siguiente objetivo. Las líneas que puso en la mejilla derecha de La Roca eran admoniciones para que estuviera atento a todo lo que pudiera ir contra él, sin concentrarse demasiado en nada en concreto.

Además de los elementos de la danza, Richard descubrió que dibujaba partes de hechizos que había visto. Al principio no se dio cuenta. Mientras dibujaba

aquellos componentes, tuvo problemas para recordar dónde los había visto antes. Luego recordó que eran partes de los hechizos que Rahl el Oscuro había dibujado en la arena del hechicero en el Jardín de la Vida, mientras había invocado la magia necesaria para abrir las Cajas del Destino.

Sólo entonces advirtió Richard que la visita de la extraña figura espectral de la noche anterior todavía pesaba mucho en su mente. La voz le había dicho que lo habían designado jugador. Éste era el primer día de invierno. Tenía un año para abrir la caja del Destino correcta.

Richard estaba agotado, pero apenas pudo pensar en otra cosa tras aquel encuentro. No había conseguido dormir mucho. Aturdido por el dolor de la herida de la pierna y de la que tenía en la espalda no había podido dedicarse por completo a entenderlo. El primer día de invierno había traído la inspección de Jagang, y con su repentina preocupación por cómo evitar ser reconocido, Richard no había podido considerar cómo era posible que él fuera un jugador por el poder de las Cajas del Destino.

Se preguntó si podría ser alguna clase de equivocación... algún mal encauzamiento de la magia provocado por la contaminación de los repiques. Incluso si poseyera el conocimiento, que no lo poseía, aquella bruja, Seis, le había amputado el don, así que no veía cómo podía haber puesto en funcionamiento las cajas accidentalmente. No se le ocurría cómo podría abrir la caja correcta sin su don. Se preguntó si Seis podría estar en el centro de todo ello, si aquello podría ser alguna parte de una conspiración que él no comprendía aún.

Años atrás, cuando Rahl el Oscuro había estado dibujando aquellos hechizos justo antes de que abriera una de las cajas, Richard no había comprendido nada sobre su composición. Zedd le había contado que dibujar tales hechizos era de lo más peligroso, y que una línea mal colocada, dibujada por la persona correcta, en las circunstancias correctas y en el medio correcto, podía invocar un desastre. Por aquel entonces todos los dibujos le habían parecido motivos arcanos que formaban parte de algún complejo y misterioso idioma extranjero.

A medida que Richard había ido aprendiendo más sobre dibujos y emblemas mágicos, había llegado a captar el significado de algunos de sus elementos; de un modo muy parecido a como había aprendido por primera vez el antiguo d'haraniano culto, empezando primero por reconocer palabras individuales. A medida que su comprensión de las palabras aumentaba, fue capaz de captar las ideas que tales palabras expresaban.

Así había llegado a aprender también que algunas de las partes de los hechizos que Rahl el Oscuro había dibujado para abrir las Cajas del Destino eran también partes de la danza con la muerte.

En cierto modo eso tenía sentido. Zedd le había contado en una ocasión que el poder de las cajas era el poder de la vida misma. La danza con la muerte trataba en realidad de preservar la vida, y el poder de las cajas mismas estaba centrado alrededor de la vida y en protegerla de los desastres provocados por el hechizo Cadena de Fuego.

Richard volvió a mojar el dedo en la pintura roja y dibujó una línea en arco sobre la frente de La Roca, luego la sustentó con líneas que creaban un símbolo para centrar la fuerza. Utilizaba elementos que conocía, pero los combinaba en modos nuevos para alterarlos. No quería que una Hermana viera los dibujos y reconociera su significado. Si bien los dibujos que pintaba estaban compuestos de elementos que conocía, eran del todo originales.

Los hombres reunidos alrededor se inclinaron un poco al frente, cautivados no sólo por el proceso, sino por el dibujo mismo. Éste poseía una especie de poesía, y si bien ellos no comprendían el significado de las líneas, apreciaban en ellas un propósito significativo: una amenaza.

—¿Sabes lo que todo esto, este dibujo, me recuerda? —preguntó uno de los hombres.

—¿Qué? —murmuró Richard mientras perfilaba un emblema que representaba un ataque potente pensado para quebrar la fuerza de un adversario.

—En cierto modo me recuerda el desarrollo del juego. No sé por qué, pero las líneas tienen un parecido a los movimientos de ciertos ataques en el Ja'La.

Sorprendido de que aquel cautivo pudiera detectar un rasgo tan significativo en el dibujo, Richard le lanzó una mirada inquisitiva.

—Cuando era un herrero —explicó éste—, tenía que comprender a los caballos si quería herrarlos. No puedes preguntar a un caballo qué le molesta, pero si prestas atención puedes aprender a darte cuenta de cosas, como el modo en que el caballo se mueve, y al cabo de un tiempo empiezas a entender el significado de sus gestos y movimientos. Si prestas atención a esos pequeños movimientos puedes evitar que te pateen, o muerdan.

—Eso está muy bien —dijo Richard—. Eso es algo parecido a lo que hago. Voy a daros a cada uno una especie de representación visual de poder.

—¿Y cómo es que sabes tanto sobre dibujar símbolos de poder? —preguntó Bruce en tono suspicaz.

Era uno de los soldados de la Orden que estaban en el equipo; uno de los hombres que dormían en su propia tienda y a los que molestaba tener que seguir las órdenes de un pagano inculto al que tenían encadenado como a un animal.

—Vosotros, los de aquí arriba, dais mucho crédito a creencias trasnochadas sobre magia y cosas así, en lugar de dedicar vuestras mentes a las cosas correctas, a los asuntos del Creador, a vuestras responsabilidades y deber para con el prójimo.

Richard se encogió de hombros.

—Imagino que lo que yo quería decir con eso es que es mi visión, mi idea, de unos símbolos de poder. Mi intención es dibujar sobre cada hombre lo que creo que le hace parecer más poderoso, eso es todo.

Bruce no pareció satisfecho por la respuesta. Indicó con un ademán la cara de La Roca.

—¿Qué te hace pensar que todas esas líneas serpenteantes parecen representaciones de poder?

—Bueno, no lo sé —repuso Richard, intentando dar con algo que hiciera que el individuo dejara de hacer preguntas sin tener que revelar nada que fuera importante—, la forma de las líneas simplemente me parece poderosa.

—Eso son tonterías —dijo Bruce—. Los dibujos no significan nada.

Algunos de los soldados del equipo observaron con atención a Bruce y aguardaron la respuesta de Richard como si creyeran que iba a haber una rebelión contra su hombre punta.

Richard sonrió.

—Si piensas eso, Bruce, si estás convencido de que los dibujos no significan nada, entonces qué tal si te pinto una flor en la frente.

Todos los hombres rieron... incluso los soldados.

Bruce, pareció de improviso menos seguro de sí mismo, su mirada pasó como una flecha por sus divertidos compañeros. Finalmente carraspeó.

—Supongo, ahora que lo expresas así, que puedo ver algo de lo que quieras decir. Supongo que también me gustaría tener alguno de tus dibujos de poder. —Se golpeó el pecho con un puño—. Quiero que los otros equipos me teman.

Richard asintió.

—Lo harán, si todos hacéis lo que digo. Tened presente que antes de este primer partido los jugadores de los otros equipos probablemente verán esta pintura roja en vuestras caras y pensarán que es una estupidez. Tenéis que estar preparados para eso. Cuando les oigáis reírse de vosotros, dejad que esas risas os enfurezcan. Dejad que llenen vuestros corazones con el deseo de meterles esas carcajadas cuello abajo.

»En ese primer momento cuando salgamos al terreno de juego, el otro equipo, así como muchos de los que estén mirando, probablemente no sólo reirán, sino que nos insultarán. Dejadlos. Dejad que nos subestimen. Cuando hagan eso, cuando se rían de vosotros y os insulten, quiero que guardéis la cólera que estéis sintiendo. Llenad vuestros corazones con ella.

Richard trabó la mirada con cada hombre.

—Tened presente que estamos aquí para salir victoriosos en los torneos. Estamos aquí para ganar la oportunidad de jugar contra el equipo del emperador. Sólo nosotros somos dignos de esa oportunidad. Esos hombres que se están riendo de vosotros son la despreciable escoria de los jugadores de Ja'La. Debemos barrerlos a un lado para poder llegar hasta el equipo del emperador. Los equipos de los primeros partidos se interponen en nuestro camino. Se interponen en nuestro camino y se están riendo de nosotros.

»Cuando entréis en el terreno de juego dejad que sus carcajadas resuenen en vuestros oídos. Empapaos en ellas, pero manteos en silencio. Que no vean ninguna emoción en vosotros. Retenedla dentro hasta el momento oportuno.

»Dejad que piensen que somos unos idiotas. Dejad que se distraigan creyendo que seremos blancos fáciles, en lugar de concentrarse en cómo jugar contra nosotros. Dejad que bajen la guardia.

»Luego, en cuanto empiece el partido, de un modo concentrado y coordinado, soltad vuestra cólera contra aquellos que se rieron de vosotros. Tenemos que golpearles con toda nuestra fuerza. Tenemos que aplastarles. Tenemos que hacer que ese partido sea tan importante como si fuera contra el equipo del emperador contra el que jugáramos.

»No podemos simplemente ganar este primer partido por un punto o dos como acostumbra a suceder. No podemos darnos por satisfechos con esa clase de victoria baladí. Debemos ser implacables. Debemos arrollarles. Debemos darles una auténtica paliza.

»Debemos vencerles por al menos diez puntos.

Los hombres se quedaron boquiabiertos. Sus cejas se alzaron. Tales victorias desproporcionadas ocurrían sólo en los partidos desiguales de los niños. Que un equipo de Ja'La a este nivel ganara por más de cuatro o cinco puntos era insólito.

—Cada miembro del equipo perdedor recibe un latigazo por cada punto por el que pierden —dijo Richard—. Quiero que esa sangrienta flagelación esté en boca de todos los demás equipos de este campamento.

»A partir de ese momento, nadie se reirá. Cada equipo que tenga que enfrentarse a nosotros se preocupará. Cuando los hombres se preocupan, cometan errores. Cada vez que cometan uno de esos errores nosotros estaremos listos para saltar sobre ellos. Haremos que su preocupación sea justificada. Daremos vida a sus peores temores. Probaremos que cada uno de sus momentos insomnes de sudor frío ha estado justificado.

»Al segundo equipo lo venceremos por doce puntos.

»Y entonces, el siguiente equipo aún nos temerá más.

Richard agitó el rojo dedo en dirección a los soldados del equipo.

—Ya conocéis la efectividad de tales tácticas. Vosotros aplastáis cualquier ciudad que se alce contra vosotros, de modo que aquellas que aún estaban por conquistar tiemblan de miedo mientras os aguardan. Esas gentes conocen vuestra reputación y les produce pavor pensar en vuestra llegada. Su miedo os permite conquistarles con mayor facilidad.

Los soldados sonrieron ampliamente. Ahora podían colocar el plan de

Richard en un marco de referencia que entendían.

—Queremos que todos los otros equipos teman al equipo con los rostros pintados de rojo. —Richard alzó un puño—. Entonces, los aplastaremos a cada uno por turno.

En el repentino silencio, todos cerraron los puños para igualar el suyo y se golpearon los pechos jurando que así lo harían. Todos querían ganar, cada uno por sus propios motivos.

Ninguno de aquellos motivos era comparable al de Richard.

Él esperaba no tener que jugar jamás contra el equipo del emperador —esperaba conseguir su oportunidad mucho antes—, pero tenía que estar preparado para llegar tan lejos si era necesario. Sabía que una buena posibilidad podría no aparecer antes de entonces. Si no lo hacía, tenía que asegurarse de que llegaban al partido final del torneo, que era cuando tenía más confianza en obtener la oportunidad que necesitaría.

Richard se volvió finalmente hacia La Roca y en poco tiempo completó el dibujo con unos cuantos emblemas a lo largo de cada uno de los sumamente musculosos brazos de La Roca.

—Píntame a mí a continuación, ¿quieres, Ruben? —le propuso uno de los hombres.

—Luego a mí —gritó otro.

—De uno en uno —dijo Richard—. Ahora, mientras trabajo, es necesario que repasemos nuestra estrategia. Quiero que cada hombre juegue sabiendo con exactitud qué va a hacer. Todos tenemos que conocer el plan para que todos podamos seguirlo. Todos tenemos que conocer las señales. Quiero que estemos listos para atacar al adversario desde el primer instante. Quiero dejarles sin aliento mientras se estén aún riendo.

Cada hombre por turno se sentó y dejó que Richard le pintara el rostro. Richard abordaba cada hombre como si el dibujo fuera una cuestión de vida o muerte. En cierto modo lo era.

La seria charla de Richard había hecho mella en los hombres y una atmósfera solemne descendió sobre ellos mientras permanecían sentados en silencio,

observando cómo Richard dibujaba lo que sólo él sabía eran algunos de los conceptos más letales que sabía reproducir. Incluso aunque no comprendieran el lenguaje que había tras tales símbolos, podían ver que cada hombre tenía un aspecto aterrador.

A medida que acababa con cada jugador, Richard advirtió que era como mirar a una colección casi completa de los diseños que conformaban la danza con la muerte, con elementos de las Cajas del Destino añadidos por si acaso.

Los únicos símbolos que había omitido eran los que guardaba para sí mismo, los elementos de la danza que invocaban las heridas más letales... las que herían el alma misma del enemigo.

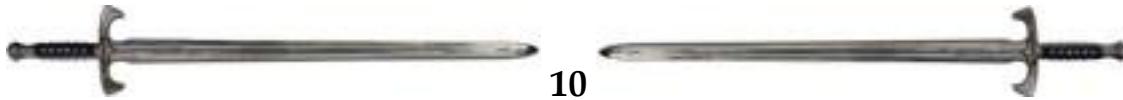
Uno de los soldados del equipo ofreció a Richard un pedazo bruñido de metal para que pudiera verse mientras empezaba a aplicarse los elementos de la danza con la muerte. Él sumergió el dedo en la pintura roja, pensando en ella como si fuera sangre.

Todos los demás lo observaron con profunda atención. Era su líder en la batalla, aquel al que seguían en el Ja'La dh Jin. Aquella era su nueva cara y todos se la tomaban muy en serio.

Como un elemento final, Richard añadió los rayos del Con Dar, los símbolos que representaban un poder que Kahlan había invocado cuando los dos intentaban impedir que Rahl el Oscuro abriera las Cajas del Destino, y ella creía que habían matado a Richard. Era un poder pensado para la venganza.

Pensar en Kahlan, en sus recuerdos perdidos, en que le habían robado su identidad, en que estaba a merced de Jagang y de las malvadas creencias de la Orden, así como imaginarla con aquel moretón en la cara, hizo que le hirviera la sangre de rabia.

Con Dar significaba Córnea de Sangre.



Kahlan mantuvo un brazo alrededor de Jillian en actitud protectora mientras seguían de cerca a Jagang. El séquito del emperador se abrió paso a través del extenso campamento ante el silencioso sobrecogimiento de algunos, y las aclamaciones de muchos. Algunos coreaban el nombre de Jagang a su paso, lanzando gritos de aliento por su liderazgo en su lucha por exterminar la oposición a la Orden Imperial, mientras que muchos más lo loaban como «Jagang el Justo». Jamás dejaba de desanimarla que tantos pudieran considerarle así.

De vez en cuando, los confiados ojos de color cobre de Jillian contemplaban a Kahlan con gratitud por el refugio que le proporcionaba. Kahlan se sentía un tanto avergonzada, ya que sabía que en realidad podía ofrecer poca seguridad a la muchacha. Lo que era peor aún, Kahlan podría muy bien acabar siendo la causa de cualquier daño que acaeciera a Jillian.

No. Se recordó que ella no sería la causa de tal daño, en el caso de que sucediera. Jagang, como defensor de las creencias corruptas de la Orden y adalid de una justicia injusta, sería la causa. Las creencias retorcidas de la Orden justificaban cualquier injusticia que ayudara a sus fines. Kahlan no era responsable —ni siquiera en parte— del mal cometido por otros. Ellos tenían que rendir cuentas de sus propias acciones.

Se dijo a sí misma que no debía permitirse desplazar la culpa del culpable a la víctima. Uno de los sellos distintivos de las personas que representaban creencias malvadas era culpar siempre a la víctima. Tal era su juego, y ella no se permitiría jugar a él.

Con todo, a Kahlan le partía el corazón que Jillian fuera una vez más una cautiva aterrada de aquellos animales. Aquellas personas procedentes del Viejo Mundo que hacían daño a inocentes en nombre de un bien mayor traicionaban el concepto mismo del bien. No eran capaces de sentimientos sinceros de pena porque no valoraban el bien; incluso los contrariaba. Más que unos altos valores, era una especie de envidia corrosiva lo que guiaba sus acciones.

La única satisfacción auténtica que Kahlan había experimentado desde que la capturara Jagang había sido fraguar una huida para Jillian. Ahora ni siquiera tenía aquello.

Mientras cruzaban el campamento, el brazo de Jillian rodeaba con fuerza la cintura de Kahlan y sus dedos le aferraban la camisa. Era evidente que si bien la naturaleza siniestra de los soldados que las rodeaban la asustaba, la aterraban mucho más los guardias personales de Jagang. Habían sido hombres como éhos los que le habían dado caza. Había conseguido eludirles durante bastante tiempo pero, no obstante lo bien que conocía las ruinas desiertas de la antigua ciudad de Caska, no dejaba de ser una criatura y no podía escapar de una búsqueda llevada a cabo por hombres tan decididos y con tanta experiencia. Ahora que Jillian era una prisionera en aquel extenso campamento, Kahlan sabía que tenía pocas posibilidades de volver a ayudar a la muchacha a escapar de las garras de la Orden.

Mientras caminaban entre el lodo y los desperdicios, serpenteando alrededor del desorden de tiendas, carros y montones de equipos y suministros, Kahlan miró el rostro de Jillian y vio que al menos el corte había dejado de sangrar. Uno de los anillos que Jagang lucía había sido el responsable del irregular corte en la mejilla de Jillian. Si sólo fuera ésa su mayor preocupación... Kahlan acarició con la mano la cabeza de la muchacha en respuesta a una sonrisa valerosa de la niña.

Jagang se había mostrado bastante complacido por tener de vuelta a la muchacha que había osado escapar de él —y por contar con otro medio más de atormentar y controlar a Kahlan—, pero había estado más interesado en averiguar todo lo posible sobre el descubrimiento llevado a cabo en el pozo. A Kahlan le daba la impresión de que sabía algo más sobre aquello que estaba enterrado de lo que daba a entender. Para empezar, no le había sorprendido tanto el descubrimiento como ella habría esperado.

Una vez que se hubo ocupado de que la zona quedara acordonada y vacía de soldados regulares, dio instrucciones estrictas a los oficiales para que fueran en su busca de inmediato en cuanto hubieran abierto una brecha en las paredes de piedra y accedido al interior de aquella construcción tan profundamente enterrada en las llanuras Azrith. En cuanto quedó convencido de que todo el mundo comprendía exactamente como quería que se tratara el descubrimiento, y de que todo el mundo allí trabajaba con diligencia, decidió volver a evaluar algunos de los posibles adversarios de su equipo de Ja'La.

Kahlan se había visto obligada a ir con él a varios partidos de Ja'La con

anterioridad, y no sentía la menor ilusión por volver a asistir, principalmente porque la excitación y la violencia de aquellos encuentros ponía al emperador de un humor violento, aderezado con salvajes deseos carnales. Normalmente ya resultaba bastante aterrador, capaz de una violencia instantánea y brutal, pero tras un partido de Ja'La, resultaba por completo intratable.

Después de la primera vez que habían ido a contemplar partidos el foco de su lascivia depravada había sido Kahlan. Ella había luchado por contener su pánico, llegando a aceptar finalmente que él iba a hacer lo que iba a hacer y no estaba en su mano detenerlo. Al final había quedado petrificada por el terror de estar debajo de él, resignándose a lo inevitable. Había desviado los ojos de su mirada libidinosa y liberado la mente para que viajara a otro lugar, diciéndose que guardaría su furiosa cólera hasta que llegara el momento oportuno.

Pero entonces él había parado en seco.

«Quiero que sepas quién eres cuando haga esto —le había dicho—. Quiero que sepas lo que significa para ti cuando haga esto. Quiero que lo aborrezcas más de lo que has aborrecido nada en toda tu vida.

»Pero tienes que recordar quién eres, tienes que saberlo todo, si esto ha de ser realmente una violación... y tengo intención de que sea la peor violación que puedas padecer. Una violación que te dará un hijo que él verá como un recordatorio, como un monstruo.»

Kahlan no sabía quién era «él».

«Para que sea todo eso —le había dicho Jagang—, tienes que ser totalmente consciente de quién eres, y de todo lo que esto significará para ti, todo lo que dañará, todo lo que mancillará para toda la eternidad.»

La idea de hasta qué punto sería peor para ella tal violación entonces era más importante para Jagang que saciar sus impulsos inmediatos. Eso por sí solo lo decía todo sobre su ansia de venganza, y sobre lo mucho que ella había hecho para engendrar tal deseo.

La paciencia era una cualidad que convertía a Jagang en mucho más peligroso aún. Podía mostrarse impulsivo con facilidad, pero era un error pensar que era posible hacer que se volviera imprudente.

Sintiendo la necesidad de hacerle comprender el mayor alcance de su

propósito, Jagang le había explicado que era muy parecido al modo en que castigaba a las personas que lo enojaban. Si mataba a tales personas, había señalado, estarían muertas e incapaces de sufrir, pero si les hacía soportar un dolor atroz, entonces ellas desearían la muerte, y él podría negársela. Al contemplar su interminable tormento, él podría estar seguro de que se arrepentían de sus crímenes, y de su insoportable pena por todo lo que habían perdido.

Eso, le había contado, era lo que tenía preparado a ella: la tortura de la pena y de la pérdida total. El que careciera de memoria la dejaba insensible a tales cosas, así que esperaría hasta que llegara el momento adecuado. Tras haber refrenado sus ansias inmediatas a favor de ambiciones mayores cuando ella por fin lo recordara todo, el emperador había gozado en su lecho de varias cautivas.

Kahlan esperaba que Jillian fuera demasiado joven para su gusto. No loería, Kahlan lo sabía, en el caso de que ella hiciera algo que desagrada a Jagang.

Mientras avanzaban a través de multitudes de soldados que aclamaban un partido que estaba ya en juego, los guardias reales apartaban a empujones a aquellos que consideraban que estaban demasiado cerca del emperador. Varios que no se movieron de suficiente buen grado, o con la rapidez suficiente, recibieron un codazo que casi les partió el cráneo. Un borracho corpulento con mal talante, que no tenía intención de permitir que lo empujaran a un lado por nadie, ni siquiera un emperador, se revolvió enfurecido contra los guardias reales que avanzaban. Al mismo tiempo que el soldado se mantenía firme en su sitio, gruñendo audaces amenazas, un veloz tajo lo destripó. El incidente no hizo aminorar ni un paso la marcha de la comitiva. Kahlan protegió los ojos de Jillian de la visión de las entrañas del hombre.

Puesto que había dejado de llover, Kahlan se echó atrás la capucha de la capa. Nubes oscuras cruzaban bajas sobre las llanuras Azrith, incrementando la sensación sofocante de estar cercado. Las espesas nubes sugerían que el primer día húmedo y frío del invierno no ofrecería la menor posibilidad de ver el sol. Parecía como si todo el mundo descendiera poco a poco al interior de una gélida, entumecedora y permanente penumbra.

Cuando llegaron al borde del terreno de juego de Ja'La, Kahlan se puso de puntillas, mirando por encima o alrededor de los hombros de los guardias, en un intento de ver los rostros de los hombres que estaban ya en pleno juego. Cuando reparó en que se estaba estirando para poder ver el partido, volvió a descender al instante. Lo último que quería era que Jagang le preguntara por qué estaba de

repente tan interesada en el Ja'La.

En realidad no le interesaba el juego, sino si podía divisar al hombre de los ojos grises, el cautivo que había tropezado y caído deliberadamente en el barro para ocultar su rostro a Jagang... o quizás a la hermana Ulicia.

Si la lluvia no regresaba, no tardaría en resultarle difícil mantener el rostro embarrado para ocultar su identidad. Incluso con lluvia y barro Jagang no tardaría en sentir suspicacias si el hombre punta del equipo del comandante Karg andaba siempre por ahí con el rostro embarrado. Entonces ese desconocido descubriría que el barro, en lugar de ocultarlo, no hacía más que atraer las sospechas de Jagang. A Kahlan la inquietaba lo que sucedería entonces.

Gran parte del público vitoreó cuando el hombre punta de uno de los equipos consiguió penetrar en el terreno del equipo contrario. Los bloqueadores entraron en tromba para impedir que ganara más terreno. Los espectadores rugieron mientras los jugadores se derribaban unos a otros a la vez que otros hombres avanzaban para proteger su terreno.

El Ja'La era un juego en el que los hombres corrían, esquivaban y avanzaban a toda velocidad, o bloqueaban, o perseguían al jugador que llevaba el broc, una bola pesada, recubierta de cuero, un poco más pequeña que una cabeza. Los jugadores a menudo caían o eran derribados. Al rodar por el suelo sin camisas, muchos no tardaban en quedar empapados no sólo por el sudor, también por la sangre.

Los campos cuadrados de Ja'La estaban marcados con una cuadrícula. En cada esquina había una meta, dos para cada equipo. El único que podía marcar, y solamente cuando era el turno cronometrado de su equipo, era el hombre punta, e incluso entonces tenía que hacerlo desde una sección específica del lado del terreno del adversario. Desde aquella zona de puntuación, un área que discurría a lo largo de la anchura del terreno de juego, podía arrojar el broc en dirección a cualquiera de las redes de las porterías del rival.

No era fácil puntuar. Era un disparo efectuado desde cierta distancia y las redes de las porterías no eran grandes.

Para hacerlo todo mucho más difícil, los contrarios podían bloquear el lanzamiento del pesado broc. También podían derribar al hombre punta mientras intentaba marcar. El broc también podía usarse como una especie de arma para

quitar de en medio a jugadores que interfirieran. El equipo del hombre punta podía intentar sacar a los adversarios de delante de la red de una portería, o podía proteger a éste de los bloqueadores de modo que pudiera intentar hallar una abertura en una u otra red para poder efectuar un disparo, o podía dividirse e intentar hacer ambas cosas.

Existía también una línea muy por detrás de la zona de disparo habitual desde donde el hombre punta podía intentar un lanzamiento. Si tal disparo entraba, su equipo anotaba dos puntos en lugar del acostumbrado único punto, pero raras veces se malgastaban disparos desde tal distancia porque la posibilidad de intercepción era mucho mayor. Tales intentos por lo general sólo se llevaban a cabo por desesperación, como un último esfuerzo alocado por parte del equipo que iba perdiendo antes de que se acabara el tiempo.

Si el equipo contrario placaba al hombre punta, entonces, y sólo entonces, se permitía a los aleros de éste recuperar el broc e intentar puntuar. Si un intento de marcar erraba la red y el broc salía fuera del terreno, entonces el equipo atacante recuperaba el broc, pero les era devuelto en su propio lado del campo. Desde allí tenían que volver a iniciar la carrera de ataque desde el principio. Durante todo ese tiempo su turno cronometrado con el broc seguía corriendo.

En unos pocos cuadrados del campo el hombre punta estaba a salvo de la amenaza de ser placado y que le arrebatasen el broc. Tales cuadrados, no obstante, podían convertirse fácilmente en isletas peligrosas donde podía quedar atrapado e incapaz de moverse. En ese caso, aún podía pasar el broc a un alero y, una vez que volviera a tener libertad de movimientos, recuperarlo.

En el resto de los cuadrados, y en la zona normal de puntuación, el equipo defensor podía capturar el broc para impedir que el equipo atacante puntuara. Sin embargo, si el equipo defensor capturaba el broc, no podía puntuar con él hasta que llegara su turno de atacar, pero podían intentar mantener la posesión para negar al equipo a quien pertenecía el turno la posibilidad de puntuar.

Un reloj de arena cronometraba el turno de juego de cada equipo. Si no había un reloj de arena disponible, podían utilizarse otros medios de cronometraje, como un cubo de agua con un agujero en él. Las reglas del juego eran bastante complicadas, pero en general su aplicación resultaba muy laxa. A menudo a Kahlan le daba la impresión de que no había reglas... aparte de la regla más importante de que un equipo podía puntuar sólo durante su turno de juego.

La norma de un tiempo de juego cronometrado impedía que un único equipo dominara la posesión del broc y mantenía el juego en movimiento. Era un juego acelerado y agotador, con un constante ir y venir y, sin auténtico tiempo para descansar.

Debido a que era tan difícil marcar un punto, los equipos raras veces marcaban más de tres o cuatro puntos en un partido. Entre equipos de aquel nivel, la diferencia final en la puntuación por lo general era tan sólo de un punto o dos.

Un número prescrito de giros del reloj de arena para cada bando conformaba el tiempo oficial del partido, pero si la puntuación estaba igualada al final entonces el juego continuaba, sin importar cuántos giros más del reloj de arena hicieran falta, hasta que un equipo marcaba otro punto. Cuando eso sucedía finalmente, el otro equipo no tenía más que un giro de reloj de arena para intentar igualar el punto. Si fracasaban, el partido terminaba. Si marcaban, el otro equipo obtenía otro turno. El partido se prorrogaba así hasta que un equipo marcaba y el contrincante era incapaz de marcar otro punto dentro del tiempo asignado de prórroga. Por ese motivo, ningún partido de Ja'La dh Jin podía finalizar jamás en empate. Siempre había un ganador, siempre un perdedor.

Cuando el partido finalizaba se hacía salir al equipo perdedor al terreno de juego y cada jugador era azotado. Un látigo espantoso, hecho de un haz de cuerdas de cuero era utilizado para imponer el castigo. Cada una de aquellas cuerdas de cuero estaba rematada con gruesos trozos de metal. Los hombres recibían un latigazo por cada punto por el que habían perdido, y la multitud contaba entusiasmada cada latigazo asestado a cada hombre del equipo perdedor arrodillado en el centro del terreno de juego. Los vencedores a menudo se paseaban orgullosamente alrededor del perímetro del campo, exhibiéndose ante la multitud, mientras los perdedores, con las cabezas gachas, recibían sus azotes.

La flagelación siempre acababa siendo un espectáculo macabro. Al fin y al cabo, a los jugadores los seleccionaban por su brutalidad, no sólo por su habilidad en el juego.

Las multitudes que contemplaban los partidos de Ja'La esperaban encuentros sangrientos, y la sangre no ahuyentaba en absoluto a las espectadoras. Si algo hacía, era que estuvieran más ansiosas por llamar la atención de los jugadores favoritos. Para la gente del Viejo Mundo, la sangre y el sexo estaban inextricablemente unidos... tanto si se trataba de un partido de Ja'La o de saquear una ciudad.

Si no había mucha sangre durante un partido la multitud podía enfadarse porque los equipos no se esforzaran lo suficiente. En una ocasión, Kahlan había visto a Jagang ordenar la ejecución de un equipo porque pensaba que no habían peleado con suficientes ganas.

Cuanto más brutales eran los jugadores, mucho mejor. Piernas y brazos se rompían con facilidad, al igual que cráneos. Aquellos que habían matado anteriormente a un oponente en un partido de Ja'La eran bien conocidos y muy aclamados. Tales hombres eran idolatrados y penetraban en el terreno de juego al inicio de partidos entre los vitoryes desaforados de los espectadores. Las mujeres que buscaban estar con los jugadores tras un partido preferían con mucho estar con ellos.

Kahlan fue a colocarse más cerca por detrás de Jagang mientras éste permanecía parado, cerca del borde del campo, en el punto medio. El partido se había iniciado mientras ellos estaban aún en el pozo.

Los guardias reales permanecían a los costados de Jagang y le protegían la espalda. La propia guardia especial de Kahlan rodeaba a ésta lo bastante de cerca como para asegurarse de que no intentaría huir. Ella sospechó que las emociones encendidas de los aficionados, así como la bebida ingerida, contenían el potencial para crear problemas más que considerables.

Con todo, Jagang, a pesar de la demostración de fuerza de sus guardias, era un hombre que no temía a los problemas. Había obtenido el mando merced a la fuerza bruta, y lo mantenía siendo absolutamente despiadado. Había pocos, incluso entre los más corpulentos de su guardia, que lo igualaran en musculatura, por no mencionar su habilidad y experiencia como guerrero. Kahlan sospechaba que podría aplastar con facilidad el cráneo de un hombre sólo con una mano. Además de eso, era un caminante de los sueños. Probablemente podría haber paseado a solas entre los soldados borrachos más asesinos y miserables y no haber tenido nada que temer.

En el terreno de juego los equipos se encontraron en un gran choque de cuerpos musculosos. Kahlan contempló al hombre punta mientras éste perdía el broc al ser golpeado por ambos lados a la vez. Con una rodilla en tierra, se llevó una mano a las costillas mientras jadeaba, intentando recuperar el aliento. No era el cautivo a quien ella buscaba.

Sonó el cuerno, lo que significaba el final de aquel turno de juego. Los

aficionados del otro equipo lanzaron frenéticas aclamaciones porque el adversario no había puntuado. El árbitro llevó el broc al otro extremo del campo y lo entregó al hombre punta del otro equipo. Kahlan lanzó otro suspiro silencioso. Tampoco era él. Al mismo tiempo que se daba la vuelta al reloj de arena el cuerno volvió a sonar. El hombre punta y su equipo empezaron a correr campo adelante, y el equipo contrincante inició su carrera para defender sus porterías.

El choque fue horripilante. Uno de los jugadores chilló de dolor. Jillian, detrás de la pared que formaban los guardias e incapaz de ver gran cosa de lo que sucedía en el terreno de juego, se encogió ante el sonido de los chillidos. Se apretó más fuerte aún contra Kahlan. El juego continuó a la vez que los ayudantes del árbitro arrastraban fuera del terreno al jugador caído.

Jagang, habiendo visto suficiente, empezó a andar en dirección al siguiente campo de Ja'La. Los espectadores, dando violentos empujones mientras intentaban ver el juego, dejaron paso al emperador. La muchedumbre era enorme, aun cuando constituía sólo una pequeña fracción de la tropa asentada en el campamento.

La construcción de la rampa proseguía a pesar de los partidos, y la mayoría de los que trabajaban en ella tendrían mucho tiempo, una vez terminado su turno, para ver otros partidos, pues se seguirían disputando durante todo el día y la noche. Por lo que Kahlan pudo deducir de retazos de conversación, había muchos equipos contendiendo por el derecho a jugar contra el equipo del emperador. Los torneos constituyían una grata diversión para aquellos guerreros que no tenían nada que hacer aparte de soportar inagotables días de trabajo y el asedio interminable al Palacio del Pueblo.

Fue un largo trayecto a través de los espectadores que vitoreaban, chillaban y abucheaban mientras contemplaban el partido que el emperador abandonaba. Abriéndose paso por el campamento enlodado, mugriento y apesitoso, llegaron por fin al siguiente terreno de juego de Ja'La, donde habían acordonado una zona para el emperador y sus guardias. Jagang y varios oficiales que se habían unido a él conversaron extensamente sobre los equipos que estaban a punto de competir. Al parecer, el partido que acababan de abandonar era entre equipos de menor categoría. De éste se esperaba que ofreciera un espectáculo mejor.

Los dos hombres punta llegaban justo en aquel momento al centro del campo para echar a suertes mediante pajitas qué equipo tenía la oportunidad de jugar el primero. El silencio descendió sobre la multitud mientras aguardaban. Los hombres punta sacaron cada uno una pajita de varias que el árbitro sujetaba en un puño. Los

dos sostuvieron en alto las pajitas. El hombre que había sacado la más corta profirió un juramento. El vencedor sostuvo su pajita bien en alto mientras lanzaba un grito de triunfo. Sus compañeros de juego y la multitud partidaria de su equipo soltaron una estruendosa aclamación.

La pajita larga le permitía llevar el broc en el primer juego o entregarlo al hombre que había sacado la corta. Ni que decir tiene ningún equipo renunciaba jamás a su oportunidad de ser el primero en puntuar. Marcar los primeros era un buen augurio.

Por lo que Kahlan pudo oír de soldados y guardias a su alrededor, la mayoría de la gente creía que el Juego de la Vida se ganaba o perdía gracias a aquella primera elección. Aquella pajita, creían, revelaba lo que deparaba el destino.

Ninguno de los hombres punta era el que Kahlan buscaba.

En cuanto empezó el juego, resultó evidente que esos jugadores eran mejores que los del partido anterior. Los placajes eran titánicos. Los hombres se arrojaban por el aire en desesperados intentos de establecer contacto; bien para derribar al hombre punta o para protegerlo. El hombre punta, además de correr con el broc, usaba el peso de éste para que le ayudara a apartar de su camino a un adversario. En cuanto otro jugador se le acercó, lanzó el broc con todas sus fuerzas. El bloqueador lanzó un gruñido por el peso del impacto del broc y cayó. Los hinchas lanzaron gritos de aliento y abucheos. Uno de los aleros recogió el broc y lo arrojó al hombre punta mientras cargaban a través del terreno de juego.

—Lo siento —musitó Jillian en dirección a Kahlan mientras los guardias, oficiales y Jagang contemplaban el juego, algunos de ellos efectuando comentarios.

—No fue culpa tuya, Jillian. Hiciste todo lo que pudiste.

—Pero tú hiciste tanto... Ojalá fuera tan buena como tú y entonces...

—Silencio. Soy una cautiva también. Ninguna de las dos somos rivales para estos hombres.

Jillian sonrió sólo un poco.

—Al menos me alegro de estar contigo.

Kahlan le devolvió la sonrisa. Echó una ojeada a sus guardias. Estaban

absortos en la contemplación del emocionante partido.

—Intentaré pensar en un modo de sacarnos de esto —susurró.

De vez en cuando Jillian se asomaba entre los fornidos hombres para ver qué sucedía en el terreno de juego. Cuando Kahlan advirtió que la muchacha se frotaba los brazos desnudos y empezaba a tiritar, pasó su capa alrededor de la joven en un gesto protector, compartiendo el calor con ella.

Al cabo de un tiempo de juego, cada equipo había marcado un tanto. Con el juego empatado, el tiempo casi agotado, y ambos equipos incapaces de obtener una gran ventaja, Kahlan sabía que podría transcurrir un buen rato en tiempo de juego suplementario hasta que se decidiera un vencedor.

No hizo falta tanto rato como había pensado, ni tampoco hizo falta pasar una prórroga. El hombre punta de un equipo recibió un placaje bajo por detrás mientras que al mismo tiempo otro bloqueador, en un ataque coordinado, volaba hacia él, alcanzándole directamente en el pecho con un hombro. El hombre punta quedó flácido y golpeó con fuerza contra el suelo. Dio la impresión de que el placaje podría haberle partido la espalda. La multitud enloqueció.

Kahlan giró el rostro de Jillian y lo oprimió contra ella.

—No mires.

Jillian, al borde de las lágrimas, asintió.

—No sé por qué les gustan juegos tan crueles.

—Porque son gente cruel —murmuró Kahlan.

Se designó a otro hombre punta mientras sacaban a su camarada caído en medio de un rugido ensordecedor de satisfacción por un lado y gritos enojados por el otro. Los dos bandos de espectadores parecían al borde del combate pero, al reanudarse el juego con rapidez, no tardaron en ensimismarse en la veloz acción.

El equipo que había perdido al hombre punta peleó desesperadamente, pero pronto quedó de manifiesto que libraban una batalla perdida. El nuevo hombre punta no estaba a la altura del sustituido. Cuando terminó el último juego, habían perdido por dos puntos... una victoria rotunda para el otro equipo. Tal diferencia en el tanteo, así como la eliminación del hombre punta contrario de un modo tan

salvaje, aumentaría en gran medida la reputación del equipo vencedor.

Jagang y sus oficiales daban la impresión de estar complacidos con el resultado del partido. Había tenido todos los elementos de brutalidad, sangre y triunfo despiadado que creían que debía tener el Ja'La dh Jin. Los guardias, embriagados por la ferocidad asesina del juego, cuchichearon entre ellos, repasando lo que más les había gustado respecto a algunos de los choques más violentos. La multitud, exaltada ya por el juego, se excitó aún más con los azotes que siguieron. Estaban entusiasmados, y ya esperaban con ansiedad el siguiente partido.

Mientras aguardaban, iniciaron un canto rítmico, instando a los equipos siguientes a salir. Daban palmadas al compás de sus gritos pidiendo acción.

Uno de los equipos apareció por el extremo derecho del campo. Por el modo en que lo aclamaban, debía ser el favorito de la multitud. Cada jugador alzó un puño por encima de la cabeza mientras paseaban ufanos describiendo un círculo por el campo, exhibiéndose para sus seguidores. La mayor parte de los espectadores los vitorearon y jalearon.

Uno de los guardias de Jagang comentó al hombre que tenía al lado que aquel equipo era muy bueno, y que esperaba que aplastara a su adversario. Por el clamor de la muchedumbre, la mayoría de los espectadores parecían ser de la misma opinión. Al parecer, era un equipo popular con la clase de reputación hostil con la que los seguidores de la Orden Imperial disfrutaban. Tras el partido anterior, la turba estaba excitada y ansiosa de sangre.

Toda la vasta aglomeración se estiró y alargó el cuello para ver al otro equipo cuando éste se abrió paso por fin por entre la multitud situada a la izquierda. Emergieron en fila india, sin puños alzados, sin exhibiciones bravuconas.

Kahlan los contempló, atónita por la sorpresa, junto con todos los demás. Un silencio descendió sobre la multitud. Nadie gritó entusiasmado.

Estaban demasiado estupefactos.



Los hombres, todos sin camisas, desfilaron en fila india entre dos líneas de guardias, todos con flechas listas para ser disparadas. Cada jugador de la columna que se encaminaba hacia el centro del campo iba pintado con extraños símbolos rojos. Líneas, espirales y arcos les cubrían los rostros, pechos, hombros y brazos.

Parecía como si los hubiera marcado con sangre el mismísimo Custodio del inframundo.

Kahlan advirtió que los dibujos que lucía el que iba en cabeza eran levemente distintos. Además, sólo él llevaba dos rayos idénticos en la cara. Empezando en cada sien, cada rayo zigzagueaba por encima de la ceja, pasaba por encima del párpado, y recorría las mejillas.

Kahlan halló el efecto visceralmente aterrador.

Reluciendo feroces entre aquellos rayos idénticos había unos penetrantes ojos grises de rapaz.

Era difícil distinguir el rostro del hombre bajo aquellas líneas. Los extraños símbolos, y en especial los rayos, confundían sus facciones. Kahlan comprendió de repente que había encontrado un modo de ocultar su identidad sin recurrir al barro. No se permitió ni la más leve de las sonrisas. No obstante, aunque aliviada, deseaba al mismo tiempo poder ver su rostro, ver qué aspecto tenía.

No era tan grande como algunos de los otros jugadores, pero de todos modos era fornido; alto y musculoso, pero no como los demás, que semejaban toros. Su cuerpo estaba muy correctamente proporcionado.

Mientras lo contemplaba, Kahlan temió de improviso que todo el mundo pudiera ver que estaba paralizada por la visión de aquel hombre. Notó que se sonrojaba.

Con todo, siguió con la vista fija en él. No podía evitarlo. Aquella era la

primera vez que había conseguido echar de verdad una buena mirada al hombre. Tenía justo el aspecto que ella sabía que tendría. O a lo mejor era que tenía justo el aspecto que ella soñaba que tendría. Aquel frío primer día de invierno de repente le pareció cálido.

Se preguntó qué significaría ese hombre para ella. Se obligó a refrenar su imaginación. No se atrevía a fantasear sobre cosas que sabía que jamás podrían ser.

Mientras el otro hombre punta reía, el jugador de los ojos grises aguardaba ante el árbitro, la penetrante mirada fija en su homólogo.

Ella había sabido en cuanto había visto los dibujos pintados que los soldados lo considerarían una bravuconada. Los dibujos pintados eran la clase de declaración visual que, si no venía respaldada por acciones, sería la peor clase de osadía, la clase de provocación que acarrearía un tratamiento brutal, si no letal.

Ocultar su rostro era una cosa, pero aquello era del todo algo distinto. Estaba poniéndose a sí mismo y a su equipo en gran peligro al efectuar tal proclama con la pintura. Casi parecía que los rayos estaban pensados para asegurar que a nadie le pasara por alto que él era el hombre punta, como si tuviera intención de dirigir la atención del otro equipo hacia él. Kahlan no podía ni imaginar por qué habría hecho una cosa así.

Siguiendo el ejemplo de su hombre punta, todo el equipo que no iba pintado había empezado a reír. También la multitud se unió a las burlas, riendo, abucheando e insultando al equipo de los jugadores pintados, y en particular al hombre punta con los rayos.

Kahlan sabía sin la menor duda que no podía cometerse un error más peligroso que reírse de aquel hombre.

El equipo pintado permanecía tan inmóvil como si fuesen de piedra, aguardando mientras la multitud se volcaba en risotadas y mofas, y el otro equipo gritaba insultos y pullas. Algunas de las mujeres que seguían al campamento les arrojaron objetos pequeños: huesos de pollo, comida podrida, e incluso puñados de tierra.

Los jugadores del otro equipo lanzaron al hombre de los rayos unos insultos que hicieron que Kahlan cubriera distraídamente la oreja de Jillian con una mano a la vez que le presionaba la cabeza contra el pecho. Envivió a la muchacha con su capa. No sabía qué iba a suceder exactamente, pero tenía la certeza de que ése juego

no era apto para una jovencita.

El hombre punta con los dos rayos permanecía con un semblante inexpresivo que le recordó a Kahlan a sí misma cuando adoptaba una expresión vacua al enfrentarse a ciertas clases de desafíos terribles.

Y sin embargo, en el porte sosegado del hombre, Kahlan vio furia contenida.

Él no miró en su dirección en ningún momento —tenía la mirada fija en su homólogo—, pero sólo verlo allí, de pie, verlo a todo él, verle el rostro, aun cuando estuviera cubierto de líneas pintadas, ver su porte, verlo con detenimiento sin tener que desviar a toda prisa la mirada... hacia que a Kahlan le temblaran las piernas.

El comandante Karg se abrió paso a codazos entre la pared que formaban los guardias del emperador Jagang. El oficial cruzó sus brazos musculosos, al parecer en absoluto preocupado por el alboroto que provocaba su equipo. Kahlan reparó en que Jagang no reía como todos los demás. Ni siquiera sonreía. El comandante y el emperador juntaron las cabezas y hablaron. Kahlan no pudo oírles por encima de las mofas, risas e insultos que gritaba la muchedumbre.

Mientras Jagang y el comandante Karg hablaban extensamente, el otro equipo empezó a bailar alrededor del terreno de juego, con los brazos alzados. La turba los vitoreó aun cuando todavía no habían marcado ningún punto. Se habían convertido en héroes sin haber hecho nada.

A aquellos soldados, consagrados a creencias dogmáticas los motivaba el odio. Veían la tranquila seguridad de cualquier individuo como arrogancia, sus habilidades como injustas y tal falta de igualdad como opresión. Kahlan recordó las palabras de Jagang: «La Fraternidad de la Orden nos enseña que ser mejor que alguien es ser peor que todo el mundo».

Los espectadores tenían fe en aquel credo y por lo tanto odiaban a cualquiera que proclamara que era distinto, mejor. Al mismo tiempo, estaban allí para ver triunfar a un equipo, para ver a hombres ser mejores que otros hombres. Era inevitable que creencias tan irrationales como las que enseñaba la Fraternidad de la Orden produjeran interminables marañas de contradicciones y deseos turbios. Todas las tachas personales e incluso los atentados al sentido común más básico se dispersaban con una interpretación de su torticera fe. Y cualquiera que cuestionara temas de fe era considerado un pecador.

Aquellos hombres estaban allí, en el Nuevo Mundo, para eliminar a los

pecadores.

El orden quedó por fin restaurado por parte del árbitro, quien pidió a gritos a la multitud que se calmara para que pudiera empezar el partido. Mientras los espectadores quedaban en silencio, hasta cierto punto al menos, el hombre de los ojos grises indicó con un ademán que sacara primero la pajita. El otro extrajo una pajita, sonriendo ante su elección cuando ésta salió, pues daba la impresión de que tenía una buena longitud.

El hombre de los ojos grises sacó una pajita que era más larga.

Mientras la multitud abucheaba para mostrar su desaprobación, el árbitro entregó el broc al hombre punta de la cara pintada.

En lugar de ir a su lugar del campo para iniciar la carga, éste aguardó un momento hasta que la muchedumbre se acalló un poco y entonces entregó cortésmente el broc al otro hombre punta, renunciando al primer turno. Los presentes prorrumpieron en risotadas ante un giro tan inesperado de los acontecimientos. Estaba claro que pensaban que el hombre pintado era un estúpido que acababa de entregar la victoria al otro equipo. Vitorearon como si el otro equipo acabara de proclamarse vencedor.

Ninguno de los jugadores pintados mostró la menor reacción ante lo que su hombre punta acababa de hacer. En su lugar, se alejaron y ocuparon ordenadamente sus puestos en el lado izquierdo del terreno, listos para defenderse de un primer ataque.

Cuando giraron el reloj de arena y sonó el cuerno, el equipo atacante no perdió el tiempo. Ansiosos por puntuar con rapidez, la carga fue instantánea. Todos aullaron gritos de batalla mientras se abalanzaban a través del terreno de juego. El equipo pintado corrió en dirección al centro del campo para ir al encuentro de la carga. El rugido que surgió de la multitud fue ensordecedor.

Los músculos de Kahlan se tensaron en previsión de una colisión terrible de carne y huesos.

No sucedió lo que ella había esperado.

El equipo pintado —el «equipo rojo» como los guardias ya habían dado en llamarlos— se dividió en dos y fluyó a ambos lados alrededor de los bloqueadores de la línea de avance, yendo en su lugar a por la retaguardia. Un error tan de

aficionado era un golpe de suerte para el equipo que intentaba puntuar. Siguiendo a sus bloqueadores y aleros, el hombre punta que llevaba el broc cruzó la brecha que el equipo rojo había dejado abierta, corriendo en línea recta campo a través.

En un instante las dos alas del equipo rojo giraron sobre sí mismas y la abertura se cerró igual que unas fauces enormes, derribando a los bloqueadores. El hombre punta pintado cargó en línea recta por el medio... en dirección a los bloqueadores centrales, que iban a por él. Justo cuando iban a placarle, esquivó a uno y giró en redondo, escabulléndose entre otros dos.

Kahlan pestañeó incrédula ante lo que acababa de ver. Parecía como si él se hubiera escurrido igual que una pepita de melón entre media docena de hombres que convergían sobre él.

Uno de los hombres de mayor tamaño del equipo rojo, probablemente uno de los aleros, fue a por el hombre punta que cargaba con el broc. Justo antes de alcanzarlo, no obstante, se tiró sobre él demasiado pronto, de modo que su salto para bloquearlo fue demasiado bajo. El hombre con el broc saltó justo por encima de él. La multitud aclamó la destreza con que había evitado el placaje.

Pero el jugador con los dos rayos idénticos también efectuó un salto por encima de su derribado alero, utilizando su espalda como un peldaño para impelerse. Topó con el otro hombre punta en pleno vuelo, enganchándolo con un brazo y haciéndole dar una voltereta en el aire. Soltó el broc. Mientras él se estrellaba contra el suelo, el hombre de los ojos grises atrapó el broc mientras éste seguía en el aire y su pie descendió sobre la parte posterior de la cabeza del hombre punta caído, hundiéndole el rostro en el barro.

Kahlan supo sin la menor duda que podría haberle partido el cuello, pero que había preferido no hacerlo.

Bloqueadores procedentes de todas direcciones saltaron hacia el hombre pintado que en aquellos momentos tenía el broc. Él giró en redondo, cambiando de dirección, y ellos aterrizaron donde él había estado pero ya no estaba. Fueron a estrellarse sobre su propio hombre punta.

El equipo rojo tenía ahora la posesión del broc y, aun cuando no podían marcar hasta que fuera su turno, podían impedir que el otro equipo marcara. Por alguna razón, no obstante, el hombre de los ojos grises cargó campo a través, flanqueado por sus dos aleros y la mitad de sus bloqueadores. Formaban una cuña

perfecta mientras atravesaban el terreno de juego. Cuando los hombres pintados alcanzaron la zona de puntuación del lado opuesto del campo, el hombre pintado arrojó el broc al interior de una de las redes; a pesar de que no era su turno y el punto no contaría.

Siguió al broc, lo recuperó de la red, y luego, en lugar de mantener la posesión en un esfuerzo por negar al otro equipo su oportunidad de marcar, trotó de vuelta campo adelante y con un sencillo lanzamiento por encima del hombro arrojó el broc de vuelta al otro hombre punta, que seguía de rodillas escupiendo barro.

La multitud lanzó una ahogada exclamación de confuso asombro.

Lo que Kahlan acababa de ver confirmaba lo que ya había creído desde el primer momento en que había clavado los ojos en la mirada rapaz del hombre: aquél era el hombre vivo más peligroso que existía. Más peligroso que Jagang, peligroso de un modo diferente, pero más peligroso que Jagang. Más peligroso que nadie.

Y demasiado peligroso para que se le permitiera vivir. Una vez que Jagang comprendiera lo que ella ya sabía —si no lo sabía ya—, podría muy bien decidir que ejecutaran a aquel hombre.

El equipo que tenía el primer turno volvió a llevar el broc al punto de inicio del juego y, hechos una furia para redimirse y marcar un punto que contaría, cargaron a través del campo. Sorprendentemente, el equipo rojo esperó en lugar de correr a detener el avance tan lejos como fuera posible de su portería. Un error, al parecer, pero Kahlan no lo pensaba.

Cuando alcanzaron al equipo rojo, los atacantes se arrojaron sobre los defensores, pero el equipo rojo salió corriendo bruscamente en todas direcciones, eludiendo a los demasiado confiados bloqueadores. Mientras corrían, el equipo rojo dio la vuelta y sus propios bloqueadores adoptaron una formación de media luna. En su carrera por el campo de juego abatieron a los aleros y bloqueadores contrarios, así como al hombre punta. El enorme alero pintado le arrebató el broc, luego lo lanzó tan alto como pudo. El hombre con los rayos, que ya había corrido como una exhalación y zigzagueado a través de la línea de hombres que cargaban, atrapó el broc antes de que tocara el suelo.

Había dejado atrás a todos los hombres del otro equipo que le daban caza.

Cuando alcanzó el extremo opuesto del campo arrojó el broc a la red de la esquina opuesta a aquella a la que lo había lanzado la primera vez. Los bloqueadores se abalanzaron hacia él pero los esquivó sin esfuerzo y ellos se estrellaron contra el suelo en un montón junto a él. El hombre punta corrió hasta la red y recuperó el broc.

—¿Quién es ése? —preguntó Jagang en voz baja.

Kahlan sabía que Jagang hablaba del hombre punta con los rayos pintados en la cara, el hombre de los ojos grises.

—Su nombre es Ruben —respondió el comandante Karg.

Era una mentira.

Kahlan sabía que aquél no era su nombre. No tenía ni idea de cómo se llamaba en realidad, pero no era Ruben. Aquel nombre era un disfraz, igual a como lo había sido el barro, igual a como lo era la pintura roja ahora. Ruben no era su nombre auténtico.

Se preguntó de improviso qué le hacía pensar tal cosa.

Sabía por el modo en que él la había mirado aquella primera vez que él tenía que ser alguien procedente de su pasado. Ella no lo recordaba, y no sabía su nombre auténtico, pero sí sabía que no era Ruben. El nombre sencillamente no le cuadraba.

Sonó el cuerno, marcando el final del primer juego. Dieron la vuelta al reloj de arena y el cuerno volvió a sonar. El equipo rojo estaba ya en su terreno de juego. No se molestaron en acercarse a las secciones de la cuadrícula donde se les permitía iniciar su ataque.

En su lugar, el jugador que el comandante Karg había dicho que se llamaba Ruben, ya en posesión del broc, efectuó una leve señal con la mano a sus hombres. La frente de Kahlan se crispó mientras observaba con atención. Jamás había visto a un hombre punta usar tales señas.

Los equipos que jugaban al Ja'La por lo general parecían funcionar como una turba coordinada sin mucho rigor: bloqueadores, aleros o guardias jugaban según le pareciera apropiado a cada hombre en cada circunstancia. La creencia preponderante era que sólo si cada hombre actuaba como le pareciera apropiado podía el equipo afrontar las variaciones inesperadas que ocurrían durante el juego.

El equipo de Ruben era diferente. En cuanto finalizó la señal, giraron y de un modo coordinado cargaron por delante de él en formación. No actuaban como una turba vagamente coordinada. Se comportaban como un ejército bien disciplinado entrando en combate.

Los del otro equipo, en aquellos momentos ya enfurecidos, impelidos por el deseo de venganza, salieron disparados a cerrarles el paso. Tras cruzar la mitad del campo, el equipo rojo giró como una sola persona, yendo hacia la red situada a su derecha. El equipo defensor fue todo él a por ellos igual que osos enfurecidos. Los bloqueadores sabían que su trabajo era bloquear, y tenían intención de detener al equipo rojo antes de que pudieran alcanzar la zona de puntuación.

Pero Ruben no siguió a sus hombres. Se desvió a la izquierda en el último momento. Por su cuenta, sin ni siquiera sus aleros para protegerlo, marchó solo en diagonal en dirección contraria a través del terreno de juego, dirigiéndose a la red de la izquierda. El grueso de los dos equipos colisionó, sin que algunos de los defensores fueran conscientes de que el hombre tras el que iban no estaba bajo la pila.

Únicamente un guarda se había ido quedando atrás, vio lo que Ruben hacía, y pudo girar a tiempo para bloquearlo. Ruben bajó un hombro y alcanzó al hombre en pleno pecho, dejándolo sin resuello y despatarrado en el suelo. Sin detenerse cuando llegó a la zona de puntuación del campo, arrojó el broc al interior de la red.

El equipo rojo regresó a la carrera a su lado del campo, formando para un segundo ataque mientras todavía les quedaba tiempo. Mientras aguardaban a que llegase el árbitro con el broc, todos miraron a su jadeante líder en busca de su señal. Fue veloz y simple, una señal que, para Kahlan, no parecía significar nada. Cuando el árbitro arrojó a Ruben el broc, éste salió disparado. Su equipo estaba preparado y saltó al frente para desplegarse en abanico en una corta y apretada línea ante él.

Cuando tuvieron casi encima al enojado y desordenado grupo de hombres del otro equipo, el equipo rojo giró a la izquierda. Ruben, no muy por detrás de su línea, marchó hacia la derecha y corrió solo por terreno despejado. Antes de que ninguno de los bloqueadores pudiera alcanzarle, chilló por el esfuerzo de lanzar el broc desde muy por detrás de la zona normal de puntuación. Resultaba sumamente difícil efectuar un disparo desde tan atrás. Lanzado desde allí, un disparo que entrara valía dos puntos.

El broc describió un arco a través del aire por encima de las cabezas de los

guardas de la red, que saltaron como locos para atraparlo. Confundidos por la extraña carga en una sola línea, no habían esperado que un intento de disparo a tanta distancia entrara y no habían estado preparados para ello.

El broc penetró en la red.

El cuerno sonó, indicando el final del período para marcar del equipo rojo.

La multitud estaba pasmada, boquiabierta. En su primer turno de juego, el equipo rojo había marcado tres puntos; sin mencionar los dos puntos que no contaban.

Cayó el silencio sobre el campo mientras el otro equipo se apiñaba en una discusión sobre qué hacer frente al repentino giro de los acontecimientos. Su hombre punta hizo lo que pareció ser una propuesta enojada. Los demás jugadores, sonriendo burlones ante lo que sugería, asintieron y luego se separaron para iniciar su turno con el broc.

Al ver que evidentemente habían tramado un plan, la multitud empezó otra vez a lanzarles gritos de ánimo. Por encima de las aclamaciones, el hombre punta gruñó instrucciones. Dos de sus guardas asintieron.

A su grito, cargaron campo a través, juntándose en un apretado muro de músculo y furia. En lugar de ir hacia la zona de puntuación, el hombre punta torció repentinamente hacia la derecha, dirigiendo la carga fuera de su ruta. Ruben y su equipo alteraron la posición para ir al encuentro de la carga pero no pudieron hacer uso de todo su peso a tiempo. El impacto fue brutal. El ataque había ido dirigido deliberadamente contra el alero izquierdo de Ruben, excluyendo a todos los otros hombres, sin ni siquiera fingir que intentaban marcar un tanto.

Mientras la multitud aclamaba previendo el primer derramamiento de sangre, el montón de hombres se fue levantando de uno en uno. Los jugadores pintados de rojo arrancaron a sus adversarios de en medio, echándolos hacia atrás, para intentar llegar hasta el fondo de la melé. El alero izquierdo del equipo rojo fue el único que no se levantó.

Mientras el equipo que tenía el broc retrocedía corriendo para lanzar otra carga, Ruben se arrodilló junto al derribado. Lo examinó. Era evidente que no había nada que hacer. Su alero izquierdo estaba muerto. La multitud gritó con entusiasmo mientras arrastraban fuera al jugador caído, dejando un grueso reguero de sangre sobre el terreno de juego.

La mirada rapaz de Ruben barrió las bandas. Kahlan reconoció la evaluación que efectuaba y casi pudo percibir lo que él pensaba porque también ella había sopesado las posibilidades. Los guardias tensaron sus arcos cuando Ruben se alzó.

—¿Qué sucede? —musitó Jillian a la vez que atisbaba desde debajo de la capa de Kahlan—. No puedo ver nada.

—Han herido a un jugador —respondió Kahlan—. Sólo mantente caliente, no hay nada que valga la pena ver.

Jillian asintió y permaneció acurrucada bajo el brazo protector de Kahlan y el calor de la capa.

El juego de Ja'La no se detenía por nada, ni siquiera por una muerte en el terreno de juego. A Kahlan le entristeció sobremanera que la muerte de una persona formara parte del juego, y que fuera aclamada por los espectadores.

Los arqueros apostados alrededor del campo parecían apuntar todas sus flechas hacia un único jugador. Ella y el hombre con los rayos pintados en la cara tenían algo en común: sus propios guardias especiales.

Mientras la multitud vociferaba pidiendo juego, Kahlan percibió un curioso mal presagio en el ambiente.

Devolvieron el broc al equipo al que todavía le quedaba un tiempo de su turno de juego, y, mientras formaban, ella supo que el momento había pasado.

Kahlan vio a un Ruben sombrío hacer a sus hombres una señal furtiva. Cada uno devolvió un leve asentimiento de cabeza. Luego, Ruben mostró rápida y subrepticiamente tres dedos. Sus hombres se congregaron de inmediato en una formación curiosa.

Aguardaron un breve instante mientras el otro equipo empezaba a cruzar el terreno a la carrera, chillando gritos de batalla. Creían que ahora poseían una ventaja táctica que les permitiría dictar el curso del juego.

Al mismo tiempo que el equipo con el broc cargaba a través del terreno de juego, el equipo rojo se dividió en tres cuñas separadas. Ruben encabezaba la cuña central más pequeña, dirigiéndose hacia el hombre punta que llevaba el broc. Sus dos aleros —su enorme alero derecho y el recién incorporado alero izquierdo— conducían a la mayoría de los bloqueadores en las dos cuñas laterales. Algunos de

los hombres del equipo que tenía el broc cambiaron de posición hacia cada lado mientras corrían al frente, para cerrar el paso a la curiosa formación, por si intentaban girar en dirección a su hombre punta.

La extraña táctica defensiva provocó el desdén de los guardias de Jagang. Por los comentarios que Kahlan pudo oír, estaban convencidos de que el equipo rojo, al dividirse en tres grupos, carecería de la fuerza suficiente en el centro para detener al hombre punta. Pensaban que una defensa tan ineficaz proporcionaría a los agresores un tanto fácil y probablemente le costaría la vida a otro miembro del equipo rojo en el grupo central. Con toda probabilidad al hombre punta mismo, ya que en aquellos momentos estaba prácticamente desprotegido.

Las dos cuñas exteriores del equipo rojo se abrieron paso a través de los lados de la carga, sin bloquear del modo esperado. Las piernas de los hombres del equipo atacante salieron despedidas por los aires. La cuña central de Ruben chocó contra el grupo principal de bloqueadores que defendían al hombre punta. Éste apretó bien el broc contra el estómago.

Ruben, en la parte posterior de la cuña central, corriendo a toda velocidad, esquivó hábilmente la línea de guardas que se abalanzaba sobre él y saltó por encima del montón de sus bloqueadores. En el aire, Ruben pasó el brazo derecho alrededor de la cabeza del otro hombre punta y retorció violentamente la cabeza de éste.

Kahlan pudo oír el chasquido del cuello del hombre punta al partirse. Ambos cayeron estrepitosamente al suelo, con Ruben encima, el brazo todavía alrededor del cuello del otro.

Cuando los hombres de los dos equipos se pusieron en pie penosamente, había dos jugadores caídos del equipo atacante, uno en cada lado del campo. Ambos rodaban por el suelo con alguna extremidad rota.

Ruben se alzó por encima del hombre punta que yacía sin vida en el centro del campo. La cabeza del muerto estaba torcida en un ángulo espantoso.

Ruben recogió el broc del suelo, trotó entre los atónitos y confundidos jugadores contrarios, y lanzó un tanto que no contaba.

El significado de lo que acababa de hacer era claro: si otro equipo jugaba específicamente para lastimar a cualquiera de su equipo, entonces él contraatacaría con una respuesta fulminante. Les notificaba que mediante sus propias acciones

estaban eligiendo lo que les sucedería.

Kahlan sabía ahora sin la menor duda que la pintura roja de Ruben no era una exhibición vana. Los hombres del otro equipo vivían sólo por cortesía suya.

Rodeado por captores casi incontables, con docenas de flechas apuntándolo, aquél individuo acababa de establecer sus propias leyes, leyes que no podían evitarse o desestimarse. Acababa de decir a sus adversarios cómo jugarían contra él y su equipo. Era un claro mensaje de que, por sus propias acciones, los adversarios de Ruben elegían su propio destino.

Kahlan tuvo que contener una sonrisa, y un grito de júbilo ante lo que él acababa de lograr..., y evitó ser la única persona en toda la multitud que aclamara a aquel hombre.

Deseó que él la mirara, pero no lo hizo en ningún momento.

Con su hombre punta muerto y otros dos jugadores fuera del partido ahora —los responsables de la muerte del alero izquierdo del equipo rojo—, parecía que el equipo favorito de la multitud estaba al borde de una derrota sin precedentes.

Kahlan se preguntó exactamente por cuántos puntos iba a vencer el equipo rojo. Esperaba que fuese una derrota aplastante.

Justo entonces, por el rabillo del ojo, divisó al mensajero acercándose a toda prisa a la vez que agitaba un brazo para llamar la atención del emperador mientras se abría paso a empellones entre los enormes guardias.

—Excelencia —dijo el agitado hombre sin resuello—, han conseguido entrar. Las Hermanas que hay allí han pedido que vayáis de inmediato.

Jagang no hizo preguntas y no perdió tiempo. Mientras reanudaban el juego en el campo, él empezó a moverse. Kahlan echó una ojeada atrás, justo a tiempo de ver a Ruben placar al nuevo hombre punta del equipo contrario con energía suficiente para hacer que le castañetearan los dientes. Todos los enormes guardias se agolparon alrededor del emperador, abriendo un camino despejado ante él. Kahlan sabía bien que no debía atraer la atención de Jagang demorándose.

—Nos vamos —dijo a Jillian, todavía acurrucada en busca de calor bajo la capa de Kahlan.

Cogidas de la mano, dieron la vuelta para seguir a Jagang. Kahlan volvió la cabeza.

Por un breve momento, los ojos de ambos se encontraron, y en aquel instante, Kahlan comprendió que, aun cuando él no había mirado en su dirección ni una vez en todo el partido, había sabido con exactitud dónde había estado ella todo el tiempo.



Los ojos de Nicci se abrieron de golpe. Jadeó presa del pánico.

Formas nebulosas pasaban ante su visión y no lograba interpretar las figuras poco definidas que veía. En un esfuerzo por orientarse, su mente intentó hacerse con recuerdos de toda clase, buscando frenéticamente a través de la esencia en constante movimiento de éstos, en un intento de encontrar unos que parecieran relevantes, que encajaran. El gran almacén de todos sus pensamientos parecía estar tan desorganizado como una biblioteca llena de libros desperdigados por los vientos de una tormenta. Nada parecía tener sentido para ella. Era incapaz de comprender dónde estaba.

—Nicci, soy yo, Cara. Estás a salvo. Tranquilízate.

Una voz distinta en la lóbrega y borrosa distancia dijo:

—Iré a buscar a Zedd.

Nicci vio moverse la oscura forma y luego desaparecer en una oscuridad aún más negra.

Comprendió que tenía que ser la persona que había hablado mientras cruzaba una puerta. Era la única cosa que tenía sentido. Pensó que podría llorar de alivio por poder, al fin, ser capaz, de entre todas las formas y sombras, captar una puerta, y el concepto, infinitamente más complejo, de que había una persona.

—Nicci, tranquilízate —repitió Cara.

Sólo entonces reparó Nicci en que forcejeaba vigorosamente, intentando mover los brazos, y que la sujetaban. Era como si su mente y cuerpo estuvieran ambos revueltos, e intentaran, como a través de un tumulto y una confusión, aferrarse a algo sólido.

Pero las cosas empezaban a tener sentido para ella.

—Seis —dijo con un gran esfuerzo—. Seis.

El negro recuerdo se alzó en su mente como si lo hubiera invocado y hubiera regresado para acabar con ella.

Fijó la atención en el significado de aquella palabra, de aquel nombre, de aquella figura oscura que flotaba en su mente. Reunió en sus adentros fragmentos aleatorios, juntándolos alrededor de la palabra. Cuando un recuerdo encajó —el recuerdo del corredor con Rikka, Zedd y Cara más adelante, paralizados, donde estaban en la escalera—, siguió adelante con el siguiente y se esforzó por añadir otra pieza.

Por pura fuerza de voluntad, las cosas empezaron a moverse y encajar. Sus pensamientos se fusionaron y adquirieron coherencia. Sus recuerdos empezaron a tomar forma.

—Estás a salvo —dijo Cara, sujetando aún los brazos de Nicci—. Quédate quieta.

Nicci no estaba a salvo. Ninguno de ellos estaba a salvo. Tenía que hacer algo.

—Seis está aquí —consiguió decir entre los dientes apretados mientras forcejeaba para apartar a Cara—. Tengo que detenerla. Tiene la caja.

—Se ha ido, Nicci. Cálmate.

Nicci pestañeó, intentando todavía aclarar su visión, intentando todavía recuperar el aliento.

—¿Ido?

—Sí. Estamos a salvo por el momento.

—¿Ido? —Nicci aferró un pedazo de cuero rojo, atrayendo a la mordsith más cerca de ella—. ¿Se ha ido? ¿Cuánto hace que se ha ido?

—Ayer.

El recuerdo de la oscura figura pareció estirarse, perdiéndose en la distancia.

—Ayer... —musitó Nicci mientras volvía a desplomarse sobre la almohada— Queridos espíritus.

Cara se irguió por fin. A Nicci ya no le importaba levantarse.

Todo había sido para nada.

Pensó que quizá no querría volver a levantarse jamás.

Clavó la mirada en el vacío.

—¿Resultó herido alguien más?

—No. Sólo tú.

—Sólo yo... —repitió Nicci en un tono inexpresivo—. Debería haberme matado...

Cara frunció el entrecejo.

—¿Qué?

—Seis debería haberme matado...

—Bueno, estoy segura de que probablemente le habría gustado hacerlo, pero no lo consiguió. Estás a salvo.

Cara no había comprendido lo que había querido decir la hechicera.

—Todo para nada —farfulló Nicci para sí.

Todo estaba perdido. Todo el trabajo había sido para nada. Todo lo que Nicci había conseguido se había desintegrado, disipándose en la risa resonante de una sombra oscura. Todo su estudio, el unir todos los pedazos, su esfuerzo monumental para comprender por fin cómo funcionaba todo en realidad, la tarea de invocar tal poder, de controlarlo, de dirigirlo... todo había sido en vano.

Había sido una de las cosas más difíciles que había hecho jamás... y ahora se había convertido todo en cenizas.

Cara sumergió una tela en un cuenco de agua situado sobre una mesa

auxiliar. Escurrió la tela, y el sonido de cada gota al caer al interior del cuenco fue agudo, penetrante, doloroso.

Más que una masa borrosa de formas y sombras, como había sido en un principio cuando despertó, ahora todo estaba enfocado con cruda nitidez. Los colores parecían cegadoramente brillantes, los sonidos estridentes. Las velas de un pequeño candelabro brillaban como soles.

Cara presionó la tela húmeda sobre la frente de Nicci. El color rojo del traje de cuero de la mord-sith hirió los ojos de la hechicera, por lo que ésta los cerró. La tela parecía un seto de espinos presionado contra su tierna carne.

—Hay otro problema —dijo Cara con voz queda.

Nicci abrió los ojos.

—¿Otro problema?

Cara asintió a la vez que pasaba la tela por el cuello de Nicci.

—Con el Alcázar.

Nicci echó una ojeada a las gruesas colgaduras azules y doradas de la estrecha ventana. No se filtraba la menor luz, así que comprendió que tenía que ser de noche.

Mientras volvía los ojos otra vez hacia Cara, Nicci frunció el entrecejo a pesar de que hacerlo le producía dolor.

—¿Qué quieres decir con que hay problemas con el Alcázar? ¿Qué clase de problemas?

La mord-sith abrió la boca para hablar, pero entonces giró la cabeza ante el sonido de un alboroto procedente de detrás de ella.

Zedd entró como una exhalación en la estancia sin llamar, moviendo los codos al compás de cada larga zancada y su sencilla túnica ondulando tras él como si fuera el rey del lugar, que acudía a ocuparse de temas regios. Nicci supuso que, en cierto modo, lo era.

—¿Está despierta? —preguntó a Cara antes de haber llegado junto al lecho.

Su ondulada melena blanca parecía muy revuelta.

—Estoy despierta —respondió Nicci.

Zedd frenó con brusquedad, alzándose sobre ella. Se inclinó, con cara de pocos amigos, echando una mirada por sí mismo como si no confiara en su palabra.

Presionó las yemas de sus largos dedos huesudos contra la frente de la hechicera.

—Tu fiebre ha bajado.

—¿Tenía fiebre?

—Algo así.

—¿Quéquieres decir con «algo así»? La fiebre es fiebre.

—No siempre. La fiebre que tenías fue inducida por el empleo de ciertas fuerzas, más que por una enfermedad. En este caso, para ser precisos, tus propias fuerzas. La fiebre fue la reacción de tu cuerpo a la tensión.

Nicci se incorporó sobre los codos.

—¿Quieres decir que tuve una fiebre provocada por lo que Seis me hizo?

—En cierto modo. La tensión de ejercer fuerza contra toda la brujería que ella llevaba a cabo arrojó tu cuerpo a un estado febril.

Nicci paseó la mirada del uno al otro.

—¿Por qué no te afectó a ti? ¿O a Cara?

Zedd se dio golpecitos en la sien.

—Porque fui lo bastante listo como para lanzar una telaraña mágica. Nos protegió a Cara y a mí, pero tú estabas demasiado lejos. A aquella distancia sus propiedades no podían protegerte del todo. Pero fue suficiente para salvarte la vida.

—¿Tu hechizo me protegió?

Zedd agitó un dedo ante ella como si se hubiera portado mal.

—Tú no hacías nada para defenderte.

Nicci pestañeó, sorprendida.

—Zedd, lo intentaba. No creo que me haya esforzado nunca tanto por utilizar mi han. Intenté con todas mis fuerzas proyectar mi poder... lo juro. Pero no servía de nada.

—Claro que no. —Alzó los brazos en un gesto de exasperación—. Ése era tu problema.

—¿Qué era mi problema?

—¡Lo intentabas con demasiada energía!

Nicci se acabó de incorporar. El mundo empezó de repente a dar vueltas y tuvo que poner una mano sobre los ojos. La sensación de que todo giraba le provocaba náuseas.

—¿De qué hablas? —Alzó la mano justo lo suficiente para mirarlo con ojos entornados—. ¿Qué quieres decir con que lo intentaba con demasiada energía?

Pensó que iba a vomitar. Como si le irritara la distracción, Zedd se subió las mangas por los brazos y luego presionó un dedo de cada mano en los lados de la frente de la hechicera. Nicci reconoció la sensación hormigueante de la Magia de Suma reptando bajo su piel. Le pareció un poco extraño no sentir nada del lado de Resta como un elemento del poder del mago, pero él carecía de Magia de Resta.

La sensación de mareo desapareció.

—¿Mejor? —preguntó él en un tono que sugería que pensaba que todo había sido culpa de ella misma.

Nicci giró la cabeza a un lado y a otro, estirando los músculos del cuello, poniendo a prueba su sentido del equilibrio. Intentó sentir las náuseas, temerosa de que surgieran de improviso, pero no lo hicieron.

—Sí, imagino que sí.

Zedd sonrió ante aquel pequeño triunfo.

—Estupendo.

—¿Qué quieres decir con que lo intentaba con demasiada energía?

—No puedes combatir a una bruja del modo que intentabas hacerlo. Y menos a una bruja tan poderosa como ésa. Empujabas con demasiada fuerza.

—¿Empujaba con demasiada fuerza? —Se sintió tan incómoda como se había sentido de novicia cuando era incapaz de captar una lección que enseñaba una Hermana impaciente—. ¿A qué te refieres?

—Cuando utilizas tu fuerza para intentar ejercer presión contra lo que ella está haciendo, ella se limita a girarla contra ti. No puedes alcanzarla con tu poder porque la fuerza que usas no ha establecido aún una conexión fundamental entre vosotras dos. Está aún en su fase formativa, como en flotación libre.

Nicci comprendía lo que le decía, en teoría, pero no sabía cómo encazarlo en aquel caso.

—¿Intentas decir que es como un rayo que necesita encontrar un árbol, o algo alto, que fije su conexión con el suelo para poder prender? ¿Qué si no hay ningún lugar a su alcance con el que enlazar, se limita a saltar hacia atrás y prende dentro de la nube? ¿Que gira contra sí mismo?

—Jamás pensé en ello en esos términos, pero podría decirse así. Podríamos decir que tu poder se volvió contra ti. Una bruja es una de las pocas personas que comprende de un modo intuitivo la naturaleza precisa de las complejidades y conexiones de la magia.

—Te refieres a que sabe cómo funcionan... los rayos —dijo Cara— y que le quitó a Nicci... la alfombra de debajo de los pies.

Zedd lanzó a la mujer una mirada atónita.

—Tú realmente no tienes ni idea de magia, ¿verdad? ¿Ni sobre giros idiomáticos?

La expresión de Cara se ensombreció.

—Con la imagen de la alfombra bajo los pies, creo que se comprende la mar de bien.

Zedd miró al techo.

—Bueno, creo que es una simplificación exagerada, pero imagino que podrías expresarlo de esa manera... En cierto modo —añadió por lo bajo.

Nicci no escuchaba en realidad; tenía la cabeza en otra parte. Recordaba que ella misma había hecho algo que involucraba aquellas mismas relaciones de poder cuando la bestia había atacado a Richard en la zona protegida del Alcázar. Ella había creado un nódulo de conexión pero negado a esa conexión el poder para completarla. Aquella expectación, que no se veía realizada, atrajo el poder más próximo —un rayo— hacia la bestia, eliminándola por el momento. Dado que la bestia no estaba viva de verdad, no se la podía destruir en realidad, de un modo muy parecido a como a un cadáver, puesto que ya está muerto, no se le puede matar, ni hacer que esté más muerto.

Pero esto era distinto. Esto iba mucho más allá de lo que Nicci había hecho con la bestia. Esto, de algún modo, era lo opuesto a lo que ella había hecho.

—Zedd, no comprendo cómo es posible una cosa así. Es como arrojar una roca; una vez lanzada, la trayectoria está fijada. La roca seguiría esa trayectoria hasta colisionar en un punto de esa trayectoria.

—Ella te golpeó en la cabeza con tu propia roca antes de que la hubieses lanzado —dijo Cara.

Zedd clavó en ella una mirada asesina, como si fuera un alumno impetuoso que hubiera hablado antes de que le tocara. La boca de Cara adoptó una mueca de obstinación, pero la mantuvo cerrada.

Nicci hizo caso omiso de la interrupción:

—Ella habría necesitado actuar sobre un poder específico a medida que éste era engendrado... antes de que estuviera totalmente formado... cuando empezaba a entrar en acción. Es también cuando se forma el nódulo fundamental. En ese punto, la naturaleza y el poder totales del hechizo ni siquiera podían haber cobrado vida.

Zedd dirigió a Cara una mirada de soslayo para asegurarse de que tenía intención de permanecer callada. Cuando ésta cruzó los brazos y permaneció muda,

Zedd volvió a dirigirse a Nicci:

—Eso es precisamente lo que ella hace.

‘ Al no haber tropezado nunca antes con una bruja, los mecanismos que utilizaba eran un misterio para Nicci.

—¿Cómo?

—Una bruja cabalga sobre los remolinos del tiempo. Ve cómo fluyen los acontecimientos hacia el futuro. Su habilidad es en muchos modos una forma de profecía. Eso significa que está lista para el hechizo antes de que lo lances. Sabe que lo vas a lanzar. Sabe lo que va a ocurrir. Su propia habilidad, su propio don, le permiten actuar contra ti antes de que puedas completar lo que estás haciendo.

»Es algo que les sale de forma natural... como levantar la pierna cuando alguien te da en la rodilla y tú estás sentado. Su bloqueo ya está allí mientras tu telaraña se forma... mientras empiezas a lanzar tu puñetazo. Te niega una conexión fundamental, de modo que tu telaraña no puede ni siquiera acabar de formarse. Como he dicho, posee la capacidad de hacerle dar la vuelta antes de que esa conexión entre principal y objeto se establezca. Tu poder se desploma sobre sí mismo... en ti.

»No hace falta mucho poder por su parte. Su fuerza es tu fuerza. Cuanto más te esfuerces por hacer algo, más difícil se vuelve. Ella no aumenta su esfuerzo, simplemente le niega al tuyo un nódulo que lo complete. Cuanto más presionas tú, más fuerza te devuelve su bloqueo.

»Una bruja te utiliza. Esa fuerza, tu fuerza, se pliega hacia dentro, sobre ti, una y otra vez, mientras tú te esfuerzas cada vez más tu propia fuerza, doblada hacia atrás, sobre ti, una y otra vez, mientras intentabas conjurar tu habilidad para subyugarla, te provocó la fiebre.

—Zedd, eso no puede ser. Tú usaste magia. Te vi, vi perfectamente la telaraña que lanzaste y no te dañó. Se limitó a apagarse con un chisporroteo.

El anciano mago sonrió.

—No, no se apagó con un chisporroteo. Fue un fracaso desde el principio. Yo usaba tan poco poder que ella no podía extraer fuerza de él. Puesto que no podía extraer poder de él, no podía bloquearlo o hacerlo regresar. No había suficiente

para que pudiera atraparlo.

—¿Qué clase de hechizo puede hacer algo así?

—Lancé una telaraña de protección entretejida dentro de un hechizo de serenidad. Deberías haber hecho lo mismo.

Nicci se pasó una mano por el rostro.

—Zedd, he sido una hechicera durante muchísimo tiempo. Nunca había oído hablar de un hechizo de serenidad.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, imagino que no lo sabes todo, claro. Utilicé un hechizo de serenidad porque si calculaba mal y lo hacía sólo un poquitín demasiado fuerte, y ella me lo devolvía, bueno, yo podría haberme recuperado. Estar aún más calmado me habría ayudado, para volver a intentarlo y tener una mejor posibilidad de tener éxito la segunda vez.

Nicci sacudió la cabeza. No entendía nada. Pero intentó comprender las explicaciones del mago.

—Ya veo que... yo no tenía conocimientos suficientes para tratar con Seis. Lo que tú hiciste puede que no consiguiera alcanzarme... pero al menos fue suficiente para impedir que me matara.

Zedd se limitó a sonreír.

—¿Dónde aprendiste un truco así?

Él se encogió de hombros.

—La cruda experiencia. He tratado con brujas antes, así que sabía que sólo podía hacer eso.

—¿Te refieres a Shota?

—En parte —respondió—. Cuando recuperé la *Espada de la Verdad* tuve grandes problemas. Esa mujer es astuta, y una fuente de problemas tras unos ojos centelleantes y una sonrisa artera. Descubrí que hacer cosas del modo

acostumbrado sencillamente no funcionaba. Ella encontró mis esfuerzos divertidos. Cuanta más fuerza utilizaba yo, más empeoraban las cosas para mí, y más ampliamente sonreía ella.

Se inclinó un poco al frente.

—Ése fue su error... sonreír. —Alzó un dedo para recalcarlo—. Su sonrisa me puso sobre aviso. Comprendí en aquel instante que mi uso de la fuerza era lo que le proporcionaba el poder que necesitaba.

—Así que no usaste fuerza.

Él extendió las manos como si ella hubiese por fin captado la lección.

—En ocasiones hacer lo que más te gustaría hacer puede ser lo peor que puedes hacer. En ocasiones para conseguir lo que quieras al final, tienes que contenerte al principio.

A medida que los conceptos que había expresado penetraban en la mente de Nicci, los recuerdos desordenados de ésta —pedazos desconcertantes de algún rompecabezas grandioso que jamás había encajado en ninguna parte— fueron a encajar donde les correspondía. Era como si lo viera todo bajo una luz nueva.

La repentina comprensión fue como una sacudida para Nicci.

Nicci se quedó boquiabierta. Los ojos se le abrieron como platos.

—Ahora lo comprendo... Queridos espíritus, lo comprendo. Conozco el propósito del campo estéril.



—Un campo estéril? —Las espesas cejas de Zedd se frunciaron—. ¿De qué hablas?

Nicci presionó las yemas de los dedos sobre la frente mientras lo razonaba. Apenas podía creer que no lo hubiera comprendido antes. Alzó los ojos hacia el mago.

—Hace falta un complejo orden de acontecimientos para que funcione el poder de las cajas. Como dijiste, deben establecerse conexiones basadas en fundamentos primordiales... igual que en cualquier magia. Al fin y al cabo, lo crearon magos, y ellos habrían tenido que basar cualquier cosa que hicieran en lo que sabían de la naturaleza de las cosas que manipulaban.

»En su mayor parte, en esencia, el de las cajas es un hechizo complejo. Como cualquier hechizo construido, en las condiciones correctas, lo desencadena una serie específica de acontecimientos. Entonces opera según sus protocolos establecidos. Con todo, sin importar lo complejo que sea, una vez iniciado, funciona según unos principios básicos.

—Y el sol sale por el este —refunfuñó Zedd—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Todo guarda relación —dijo ella para sí mientras miraba al vacío por un momento.

Súbitamente devolvió la atención al mago.

—*El libro de la vida* explica cómo poner en funcionamiento el poder de las cajas. Expone los protocolos. Básicamente es un manual de funcionamiento. No explica la teoría tras el poder... ése no es su propósito. Para comprender todo el asunto hay que mirar en otra parte.

»En tanto que ese poder, como todas las formas de poder, puede ser tergiversado. Pero éste fue creado con un propósito específico: contrarrestar el

hechizo Cadena de Fuego, que, una vez iniciado, discurre por rutinas establecidas. Esas rutinas requieren condiciones específicas... como utilizar adecuadamente la clave, *El libro de las sombras contadas*...

Su mente seguía revisando veloz todas las conexiones nuevas mientras ella encajaba piezas de diferentes fuentes que nunca antes había conectado.

—Sí, sí —repuso Zedd—. Las Cajas del Destino fueron creadas específicamente para contrarrestar el hechizo Cadena de Fuego. Eso ya lo sabemos. Lo que es más, es obvio que deben satisfacerse ciertas condiciones y entonces el poder funcionará de un modo determinado. Es algo que cae por su propio peso.

Nicci se levantó a toda prisa. Bajó la mirada y vio que llevaba un camisón de color rosa. Odiaba el color rosa. ¿Por qué acababan siempre poniéndole un camisón de color rosa? Imaginó que debía ser porque lo tenían a mano.

Activó un flujo muy fino de Magia de Resta casi sin pensar y lo dirigió abajo, a través de la tela del camisón. Con aquel poder la Magia de Resta pudo identificar los elementos del tinte y eliminarlos. El color del camisón, empezando por el escote, se desvaneció en una oleada que pasó por toda la prenda. La eliminación del color rosa dejó un sencillo color hueso en la tela.

Incrédulo, Zedd contempló el camisón.

—¿Acabas de usar Magia de Resta, el poder del inframundo, el poder de la muerte, para quitarle el color a ese camisón?

—Sí. Está mucho mejor ahora, ¿no crees?

En realidad, ella no estaba prestando mucha atención a la pregunta ya que su mente estaba ya en otras cosas.

Zedd alzó una mano en señal de protesta.

—Bueno, no creo que sea una buena idea...

—¿Cuál es el propósito de todo ello...? —preguntó Nicci, interrumpiendo la objeción que realmente no había oído.

La mano de Zedd se detuvo. Empezaba a parecer exasperado.

—Ése es el propósito. Contrarrestar Cadena de Fuego.

—No, no. Me refiero a ¿cuál es la función específica del neutralizador del hechizo?

La impaciencia del mago empezaba a convertirse en irritación.

—Hacer que todos recordemos el objetivo del hechizo. —Sus ojos centellearon—. En este caso, Kahlan.

—Sí, en cierto sentido, pero es una simplificación excesiva del proceso. —Nicci alzó un dedo, ahora la maestra en lugar de la alumna—. Para poder hacer lo que acabas de decir tiene que restablecer lo que fue destruido en nosotros. Tiene que volver a crear nuestros recuerdos.

»No es una cuestión de que el poder de las cajas nos haga recordar cosas que hemos olvidado sino, más bien, que necesita reconstruir lo que ya no está ahí.

»Esos recuerdos perdidos han desaparecido. No se trata de que hayamos olvidado cosas y no podamos recordar a las personas y los acontecimientos. No hay nada allí, en nuestras mentes, que recordar, porque esos recuerdos son inexistentes, no están simplemente olvidados. Los ha destruido Cadena de Fuego.

»Recrear a partir de cero lo que ha desaparecido es del todo distinto a ayudarnos a recordar cosas. Es la diferencia entre alguien que está dormido y alguien que está muerto. Ambos pueden tener un aspecto muy parecido, pero los ojos cerrados es lo único que tienen en común.

»El objetivo final puede ser el mismo en ambos casos, pero tanto el problema como el medio de solucionarlo no tienen nada en común. Para que el poder de las cajas neutralice el hechizo Cadena de Fuego y nos devuelva a como éramos antes, éste necesita encarnar en nuestras mentes el conocimiento y la conciencia de lo que ha sucedido en el pasado. Necesita crear recuerdos nuevos para reemplazar los que fueron destruidos. Necesita revivir nuestros recuerdos.

Mientras consideraba las palabras de la hechicera, la tensión se había instalado en el entrecejo de Zedd, reemplazando la impaciencia.

—Bueno, sí, de algún modo tiene que existir una recuperación e identificación de acontecimientos reales del pasado. —Se rascó la sien mientras la contemplaba de reojo—. ¿Estás diciendo que ahora comprendes cómo podría

funcionar una cosa así?

Los pies descalzos de Nicci caminaron con suavidad sobre las alfombras mientras ésta daba vueltas.

—Por lo que he reconstruido a partir de lo que he leído, aquellos que crearon las Cajas del Destino, aun cuando las pensaron como un neutralizador de Cadena de Fuego, no estaban convencidos ellos mismos de que tal cosa pudiera hacerse en realidad.

Nicci se detuvo para mirarlo.

—¿Puedes imaginar siquiera lo monumentalmente compleja que tal cosa tendría que ser? ¿Lo intrincado que sería reconstruir y restaurar recuerdos en todo el mundo?

»Me refiero a que, aquellos magos de entonces debieron volverse locos intentando solucionar cómo algo así podía reconstruirse. ¿Cómo va a saber ese poder qué se supone que tienes tú que recordar? ¿O Cara? ¿O yo? Lo que es peor, la gente cree todo el tiempo que recuerdan las cosas correctamente, pero sus recuerdos están equivocados. ¿Cómo va a reconstruir recuerdos cuando esos recuerdos mismos, cuando los teníamos, no siempre eran ciertos, o exactos?

»Por lo que he leído en los libros sobre la teoría que rige las cajas, ni los magos que las crearon estaban seguros de que fuese a funcionar.

Nicci volvió a deambular mientras proseguía:

—No olvides que no podían probar su teoría con un auténtico hechizo Cadena de Fuego. Cadena de Fuego jamás fue puesto a prueba... nadie se atrevió..., de modo que, si bien tenían confianza en su silogismo, seguían sin poder estar del todo seguros del modo en que las cajas funcionarían en el mundo real. Puesto que no podían observar el desarrollo de un hechizo Cadena de Fuego, no podían tener la certeza de que su neutralizador funcionaría, incluso aunque todos los complicados elementos funcionaran a la perfección y de acuerdo con el plan...

»Dicho todo eso, existe un aspecto más importante aún en los protocolos que establecieron y ése es la necesidad de contrarrestar el hechizo Cadena de Fuego en el sujeto... en este caso Kahlan. El sujeto es el vórtice de todo el asunto, el centro de todo el acontecimiento. Ella es el centro de una ecuación enormemente compleja.

»Por lo tanto, el neutralizador de todo el hechizo debe anclarse a sí mismo allí, en ella. El elemento de magia construida que existe en el complicado sistema de las cajas debe activarse en ella.

—Ella es la conexión fundamental... —dijo Zedd, medio para sí mismo, a la vez que miraba al vacío, siguiendo el razonamiento de Nicci.

—Así es —dijo ella—. Y para que se repare el daño hecho, empezando desde el centro de esa tormenta, es necesario que tal conexión fundamental sea un campo estéril.

—¿Un campo estéril? —preguntó Zedd, todavía con el entrecejo fruncido mientras escuchaba con suma atención—. Mencionaste eso antes.

Nicci asintió.

—Es un elemento impreciso con el que los magos lucharon mientras creaban el neutralizador de Cadena de Fuego. No comprendí su importancia antes, no capté la trascendencia de esa cuestión, no vi el motivo de que estuvieran tan preocupados por ella, pero lo que tú has explicado sobre la habilidad de una bruja finalmente me ha permitido entender el concepto que constituye el núcleo de la teoría que rige las cajas.

Zedd plantó los puños sobre sus huesudas caderas.

—¿No comprendías parte de la teoría? ¿Y sin embargo la pusiste en funcionamiento...?

Nicci hizo caso omiso del tono acalorado de la pregunta.

—Sólo la parte referente al campo estéril. Me doy cuenta ahora de que es muy parecido a lo que tú explicaste sobre la conexión que debía haber cuando lancé un hechizo contra Seis, pero ella me negó dicha conexión. Las cajas deben iniciar la magia de un modo similar. Como toda magia, necesitan un enlace. Ese enlace es Kahlan. Pero necesitan que el objetivo de la conexión sea una pizarra en blanco.

—¿Una pizarra en blanco? —Zedd ladeó la cabeza hacia ella—. Nicci, ¿necesito recordarte que la persona es esa pizarra en blanco? El hechizo Cadena de Fuego lo borra todo sobre el pasado de las personas. Las deja en blanco, por así decirlo. El poder de las cajas tiene por lo tanto lo que necesita.

Nicci sacudió la cabeza.

—No. Tienes que considerarlo todo según el libro *Cadena de Fuego, El libro de la vida* y esos otros libros crípticos que encontraste sobre la teoría que rige las cajas. Tienes que mirarlo todo, mirarlo en un contexto más amplio, para verlo.

—¿Ver qué? —rugió Zedd, exasperado.

—El sujeto tiene que estar emocionalmente en blanco, o todo el asunto queda contaminado.

—¿Emocionalmente en blanco? —preguntó Cara cuando Zedd se dedicó a farfullar para sí—. ¿Qué significa eso?

—Significa que el conocimiento de su estado emocional anterior contaminaría el esfuerzo de restablecer lo que había dentro de ella. Tiene que permanecer emocionalmente en blanco para que el poder sea capaz de hacer su trabajo. Al sujeto debe mantenerse en blanco. Hay que tener cuidado de no introducir vínculos emocionales.

—Nicci, eres brillante —dijo Zedd, intentando permanecer calmado—, pero esta vez has sacado el carro del puente y lo has lanzado al río.

»Lo que dices no tiene ningún sentido. ¿Cómo se puede impedir al sujeto que descubra alguna cosa sobre su pasado? Los magos que crearon las Cajas del Destino debieron darse cuenta de que existía la posibilidad de que el sujeto descubriera una variedad de cosas sobre su pasado antes de que pudiera aplicarse el poder de las cajas. No podían esperar que la persona permaneciera encerrada en una habitación oscura hasta que pudiera utilizarse ese poder.

—Eso no es lo que quiero decir. No captas la idea. Los detalles no importan. De hecho, los detalles que averigüe cualquiera que haya perdido sus recuerdos no hacen más que ayudar al proceso de restauración. Pero grandes experiencias emocionales dentro del sujeto del hechizo Cadena de Fuego sí que importan. Las emociones son el resultado de la suma de detalles, tanto si esos detalles son ciertos como si no.

Cara parecía concentrada en intentar comprender lo que Nicci decía.

—¿Cómo pueden crearse emociones mediante detalles falsos?

—Tómame a mí, por ejemplo —dijo Nicci—. Las cosas que me enseñó la Fraternidad de la Orden provocaron que odiara a cualquiera que opusiera resistencia a sus enseñanzas, que odiara a cualquiera que lograra cualquier cosa de valor. Creía que tales personas eran unos egoístas a quienes no importaba el prójimo.

»Me enseñaron a tener una respuesta emocional de odio hacia todos aquellos que no creían lo mismo que yo. Me enseñaron a odiaros a vosotros y a todo lo que hacíais, sin saber en realidad nada sobre vosotros. Sentía un odio visceral por la vida misma. Habría matado a Richard basándome en aquellos impulsos emocionales. Mis emociones estaban basadas en mentiras y adoctrinamientos, no en nada que fuera cierto.

Cara suspiró.

—Entiendo lo que dices. A ti y a mí nos enseñaron cosas similares y nos hicieron sentir emociones similares, y esas emociones estaban totalmente equivocadas.

—Pero las emociones, cuando están basadas en cosas válidas, pueden ser una suma fiel y consistente de verdades.

—¿Cosas válidas? —preguntó Cara.

—Desde luego —respondió Nicci—. Los valores que realmente valen la pena. El amor... el amor como debe ser, amor verdadero... la respuesta a esas cosas que valoramos en otros. Es una respuesta emocional a los valores que representa otra persona... Valoramos la bondad de esa otra persona. En esos casos, esa emoción es una parte central de nuestra humanidad.

Zedd, que seguía dando vueltas, se detuvo con un gesto de impaciencia.

—¿Qué tiene que ver eso con nada?

Nicci extendió las manos.

—Ten en cuenta que la teoría que rige las cajas es sólo eso, teoría, así que no puedo decir que lo sé con certeza, porque incluso aquellos que la crearon no lo sabían con seguridad, pero todo encaja. Si bien ellos estaban convencidos de tener razón, no tenían experiencia real de que un conocimiento previo contaminaría la magia, pero creo que estaban en lo cierto.

Zedd se inclinó al frente, mirándola con atención.

—¿En lo cierto respecto a qué?

—En que unas emociones interpoladas en el interior del sujeto sin una causa subyacente corromperán la neutralización del hechizo Cadena de Fuego.

Cara frunció el entrecejo.

—Me he perdido.

—Estaban convencidos de que un conocimiento previo de una cierta naturaleza emocional contaminaría la magia que usaban, contaminaría el poder de las cajas. —Nicci paseó la mirada de los atribulados ojos color avellana de Zedd a Cara—. Eso significa que si Kahlan averiguara la verdad de sus emociones... sus emociones dominantes... antes de que se abriera la caja del Destino correcta, entonces la caja no será capaz de restaurar esas emociones. El campo donde el poder debe activarse estaría contaminado por ese conocimiento previo... Kahlan se perdería en la maraña del hechizo.

Cara se puso en jarras.

—¿De qué estás hablando?

—Bueno, digamos, por ejemplo, que Richard encuentra a Kahlan y le habla sobre ellos dos, sobre su conexión emocional, el amor que sienten el uno por el otro. En ese caso, se impediría funcionar al poder de las cajas.

—¿Por qué? —preguntó el mago en un tono que provocó a la hechicera un escalofrío en la espalda.

—Es una cosa parecida a lo que me pasó a mí cuando lancé mis hechizos contra Seis. No funcionaron porque la fuerza de mi poder primero necesitaba establecer fijaciones, cimientos, para llevar a cabo su función.

—¿Quieres decir que si Richard tiene alguna vez la oportunidad de abrir una de las Cajas del Destino —preguntó Zedd—, debe hacerlo con el sujeto completamente ignorante de sus lazos con él?

Nicci asintió.

—Sus lazos emocionales más profundos, en todo caso. Tenemos que estar seguros de que Richard comprende que si encontramos a Kahlan antes de que él tenga la oportunidad de abrir la caja del Destino correcta, no puede informarla de sus emociones o eso corromperá el campo.

La nariz de Cara se arrugó.

—¿Intentas decir que lord Rahl no puede contar a Kahlan que ella lo ama?

—Exactamente —dijo Nicci.

—Pero ¿por qué?

—Porque justo ahora, ella no lo ama —respondió Nicci—. Aquellas cosas que provocaron que se enamorara de él ya no están dentro de ella. El fundamento de su amor... el recuerdo de las cosas que sucedieron, las cosas que hizo con él, las razones por las que se enamoró de él... ya no están allí, en ella. Cadena de Fuego destruyó esos recuerdos. Ahora es como si no lo hubiera conocido nunca. No lo ama. No tiene motivos para amarlo. Es una pizarra en blanco.

Zedd introdujo un largo dedo a través de su mata de ondulado pelo y se rascó el cuero cabelludo.

—Nicci, creo que la fiebre puede haberte provocado más daño del que pensaba. Lo que dices carece de sentido. El problema de Kahlan es que Cadena de Fuego le hizo olvidar su pasado. El poder de las cajas fue creado para contrarrestar Cadena de Fuego. No hay nada tan poderoso como ese poder. Es el poder de la vida misma. Revelar a Kahlan algo tan sencillo como su amor por Richard no va a provocar que la restauración salga mal.

—Sí que lo haría. —Nicci dio unos cuantos pasos y regresó para detenerse ante él—. Zedd, con todo tu poder como Primer Mago, ¿por qué no pudiste detener a una simple bruja?

—Porque ella le da la vuelta a tu poder y lo lanza contra ti.

—Ésa es la clave —dijo Nicci—. Ésa es la parte que yo necesitaba añadir, el motivo de que por fin pudiera relacionar todo lo que he estado leyendo en esos libros. Finalmente pude comprender lo que los magos que crearon las cajas querían decir respecto al campo estéril. La fuerza de las emociones rechazará el poder aplicado a la persona.

»Es parecido a lo que ocurre cuando se intenta convencer a aquellos que creen en las enseñanzas de la Orden de que están equivocados en sus sentimientos. Eso no hace otra cosa que reforzar dichos sentimientos, les hace más reacios a desechar esas falsas creencias. Si les dices que la Orden es malvada, te odiarán aún más, no odiarán a la Orden. Su fe en la Orden Imperial se fortalece.

—¿Y qué? —dijo Cara—. No sería contradictorio para Kahlan, como en tu ejemplo. Si lord Rahl le dijera a Kahlan que ella lo ama, eso sería lo que la magia de las cajas haría de todos modos. Así que no es un problema en realidad.

—Sí que es un problema —replicó Nicci—. Un problema enorme. Todo saldría al revés. El efecto estaría allí, pero sin la causa. Las emociones son el resultado final, la suma, de muchas cosas aprendidas. Poner las emociones por delante sería como intentar construir un edificio empezando por el tejado y trabajando hacia abajo, en dirección a los cimientos. O como lo que yo intenté hacer con Seis.

»Las emociones que el poder de las cajas devolvería serían rechazadas por las emociones colocadas allí por un conocimiento previo.

—Eso es lo que quiero decir —insistió Cara—. A Kahlan ya le habrían dicho que amaba a lord Rahl, de modo que no tendría que importar.

—Pero sí importa. Verás, ese conocimiento previo estaría vacío. Las emociones reveladas antes de tiempo no tienen sentido, ni sustancia. No son reales. Si le hablaran de su amor por Richard, entonces el poder de las cajas no podría ser capaz de restablecer sus auténticas emociones de amor.

Cara daba la impresión de estar a punto de tirarse de los pelos.

—Pero lord Rahl ya se lo habría dicho. Ella lo sabría. Ya sabría que lo ama.

—No. En un caso sería cierto, en el otro no. No olvides que, ahora ella no lo ama. Las emociones reales que el poder estaría intentando reconstruir habrían sido reemplazadas por algo que no es real: emociones sin una causa. Esas emociones serían vacías. Las razones por las que lo ama no estarían ahí, de modo que, el conocimiento previo de su amor sería un conocimiento vacío. Sería un amor vacío, un amor basado en nada. Sin sentido.

Cara alzó los brazos y luego los dejó caer otra vez a los costados.

—Sencillamente no lo entiendo.

Nicci se volvió hacia Cara.

—Imagina que hago entrar en la habitación a un hombre a quien no has visto nunca y te digo que lo amas. ¿Lo amarías porque yo te lo dijera? No, porque no puedes sentir tales emociones sin algo que las sustente.

»Eso es lo que hace el poder de las cajas; construye un soporte para las emociones reales a partir del conocimiento de los acontecimientos pasados que restablece. Establece las causas. Poner las emociones allí primero... el resultado final de acontecimientos pasados... contamina el proceso... Según los magos que crearon el poder, el conocimiento previo por parte de ella de que lo ama contaminaría el campo, mancillaría su mente, de modo que la encarnación de los acontecimientos reales... las razones de que lo ame... no podrían ser engendradas en ella. Se les cerraría el paso, del mismo modo en que la bruja cerró el paso a mis hechizos. Se quedaría sin nada, sólo con información hueca. No podría recuperar su pasado. Permanecería perdido para ella.

Zedd se rascó la mandíbula y alzó la vista.

—Pero, como tú dices, eso es únicamente teoría.

—Los magos que idearon esta teoría para contrarrestar el hechizo Cadena de Fuego, y a partir de esa teoría crearon las Cajas del Destino, llegaron a la conclusión de que tenían razón. Yo también creo que estaban en lo cierto.

—¿Qué sucedería si, si, no sé —dijo Cara—, si lord Rahl se lo contara a Kahlan primero... lo de que ella lo ama y que es su esposa... y luego más tarde fuera capaz por fin de conseguir las Cajas del Destino, y recuperar su poder, y aprender lo que fuera necesario, y abrir por fin la caja correcta, invocando el poder que contrarresta el acontecimiento Cadena de Fuego? ¿Funcionaría aún el poder para neutralizar Cadena de Fuego?

—Sí, la neutralización funcionaría.

Cara pareció realmente confusa.

—Así pues, ¿cuál es el problema?

—Es un hechizo construido, de modo que los protocolos seguirían adelante

de todos modos. Si la teoría es sólida, y creo que lo es, todos los otros componentes del poder funcionarían. El hechizo Cadena de Fuego quedaría contrarrestado y se restablecerían los recuerdos de todo el mundo... con una excepción. Ese poder sería incapaz de reconstruir el pasado de Kahlan. Ese elemento del hechizo quedaría bloqueado. La persona que está en el centro de la tormenta se perdería en ella...

»A todos se nos devolvería la memoria, nuestros recuerdos serían lo que eran en el pasado, todos recordaríamos a Kahlan, pero Kahlan permanecería para siempre sin su pasado. Podrías decir que sería como un soldado herido en combate quien, debido a una herida en la cabeza, ya no es quien había sido. Ella sólo sería capaz de seguir adelante a partir del momento en que el hechizo Cadena de Fuego le había quitado su identidad. Sería consciente de cosas solamente a partir de ese punto. Sería una persona distinta, una persona que tendría que construirse una vida nueva.

»Todo ese tiempo ella sabría que se suponía que amaba a Richard, al que no conoce y por el que no abrigaría ningún sentimiento auténtico.

—Así pues, ella sería la única víctima entonces —dijo Cara—. El resto de nosotros lo recuperaríamos todo.

Nicci suspiró.

—Bueno, eso es lo que creo por mi interpretación de la teoría.

Zedd volvía a mostrar una expresión suspicaz.

—Pero ¿existe una posibilidad alternativa?

Nicci asintió.

—Hay una que no me gustaría contemplar. Una de las líneas de razonamiento expuesta en los libros sobre la teoría que rige las cajas postula que, de no estar en un campo estéril la fijación que necesita, el poder neutralizador sería incapaz de ejecutar sus protocolos y se desplomaría sobre sí mismo. Esa línea de razonamiento sugiere que, en tal circunstancia, la neutralización fracasaría y el acontecimiento Cadena de Fuego seguiría su marcha sin control. La vida como la conocemos desaparecería. Nuestra capacidad para razonar se desmoronaría a medida que el fuego devorador del Cadena de Fuego seguía consumiéndolo todo, hasta que nuestras mentes fueran incapaces de sostener nuestra propia existencia. La barbarie sustentaría a algunas personas durante un corto espacio de tiempo,

pero el resultado inevitable sería la extinción de la humanidad.

»Creo que podéis daros cuenta de por qué a los magos que crearon ese poder les preocupaba tanto la preservación del campo estéril.

Zedd frunció el entrecejo, pensativo.

—Pero la teoría predominante es que si algo fuera mal, y ella obtuviera tal información previa antes de que se pusiera en funcionamiento el poder de las cajas, ella sería permanentemente una víctima de Cadena de Fuego, pero eso no impediría que se contrarrestara Cadena de Fuego en todos los demás.

—Así es. En cierto modo, a pesar de lo mucho que Kahlan significa para Richard, me temo que ella se ha convertido en algo secundario dentro del acontecimiento Cadena de Fuego. Puede que empezara con ella, pero ahora todo el mundo está infectado. Si no se detiene ese acontecimiento, todo está perdido. Contrarrestar Cadena de Fuego se ha vuelto más importante que el amor que sienten Richard y Kahlan el uno por el otro. Sería maravilloso si se le pudiera devolver su amor por él, pero no es necesario para poder contrarrestar el hechizo Cadena de Fuego.

»Sin tener en cuenta lo que ello significa para Kahlan, o lo que significa para Richard, el poder de las cajas debe ser invocado para contrarrestar Cadena de Fuego y poder erradicar su infección.

»Existe otra teoría alternativa, aparte de la que indica que todo el asunto no funcionará si el campo esta contaminado. Unos pocos magos creían que verter tantísimo poder en un sujeto contaminado con un conocimiento previo... mataría a esa persona.

—¿Y qué les pasaría a todas las demás personas en ese caso? —preguntó Zedd.

—Para cuando ella caiga muerta al suelo, el antídoto del hechizo discurrirá por los protocolos establecidos. Su poder se irradiará al exterior desde el núcleo y llevará a cabo su trabajo.

»Si eso sucede, si perdemos a Kahlan en el empeño, será una pérdida personal terrible para Richard, pero nada más. La introducción de ese antídoto destruirá la contaminación de Cadena de Fuego y devolverá a la normalidad a todos los demás.

Zedd le dirigió una mirada severa.

—Puede que no recordemos a Kahlan, pero no existe la menor duda en ninguno de nosotros de lo que significa para Richard. Ya nos ha demostrado que estaría dispuesto a ir al inframundo si pensara que eso le salvaría la vida a ella. Si supiera que abrir una de las cajas y liberar el poder de ésta iba a matarla...

Nicci no rehuyó su mirada, ni las implicaciones de lo que acababa de decir.

—Richard debe abrir la caja del Destino correcta e iniciar el hechizo que contrarrestará Cadena de Fuego... aun cuando eso signifique que matará a Kahlan. Es así de simple.

La habitación permaneció en silencio un instante.

Zedd se rascó la barbilla con dos dedos mientras contemplaba con fijeza las sombras.

—Parecería sensato, a la vista de tales peligros... tanto si son reales como si no... ocuparnos de que Kahlan sea encontrada y mantenida en la ignorancia sobre sus sentimientos anteriores por Richard. Es mejor dejar que sean las cajas las que restablezcan sus emociones.

—Eso es lo que tiene más sentido para mí, también —repuso Nicci—. Cuando tengamos a Richard de vuelta, tenemos que convencerle de que, en el caso de que la encuentre, no debe revelarle la verdad.

Zedd enlazó las manos a la espalda mientras movía la cabeza.

—Considerando todo lo que está en juego, estoy de acuerdo en que tal cosa es sensata, y de que debería ser nuestro plan, pero no sé si creo realmente que una cosa tan simple como el conocimiento previo pudiera causar tal tragedia personal.

—Si te sirve de consuelo, hubo magos involucrados en la creación de las Cajas del Destino que mantuvieron el mismo punto de vista. Pero por otra parte, a mí me parecía imposible que usar poder contra una bruja fuese a lastimarme.

Zedd clavó la mirada en el vacío mientras reflexionaba.

—Tienes razón en eso. Las mejores intenciones pueden a veces dar como resultado un gran daño.

»Cuando encontremos a Richard podemos contarle todo esto. Pero estamos terriblemente lejos de que esto llegue a suceder. Ya no tenemos ninguna de las Cajas del Destino.

Nicci suspiró.

—Muy cierto. Lo que más me preocupa, no obstante, es convencer a Richard. —Carraspeó—. Cuando lo encontremos, creo que es mejor que algo así provenga de ti, Zedd. Podría tomárselo mejor viéndolo de ti. Podría estar más dispuesto a escuchar.

Zedd le echó una ojeada antes de reanudar su deambular.

—Comprendo. —Se detuvo y se giró hacia la hechicera—. Pero sigo sin estar seguro de tragarme toda esa teoría sobre que un conocimiento previo emocional sea capaz de contaminar...

En mitad de la frase, Zedd cerró de golpe la boca con una expresión sobresaltada.

—¿Qué? —preguntó Nicci—. ¿Se te ha ocurrido algo?

Zedd se dejó caer sentado en el borde de la cama.

—Sí, desde luego que se me ha ocurrido...

»Queridos espíritus —musitó, como si el peso de todos sus años acabara de instalarse sobre sus hombros encorvados.

Nicci se inclinó hacia él y le tocó el brazo.

—Zedd, ¿qué sucede?

Él alzó los ojos hacia ella con la mirada angustiada.

—El conocimiento previo puede afectar el modo en que funciona la magia. No es una teoría. Es cierto.

—¿Estás seguro? ¿Cómo lo sabes?

—Yo no recuerdo a Kahlan, ni nada sobre ella. Cuando Richard estuvo aquí,

no obstante, me habló de ella. Me puso al corriente de los recuerdos que me faltaban, sobre cómo él se enamoró de ella, y ella de él...

»Kahlan es una Confesora. El don de una Confesora destruye la mente de la persona a la que toca con su poder.

—Lo sé, he oído hablar sobre esa capacidad —dijo Nicci—. Pero ¿qué tiene eso que ver con el amor que se profesan?

—Una Confesora siempre elige a su compañero de entre aquellos que no le importan porque si tuviera relaciones íntimas con un hombre al que amara, perdería el control de ese poder. Al quedar así liberado, su poder se haría con el hombre. Él no tendría la menor posibilidad. Ya no sería quien era. Estaría perdido, con la mente destrozada. Sería un cascarón vacío, poseído por una devoción ciega e insensata hacia la Confesora. Ella lo tendría, tendría su amor y devoción, pero sería un amor sin sentido y vacío.

»Por esta razón las Confesoras siempre eligen a un hombre que no les importa, y luego se adueñan de él con su poder. Eligen a un compañero por la hija que podría engendrar, pero jamás eligen a un hombre que amen. Los hombres temen a una Confesora que no esté casada y busque compañero. Temen ser elegidos, temen perder lo que son bajo su poder.

—Pero evidentemente debe existir un modo de evitarlo —dijo Nicci—. ¿Cómo lo consiguió Richard?

Zedd alzó los ojos.

—Sólo existe un modo. No puedo decirte cuál fue. No podía decírselo tampoco a Richard.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—Porque el conocimiento previo los habría contaminado a él y a la magia de ella... cuando la liberara sin querer sobre él, se habría adueñado de Richard. Él tenía que ignorar por completo la solución, o esa solución no habría funcionado.

El anciano clavó la mirada en el suelo.

—No es una teoría. El conocimiento previo puede contaminar un campo estéril, como tú dices. El mismo Richard lo demostró con las cajas: el conocimiento

previo puede afectar a la magia.

Nicci caminó descalza por la alfombra hasta ir a detenerse ante él. Contempló al anciano mago con el entrecejo fruncido.

—¿Tú sabías esto antes de que Richard y Kahlan se casaran? ¿Sabías que el conocimiento previo de la solución provocaría que no funcionara con Richard?

—Lo sabía. Pero no me atreví a contarle que existía una solución que le permitiría estar con su amor. El saber que podría existir una solución, destruiría la posibilidad que él tenía de que funcionara.

—¿Cómo estabas enterado de eso?

Zedd alzó una mano y luego la dejó caer sobre el regazo.

—Lo mismo les sucedió a la primera Confesora, Magda Searus, y al hombre que la amaba, Merritt. También ellos acabaron enamorándose y se casaron. Desde esa época, Richard fue el primero en haber resuelto otra vez el problema. Puesto que Magda Searus fue la primera Confesora, nadie sabía que existía una solución. Por lo tanto, no existía todavía ningún conocimiento previo que lo contaminara. Sin tal información, fue capaz de amar a una Confesora sin que el poder de ésta lo destruyera.

Nicci se tiró de un mechón de pelo rubio.

—Entonces, es cierto que el conocimiento previo por sí solo es capaz de contaminar la magia. —Miró a Zedd con desaprobación—. Pero los magos que crearon el poder de las cajas no conocían ningún ejemplo de conocimiento previo que hubiera contaminado un hechizo. Era sólo una teoría para ellos.

Zedd se encogió de hombros.

—Eso probablemente significa que las Confesoras fueron creadas después que las cajas. El Primer Mago Merritt demostró el concepto, de modo que es posible que sucediera después de que ya hubieran sido creadas.

Nicci suspiró.

—Supongo que ésa podría ser la respuesta.

Hizo un vago ademán para pasar a otros asuntos.

—Cara dijo algo, antes, sobre que había un problema. Un problema con el Alcázar.

Zedd levantó finalmente la mirada, dejando a un lado sus reflexiones, y se puso en pie. Las arrugas de su rostro se contrajeron en una expresión seria.

—Sí, hay problemas.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó Nicci.

Él empezó a ir hacia la puerta.

—Ven conmigo y te lo mostraré.



Zedd condujo a Nicci y Cara en dirección a la zona del Alcázar que Nicci sabía que era un laberinto de vestíbulos y corredores fuertemente protegidos por capas de escudos. Esferas de cristal en soportes de hierro se encendían por turnos a medida que se acercaban a cada una, luego volvían a sumirse en la oscuridad una vez que pasaban. A Nicci el Alcázar le parecía un enorme lugar silencioso y sombrío. No era tan sólo inmenso, sino intrincadamente complejo, y no se le ocurría cuál podía ser el problema que tanto preocupaba a Zedd.

Antes de que hubieran llegado muy lejos, Rikka, Tom, el fornido d'haraniano rubio de la guardia de élite de lord Rahl, y Friedrich, el anciano dorador, salieron de una sala de lectura para unirse a la silenciosa procesión. Nicci imaginó que habían estado aguardando allí a que ella despertara de su encuentro con Seis. Probablemente Zedd les había pedido que permanecieran alerta y los esperaran, lo cual no hizo más que incrementar la creciente preocupación de la hechicera.

—Tienes muchísimo mejor aspecto que anoche —dijo Rikka mientras empezaban a cruzar una acogedora estancia llena de cuadros de todos los tamaños. Los cuadros, cada uno en un lujoso marco de pan de oro, cubrían por completo las paredes.

—Gracias. Ahora estoy perfectamente.

Nicci reparó en que los cuadros de aquella estancia eran todos retratos, aunque los estilos variaban enormemente. Los sujetos de algunos, ataviados con vestiduras ceremoniales, estaban sentados en poses formales mientras que en otros la gente estaba de pie con aire informal en jardines hermosos, conversaban unos con otros entre columnas espléndidas o se relajaban en bancos situados en patios.

Vio que, en muchos de los retratos, el Alcázar, o partes de él, resultaban visibles en un segundo plano. Resultaba un tanto alarmante y triste reparar en que todas aquellas personas probablemente habían vivido en el pasado en el Alcázar, un lugar que había estado lleno de vida. Eso hacía que el palacio resultase ahora todavía más desierto y vacío.

Rikka paseó una mirada por el cuerpo de Nicci.

—Ese camisón era de color rosa.

—Odio el rosa —respondió Nicci.

Rikka pareció decepcionada.

—¿De veras? Cuando Cara y yo te lo pusimos pensé que te hacía parecer aún más bonita.

Sobresaltada en un principio por una declaración como aquella viniendo de una mord-sith, Nicci comprendió de improviso el significado del camisón de color rosa. Aquella mujer que intentaba encontrar el modo de salir del oscuro erial de la locura, intentaba desprenderse de las ataduras de emociones que le habían inculcado desde que era una niña. Todo en su vida, su mundo, había sido feo y violento. El camisón de color rosa representaba algo inocente y bonito; la clase de cosa prohibida a personas como las mord-sith. Al apreciar una cosa tan simple en Nicci, Rikka ponía a prueba la posibilidad de gozar de algo atractivo e inofensivo... ponía a prueba sus sueños. Era muy parecido a una niña confeccionando un precioso vestido para una muñeca. Era una apreciación estética y, más que eso, era tener aspiraciones propias.

—Gracias —dijo Nicci, y tras reflexionar un instante añadió—: Es un camisón bonito, simplemente es del color equivocado para mí, eso es todo. Qué tal si una vez que me vista le devuelvo el color al camisón y te lo quedas tú.

La expresión de Rikka se tornó suspicaz.

—¿Yo? No sé si...

—Te quedaría precioso. Lo digo en serio. El color rosa quedaría bien con el tono de tu piel.

Rikka pareció un poco indecisa.

—¿De veras?

Nicci asintió.

—Sería perfecto para ti. Me gustaría que lo tuvieras.

Rikka vaciló un momento.

—Bueno, lo pensaré —dijo por fin.

—Lo limpiaré y me aseguraré de que el color sea exactamente el tono de rosa apropiado para ti.

Rikka sonrió.

—Gracias.

Nicci deseó que Richard pudiera haber estado allí para ver la pequeña sonrisa de la mord-sith. Él habría comprendido que un hecho tan insignificante en apariencia era en realidad un cambio enorme para una mujer como aquélla. Nicci advirtió, también, que era reconfortante para su propio corazón ver un paso tan positivo, si bien diminuto, de vuelta a las sencillas alegrías de la vida.

Cayó entonces en la cuenta de otra cosa, y estuvo a punto de lanzar una sonora carcajada. Richard no sólo apreciaría el crecimiento personal de Rikka, también habría visto a Nicci —la Señora de la Muerte— aprendiendo a reconocer en otra persona la alegría de vivir y a conectar con ella, aunque sólo fuera en una cuestión de poca importancia. Ella ni siquiera se había dado cuenta de que Rikka y ella acababan de dar un paso juntas. Nicci era incapaz de imaginar cómo debía haberse sentido Richard al haberla traído de vuelta de la oscura existencia en la que había vivido toda su vida.

Durante un instante, tuvo un vislumbre, una visión, de la vida a través de los ojos de Richard. Fue una perspectiva asombrosamente dichosa, una imagen de cómo las elecciones de cada persona podían mejorar su propia vida. Fue una visión de cómo podían y debían ser las cosas.

Cómo lo echaba en falta. Habría dado cualquier cosa en aquel momento sólo por ver su sonrisa, aquella sonrisa que parecía reflejar todo lo que era bueno y decente. Lo echaba tanto de menos que pensó que iba a echarse a llorar.

Rikka lanzó a Nicci una mirada de reojo.

—¿Estás bien? La bruja no te hizo ningún daño permanente, ¿verdad? Pareces un poco, no sé... angustiada.

Nicci desechó tal preocupación con un movimiento de la mano y cambió de

tema:

—¿Encontraste a Rachel?

Mientras salían de una habitación de piedra cubierta de tapices de escenas campestres y penetraban en un amplio vestíbulo con paredes revestidas en madera, la mord-sith dedicó a Nicci una mirada inescrutable.

—No. A primeras horas de esta mañana Chase regresó y nos contó que encontró sus huellas fuera del Alcázar. Salió en su busca.

Rachel era otra de aquellas conexiones que devolvían a Rikka a las sencillas alegrías de la vida. Nicci sabía que Rikka sentía un gran cariño por la niña, aunque jamás había llegado a admitirlo.

—No sé qué diantre puede haber pensado —dijo Zedd volviendo la cabeza mientras doblaba una esquina y penetraba en un corredor más estrecho—. No es propio de ella salir corriendo.

—¿Crees que podría tener algo que ver con que Seis estuviera aquí? —sugirió Nicci—. A lo mejor ella es la responsable.

Rikka negó con la cabeza.

—Chase dijo que no vio ninguna huella de Seis. Sólo de Rachel.

—¿Piensas lo que pienso yo? —preguntó Cara a Nicci.

—¿Te refieres a la lección que Richard nos dio en una ocasión sobre huellas?

Cara asintió.

—Habló sobre que la magia es capaz de ocultar huellas.

—Muy cierto —interpuso Zedd—. Pero Rachel desapareció antes de que Seis apareciera. Si Seis estuviera intentando ocultar sus huellas con alguna clase de magia, ¿de qué serviría ocultar las suyas si no ocultaba también las de Rachel?

De repente, Nicci giró en dirección a la entrada que acababan de cruzar. Un pilar dorado se alzaba a cada lado del portal del corredor. Los pilares sostenían una sólida viga con símbolos tallados en ella.

Contempló los pilares con mirada torva.

—¿No había un escudo de protección ahí, antes?

La sombría mirada de Zedd le indicó que tenía razón. Éste volvió a ponerse en marcha y todos apresuraron el paso para alcanzarlo. Al final del corredor, dobló por un pasillo corto a la derecha que conducía a una escalera de caracol.

Comparada con alguna de las espléndidas escaleras del Alcázar, aquella escalera de caracol era pequeña, pero aún así era notable. Los escalones eran lo bastante anchos para permitir a dos personas caminar lado a lado. El hueco de la escalera era grande, no obstante, y cada escalón requería varios pasos antes. La escalera también efectuaba un giro curioso, serpenteando hacia abajo en un tirabuzón oblongo. Todo ello resultaba desorientador y requería que la hechicera prestara suma atención, no fuera a tropezar y caer. Mientras descendían pudo ver por fin que la escalera estaba diseñada de modo que pudiera rodear y luego pasar por debajo de una formación rocosa veteada de minerales centelleantes.

Al pie de la escalera un corredor corto iba a dar a la familiar hendidura en la montaña que separaba las habitaciones del campo de contención del lecho de roca de la montaña. Aquello estaba muy cerca del lugar donde la bruja los había cogido por sorpresa. Nicci pensó que los pasillos parecían especialmente silenciosos tras la irrupción de la bruja. Dado lo que sabía sobre escudos, y era mucho, no creía que tal cosa debiera haber sido posible. Los magos que habían creado el lugar y sus defensas sin duda habrían tomado medidas para protegerlo de todas las clases de magia, incluida la de una bruja.

—Aquí —anunció Zedd a la vez que se detenía— es donde apareció por primera vez.

Indicó los bloques de piedra minuciosamente encajados de la pared opuesta a la pared de toscos granitos naturales.

Nicci miró a lo largo de la pared y observó manchas oscuras que no parecían naturales. Escrutó varios metros más arriba a lo largo de la elevación de piedra, distinguiendo aquí y allá las mismas zonas oscuras. Parecía como si la piedra rezumara alguna sustancia.

—¿Qué es? —preguntó.

Zedd pasó un dedo por una de las zonas oscuras. Alzó el dedo ante ella.

—Sangre.

Nicci pestañeó. Miró con fijeza la espesa sustancia húmeda y roja del dedo, luego volvió a mirar al mago a los ojos.

—¿Sangre?

Él asintió con solemnidad.

—Sangre.

—¿Sangre auténtica?

—Sangre auténtica —confirmó él.

—¿Sangre de algún animal? —Nicci recordó todos los murciélagos que habían huido volando por aquellos mismos pasillos, corriendo despavoridos por delante de la bruja—. ¿Tal vez los murciélagos?

—Sangre humana —respondió el mago.

Nicci se quedó momentáneamente sin palabras. Miró a Cara.

—Sí, estamos seguros —dijo la mord-sith en respuesta a la pregunta no formulada.

—Me doy por vencida —repuso Nicci por fin—. ¿Por qué esta pared rezuma sangre humana?

—No es sólo en esta pared —dijo Zedd—. Está filtrándose por la piedra en distintos lugares por todo el Alcázar. No parece existir una pauta.

Nicci volvió a mirar algunas de las espesas gotas de sangre que descendían por la pared. No quiso tocarlas.

—Bueno —dijo por fin—, esto, realmente, son problemas. —Devolvió la atención a Zedd—. ¿Tienes alguna idea de lo que significa?

—Significa que el Alcázar mismo está sangrando, en cierto modo. Significa que se está muriendo.

Nicci no pudo hacer otra cosa que pestañear ante lo que acababa de oír.

—¿Muriendo?

Zedd asintió con semblante lúgubre.

—¿Te acuerdas de aquel escudo allá atrás, donde preguntaste? Ha estado operativo en aquel corredor durante miles de años. Ahora ha dejado de funcionar. Hay escudos por todo el Alcázar que están fallando. Todo el tejido del Alcázar tiene graves problemas.

»Seis, a pesar de su mucho talento, no debería haber podido entrar aquí sin disparar alarmas, pero no se dispararon. Las alarmas han fallado. Por eso no supimos que estaba en el Alcázar.

»Si el Alcázar estuviera bien, e incluso si las alarmas fallaran por algún motivo o las inutilizaran de algún modo, los escudos le habrían impedido no sólo moverse libremente sino adentrarse tanto en el Alcázar. Ésta es una zona segura. Sencillamente ella no debería haber podido descender aquí.

»Sólo debido a este trastorno... —alzó una mano en dirección a las sangrantes paredes—, pudo entrar en el Alcázar sin que las alarmas sonaran y los escudos la detuvieran. El Alcázar está demasiado enfermo para impedir su entrada o detenerla una vez dentro.

»Por lo que yo sé, una violación de esta naturaleza no ha sucedido nunca antes. Ha entrado gente en el Alcázar en el pasado, pero no porque el Alcázar no cumpliera con su papel. Esas entradas tuvieron éxito porque el intruso era listo, o con un grandísimo talento, o porque tenían ayuda desde el interior. Seis se introdujo tranquilamente aquí dentro por sí sola sin que las alarmas sonasen o las defensas la detuvieran. Simplemente tuvo que tomar algunos desvíos para rodear escudos que todavía funcionaban.

—Los repiques... —musitó Nicci, comprendiendo de pronto.

Zedd asintió.

—Richard tenía razón.

—¿Puede hacerse algo?

—Sí —dijo Zedd—. Si podemos encontrar a Richard, podemos hacer que abra la caja del Destino correcta. El hechizo Cadena de Fuego también está contaminado por los repiques. Esto es la confirmación de que la contaminación dejada por los repiques está corrompiendo toda magia... no sólo el hechizo Cadena de Fuego... tal como Richard nos dijo que sucedía. Tiene que liberar el poder de las cajas y esperar que su poder sea capaz de purgar al mundo no sólo de Cadena de Fuego sino de la mácula dejada por los repiques cuando anduvieron sueltos por el mundo de la vida.

Nicci ladeó la cabeza.

—Zedd, ese poder está diseñado para un propósito específico: contrarrestar Cadena de Fuego. No va a ponerse a buscar otra magia que nos esté asolando y purgarla también. No está diseñado para hacer eso.

Zedd se echó atrás algunos mechones de pelo blanco a la vez que elegía sus palabras con cuidado.

—Tú misma dijiste que el poder de las cajas, como cualquier otro poder, puede utilizarse para objetivos distintos del propósito para el que fue diseñado. Richard necesita usar el poder de las cajas no sólo para eliminar de nosotros la mácula de Cadena de Fuego, sino también para eliminar la contaminación dejada por los repiques.

Nicci no sabía si ese curso de acción tan amplio era del todo sensato, o incluso posible, pero no creía que aquél fuera el momento ni el lugar para debatirlo. Estaban muy lejos de poder tener a Richard intentando tal cosa. Primero debían encontrar a Richard antes de que pudiera considerarse cualquier otra cosa. Después de eso, existían dificultades para que Richard abriera una caja del Destino que Nicci ni siquiera había empezado a revelar a Zedd porque no había querido preocuparle más de lo necesario.

—Entre tanto —dijo Zedd—, debemos evacuar el Alcázar.

Aquello desconcertó a Nicci.

—Pero si el Alcázar está debilitado, entonces debemos hacer justo lo contrario: debemos defenderlo. Hay cosas inestimables aquí que no debemos permitir que caigan en las manos equivocadas. No podemos arriesgarnos a que Jagang o las Hermanas se apoderen de los poderosos objetos mágicos que hay aquí; los que todavía funcionan, en todo caso. Por no mencionar las bibliotecas...

—Precisamente por eso debemos irnos —insistió Zedd—. Si nos vamos, puedo poner todo el Alcázar en un estado que mantendrá fuera a todo el mundo. Es algo que hasta donde sé nunca antes se ha hecho, pero no veo otra solución.

Nicci alzó la mirada hacia la sangre que manchaba la pared de piedra.

—Bueno, si el Alcázar está enfermo, y la magia está fallando, ¿cómo puedes hacer algo así?

—Los libros antiguos que explicaban el diseño defensivo del Alcázar contaban lo de las paredes que sangran. Esta sangre, esta advertencia, siendo tan truculenta como es, significa lo grave que es el problema del Alcázar. Por lo que yo sé, una cosa así no ha sucedido nunca antes. Ésta es la primera vez que una advertencia tan drástica ha sido necesaria. Es una de las cosas sobre este lugar que tuve que aprender cuando me convertí en Primer Mago.

»Esas mismas fuentes también describían los procedimientos de emergencia en el caso de que una cosa así sucediera. Existe un modo de cerrar a cal y canto el Alcázar con un estado de poder elevado que no está aún degradado.

Nicci halló esa idea muy inquietante.

—¿Estado de poder elevado?

—Estaba guardada... necesité la mayor parte del día para encontrarla.

—¿Qué estaba guardada?

Zedd indicó con un ademán las cercanas puertas de latón donde había estado la caja del Destino hasta que Seis la robó.

—Una caja de hueso. Está ahí dentro. Es más o menos del tamaño de una de las Cajas del Destino. Si bien es de hueso, no sé de qué bestia procede dicho hueso. Tiene símbolos antiguos tallados por todo el exterior.

»Contiene un hechizo construido armonizado con la naturaleza del Alcázar. Lo construyeron los mismos magos que confirieron al Alcázar sus muchas defensas. Podrías compararlo con una pequeña cantidad de masa inicial que reservas para tener siempre un poco de la original para poder seguir confeccionando la misma clase de pan. Este hechizo contiene elementos de la magia original del Alcázar. Es de lo más extraordinario, cuando te pones a pensarla.

—¿Cuánto tiempo durará tal clase de hechizo, una vez activado, antes de que la contaminación de los repiques empiece a degradarlo también?

Zedd hizo una mueca a la vez que movía la cabeza.

—No tengo ni idea. Por las cosas que he leído y las pruebas que he realizado, creo que un estado así durará bastante tiempo, pero no hay modo de saberlo con seguridad. Todo lo que podemos hacer es intentarlo.

—¿Y si ya lo han corrompido los repiques? —preguntó Friedrich—. Al fin y al cabo, si el Alcázar está infectado, y este hechizo forma parte del poder original del Alcázar, ¿quién nos dice que no está ya corrompido?

Friedrich, por haber estado casado con una hechicera durante la mayor parte de su vida, sabía bastante sobre magia aun cuando él no poseía el don.

—Intenté llevar a cabo redes de verificación sobre algunos de los aspectos corrompidos del Alcázar, como las alarmas. La corrupción impidió que funcionasen las verificaciones. La verificación del hechizo que contiene la caja de hueso funcionó sin la menor dificultad. Según mis pruebas sigue siendo viable.

—¿Por qué no podemos quedarnos aquí y poner al Alcázar en ese estado de protección? —preguntó Cara.

—Es demasiado peligroso —le contestó Zedd—. El procedimiento de emergencia no se ha empleado nunca. No estoy seguro de su naturaleza precisa, de cómo funciona con exactitud, pero la información que examiné decía que esa clase de estado impediría que nadie entre. Sólo puedo asumir que un estado de emergencia así, por necesidad, tratará con dureza a cualquier intruso. Parece ser una forma de hechizo de luz. Por mis limitados conocimientos sobre las condiciones del Alcázar en un estado así, sería muy peligroso para nadie estar aquí.

»Después de todo, ¿cómo sabemos que no hay intrusos en el Alcázar ahora mismo?

Cara se irguió muy tiesa.

—¿Ahora?

—Sí. Si las defensas del Alcázar están fallando, y las alarmas no funcionan, ¿cómo sabríamos si hay personas vagando por ahí que no pertenecen a este lugar?

Por todo lo que sabemos, Seis podría seguir acechando por aquí. Chase dijo que no encontró ninguna huella de ella que indicara que se fue. Asimismo, podrían haberse deslizado dentro del Alcázar algunas Hermanas de las Tinieblas. Ya no existe un modo digno de confianza de que podamos saberlo.

»Aún es más preocupante que pudieran entrar enemigos mediante la sliph. Richard es el único que podría volver a dormir a la sliph, nosotros no podemos. La sliph no está diseñada para negar sus servicios a nadie que se los pida y posea el poder adecuado. No somos suficientes para custodiar la sliph todo el tiempo, y no hay suficientes de nosotros con bastante poder para defendernos contra un ataque de Hermanas de las Tinieblas.

»Sin la capacidad para poder volver a dormir a la sliph, o sin alarmas y escudos para proteger el Alcázar, éste es vulnerable a intrusiones de todas clases. Debe asumirse que un hechizo como ése, por su propia naturaleza, eliminaría a cualquiera que estuviera en el Alcázar. Puesto que es una medida de último recurso tenemos que asumir que podría resultar tan fatal para nosotros estar aquí dentro como lo sería para un intruso.

»Por lo tanto, tenemos que irnos y luego activar el estado de protección.

—¿Cómo volveremos a entrar? —preguntó Cara.

—Tendré que desconectarlo. Conozco la secuencia necesaria para volver inactivo el hechizo. Una vez que lo desactive, no obstante, no creo que pueda ser reactivado, así que no osaremos desactivarlo a menos que sea absolutamente necesario por algún motivo, o hasta que la contaminación de los repiques pueda ser eliminada del mundo de la vida.

Nicci soltó un suspiro.

—No se me ocurre ningún argumento contra ese plan. Parece el único modo de preservar el Alcázar por el momento.

—Además de eso —dijo Zedd—, sencillamente no podemos seguir aquí sin hacer nada.

—No —repuso Nicci—, supongo que no podemos.

Ya pensaba en las cosas que debían hacerse. Había varios lugares a los que tenía que ir.

—Me parece —dijo Zedd a la vez que paseaba la mirada por los que aguardaban su dictamen— que lo primero que hay que hacer es intentar devolverle a Richard su poder. Si volviera a estar conectado con su don tal vez eso lo ayudaría.

»Tenemos motivos para creer que le fue amputado por un hechizo dibujado en las cuevas sagradas de Tamarang. A menos que alguien tenga una idea mejor, yo digo que vayamos a Tamarang y ayudemos a Richard eliminando lo que sea que le impide tener acceso a su don.

Ambas mord-sith asintieron.

—Si existe la posibilidad de que ayude a lord Rahl, yo digo que vayamos —dijo Cara.

—Estoy de acuerdo —la secundó Tom.

—Me temo que yo os haría ir más despacio —indicó Friedrich—. Ya no soy tan joven. Tal vez sería mejor si permaneciera en la zona por si aparece Richard. Tendrá que saber lo que está sucediendo. Puedo permanecer cerca, vigilar el Alcázar desde el exterior.

—Eso tiene sentido —dijo Zedd al anciano.

—Creo que lo mejor será que yo vaya al Palacio del Pueblo —dijo Nicci.

Zedd frunció el entrecejo.

—¿Por qué?

—Bueno, puedo usar la sliph. Desde el Palacio del Pueblo puedo viajar en la sliph hasta la zona de Tamarang y reunirme con vosotros allí. La sliph es mucho más rápida, de modo que tendré tiempo de comprobar unas cuantas cosas en el palacio.

—¿Cómo cuáles? —inquirió Zedd.

—Bueno, con Richard desaparecido y aislado de su poder, Nathan está actuando en calidad de lord Rahl. Ese vínculo es todo lo que se interpone entre nosotros y que el Caminante de los Sueños sea capaz de penetrar en nuestras mentes. Quiero ver cómo le va.

Zedd asintió pensativo.

—Hay defensas en el palacio que funcionan mediante magia, de un modo muy parecido a lo que sucede aquí en el Alcázar —dijo Nicci—. Ann y Nathan necesitan saber que los repiques están corrompiendo esa magia. Tienen que saber lo que sucedió aquí, y así estarán preparados si sucede también allí, y no se verán cogidos por sorpresa como nos sucedió a nosotros.

»Pero más que nada necesitamos recuperar la caja del Destino. Seis procedía del Viejo Mundo. Ann y Nathan vivieron allí mucho tiempo. Dijeron que no sabían nada sobre Seis, pero a lo mejor se les ha ocurrido algo o pueden ofrecer una pista. Seis era reservada cuando vivía allá abajo, en el Viejo Mundo, pero tal vez alguien sepa algo sobre ella. Ann y Nathan podrían indicarme cómo llegar hasta tal persona. En estos momentos no sabemos casi nada sobre la bruja. Necesitamos información.

»Yo no tengo ni idea de dónde buscar a Seis. Ése sería el primer lugar donde empezar a hacer preguntas, donde están Ann y Nathan.

—Tiene sentido —repuso Zedd con un suspiro—. Pero si averiguas algo, ven a Tamarang primero. Acude a mí antes de ir tras ella por tu cuenta. Puede que necesitemos tu ayuda para ocuparnos de lo que sea que esté sucediendo en Tamarang, y tú, desde luego, necesitarás mi ayuda para idear un modo de encargarnos de Seis. Ya ha demostrado lo peligrosa que es. No vas a poder acercarte a hurtadillas a ella y recuperar la caja. Si conseguimos una pista de dónde podría estar, vamos a tener que colaborar y elaborar un plan.

—De acuerdo —respondió la hechicera—. ¿Qué hay de la sliph... después de que me haya ido, quiero decir? ¿Podrá alguien volver a introducirse en el Alcázar?

—El hechizo de protección toma precauciones especiales en los puntos de acceso. La sliph atraerá ramificaciones del hechizo, que endurecerán las trabas para acceder a ese punto de entrada al igual que con cualquier otro. Una vez que te hayas ido a través de la sliph activaré el hechizo.

—Voy contigo —dijo Cara a Nicci, y no era una petición.

—Yo iré con Zedd, entonces —dijo Rikka—. Necesitará que una de nosotras cuide de él.

Zedd le lanzó una furiosa mirada agria pero no dijo nada.

Cara acarició su rubia trenza con una mano.

—Está decidido, entonces.

Era como si ellas dos estuvieran acordando cómo debía llevarse a cabo la operación. Nicci empezaba a apreciar la formidable paciencia de Richard.

—Reunamos nuestras cosas —dijo Zedd—. Pronto será de día.

Nicci cogió a Rikka del codo y se la llevó aparte.

—En cuanto me ponga mis ropas, arreglaré el camisón para que te lo quedes tú.

Rikka sonrió.

—De acuerdo.

Nicci pensó que la mujer parecía discretamente emocionada ante la perspectiva de tener algo bonito, algo que no tenía nada que ver con la vestimenta de una mord-sith.

La hechicera se concentró en aquel pensamiento alegre, más que en lo nerviosa que estaba por tener que viajar en la sliph otra vez. Esta vez, Richard no estaría con ella para ayudarla.



—¿Qué sucede? —susurró Jennsen a la joven que tenía por delante de ella mientras ambas se arrastraban por los pastos secos.

—Chist —fue la única respuesta que le dio Laurie.

Laurie y su esposo habían estado en aquel lugar desolado recogiendo una cosecha tardía de higos silvestres que crecían entre las colinas bajas. En el curso de su tarea, a medida que habían ido recolectando más y más lejos, se habían separado. Al finalizar la tarde, Laurie había querido marchar de vuelta a la ciudad pero no había conseguido encontrar a su esposo. Parecía haber desaparecido.

Cada vez más angustiada, había acabado por regresar corriendo a la ciudad de Hawton en busca de la ayuda de Jennsen. Puesto que necesitaba ir deprisa, Jennsen había decidido dejar a su cabra, *Betty*, en su redil. A *Betty* no le había gustado, pero Jennsen estaba más preocupada por encontrar al esposo de Laurie. Cuando por fin regresaron con un pequeño grupo de búsqueda el sol hacía rato que se había puesto.

Mientras Owen, su esposa Marilee, Anson y Jennsen se habían desperdigado buscando entre las colinas bajas al desaparecido esposo de Laurie, esta última había encontrado algo que no había esperado. A todas luces la había conmocionado, pero no quería decir qué era. Quería que Jennsen corriera a verlo por sí misma y quería que Jennsen no mencionara nada.

Laurie alzó con cautela la cabeza justo lo suficiente para mirar más allá a la noche.

Señaló y al mismo tiempo se inclinó atrás para que Jennsen pudiera oírla.

—Ahí.

Contagiada a aquellas alturas por alarma de Laurie, Jennsen estiró con cuidado el cuello hacia arriba para atisbar en la oscuridad.

La tumba estaba abierta.

Habían deslizado el gran monumento de granito a Nathan Rahl a un lado y ascendía luz de debajo de la tierra, creando un faro que refulgía con suavidad en el oscuro corazón de la noche.

Jennsen sabía, desde luego, que no era en realidad la tumba de Nathan Rahl. Aunque Laurie no podía saberlo.

En la época en que Nathan y Ann habían estado viviendo con ellos, Nathan había descubierto la tumba con su nombre en ella. También había descubierto que lo que parecía ser una tumba más bien monumental en el antiguo cementerio era en realidad la entrada a habitaciones subterráneas secretas repletas de libros. Él y Ann habían contado a Jennsen que aquellas catacumbas tenían miles de años de antigüedad y había estado protegido todo ese tiempo mediante magia.

Jennsen no podía saberlo; ella no poseía magia. Estaba inmaculadamente desprovista del don. Era un agujero en el mundo, como se denominaba en ocasiones a aquella particularidad, porque los que poseían magia eran incapaces de usar su don para percibir a los que eran como Jennsen. Ella era una criatura excepcional... un pilar de la Creación.

Jennsen y las personas que estaban con ella allí en Bandakar eran todos pilares de la Creación. En épocas remotas se había averiguado que, cuando los que estaban inmaculadamente desprovistos del don se mezclaban con la gente normal, que era toda ella poseedora de al menos una pequeña chispa del don, cada criatura producto de tales uniones estaría inmaculadamente desprovista del don. Al vagar libremente por el mundo tenían el potencial latente para erradicar el don de toda la humanidad. En la antigüedad la solución a la cifra en continuo crecimiento de personas desprovistas del don había sido reunirlas a todas y desterrarlas.

La característica de estar por completo desprovisto del don tenía su origen en los vástagos del lord Rahl. Los nacimientos de tales personas eran sumamente raros, pero una vez que los que poseían esa característica alcanzaban la edad adulta, la anomalía se extendía a la población en general. Después de que se hubiera desterrado a los antepasados de las personas que vivían en Bandakar, todo hijo de un Rahl era puesto a prueba. De hallarse que había nacido inmaculadamente desprovisto del don, tal criatura era ejecutada de inmediato para impedir que la característica volviera a extenderse entre la población.

Jennsen, producto de una violación llevada a cabo por Rahl el Oscuro, había conseguido desafiar todas las probabilidades en su contra y pasar desapercibida. Puesto que Richard era en la actualidad el lord Rahl, eliminar tal defecto en su linaje le correspondía a él.

Pero Richard consideró tal idea abominable y se negó a hacer tal cosa. Creía que Jennsen y los que eran como ella tenían el mismo derecho a la vida que él, y lo cierto era que le había hecho feliz descubrir que tenía una hermanastra... tanto si estaba inmaculadamente desprovista del don como si no. La había recibido con los brazos abiertos en lugar de con intenciones asesinas, como ella había esperado.

Richard había puesto fin al destierro y liberado a aquellas personas para que vivieran sus propias vidas. Desde que Richard se había convertido en el lord Rahl, ellos ya no estaban desterrados sino que se les había dado la bienvenida al mundo, tal como había sucedido con Jennsen. A pesar de lo que podría significar para la magia del mundo, él había destruido la barrera que impedía que aquellas personas se relacionaran con el resto de la humanidad.

Desde que la barrera había caído, muchos de los habitantes de Bandakar habían sido capturados por la Orden Imperial y sacados de allí para ser usados como animales de cría, con la intención de apresurar el final de la magia. Después de que se hubiera expulsado a la Orden Imperial de Bandakar, la mayor parte de la población que quedaba había elegido permanecer en su hogar ancestral por el momento. Querían dedicar un poco de tiempo a averiguar cosas sobre el mundo exterior antes de decidir qué harían.

Jennsen sentía una afinidad con aquellas personas. Tras haberse ocultado toda su vida por temor a ser ejecutada por el delito de haber nacido, había querido permanecer con ellos mientras aprendían a ser una parte de su nuevo y más amplio mundo. Aquel nuevo inicio, la emoción de construir una nueva vida para sí mismos, llena de posibilidades, era una pasión que compartían todos.

Laurie evidentemente experimentaba una sensación de terror ante el hecho de que volviera a estar amenazado el mundo en el que habían vivido. Pero con la Orden Imperial el mundo estaba amenazado. En esto, los desprovistos del don no eran una excepción.

Jennsen no estaba segura de quién era la persona que estaba ahora abajo, en la tumba. Razonó que podrían ser Nathan y Ann que hubieran regresado a recuperar libros que necesitaban de la biblioteca subterránea. También aquellos

libros habían sido desterrados a su escondite, tras unos límites que nadie había sido capaz de cruzar hasta la llegada de Richard.

Jennsen razonó que también podría ser Richard quien estuviera abajo. Nathan y Ann se habían marchado hacia mucho junto con Tom para ir en su busca. Si habían tenido éxito, le habrían hablado sobre la biblioteca subterránea. Quizás él había regresado para ver la antigua biblioteca por sí mismo o en busca de algo concreto. A Jennsen le encantaría volver a ver a su hermano. La sola idea hizo que se sintiera muy ilusionada.

Comprendió, no obstante, que podría tratarse de alguna otra persona. Alguien que podía hacerles daño a todos ellos. Fue tal idea la que le impidió lanzarse a la carrera al interior de la tumba.

A pesar de lo mucho que deseaba ver si era Richard, la vida de fugitiva de Jennsen en compañía de su madre había proporcionado a la joven un sentido de la cautela muy agudizado, así que se agazapó inmóvil, observando en busca de cualquier indicio sobre quién podría estar en la tumba.

Los sinsontes, a lo lejos, repitieron sus llamadas en la tranquila oscuridad, intentando superarse unos a otros en una especie de interminable discusión nocturna. Mientras escuchaba distraídamente las estridentes llamadas, Jennsen sabía que lo mejor sería permanecer oculta y aguardar a que quienquiera que estuviera abajo apareciera; pero le preocupaba que los demás regresaran de su búsqueda y las delataran sin querer, así que decidió que mientras vigilaba la tumba lo mejor sería enviar a Laurie en busca del resto y advertirles.

Antes de que Jennsen pudiera gatear más cerca y susurrar instrucciones a su compañera, la joven empezó a arrastrarse al frente. Al parecer había decidido que podría ser su esposo quien estaba allí abajo. Jennsen intentó agarrar el tobillo de la joven, pero estaba fuera de su alcance.

—¡Laurie! —susurró—. ¡Detente!

Laurie hizo caso omiso de la orden, y correteó por la hierba seca. Jennsen gateó al instante tras ella, entre las lápidas de antiguas sepulturas desperdigadas por el desigual terreno. La hierba seca hacía un ruido excesivo para el gusto de la muchacha. Laurie no estaba siendo ni cauta ni silenciosa. A Jennsen su madre le había enseñado a ser sigilosa y escapar, pero Laurie no sabía mucho sobre tales cosas.

A cierta distancia por delante, Laurie lanzó una exclamación ahogada de miedo.

Jennsen alzó la cabeza lo justo para ver si había alguien cerca, pero en la oscuridad era difícil percibir gran cosa. Por todo lo que ella sabía, podía haber una docena de hombres desplegados alrededor de ellas. Si permanecían quietos sería difícil, por no decir imposible, verlos.

Laurie se alzó de improviso sobre las rodillas a la vez que emitía un lamento horrorizado que hizo que a Jennsen se le pusiera la carne de gallina. El alarido hizo añicos la quietud de la noche. Los sinsontes callaron.

En plena noche, un grito así se oiría a gran distancia. Puesto que ya no tenía que preocuparse por delatar su presencia, Jennsen se irguió a toda prisa y corrió para cubrir la distancia que la separaba de la mujer. Abrumada por un sufrimiento indecible, Laurie se agarró los cabellos a la vez que echaba la cabeza atrás y lloraba con inconsuelo.

El cuerpo de un hombre yacía cuan largo era sobre la hierba ante ella. Aun cuando estaba demasiado oscuro para que Jennsen distinguiera el rostro, resultaba del todo obvio quién tenía que ser.

Jennsen extrajo el cuchillo con mango de plata de la funda que llevaba a la cintura.

Justo cuando lo hacía, la figura oscura de un hombretón, espada en mano, se alzó en la oscuridad. Probablemente había sido él quien había matado al esposo de Laurie y tras ello había permanecido agazapado en alguna parte, a poca distancia, para vigilar si alguien más se aproximaba a la tumba abierta.

Al mismo tiempo que Jennsen alcanzaba a Laurie —pero antes de que pudiera derribar a la joven para ponerla a salvo—, el hombre blandió la espada. La oscura forma borrosa de la hoja hendió la garganta de Laurie, casi decapitándola. Salpicaduras de sangre caliente cayeron sobre el rostro de Jennsen.

El horror de la muchacha quedó desterrado al instante por la cólera. Podría haber sido miedo, o incluso pánico, pero fue un torrente de ira lo que estalló a través de ella. Fue una cólera activada por primera vez por unos hombres que habían surgido hacia tiempo de la nada y asesinado brutalmente a su madre.

Antes de que la espada hubiera finalizado el asesino tajo, Jennsen saltaba ya

en dirección al hombre.

Surgió de un salto de la oscuridad y golpeó de lleno en el pecho con el cuchillo. Antes de que él pudiera retroceder, sorprendido, ella extrajo el cuchillo y, aferrándolo con fuerza, se lo clavó en el cuello tres veces en veloz sucesión. Le hizo caer al suelo, sin dejar de apuñalarlo con saña. No paró hasta que el hombre dejó de respirar con un gorgoteo.

En la repentina quietud, jadeó, recuperando el aliento. Luchó para no permitirse quedar paralizada por la commoción de lo que acababa de suceder. Si había un enemigo, era probable que hubiera otros, y sabía con seguridad que había alguien abajo en la tumba. Tenía que alejarse.

Jennsen se dijo a sí misma que debía moverse. Moverse era su mejor defensa. Moverse era vivir.

Muy agachada, empezó a deslizarse a un lado, sin perder de vista en ningún momento el haz de luz que se alzaba de la tumba, vigilando por si aparecía alguien para investigar el ruido y descubría los cuerpos.

Un segundo hombre pareció materializarse de pronto de la negra noche, alzándose de la hierba justo frente a ella.

Jennsen cambió de posición el cuchillo que sujetaba, empuñándolo en posición de pelea, en lugar de sujetarlo para apuñalar como había hecho cuando había acabado con el otro hombre. El corazón le latía con violencia mientras miraba a su alrededor en busca de otras amenazas.

Hizo caso omiso de la orden del hombre de que se detuviera y en su lugar amagó con rapidez a la izquierda. Cuando él arremetió en esa dirección, intentando atraparla, Jennsen rodó a la derecha.

Otro individuo surgió de la oscuridad, respondiendo a los chillidos del primero y cerrándole la huida por aquel lado. La luz procedente de la tumba centelleó suavemente en los eslabones de la cota de malla que cubría el amplio pecho del hombre, y en el hacha sujetada en su puño. Largas ristras de pelo grasiendo colgaban sobre sus hombros.

La joven se recordó que debía tener presente la cota de malla del hombre por si acaso tenía que pelear con él. Su cuchillo sería en buena parte ineficaz contra tal coraza, así que tendría que hallar puntos vulnerables. Comprendió que había

tenido suerte de que el hombre con el que había luchado, el asesino de Laurie, no hubiera llevado cota de malla.

El frenético impulso de Jennsen fue dar media vuelta y correr presa de un pánico ciego, pero sabía que correr sería un error. Despertaría el instinto de perseguir. Una vez iniciada una persecución, aquel instinto tomaba el mando y sujetos como aquél no pararían hasta que tuvieran su presa.

Ambos hombres esperaban que corriera en la dirección que parecía abierta ante ella... hacia la izquierda. En su lugar, Jennsen salió disparada hacia ellos, con la intención de escabullirse entre ambos, fuera de su trampa, antes de que pudieran cercarla. El agresor más cercano, el que llevaba una cota de malla, tenía el hacha lista para usar. Antes de que pudiera alzarla y golpear, ella le acuchilló la parte interior del brazo que dejó al descubierto. El afilado cuchillo cortó la carne ascendiendo desde la muñeca. Pudo oír el suave chasquido de los tendones partiéndose a medida que los cortaba.

El hombre chilló. Incapaz de sostener el hacha, la dejó caer al suelo. Jennsen la recogió a la vez que se agachaba para esquivar al segundo, que ya se lanzaba a por ella. Giró en redondo y le hundió con fuerza el arma en la espalda mientras él pasaba por delante a toda velocidad.

Jennsen se alejó gateando tan deprisa como pudo mientras uno de los hombres sujetaba su inútil brazo derecho y el otro giraba hacia ella con el mango de un hacha sobresaliendo de su espalda. Trastabilló unos pocos pasos, yendo aún hacia ella, antes de caer sobre una rodilla, jadeando. Por el gorgoteo de su respiración, Jennsen supo que le había perforado el pulmón por lo menos. Estaba claro que el tipo no estaba en condiciones de pelear.

Si iba a conseguir escapar, ésta era su oportunidad. Sin vacilar, la aprovechó.

Casi al instante una pared de hombres se alzó ante ella. Jennsen frenó con un patinazo. Por todas partes a su alrededor aparecieron hombres. Por el rabillo del ojo vio sombras retorciéndose a través del haz de luz a medida que ascendían figuras a toda velocidad del interior de la tumba.

—Si quieras —dijo el desconocido que tenía delante con una voz áspera—, estaríamos encantados de acabar contigo. Si no, yo sugeriría que me entregases ese cuchillo.

Jennsen permaneció petrificada, considerando sus opciones. Su mente

parecía no querer funcionar.

A lo lejos podía ver figuras, recortadas por la luz, corriendo hacia ella desde la tumba.

El hombre alargó la mano.

—El cuchillo —dijo con tono amenazador.

Como respuesta, Jennsen le apuñaló la palma. Puesto que él se echó atrás al mismo tiempo que Jennsen tiraba, la hoja le cortó la mano entre los dos dedos centrales. Una sarta de furiosas blasfemias resonó en el aire. Jennsen aprovechó la oportunidad para salir corriendo a través de la brecha de entre la pared de hombres para sumirse en la oscuridad de más allá.

Antes de que hubiera corrido tres pasos un brazo la agarró por la cintura. El hombre tiró hacia atrás con tanta fuerza que la dejó sin aliento. El soldado la estrelló de espaldas contra su coraza de cuero. Jennsen jadeó intentando conseguir aire.

Antes de que él consiguiera hacerse con sus brazos, que se movían igual que aspas de molino, ella le clavó el cuchillo en el muslo. La punta encontró hueso y se quedó atascada allí. Maldiciendo, el soldado se hizo por fin con sus brazos, inmovilizándolos a los costados.

Lágrimas de terror y frustración le ardieron en los ojos. Iba a morir allí, en mitad de un cementerio, sin volver a ver a Tom jamás. En aquel momento, él era todo lo que parecía importante, todo lo que quería. Él jamás sabría lo que le había sucedido, y ella nunca podría decirle una última vez lo mucho que le amaba.

El soldado se extrajo de un tirón el cuchillo que tenía clavado en el muslo. Ella contuvo un sollozo con un jadeo ahogado ante todo lo que perdía... todo lo que perdían aquellas personas.

Antes de que la hicieran pedazos como esperaba que hicieran, alguien apareció con un farol. Era una mujer, y llevaba algo más en la misma mano que sujetaba el farol. Fue a detenerse ante Jennsen. Hizo una mueca de desagrado mientras se hacía cargo de la situación.

—Cállate —dijo la mujer al hombre que se sujetaba la mano ensangrentada y seguía profiriendo imprecaciones.

—¡La muy zorra me ha apuñalado la mano!

—¡Y mi pierna! —añadió el hombre que la sujetaba.

La mujer echó una ojeada a los cuerpos caídos a poca distancia.

—Pues parece que tuvisteis suerte.

—Supongo —rezongó por fin el hombre que sujetaba a Jennsen, a todas luces incómodo bajo el examen implacable de la mujer, y le entregó el cuchillo de la muchacha.

—¡Casi me cortó la mano en dos! —interrumpió el otro, a quien seguía sin gustarle tener que soportar la indiferencia de la mujer hacia su dolor—. ¡Hay que hacérselo pagar!

La mujer le dirigió una mirada fulminante.

—Tu único propósito es servir a los fines de la Orden. ¿De qué crees que le vas a servir si eres un lisiado? Ahora, cierra el pico o ni siquiera me plantearé curarte.

Cuando el hombre bajó la cabeza en mudo asentimiento, la mujer apartó por fin la mirada iracunda y volvió su atención a Jennsen. Sosteniendo el farol en alto, se inclinó al frente para echar una mejor mirada al rostro de la joven. Jennsen vio que era un libro lo que sostenía en la mano junto con el farol. Probablemente había robado el libro de la biblioteca subterránea.

—Sorprendente —dijo la mujer, como si hablara consigo misma a la vez que estudiaba los ojos de Jennsen—. Estás justo delante de mí, y sin embargo mi don me dice que no lo estás.

Jennsen comprendió que la mujer tenía que ser una hechicera, sin duda una de las Hermanas de Jagang. A Jennsen no podían hacerle daño directamente los poderes de una mujer como aquélla, ni de nadie con magia, pero en aquellas circunstancias, eso no significaba precisamente que ella no fuera una amenaza. Al fin y al cabo, ella no necesitaba magia para ordenar a los soldados que ejecutaran a Jennsen.

La mujer sostuvo el cuchillo a cierta distancia, examinando con atención lo que había en el mango. La frente se frunció cuando captó el significado de la

elaborada letra «R», el símbolo significaba la Casa de Rahl, grabada en el mango de plata.

Alzó los ojos en dirección a Jennsen, en esta ocasión llenos de una especie de sombrío reconocimiento. De improviso, dejó caer el arma, que se clavó en el suelo, a sus pies, al mismo tiempo que ella se llevaba una mano a la frente, con una mueca de dolor. Los silenciosos soldados intercambiaron miradas inquietas.

Cuando volvió a alzar los ojos, el rostro de la mujer había quedado inexpresivo.

—Vaya, vaya, vaya. Pero si es Jennsen Rahl —La voz sonó diferente; era más profunda, y llevaba con ella un amenazador tono masculino.

Le tocó ahora el turno a Jennsen de fruncir el entrecejo.

—¿Me conoce?

—Oh, sí, querida, te conozco —dijo la mujer con una voz que se había tornado profunda y ronca—. Creo recordar que me juraste que matarías a Richard Rahl.

Entonces Jennsen comprendió. Era el emperador Jagang, viéndola a través de los ojos de la mujer. Jagang era un Caminante de los Sueños y podía hacer tales cosas en apariencia imposibles.

—¿Y qué hay de tu promesa? —preguntó la mujer.

Los movimientos de la Hermana eran parecidos a los de una marioneta y daban la impresión de ser dolorosos.

Jennsen no sabía si hablaba a la mujer o a Jagang.

—Fracasé.

Los labios de la mujer se crisparon despectivamente.

—Fracasaste.

—Así es. Fracasé.

—¿Y que hay de Sebastian?

Jennsen tragó saliva.

—Murió.

—Murió —dijo ella en un tono burlón. Luego se acercó un paso y ladeó la cabeza, mirando con un ojo furioso—. ¿Y cómo murió, querida?

—Por su propia mano.

—¿Y por qué se quitaría la vida un hombre como Sebastian?

Jennsen habría retrocedido un paso de no haber estado ya presionada contra el pecho del corpulento soldado.

—Imagino que fue su modo de decir que ya no quería ser un estratega del emperador de la Orden Imperial. A lo mejor comprendió que había desperdiciado su vida, que no había servido para nada.

La mujer la miró furibunda pero no dijo nada.

Jennsen vio entonces un suave destello dorado procedente del libro que la mujer sostenía en la misma mano que el farol y pudo distinguir vagamente el título en caracteres dorados desgastados y descoloridos.

Decía: *El libro de las sombras contadas*.

Todo el mundo se giró al oír un alboroto. Más hombres arrastraban a más cautivos. Cuando llegaron a la luz a Jennsen se le cayó el alma a los pies. Los fornidos soldados tenían a Anson, Owen y a la esposa de Owen, Marilee. Los tres estaban ensangrentados.

La mujer se inclinó y recuperó el cuchillo de Jennsen caído a sus pies.

—Su Excelencia ha decidido que estas personas podrían ser de utilidad para él —indicó a la vez que se enderezaba. Hizo una señal con el cuchillo de Jennsen—. Traedlos con nosotros.



Nicci se detuvo y se giró al oír que gritaban su nombre detrás de ella. Era Nathan. Ann lo seguía de cerca. Por cada una de las largas zancadas de Nathan, Ann tenía que dar tres pasos para mantener su ritmo.

Las pisadas de ambos resonaban en el suelo de mármol del corredor vacío. El sencillo pasillo formaba parte del complejo privado del palacio, utilizado por el lord Rahl, el personal de servicio y los funcionarios, y, por supuesto, las mord-sith. Era un pasillo funcional, que no tenía la menor pretensión de grandiosidad.

Con su recatado vestido gris abotonado hasta la garganta, Ann le recordó a Nicci cómo la veía cuando ella había sido una niña. Baja y compacta, como una espesa nube de tormenta recorriendo veloz el paisaje, siempre había dado la impresión de estar a punto de lanzar rayos. La mujer se había alzado como una figura colosal en la mente de Nicci desde la primera vez que la habían enviado al Palacio de los Profetas para convertirse en una joven novicia.

Annalina Aldurren había sido siempre la clase de mujer capaz de sacar una confesión sin usar otra cosa que una mirada pétrea. Aterraba a las novicias, infundía miedo a los jóvenes magos y atemorizaba a la mayoría de las Hermanas. De novicia, Nicci había sospechado que el mismo Creador andaría con pies de plomo en presencia de la formidable prelada, y también cuidaría sus modales.

—Recibimos el mensaje de que acababas de llegar del Alcázar —dijo el alto profeta con una voz profunda y potente al mismo tiempo que Ann y él alcanzaban a Nicci y Cara.

Teniendo en cuenta que el hombre tenía casi mil años, Nathan resultaba aún toscamente apuesto. Tenía facciones en común con Richard, incluida la mirada de halcón. Sus ojos, de todos modos, eran de un hermoso azul celeste, en tanto que los de Richard eran grises.

Su edad, como la de Nicci, era relevante sólo para aquellos que habían vivido fuera del hechizo del Palacio de los Profetas. Los que estaban en el palacio

envejecían igual que todo el mundo, pero a una velocidad más lenta que aquellos que vivían fuera del hechizo. El tiempo se había movido de un modo diferente en el interior del palacio. Ahora que el palacio, el hogar de las Hermanas de la Luz durante miles de años, había sido destruido, Nathan, Ann, Nicci y todos los demás que en una ocasión habían llamado «hogar» a aquel lugar envejecerían a la misma velocidad que el resto de la humanidad.

Nicci recordaba que el profeta siempre vestía túnicas cuando había vivido en sus aposentos del Palacio de los Profetas. Cuando fue una Hermana de la Luz, en ocasiones se requería de ella que le visitara en aquellos aposentos y anotara cualquier cosa que él afirmara que era una profecía. En realidad Nicci jamás había tenido una opinión ni en un sentido ni en otro sobre tal tarea. Era tan sólo una de muchas que se requerían de ella. Había Hermanas, sin embargo, que no habían bajado solas a los aposentos de Nathan.

En aquellos momentos, el profeta llevaba unos pantalones marrones y una camisa blanca con volantes bajo un chaleco verde oscuro. El repulgo de su esclavina color granate flotaba justo por encima del suelo, arremolinándose alrededor de sus botas negras una vez que se detuvo. Tenía un aspecto imponente.

Nicci era incapaz de imaginar el motivo, pero llevaba una espada enfundada en una elegante vaina. Los magos difícilmente necesitaban espadas. Al haber sido el único profeta que los que vivían en el palacio habían conocido en los últimos siglos, siempre había sido un personaje fascinante.

Muchas de las Hermanas del palacio pensaban por entonces que Nathan estaba loco. Muchas lo temían. No era tanto que él les diera motivos para sus temores como que sus propias imaginaciones inventaban horrores que la simple visión del hombre de algún modo parecía confirmar. Nicci no sabía si muchas de las Hermanas pensaban ahora de un modo distinto, pero sí sabía que varias de ellas estaban sumamente preocupadas porque ya no estaba encerrado bajo poderosos escudos. Mientras que unas pocas pensaban que era bastante inofensivo, si bien un poco raro, la mayoría de las Hermanas lo consideraban el hombre vivo más peligroso que existía. Nicci había acabado por verlo de otro modo.

Es más, era ahora el lord Rahl, en sustitución de Richard.

—¿Dónde está Verna? —preguntó Nicci—. Necesito hablar con ella también.

Tras detenerse junto a Nathan, Ann inclinó la cabeza atrás, en dirección al

vacío pasillo.

—Ella y Addie están reunidas con el general Trimack para hablar sobre cuestiones de seguridad. Puesto que se hace tarde, indiqué a Berdine que les hiciera saber que tú y Cara acababais de llegar del Alcázar y que nos reuniremos todos con ellas en el comedor privado.

Nicci asintió.

—Parece una buena idea.

—Entre tanto —insistió Nathan—, ¿qué noticias hay?

Nicci estaba aún desorientada por el viaje en la sliph. Era una experiencia desconcertante en la que el tiempo parecía perder todo sentido. Además, estar en el Palacio del Pueblo no hacía más que aumentar su malestar. El palacio entero existía en el interior de un hechizo que ampliaba el poder del lord Rahl, pero que al mismo tiempo disminuía el poder de cualquier otra persona con el don. Nicci no estaba acostumbrada a tal sensación. La hacía sentir inquieta y ansiosa.

Estar en la sliph también le recordó a Richard. Suponía que todo le hacía pensar en Richard. Daba la impresión de que tenía los nervios siempre a punto de saltar de preocupación por él.

Necesitó un momento para concentrar su mente en la pregunta mientras pugnaba por dejar a un lado los pensamientos sobre Richard. Por improbable que pareciera, ese hombre, no Richard, era ahora el lord Rahl. Ann, la antigua prelada, la antigua carcelera de ese hombre, aguardaba para oír la respuesta a su pregunta.

—Me temo que las noticias no son muy buenas —admitió Nicci.

—¿Te refieres a Richard? —preguntó Ann.

Nicci negó con la cabeza.

—No hemos tenido noticias sobre él, aún.

La frente de Nathan se frunció en un gesto aún más suspicaz.

—Entonces ¿de qué noticias hablas?

Nicci inhaló profundamente. Todavía resultaba extraño respirar aire tras estar en la sliph. A pesar de haber viajado otras veces en la extraña criatura, no pensaba que fuera a acostumbrarse jamás a introducir en sus pulmones aquella líquida esencia plateada.

Ordenando sus pensamientos, miró fuera, por encima de la corta barandilla. Aquella parte concreta del pasillo en la que estaban pasaba por encima de un complejo de amplios corredores situados debajo. La luz de las últimas horas del día penetraba en el palacio a través de las claraboyas situadas arriba. El corto balcón era casi como una ventana que daba al interior del Palacio del Pueblo. Nicci imaginó que, al ser una abertura más bien pequeña, probablemente estaba pensada para permitir un lugar encubierto desde el que vigilar los pasillos situados abajo.

Ahora, muy por debajo, muchas personas avanzaban presurosas en todas direcciones. Sus movimientos parecían decididos. Casi todos los bancos estaban vacíos. Nicci no vio gente congregada en informales charlas como lo habían estado en el pasado. Estaban en guerra; el Palacio del Pueblo se hallaba bajo asedio. La preocupación era la compañera constante de todo el mundo y los guardias patrullaban, vigilando no tan sólo a cada persona, sino cada sombra.

Intentando decidir cómo resumir la perturbadora noticia, Nicci se pasó los dedos por los cabellos, apartándose de la cara.

—¿Recordáis que Richard nos dijo que la contaminación dejada por los repiques cuando estuvieron en el mundo de la vida provocaba que la magia fallara?

Ann efectuó un ademán desdeñoso a la vez que profería un suspiro, al parecer irritada por volver sobre ese tema.

—Lo recordamos. Pero no creo que sea ése nuestro problema más acuciante.

—Quizá no —dijo Nicci—, pero eso ha empezado a provocar problemas muy reales.

Nathan alzó una mano y tocó el hombro de Ann, como para implorarle que le dejara ocuparse del asunto.

—¿Qué quieres decir?

—Nos hemos visto obligados a abandonar el Alcázar del Hechicero —le contó Nicci—. Por el momento, al menos.

Las cejas de Nathan se alzaron.

—¿Por qué? ¿Qué sucedió?

Nicci se alisó el vestido negro a la altura de las caderas.

—La magia del Alcázar empieza a fallar.

—¿Cómo lo sabéis? —inquirió Ann.

—La bruja Seis entró en el Alcázar —respondió Nicci—. Las alarmas no nos avisaron. Varios de los escudos están desactivados. Ella pudo ir a donde quiso por el interior del Alcázar sin que los escudos la detuvieran.

Ann remetió un mechón suelto de pelo gris en el moño que llevaba en la nuca mientras consideraba las palabras de Nicci.

—Eso no es necesariamente una prueba de que la magia del Alcázar esté fallando —dijo por fin—, ni tampoco de que la magia esté contaminada por los repiques y fallando a su vez. Es difícil decir con exactitud el mucho talento que pueda poseer una mujer como Seis. Sólo porque haya alguna clase de problema con el Alcázar no hay modo de saber su causa. Con un lugar tan complicado como el Alcázar es difícil saber con certeza si de verdad es algo tan serio. Podría ser algo temporal, un...

—Está saliendo sangre de las paredes de piedra del Alcázar —repuso Nicci en un tono que dejaba claro que no quería discutirlo.

A la hechicera no le gustaba que la trataran como a una novicia asustada por las sombras en su primera noche fuera de casa. Necesitaba pasar a otras cuestiones.

—Es peor abajo, en las zonas inferiores, en los cimientos.

Ann y Nathan se quedaron rígidos.

Ann abrió la boca como para decir algo, pero Cara habló primero, al parecer tan deseosa de zanjar la cuestión como Nicci.

—La sangre que rezuma de la piedra en varios lugares por todo el Alcázar es sangre humana.

De nuevo, tanto el profeta como la antigua prelada quedaron mudos por la sorpresa.

—Vaya pues —dijo por fin Nathan mientras se rascaba la barbilla—, eso sí que es serio... —Y agregó—: ¿Adónde os dirigíais?

—Cara y yo tenemos que salir a ver cómo progresan las rampas de Jagang. También quiero echar una ojeada al ejército de la Orden. Tengo la esperanza de que el plan de Richard funcionará, que las tropas d'haranianas enviadas al Viejo Mundo serán capaces de cortar las líneas de suministro. Si tienen éxito, Jagang va a tener un problema. Si no se puede abastecer a todos esos hombres de ahí abajo, no podrán quedarse ahí todo el invierno. Creo que puede convertirse en una carrera entre la rampa y sus menguantes provisiones.

Nathan asintió a la vez que pasaba por delante de Nicci y Cara.

—Iremos con vosotras, y puedes hablarnos sobre vuestro encuentro con Seis.

Nicci siguió donde estaba, sin ir tras el profeta.

—Cogió la caja del Destino.

Nathan se volvió y la miró con fijeza.

—¿Qué?

—Robó la caja del Destino que teníamos. La que el compañero de la bruja, Samuel, robó a la hermana Tovi, y la que Rachel consiguió luego y nos trajo. Pensábamos que estaba segura en el Alcázar. Pero no lo estaba.

—¿Ha desaparecido? —Ann agarró la manga de la hechicera—. ¿Tienes alguna idea de adónde fue con ella?

—Me temo que no —respondió Nicci—. Espero que vosotros dos podáis darnos algunas pistas sobre Seis. Tenemos que encontrarla. Cualquier cosa que podáis decirme sobre ella, no importa lo insignificante que parezca, podría ser de ayuda. Necesitamos recuperar la caja.

—Al menos Nicci consiguió poner en funcionamiento el poder de las cajas antes de que la cogieran —dijo Cara.

Nathan y Ann no podían haberse mostrado más estupefactos.

—¿Que ella hizo qué? —susurró Nathan, dando la impresión de ser incapaz de dejar de mirar a Cara fijamente, como si esperara que pudiera haberla oído mal.

—Nicci puso el poder de las cajas en funcionamiento —repitió Cara.

Nicci pensó que la mord-sith parecía un poco orgullosa del logro, orgullosa de Nicci.

—¡Te has vuelto loca! —rugió Ann a la vez que se revolvía contra Nicci, con el rostro enrojeciendo—. ¡Te nombraste a ti misma como un jugador por el poder de las cajas!

—No, eso no es en absoluto lo que sucedió —indicó Cara, atrayendo una vez más la atención del profeta y de la antigua prelada—. Designó a Richard como jugador.

Cara sonrió de un modo apenas perceptible, como complacida de demostrar que Nicci era mejor de lo que Nathan y Ann parecían pensar. Por su parte, Nathan y Ann seguían estupefactos.

Si bien había sido en verdad todo un logro, Nicci no sentía ningún orgullo por haber hecho tal cosa... había sido empujada a ello por la desesperación.

En el pasillo del vasto complejo del Palacio del Pueblo, teniendo plena conciencia de las capas entrelazadas de problemas a las que se enfrentaban, Nicci se sintió de improviso abrumadoramente cansada, y no era debido a que el hechizo que rodeaba el Palacio del Pueblo le estuviera absorbiendo el poder. Además de los acontecimientos recientes, el cansancio empezaba a hacer mella. Había tanto que hacer y tan poco tiempo.

Peor aún, sólo ella poseía el conocimiento o habilidad necesarios para lidiar con los muchos problemas a los que se enfrentaban. ¿Quién, salvo ella, tenía una posibilidad de enseñar a Richard cómo usar la Magia de Resta que hacía falta para abrir las Cajas del Destino? No había nadie más. Nicci sentía el terrible peso de aquella responsabilidad.

Había momentos en que la enormidad de las batallas que tenían ante ellos aparecía ante sus ojos con absoluta claridad. A veces, cuando eso sucedía, el valor de Nicci flaqueaba. A veces temía que se engañaba a sí misma al pensar que podían

solucionar los problemas monumentales a los que se enfrentaban.

Recordaba que, de pequeña, su madre la había obligado a salir con pan para alimentar a los pobres y, luego, que el hermano Narev la había hecho avergonzar de tal manera que se sintió obligada a trabajar incansablemente para servir las interminables necesidades de la gente. No importaba cuánto esfuerzo pusiera ella para resolver los problemas de todos aquellos que tenían necesidades, sus problemas sólo parecían incrementarse, superando su capacidad para satisfacerlos, obligándola cada vez más a ser una esclava de las filas cada vez mayores de los necesitados. Se le enseñó que, debido a que ella tenía la capacidad, su deber era hacer caso omiso de lo que quisiera o necesitara, y sacrificar su vida a lo que querían y necesitaban los demás. La incapacidad o falta de disposición de éstos para intentarlo, los convirtió, *de facto*, en sus amos.

En aquellos momentos en que pensaba que los problemas actuales a los que se enfrentaban eran insuperables, volvía a sentirse lo mismo que entonces, como una esclava de los problemas. En aquellos sombríos momentos de duda de su propia capacidad se preguntaba si podría alguna vez de verdad despojarse del manto que el propio Jagang le había colocado sobre los hombros cuando la había nombrado la Reina Esclava. Él no tenía ni idea de lo apropiado que era el título.

En cierto modo, era así como se sentía en ocasiones en aquella lucha. Si bien sabía que la causa era justa, aun así parecía imposible pensar que podían vencer cuando se enfrentaban a tantos enemigos deseosos de aplastarlos.

A veces, Nicci no deseaba otra cosa que sentarse y rendirse. En momentos de intimidad, Richard le había confesado tener las mismas dudas sobre sí mismo que ella sentía, y sin embargo ella había visto que él, de todos modos, seguía adelante. Siempre que Nicci se sentía desanimada, pensaba en Richard, en lo implacable que era, y se obligaba a volverse a poner en pie, aunque no fuera por otra razón que hacer que él se sintiera orgulloso de ella.

Ella creía y combatía por la causa, pero aquella causa se materializaba en Richard.

Lo necesitaban. No sabía cómo iban a encontrarle o, si lo hacían, cómo lo recuperarían. Eso si seguía vivo.

Que Richard estuviera muerto, no obstante, era una idea que se negaba a considerar y por lo tanto la apartó de inmediato de su mente.

Ann sujetó la parte superior del brazo de Nicci con mano férrea, sacándola de sus pensamientos.

—¿Pusiste las Cajas del Destino en funcionamiento, y designaste jugador a Richard?

Nicci no estaba de humor para lidiar con la reprobación que había tras la retórica pregunta, para volver a tener la misma discusión que ya había tenido con Zedd.

—Así es. No tenía elección. Al principio Zedd tuvo la misma reacción que tú. Cuando se lo expliqué todo, por qué tenía que hacer lo que había hecho, y una vez que se hubo tranquilizado, llegó a comprender que realmente no existe otro camino.

—¿Y quién eres tú para decidir tal cosa? —exigió Ann.

Nicci prefirió no replicar y en su lugar mantuvo la voz, si no deferente, al menos cortés.

—Tú misma dijiste que Richard es quien debe conducirnos en esta batalla. Nathan y tú habéis aguardado casi quinientos años a que Richard naciera y trabajado para asegurarnos de que podía liderarnos. Tú misma te ocupaste de que tuviera *El libro de las sombras contadas* para que pudiera librarnos esta batalla. Pareces haber decidido muchísimas cosas por él antes de que yo apareciera.

»Las Hermanas de las Tinieblas ya han puesto las cajas en funcionamiento. Ni falta hace que te diga cuál es su objetivo. Eso lo convierte en la batalla final... la batalla por la vida misma. Richard es quien debe liderarnos. Si queremos que tenga éxito debe poseer la capacidad para combatirles. Tú le diste un simple libro. Yo le di el poder, el arma, que necesita para vencer.

Nathan posó una mano sobre el hombro de Ann.

—A lo mejor Nicci no anda desencaminada.

Ann alzó una veloz mirada hacia el profeta y se apagó visiblemente mientras consideraba sus palabras. En la época en que había vivido en el Palacio de los Profetas, Nicci jamás habría esperado que el profeta, nada menos, fuera capaz de hacer que la Prelada entrara en razón. Había habido pocas personas en el palacio que pensaran que Nathan tuviera la capacidad de razonar.

—Bueno, lo hecho, hecho está —dijo Ann, su voz considerablemente más sosegada—. Tendremos que meditar un poco respecto a lo que debemos hacer a continuación.

—¿Qué hay de Zedd? —preguntó Nathan—. ¿Tiene algunas ideas para ayudar a Richard?

Nicci intentó impedir que su voz, así como su semblante, delatara su nivel de preocupación.

—Puesto que Zedd cree que unos hechizos lanzados en las cuevas sagradas de Tamarang son responsables de impedir a Richard el uso de su don, él, Tom y Rikka van de camino allí ahora. Esperan ser capaces de ayudar a Richard hallando un modo de eliminar el hechizo que no le deja acceder a su don.

—Haces que suene sencillo —dijo Nathan mientras él mismo consideraba el problema—. Pero será harto difícil.

Nicci enarcó una ceja.

—Dudo que quedarse por ahí sin hacer nada, deseando que aparezca una solución, vaya a funcionar mejor.

Nathan gruñó su acuerdo.

—¿Qué hay del Alcázar?

Nicci dio media vuelta y empezó a avanzar por el corredor, hablando hacia atrás por encima del hombro.

—Después de que Cara y yo partiéramos en la sliph, y antes de que se pusiera en marcha hacia Tamarang, Zedd iba a utilizar un hechizo para cerrar el Alcázar.

—¿Qué hay de los otros... Chase, Rachel y Jebra? —quiso saber Nathan.

—Jebra desapareció no hace mucho. Zedd piensa que es posible que recuperara el conocimiento y, debido a todo por lo que ha pasado, sencillamente huyera.

—O la bruja ha estado influyendo en su mente otra vez —sugirió Nathan.

Nicci abrió las manos.

—Eso es posible también. Simplemente no lo sabemos. Rachel también desapareció, justo anoche, la noche antes de la llegada de Seis. Chase salió en su busca.

Nathan sacudió la cabeza con gesto contrariado.

—Odio estar atrapado aquí cuando están pasando tantas cosas.

—Zedd quería que vosotros dos estuvierais enterados de los problemas con la magia del Alcázar —dijo Nicci—. Dijo que hay defensas protegiendo el Palacio del Pueblo que pueden ser similares a las del Alcázar, así que quiere que estéis al tanto del problema. No hay modo de saber cómo afectará a la magia la contaminación de los repiques, si pondrá trabas a todos los poderes similares, o si la contaminación podría estar limitada a una zona específica.

—Cuando acabemos aquí —terció Cara—, Nicci y yo vamos a viajar mediante la sliph hasta Tamarang para ayudar a Zedd a recuperar el poder de lord Rahl. Luego iremos en busca de lord Rahl.

Nathan no objetó que en la actualidad él ostentaba el título de lord Rahl. Él, precisamente, sabía que Richard era a quien aquella profecía había designado para conducirlos. Nathan era la persona que, después de todo, había revelado en un principio que la profecía decía que tenían una posibilidad ante la tormenta que se aproximaba sólo si Richard los lideraba.

El plan de Cara de que iban «a ir en busca de lord Rahl» era nuevo para Nicci. Si supieran dónde estaba Richard, Nicci ya se estaría dirigiendo hacia allí.

Mientras Nicci seguía respondiendo al constante aluvión de preguntas de Ann, Nathan las condujo por varios corredores bastante sencillos hasta que finalmente llegaron a uno con una gruesa puerta de roble. Cuando Nathan tiró de la puerta para abrirla, una tromba de aire frío penetró en el pasillo.

Un cielo color rojo sangre recibió a Nicci cuando ésta salió a una plataforma situada muy por encima de la fortificación de la muralla exterior.

—Queridos espíritus —murmuró para sí—. Cada vez que los veo es una conmoción.

Nathan se arrimó a ella. Había espacio sólo para dos personas en lo que aparentemente era una plataforma de observación. Ann y Cara observaron desde justo el umbral.

La altura producía vértigo. Nicci aferró la barandilla de hierro, que le llegaba hasta la cintura, mientras se inclinaba un poco al exterior, atisbando por encima de uno de los lados. Podía ver por encima del borde de la muralla exterior, y la meseta misma, hasta las llanuras Azrith.

El terreno situado justo alrededor de la meseta estaba desierto. La Orden Imperial había acampado algo más atrás, al parecer para no atraer ninguna clase de atención desagradable por parte de las personas con el don que hubiera en el palacio antes de que fuera absolutamente necesario. Si bien la Orden Imperial contaba con Hermanas e incluso magos jóvenes que podían protegerles de cualquier conjuro procedente de lo alto, Jagang querría mantenerles en reserva, mantenerlos sanos, fuertes y vivos, hasta que iniciara su ataque final.

Unas espesas nubes rojas flotaban encima de la distante llanura ennegrecida por el ejército invasor, que se extendía hasta la línea del horizonte en todas direcciones. Un escalofrío la recorrió. Aunque desde aquella distancia era difícil ver muchos detalles, sabía lo que era estar entre tales hombres. Sabía muy bien cómo eran. Sabía muy bien cómo eran sus oficiales. Sabía muy bien cómo era su líder.

A Nicci se le puso la carne de gallina.

Cuando había servido en aquel ejército no había caído en lo no sólo físicamente inmundo sino espiritualmente sórdido que era. Siendo la Reina Esclava, había estado voluntariamente ciega a ello; había creído que bestias como Jagang y sus hombres eran necesarios para poder imponer sus superiores ideales a la humanidad. La bondad impuesta mediante la brutalidad. Al acordarse de tal idea, apenas pudo creer lo contradictorias que eran en realidad aquellas convicciones, y que ella las había aceptado sin cuestionarlas. No tan sólo aceptado, sino que había ayudado a imponerlas. Fue tan efectiva haciendo cumplir la voluntad de la Orden que había llegado a ser conocida como la Señora de la Muerte.

No podía imaginar cómo Richard la había podido soportar. Claro que ella no le había dado ninguna opción.

Sintió que le escocían las lágrimas en los ojos al recordar todas las veces que había intentado obligar a Richard a unirse a su repugnante causa, y que, en su lugar,

él le había mostrado algo noble. Se tragó un sollozo ante lo mucho que lo echaba de menos. Echaba de menos la luz que brillaba en sus ojos.

La vista que se ofrecía abajo hacía que el silencio de la plataforma pareciera todavía más sombrío. Aquellos hombres, aquellos cientos de miles de guerreros desplegados por la llanura, estaban por una razón: matar a todos los que se hallaran en el Palacio del Pueblo, a cualquiera que combatiera el gobierno de la Orden. Éste era su último obstáculo para imponer sus creencias a toda la humanidad.

Nicci fijó la mirada en la rampa. Era más grande que la última vez que la había visto. Más allá de la rampa pudo distinguir como cicatrices en el terreno en los lugares de los que se excavaba el material para la rampa. La rampa apuntaba en línea recta a la parte superior de la meseta. A pesar de que ya oscurecía, había filas serpenteantes de hombres transportando tierra y rocas a la zona de construcción.

Si alguien le hubiera descrito tal empresa, hubiese dudado de que fuese posible, pero verlo era distinto. Verlo la llenaba de pavor. Era sólo cuestión de tiempo que la rampa quedara finalizada y el negro mar de la Orden Imperial ascendiera en tropel para asaltar el palacio.

En el borde de aquella plataforma, abrazándose con fuerza, supo que contemplaba algo más que un ejército siniestro. Nicci supo que estaba contemplando un millar de años de oscuridad.

Por haber sido una Hermana de las Tinieblas, y por haber sido criada bajo las enseñanzas de la Fraternidad de la Orden, sabía, quizás mejor que nadie, exactamente hasta qué punto era real la amenaza. Sabía con qué vehemencia los seguidores de la Orden creían en su causa. Su fe los definía íntegramente, y estaban más que dispuestos a morir por ella. Al fin y al cabo, la muerte era su objetivo. Les habían prometido la gloria en la otra vida. Creían que esta vida era sólo una prueba, un medio de obtener el acceso a la vida eterna. Si la Orden requería que murieran, entonces morirían. Si la Orden requería que mataran a aquellos que no creían, ellos convertirían el mundo en un mar de sangre.

Nicci comprendía con precisión lo que significaría para el mundo si la Orden ganaba aquella guerra. No era el ejército lo que traería aquellos mil años de oscuridad, sino las ideas que había engendrado aquel ejército. Aquellas ideas arrojarían al mundo a una auténtica pesadilla.

—Nicci, hay algo que debes saber —dijo Nathan, rompiendo el incómodo

silencio.

Nicci cruzó los brazos y miró al profeta.

— ¿Qué es, Nathan?

— Hemos estado estudiando libros de profecías aquí, en el Palacio del Pueblo. Al igual que en todos los libros de profecías en todos los demás lugares, el hechizo Cadena de Fuego ha provocado que secciones de esos libros, secciones que al parecer mencionan a Kahlan, desaparezcan. Pero todavía hay información útil que de momento no ha tocado Cadena de Fuego. Algunos de esos libros eran nuevos para mí. Me han ayudado a relacionar cosas que había leído en el pasado. Me han ayudado a ver el contexto general.

Después de que el hechizo Cadena de Fuego hubiera borrado tantos recuerdos de todos, ella no sabía cómo podía saber él que había captado realmente el contexto general... ni tampoco si podía verlo ella. En lugar de decirlo, Nicci aguardó en silencio, con el frío viento alborotándole los cabellos, contemplando cómo Nathan desviaba la mirada para observar a las fuerzas desplegadas por las llanuras Azrith.

— Existe un lugar en las profecías, una raíz cardinal, que conduce a una bifurcación determinante —dijo él por fin—. Más allá de esa bifurcación, siguiendo uno de dos ramales, hay un lugar en las profecías llamado el Gran Vacío.

Nicci frunció el entrecejo. Siempre había habido muchas especulaciones alrededor de aquella parte de la profecía.

— He oído hablar de ello —dijo—. ¿Sabes por fin qué significa eso?

— Uno de los dos ramales tras la bifurcación crucial conduce a zonas donde hay más ramas aún, retoños y bifurcaciones. Hay unos pocos libros de profecías que he sido capaz de ver que versaban sobre cuestiones que se hallan más allá de esa rama. Estoy seguro de que una búsqueda coordinada revelaría otros. Así que, podríamos decir que siguiendo esa bifurcación se halla el mundo tal y como lo conocemos.

Golpeó la barandilla con la palma de una mano mientras ponía en orden sus pensamientos.

— En el otro ramal de esa raíz profética no hay más que el Gran Vacío. No

existen libros de profecías para lo que se encuentra más allá. Es el motivo de que lo llamen el Gran Vacío. Podrías decir que no hay nada en esa rama que la profecía vea... No hay magia, no hay un mundo como lo conocemos, y por lo tanto no hay profecías para iluminarlo.

Le dirigió una breve mirada.

—Ése es el mundo que la Orden Imperial quiere. Si nos conducen por esa bifurcación, la humanidad penetrará para siempre en el Gran Vacío, un lugar sin magia y por lo tanto sin profecías.

»Algunos de mis predecesores especularon que, puesto que no existen profecías para lo que está más allá, ello sólo podría significar que el Gran Vacío augura el fin de todo, el fin de toda vida.

Nicci no podía pensar que pudiera haber nada salvo oscuridad si la Orden ganaba, de modo que aquella noticia no era en realidad tan sorprendente para ella.

—Por los libros que hay aquí, que he estado estudiando, por la información que me han proporcionado... y por acontecimientos recientes... he sido capaz de establecer nuestra posición en la cronología de esa raíz profética.

La mirada de Nicci se dirigió como una flecha hacia el mago.

—¿Estás seguro?

Nathan extendió una mano en dirección al ejército situado abajo.

—El que el ejército de Jagang esté aquí como está, rodeándonos, es un acontecimiento que me indica que estamos ahora en la raíz cardinal que nos lleva hacia esa bifurcación fatídica.

»He sabido durante siglos que el Gran Vacío estaba en las profecías, pero no sabía si era significativo porque nunca estuve seguro de dónde encajaba en la cronología de las profecías. Por lo que yo sabía siempre era posible que pudiéramos terminar siguiendo un brazo totalmente distinto del árbol de la profecía, sin adentrarnos jamás en la zona que contenía la raíz cardinal que lleva al Gran Vacío.

»Existía siempre la posibilidad de que el Gran Vacío resultara estar en alguna parte más allá de cualquiera de los cientos de bifurcaciones falsas, descendiendo por una rama muerta del árbol de la profecía. Hace una eternidad, cuando empecé

por primera vez a estudiarlo, me había parecido que acabaría resultando no ser otra cosa que una profecía falsa, que acabaría por ser abandonada en el polvo de la historia, junto con todas las otras cosas posibles que jamás llegaron a suceder.

»Poco a poco, no obstante, los acontecimientos nos han conducido de modo inexorable hasta donde nos encontramos hoy. Ahora estoy seguro de que estamos en ese tronco de la profecía, en esa rama concreta, esa raíz cardinal, a punto de topar con la bifurcación determinante.

»Tú —dijo Nathan a Nicci— nos has colocado allí de modo irrevocable al poner el poder de las cajas en funcionamiento en nombre de Richard. Las Cajas del Destino eran el nódulo final en la raíz profética.

»Ya no existe ninguna otra posibilidad para la humanidad que enfrentarse a esa bifurcación.



Cara asomó la cabeza fuera de la entrada lo suficiente para que el viento que ascendía por los muros del palacio alzara su rubia trenza.

—Quieres decir que si Richard nos conduce por una de esas dos bifurcaciones sobreviviremos, pero que si no lo hace, y seguimos la otra...

—Sólo existe el Gran Vacío —finalizó Nathan por ella, y luego se volvió hacia Nicci, posando una mano en su hombro—. ¿Comprendes la trascendencia de lo que te estoy contando?

—Nathan, puede que no sepá todo lo que las profecías dicen al respecto, pero indudablemente sé lo que está en juego. Al fin y al cabo, las Hermanas de las Tinieblas pusieron en funcionamiento las Cajas del Destino. En el caso de que ellas venzan, el resultado será el fin de todo lo que es bueno. Hasta donde alcanzo a ver, Richard es el único que tiene una posibilidad de impedir que eso suceda.

—Muy cierto —repuso él con un suspiro—. Es el motivo de que Ann y yo hayamos estado esperando quinientos años a que Richard llegara al mundo. Él era el destinado a abrirse paso por las bifurcaciones que nos conducirán con éxito a través de la peligrosa maraña de las profecías. Si tenía éxito, como lo ha tenido hasta el momento, debía liderarnos en esta batalla final. Hace ya bastante tiempo que lo sabemos.

Nathan se llevó un dedo a la sien.

—Siempre hemos dado por sentado que las Cajas del Destino eran el nódulo final en el que esta raíz cardinal se bifurca.

Nicci frunció el entrecejo mientras asimilaba las palabras del profeta. Comprendió de repente.

—Ahí es donde cometisteis el error —dijo, medio para sí.

Ann se inclinó un poco al frente a través de la entrada, entornando los ojos.

—¿Qué?

—Rastreabais la raíz equivocada de la profecía —dijo Nicci, al mismo tiempo que partes del rompecabezas seguían encajando en su mente—. Erais conscientes de la importancia de las Cajas del Destino, pero teníais la cronología equivocada y como resultado acabasteis siguiendo la pista a una bifurcación falsa. Erróneamente pensasteis que era Rahl el Oscuro quien, al utilizar las Cajas del Destino, creaba el nódulo terminal. Pensabais que era Rahl el Oscuro quien nos conduciría al Gran Vacío.

Comprendiendo la gravedad del error, Nicci clavó la mirada en la antigua prelada.

—Tú pensaste que tenías que preparar a Richard para que se ocupara de esa amenaza, pensando en esa bifurcación de la profecía... en la que nos encontramos justo ahora... así que robaste *El libro de las sombras contadas* y se lo entregaste a George Cypher, con la intención de que Richard lo tuviera cuando fuera mayor. Pensabas que Rahl el Oscuro era la batalla final, el nódulo terminal en la profecía. Querías que Richard combatiera a Rahl el Oscuro. Pensaste que le dabas las herramientas que necesitaba para librarse de la batalla final.

»Pero como habíais tomado un camino equivocado, acabasteis en una rama estéril de la profecía y no os disteis cuenta. Lo preparabais para la batalla equivocada. Pensabais que lo estabais ayudando, pero lo entendisteis todo mal y al final vuestro error de juicio acabó provocando que Richard derribara la gran barrera, lo que permitió a Jagang convertirse en la amenaza sobre la que las profecías habían advertido desde el principio. Por vuestra culpa, las Hermanas de las Tinieblas pudieron por fin hacerse con las Cajas del Destino. Sin lo que hicisteis, nada de esto habría sido posible.

Nicci pestañeó mirando a la antigua prelada mientras la magnitud de lo que habían hecho calaba en su interior. La comprensión le puso la carne de gallina.

—Sin querer, vosotros provocasteis todo esto. Intentasteis utilizar la profecía para conjurar un desastre y en su lugar hicisteis que se cumpliera. Vuestra decisión de interferir es lo que hizo posible el desastre.

El rostro de Ann se crispó con una expresión avinagrada.

—Si bien podría dar la impresión de que nosotros...

—Tanto trabajo, tanta planificación, tanto esperar durante siglos, y lo estropeasteis todo. —Nicci se apartó los cabellos azotados por el viento del rostro—. Resulta que era yo a quien la profecía necesitaba... debido a lo que vosotros haráis.

Nathan carraspeó.

—Bueno, eso es una enorme y exagerada simplificación... y hasta cierto punto engañosa, pero debo admitir que no es del todo inexacta.

Nicci vio de repente a la Prelada, una mujer a la que siempre había considerado casi infalible, una mujer siempre lista para señalar los errores más insignificantes cometidos por otros, bajo una luz nueva.

—Cometisteis un error. Lo entendisteis todo mal.

»Mientras trabajabais para asegurar que Richard pudiera llevar a cabo su parte como la pieza clave, acabasteis por ser el elemento fundamental que hizo caer sobre nosotros el potencial para la destrucción.

—Si no hubiésemos...

—Sí, cometimos algunos errores —dijo Nathan, interrumpiendo a Ann—. Pero me da la impresión de que todos cometimos equivocaciones. Después de todo, aquí estás tú, una mujer que peleó toda su vida por las creencias de la Orden, y que acabó dejándose convertir en una Hermana de las Tinieblas. ¿Debo invalidar todo lo que tú dices y haces ahora porque cometiste errores en el pasado? ¿Deseas invalidar todo lo que hemos aprendido y hemos sido capaces de conseguir porque tuvimos equivocaciones?

»Incluso podría ser que nuestros errores no fueran errores en realidad, sino más bien una herramienta de la profecía, una parte de un designio más amplio, porque todo el tiempo eras tú la persona predestinada a estar lo bastante cerca de Richard para ayudarlo. A lo mejor las cosas que hicimos son las que permitieron que te acercases lo suficiente a él para desempeñar un papel tan vital, un papel que sólo tú podrías desempeñar.

—El libre albedrío es una variable en el arte de las profecías —indicó Ann—. Sin él, sin todo lo que sucedió debido a los acontecimientos que Richard hizo que encajaran donde correspondía, ¿dónde estarías? ¿Qué serías si no hubiésemos

actuado como lo hicimos? ¿Dónde estarías de no haber conocido nunca a Richard?

Nicci no quería considerar tal posibilidad.

—¿Cuántos más, como tú, al final podrían resultar salvados porque los acontecimientos dieron este giro? —añadió la Prelada.

—Podría muy bien ser —dijo Nathan— que, de no haber hecho nosotros las cosas que hicimos, por razones correctas o incorrectas, la profecía se hubiera limitado a hallar otro modo de lograr los mismos resultados. Es probable, por el modo en que estas raíces se entrelazan, que lo que está sucediendo ahora mismo, de un modo u otro, tuviera que suceder.

—¿Como el agua? ¿Que siempre encuentra su ruta por el terreno más bajo? —preguntó Cara.

—Exactamente —contestó Nathan, sonriendo ante el poder de observación de la mord-sith—. La profecía hasta cierto punto se restablece a sí misma. Podemos pensar que comprendemos los detalles, pero puede que seamos incapaces de ver la totalidad de acontecimientos en una escala más amplia, de modo que, cuando nos dedicamos a interferir, la profecía debe hallar otras raíces para alimentar el árbol, no sea que éste muera.

»En algunos aspectos, puesto que la profecía puede restablecerse a sí misma, cualquier intento de influir en acontecimientos es vano en última instancia. Y con todo, al mismo tiempo, la profecía está pensada para estimular la acción, de lo contrario, ¿cuál sería su propósito? No obstante, cualquier intervención es una acción peligrosa. El truco está en saber cuándo y dónde actuar. Es una disciplina imprecisa, incluso para un profeta.

—Tal vez debido a que tenemos tan plena conciencia de nuestros bienintencionados errores —dijo Ann—, puedas comprender por qué nos habría consternado tanto el que tú tomaras una elección de tal calibre por Richard... una figura central en la profecía... como es la de designarlo como un jugador por el poder de las cajas. Sabemos la magnitud del daño que puede ocasionar el interferir aunque sólo sea en cuestiones relativamente menores de la profecía.

Nicci no había querido que se la interpretara del modo en que se había hecho, pues jamás se consideró a sí misma libre de culpa... más bien lo contrario. Toda su vida se había sentido inferior, por no decir directamente malvada. Su madre, el hermano Narev, y más tarde el emperador Jagang le habían dicho siempre eso,

haciéndole hincapié en lo inadecuada que era. Era tan sólo que había resultado una sorpresa averiguar que la Prelada podía ser tan... humana.

Nicci bajó la mirada.

—No era mi intención que sonara así. Simplemente jamás pensé que tú cometieras errores.

—Si bien no estoy de acuerdo con tu caracterización de los acontecimientos que han abarcado cinco siglos e innumerables años de trabajo y esfuerzo —repuso Ann—, me temo que todos cometemos equivocaciones. Una de las cosas que define nuestro carácter es el modo en que manejamos nuestros errores. Si mentimos cuando hemos cometido un error, entonces éste no se puede corregir y se emponzoña. Por otra parte, si nos damos por vencidos sólo porque cometimos un error, incluso un gran error, ninguno de nosotros llegará muy lejos en la vida.

»En cuanto a tu versión de nuestra interacción con la profecía, existen muchos factores que ni siquiera has tomado en cuenta, por no mencionar los elementos que ignoras. Conectas acontecimientos de forma muy simplista, por no decir inexacta. Las conjeturas hechas sobre la base de esas conexiones dan grandes saltos por encima de las circunstancias que han acontecido y que vendrán.

Cuando Nathan carraspeó, Ann prosiguió:

—Eso no significa, sin embargo, que en ocasiones nosotros no hayamos juzgado mal determinadas cosas. Hemos cometido errores. Algunas de nuestras equivocaciones involucran acontecimientos que acabas de señalar. Estamos intentando corregirlos.

—Así pues —dijo Cara, con cierta impaciencia—, ¿qué hay de esa profecía o no profecía, el Gran Vacío? ¿Necesitamos asegurarnos de que lord Rahl libre la batalla final porque la profecía dice que debe hacerlo, y sin embargo... al mismo tiempo parte de la profecía dice que la profecía misma está en blanco? Eso no tiene sentido...

Ann frunció la boca.

—¿Ahora incluso las mord-sith se han convertido en expertas en profecías?

Nathan miró por encima del hombro a Cara.

—No es tan fácil comprender el contexto de los acontecimientos según su relación con la profecía. La profecía y el libre albedrío, ¿sabes?, existen en tensión, en oposición. Sin embargo, interactúan. La profecía es magia y toda magia necesita un contrapeso. El contrapeso de la profecía, el contrapeso que permite existir a la profecía, es el libre albedrío.

—Vaya, eso sí que tiene muchísimo sentido —criticó Cara desde la entrada—. Si lo que dices es cierto, eso significaría que se anulan mutuamente.

El profeta alzó un dedo.

—Ah, pero no lo hacen. Son interdependientes y sin embargo antitéticos. Del mismo modo que las Magias de Suma y de Resta son fuerzas opuestas, pero ambas existen. Cada una sirve para equilibrar a la otra. Creación y destrucción, vida y muerte. La magia necesita un equilibrio para funcionar. De igual modo lo necesita la magia de la profecía. La profecía funciona mediante la presencia de su neutralizador: el libre albedrío. Ésa es una de las mayores dificultades que hemos tenido en todo el asunto... comprender la interacción entre la profecía y el libre albedrío.

Cara arrugó la nariz.

—¿Eres un profeta, y crees en el libre albedrío? Eso sí que no tiene sentido.

—¿Invalida la muerte la vida? No, la define, y al hacerlo crea su valor.

Cara no pareció en absoluto convencida.

—No veo cómo el libre albedrío puede arreglárselas para existir dentro de la profecía.

Nathan se encogió de hombros.

—Richard es un ejemplo perfecto. Hace caso omiso de la profecía y la equilibra al mismo tiempo.

—También hace caso omiso de mí, y cuando lo hace siempre se mete en problemas.

—Tenemos algo en común —comentó Ann.

Cara lanzó un suspiro.

—Bueno en cualquier caso, Nicci lo hizo bien. Y no creo que fuera la profecía, sino su libre albedrío lo que la llevó a hacer lo que razonó. Por eso lord Rahl confía en ella.

—No discrepo —repuso Nathan con otro encogimiento de hombros—. A pesar de lo nervioso que me pone, a veces debemos dejar que Richard haga lo que crea conveniente. A lo mejor eso es en última instancia lo que Nicci ha hecho: le ha dado las herramientas para tener la libertad de ejercer de verdad su libre albedrío.

Nicci ya no escuchaba en realidad. Tenía la mente en otra parte. Se giró repentinamente hacia Nathan.

—Necesito ver la tumba de Panis Rahl. Creo que sé por qué se está derritiendo.

Desde un punto a lo lejos, un rugido atronador ascendió a través de la creciente oscuridad, atrayendo la atención de todos ellos.

Cara estiró el cuello para ver.

—¿Qué sucede?

Nicci miró por encima del mar de hombres.

—Lanzan vítores en un partido de Ja’La. Jagang utiliza el Ja’La dh Jin como una distracción, tanto para la gente en el Viejo Mundo como para su ejército. Las reglas utilizadas en los partidos del ejército son bastante más brutales, de todos modos. Así satisface el ansia de sangre de sus soldados.

Nicci recordaba la devoción de Jagang por el Ja’La. Era un hombre que sabía controlar y dirigir las emociones de su gente. Los distraía de sus miserias diarias culpando continuamente de todo problema al que se enfrentaban a aquellos que rehusaban poner su fe en la Orden.

Nicci lo sabía, porque hizo justo eso como Señora de la Muerte. Achacaba cualquier padecimiento a aquellos que eran egoístas.

Jagang cosechó una pasión generalizada por la guerra fabricando odio contra un opresor imaginario al que se condenó por causar todos los problemas con los

que la gente convivía diariamente. Se abandonó la responsabilidad personal a la enfermedad de asignar culpa por todas las penurias, y toda penuria se achacó a los codiciosos que no llevaban a cabo su parte.

Las peticiones para que Jagang destruyera a los infieles por ser la causa de todos sus problemas sirvieron a los fines de la Orden. Ésta necesitaba destruir a unas gentes libres y prósperas porque su misma existencia desmentía sus creencias y enseñanzas. La verdad acabaría por amenazar su imperio.

La distracción de culpar a otros de la miseria de la gente completó el círculo. ¿Quién iba a quejarse del coste y sacrificio de una guerra en el exterior que ellos mismos pedían?

También el Ja'La era una distracción que servía a sus fines. El cruel juego canalizaba las emociones y la energía de la plebe en un acontecimiento bastante carente de sentido. Ayudaba a dar a su gente una causa común a la que prestar apoyo, fomentando la idea de que estaban unidos en oposición a otros.

En su ejército, el Ja'La servía para distraer a sus hombres de la desdicha de servir en la guerra. Puesto que el público de soldados estaba compuesto de jóvenes agresivos, aquellos partidos se jugaban con unas reglas más brutales. La violencia de tales encuentros daba a aquellos hombres frustrados y combativos una salida a sus pasiones reprimidas. Sin el Ja'La, Jagang comprendía que podría no ser capaz de mantener la disciplina y el control sobre una fuerza militar tan vasta. Sin el Ja'La podrían canalizar hostilidad hacia sí mismos.

Jagang tenía su propio equipo, que servía para demostrar la indomable supremacía del emperador. Eran una extensión de su fuerza y poderío sobrecogedores. Su equipo de Ja'La conectaba al emperador con sus hombres, mientras al mismo tiempo recalca la superioridad del emperador.

Por haber pasado tantísimo tiempo con él, como su Reina Esclava, Nicci sabía que, a pesar de todos aquellos cálculos, Jagang, como sus hombres, en realidad había quedado enganchado al juego. Para Jagang, el combate era el juego supremo. El Ja'La dh Jin era una clase de combate del que podía disfrutar cuando no estaba ocupado en un combate auténtico. Entretenía sus propios instintos agresivos. Desde que reuniera a su nuevo equipo de hombres invencibles, un equipo temido mundialmente, había llegado a sentir que él, personalmente, era el amo del Ja'La dh Jin.

El Ja'La dh Jin había pasado a ser más que un juego para Jagang. Había pasado a ser una extensión de su personaje.

Nicci dio la espalda a las fuerzas de la Orden Imperial reunidas allá abajo. Ya no podía soportar su visión, ni pensar en los partidos sangrientos que tanto odiaba. Los rugidos ahogados la inundaron. Aquella creciente ansia de sangre acabaría por soltarse sobre el Palacio del Pueblo.

Una vez de vuelta en el interior, Nicci esperó hasta que Nathan empujó la pesada puerta y la cerró a la fría noche que descendía sobre el mundo exterior.

—Necesito bajar a ver la tumba de Panis Rahl.

Él se volvió mientras pasaba el pestillo.

—Eso dijiste. Vayamos, pues.

Cuando iniciaban la marcha, Ann vaciló.

—Sé lo mucho que odias bajar a esa tumba —dijo a Nathan a la vez que le cogía del brazo, deteniéndolo—. Verna y Adie estarán esperando. Quizá podrías ocuparte de eso mientras yo llevo a Nicci a la tumba.

Nathan le dedicó una mirada suspicaz. Estaba a punto de decir algo cuando Ann le dirigió una de sus miradas, y él pareció captar lo que quería decirle.

—Sí, es una buena idea. Cara y yo iremos a hablar con Verna y Adie.

El cuero del traje de Cara crujío al cruzar ésta los brazos.

—Permaneceré con Nicci. En ausencia de lord Rahl, es tarea mía protegerla.

—Realmente creo que a Berdine y a Nyda les gustaría discutir algunas cuestiones sobre la seguridad del palacio contigo —dijo Ann, y cuando Cara no pareció en absoluto inclinada a acceder a tal plan, la mujer añadió a toda prisa—: Para cuando Richard regrese. Quieren estar seguras de que se está haciendo todo para asegurar su seguridad cuando regrese al palacio.

Nicci pensó que había pocas personas tan cautelosas como una mordsith. Parecían desconfiar permanentemente y esperar siempre lo peor. Nicci se daba cuenta de que lo único que Ann quería era hablar a solas con ella, y no entendía por

qué no le decía justo eso a Cara. Imaginó que la mujer probablemente no estaba convencida de que tal enfoque funcionara.

Posó una mano en la parte baja de la espalda de Cara y se inclinó hacia ella.

—No pasa nada, Cara. Ve con Nathan. Yo me reuniré contigo enseguida.

Cara paseó la mirada de los ojos de Nicci a los de Ann.

—¿Dónde?

—¿Conoces el comedor entre los alojamientos de las mord-sith y la plaza de la oración, junto al pequeño grupo de árboles?

—Claro.

—Ahí es donde Verna y Adie tienen que reunirse con nosotros. Os alcanzaremos allí después de que Nicci haya echado un vistazo a la tumba.

Sólo cuando Nicci asintió en dirección a Cara estuvo ésta finalmente de acuerdo.



Mientras se alejaban, Nicci alcanzó a ver una mirada de despedida que Ann dirigió a Nathan. Fue una mirada íntima acompañada por la calidez de una sonrisa infantil, una mirada de comprensión y afecto compartidos. Nicci casi se sintió violenta por ser testigo de un momento tan privado, que, al mismo tiempo, revelaba una cualidad tanto en Ann como en Nathan que halló cautivadora. Era la clase de gesto sencillo que casi cualquiera que lo viera comprendería y apreciaría.

El vislumbre de esos sentimientos proporcionó a Nicci una sensación de consuelo y paz. Ann no era simplemente la prelada a la que había temido durante gran parte de su vida, sino una mujer que compartía los mismos sentimientos, anhelos y valores que cualquiera.

Mientras volvían atrás, por el pasillo, mientras Nathan y Cara desaparecían por una escalera que descendía, Nicci le dijo a Ann:

—¿Lo amas, verdad?

Ann sonrió.

—Sí.

Nicci se la quedó mirando, incapaz de pensar o decir algo.

—¿Sorprendida de que lo haya admitido? —preguntó Ann.

—Sí —confesó Nicci.

Ann rió entre dientes.

—Bueno, imagino que hubo un tiempo en que yo también me habría sorprendido.

—¿Cuándo fue esto?

Ann clavó la mirada en sus recuerdos.

—Probablemente hace siglos. Sencillamente yo era demasiado estúpida, demasiado absorta en ser la Prelada, para reconocer lo que estaba justo allí, frente a mí. A lo mejor pensé que tenía un deber que era lo primero. Pero me parece que eso no es más que una excusa por haberme comportado como una estúpida.

Nicci se quedó atónita ante una admisión tan sincera por parte de aquella mujer.

Una expresión divertida se adueñó de Ann cuando vio el rostro de su acompañante.

—¿Te escandaliza descubrir que soy humana?

Nicci sonrió.

—Ése no es un modo muy halagador de expresarlo, pero imagino que en el fondo debe ser eso.

Doblaron por un largo tramo de escalones con descansillos que descendían a través del palacio. La barandilla era de hierro forjado trabajado con maestría de modo que imitase ramas cubiertas de hojas.

—Bueno —suspiró Ann—, supongo que también yo me escandalicé al descubrir que era humana. Y al mismo tiempo, al principio por lo menos, me entristeció bastante.

—¿Te entristeció? —Nicci frunció el entrecejo—. ¿Por qué?

—Porque tuve que reconocer que había arrojado por la borda la mayor parte de mi vida. Había sido bendecida por el Creador con una vida muy larga, pero no me di cuenta hasta ahora, que me acerco al final de ella, que había vivido muy poco de esa vida. —Alzó los ojos hacia Nicci a la vez que llegaban a un descansillo—. ¿No te hace sentir remordimientos darte cuenta de lo mucho de tu vida que desperdiciaste por no comprender lo que tenía importancia en realidad?

Nicci se tragó un remordimiento de conciencia propio mientras alcanzaban el borde del descansillo e iniciaban el descenso por un nuevo tramo de peldaños.

—Tenemos eso en común.

Juntas escucharon el rumor de sus pisadas mientras descendían el resto de la escalera. Cuando por fin llegaron abajo tomaron un corredor amplio que conducía directo al frente en lugar de uno de los pasillos que se bifurcaban a los lados. En el corredor flotaba el olor especiado de las lámparas de aceite colocadas a intervalos regulares.

Paneles de madera de cerezo revestían las paredes a cada lado, cada panel separado por cortinajes color paja dispuestos a intervalos regulares. Cada conjunto de cortinas estaba festoneado por una cuerda dorada terminada en borlas doradas y negras. Las lámparas colgadas cada dos aberturas entre los cortinajes prestaban al pasillo un resplandor cálido.

Cada dos paneles de cálida madera albergaba un cuadro. La mayoría lucía marcos muy elaborados, como si se hubiera tenido un gran amor por aquellas obras de arte.

Si bien el tema variaba enormemente, desde una escena de montaña al atardecer junto a un lago, o una escena de un corral, pasando por una cascada imponente, lo que todos los cuadros tenían en común era una utilización de la luz de una belleza desgarradora. El lago de montaña estaba ubicado entre elevaciones imponentes con una luz procedente de detrás de las montañas abriéndose paso entre hinchadas nubes doradas. Un haz de aquella luz soberbia se derramaba sobre la ribera. El bosque que lo rodeaba retrocedía al interior de una oscuridad acogedora, mientras en el centro, una lejana pareja, de pie sobre una prominencia rocosa, quedaba bañada por la calidez del haz de luz.

En la escena del corral las gallinas araÑaban pavimentos de piedra con paja esparcida por encima. Una fuente invisible de luz apagada hacia que toda la pintura resultara más cálida. Nunca antes había considerado Nicci que un corral fuera hermoso, pero aquel artista había visto la belleza que contenía, y la había plasmado.

En primer plano del cuadro con la imponente cascada derramándose sobre una lejana y majestuosa cresta montañosa, el arco de un puente natural de piedra emergía de unos bosques oscuros a ambos lados. Una pareja se contemplaba a través de aquel puente, iluminada por detrás por la puesta de sol, que había conferido a las majestuosas montañas un intenso tono morado. Bajo aquella luz las dos personas estaban envueltas en una nobleza que paralizaba.

A Nicci le resultó interesante advertir que muchas cosas en el Palacio del Pueblo estaban consagradas a la belleza. Desde el diseño del interior, hasta la

variedad de piedras utilizadas para los suelos, escaleras y pilares, pasando por las estatuas y obras de arte, el lugar parecía ser todo él una loa a la belleza de la vida. Todo, desde la estructura misma del palacio a su contenido, parecía tener el propósito de exhibir los mayores logros del hombre. Era casi un escenario dedicado al virtuosismo más inspirador.

Lo que resultaba tal vez más intrigante era que aquellas pinturas magistrales las verían pocas personas. Aquél era un corredor privado, en las profundidades del palacio, de camino a las tumbas de pasados dirigentes, y sería utilizado casi exclusivamente por el lord Rahl.

Algunos podrían verlo como una exhibición privada de posesiones, pero tal cosa sería un error producto del cinismo.

Nicci sabía qué clases distintas de hombres habían sido un lord Rahl. El propio padre de Richard había sido un tirano brutal, pero sus antepasados, si uno se remontaba muy atrás en el tiempo, habían sido cualquier cosa menos eso. La intención original a menudo era distorsionada y corrompida por las generaciones siguientes, tal y como había sucedido con la intención original de aquellas obras de arte, pervirtiéndose hasta pasar a ser un derecho de la élite. A líderes prudentes les seguían a menudo idiotas que desperdiciaban todo lo que habían obtenido sus antepasados. Nicci supuso que todo lo que podía esperarse era que cada generación fuera educada para ser lo bastante sensata como para aprender del pasado, no perder de vista las cosas que importaban y comprender por qué importaban.

De todos modos, cada persona tenía que elegir por sí misma. Aquellos que perdían de vista los valores por los que se había luchado y que se habían obtenido en el pasado, acostumbraban a perder aquellos valores, dejando a las generaciones posteriores la tarea de luchar para recuperarlos, para que luego fueran dilapidados por sus herederos, que no tenían que luchar para conseguirlos.

Nicci vio los cuadros mientras recorría aquel largo paseo para visitar a los muertos como mensajes de generaciones pasadas que servían para recordar el valor de la vida al último en acceder al título de lord Rahl. El pasillo estaba pensado para indicarle dónde debía poner su atención. En cierto modo, eran un recordatorio para el lord Rahl de su deber para con la vida.

Muchos que habían efectuado ese largo paseo habían perdido de vista ese objetivo, y al hacerlo, generaciones de personas habían perdido también aquello de lo que sus antepasados habían disfrutado, y que ellos habían dado por sentado.

Por eso todo el palacio fue creado en la forma de un hechizo para dar a la Casa de Rahl más poder, y el motivo de que el lugar estuviera tan lleno de belleza no era otro que recordarle lo que era importante, y darle el poder para conservarlo para su pueblo.

No obstante, nada de ello era tan hermoso para Nicci como la estatua que Richard había tallado en Altur'Rang. La estatua que había estado tan poderosamente repleta de la vitalidad y que había tocado el alma de Nicci y cambiado a la hechicera para siempre.

Richard era un lord Rahl que llevaba consigo aquel sentido de la vida, que comprendía lo que se podía perder.

—¿Lo amas, verdad?

Nicci pestañeó y dirigió la mirada a Ann mientras recorrían el pasillo.

—¿Qué?

—Amas a Richard.

Nicci hizo que su mirada volviera a girar al frente.

—Todos amamos a Richard.

—Eso no es lo que yo quería decir y lo sabes.

Nicci mantuvo la compostura.

—Ann, Richard está casado. No tan sólo casado, sino casado con una mujer a la que ama. Que no tan sólo ama, sino que la ama más que a la vida misma.

Ann no dijo nada.

—Además —añadió Nicci en el incómodo silencio—, yo podría haberle destrozado la vida... las vidas de todos nosotros... cuando me lo llevé al Viejo Mundo. Casi lo hice. En justicia debería haberme matado entonces.

—Es posible —repuso Ann—, pero eso fue entonces. Esto es ahora.

—¿Qué quieres decir?

La mujer se encogió de hombros mientras giraban en una intersección para dirigirse a otra escalera que las haría descender al nivel en el que estaban las tumbas.

—Bueno, imagino que Nathan tenía motivos sobrados para odiarme, de un modo muy parecido a como Richard los tenía para odiarte a ti. Lo que pasa, es que las cosas simplemente no resultaron de ese modo.

»Tal y como mencioné hace poco, todos cometemos equivocaciones. Nathan fue capaz de perdonar las mías. Puesto que tú sigues viva, es evidente que Richard perdonó las tuyas. Debes importarle.

—Ya te lo he dicho, Richard está casado con la mujer que ama.

—Una mujer que puede o no existir.

—Yo puse el poder de las cajas en funcionamiento. Créeme, ahora sé que ella existe.

—No es eso lo que quería decir.

Nicci aflojó el paso.

—Entonces ¿quéquieres decir?

—Mira, Nicci... —Ann calló un momento como si sintiera desazón—. ¿Tienes idea de lo difícil que es para mí no llamarte hermana Nicci?

—Te estás saliendo del tema.

Ann le dedicó una breve sonrisa.

—Efectivamente. Lo que quiero decir es que esto va mucho más allá.

—¿De qué hablas?

Ann alzó los brazos.

—De todo esto. Toda esta guerra, el que él sea el lord Rahl, su don, la guerra con la Orden Imperial, los problemas con la magia causados por los repiques, el hechizo Cadena de Fuego, las Cajas del Destino... todo ello. Ahora mismo, quién

sabe en que problemas se encuentra él. Fíjate en todo a lo que se enfrenta. No es más que un hombre. Un hombre aislado. Un hombre sin nadie que lo ayude.

—No puedo negar la veracidad de eso —repuso Nicci.

—Richard es un guijarro en el estanque... un individuo en el centro de muchísimas cosas. Ha resultado ser un elemento esencial en todas nuestras vidas. Todo gira alrededor de lo que hace, de las decisiones que toma. Si da un paso equivocado, todos nosotros caemos.

»Y fíjate en el pobre muchacho, el primero en tres mil años que nace con Magia de Resta, criado sin aprender a usar su don. Nació mago guerrero sin siquiera saber utilizar su propia habilidad.

—¿Y?

—Nicci, ¿puedes imaginar cómo debe de ser para él? ¿Puedes imaginar la presión que debe sentir? Creció en la Tierra Occidental, en un lugar pequeño, y se convirtió en un guía del bosque. Creció sin saber nada sobre magia. ¿Puedes imaginar lo que debe de ser tener tanta responsabilidad depositada sobre tus hombros sin ni siquiera saber cómo invocar tu don? Y por si fuera poco, es ahora un jugador por el poder de las cajas.

»Cuando descubra que el poder de las cajas está en funcionamiento... en su nombre... ¿puedes imaginar hasta qué punto algo así lo aterrará? ¿Ni siquiera sabe cómo conectar con su han y ahora se espera de él que manipule lo que es quizá la magia más compleja jamás concebida por la mente del hombre?

—Para eso estoy yo —dijo Nicci mientras su compañera volvía a iniciar la marcha por el pasillo—. Yo le enseñaré. Yo seré su guía.

—Eso es lo que quiero decir. Te necesita.

—Me tiene. Haría cualquier cosa por él.

—¿Lo harías?

Nicci contempló con cara de pocos amigos la expresión ilegible de la Prelada.

—¿Quéquieres decir?

—¿Harías cualquier cosa?

—¿Y qué sería eso?

—Ser su compañera.

La nariz de Nicci se arrugó junto con su frente.

—¿Compañera?

—Su compañera en la vida.

—Tiene una compañera. Tiene una...

—¿Puede ella usar magia?

—Es la Madre Confesora.

—Sí, pero ¿puede usar magia? ¿Puede invocar su han del modo en que puedes hacerlo tú?

—Bueno, yo no...

—¿Puede usar Magia de Resta? Tú puedes. Richard nació con el don para la Magia de Resta. Tú sabes manejar ese poder. Yo no, pero tú sí. Eres la única en nuestro bando que lo sabe. ¿Has pensado alguna vez que acabaste cerca de él por un motivo?

—¿Un motivo?

—Desde luego. Él no puede hacer esto solo. Tú eres quizá la única persona viva que puede ser lo que Richard más necesita... una compañera que lo ame, capaz de enseñarle, capaz de ser su pareja correcta.

—¿Su pareja correcta? —Nicci apenas podía creer lo que oía—. Queridos espíritus, Ann, él ama a Kahlan. ¿De qué hablas?

—Su pareja correcta. —Gesticuló con una mano—. Su igual. Su igual en la vertiente femenina. ¿Quién mejor que tú para ser lo que Richard realmente necesita? ¿Lo que realmente necesitamos?

—Oye, conozco a Richard —dijo Nicci, alzando una mano para detener la conversación antes de que fuera más lejos—. Sé que si ama a Kahlan, entonces ella debe ser alguien excepcional. Debe ser su igual. Uno ama lo que admira.

»Puede que ella no sea capaz de utilizar la magia del mismo modo que él, pero tiene que ser alguien a quien él admire, alguien que lo complete y complemente. No estaría tan entregado a ella si no lo fuera. Richard no amaría a nadie que fuera menos.

»La estás descartando sin el beneficio de recordar nada sobre ella. No recordamos a Kahlan, ni qué aspecto tiene, pero sólo tienes que conocer a Richard para comprender hasta qué punto tiene que ser una mujer extraordinaria.

»Además, es la Madre Confesora... una mujer muy poderosa. Tal vez no pueda llevar a cabo las mismas clases de cosas con su poder que puede hacer una hechicera, pero una Confesora puede hacer lo que ninguna hechicera puede.

»Antes de que los límites y barreras cayeran, la Madre Confesora supervisaba la Tierra Central. Reyes y reinas se inclinaban ante ella. ¿Podemos hacer tal cosa? Tú gobernaste un palacio. Yo no soy más que la Reina Esclava. Kahlan es una auténtica gobernante, una gobernante de la que dependía su gente, una gobernante que luchó por ellos, luchó por mantenerlos libres. Una mujer que, según Richard, cruzó el límite... atravesó el inframundo... para conseguir ayuda para su gente. Mientras yo tenía a Richard allá, en el Viejo Mundo, ella lo sustituyó. Combatió y dirigió las fuerzas d'haranianas, haciendo más lento el avance de Jagang para conseguir tiempo y detenerlo.

»Richard ama a Kahlan. Eso lo dice todo... dice todo lo que hay que decir.

Nicci apenas podía creer que se estuviera viendo obligada a discutir aquello.

—Sí, todo lo que dices puede muy bien ser cierto. Puede que él ame de verdad a esta mujer, a esa Kahlan, pero ¿quién sabe si está viva? Conoces mucho mejor que yo la infame naturaleza de las Hermanas. No hay forma de saber si Richard la volverá a ver jamás.

—Si conozco a Richard, lo hará.

Ann abrió las manos.

—Y si lo hace, ¿entonces qué? ¿Qué puede salir de ello?

A Nicci se le puso la piel de gallina.

—¿A qué te refieres?

—He leído el libro *Cadena de Fuego*. Sé cómo funciona el hechizo. Enfréntate a ello: la mujer que era Kahlan ya no existe. Cadena de Fuego eliminó todo eso. El hechizo Cadena de Fuego no tan sólo hace que la gente olvide su pasado, destruye esos recuerdos, destruye su pasado. A todos los efectos, la Kahlan que era, ya no existe.

—Pero ella...

—Tú amas a Richard. Anteponlo a todo en tu mente. Piensa en sus necesidades. Kahlan se ha ido... su mente, al menos. Todo lo que dices sobre lo mucho que ella significaba para él, lo maravillosa que debe de haber sido, puede muy bien ser cierto, pero esa mujer, esa mujer que Richard amaba, ya no está. Incluso aunque Richard la hallara, sería sólo el cuerpo de la mujer que amaba, un cascarón vacío. Ya no hay nada allí, dentro de ella, para que él lo ame.

»La mente que la hizo ser Kahlan ha desaparecido. ¿Es Richard la clase de hombre que la amaría tan sólo por su figura, que la querría sólo por su cuerpo? Difícilmente. Es la mente la que convierte a las personas en lo que son, y Richard amaba su mente, pero esa mente ya no está.

»¿Vas a desperdiciar tu vida como yo desperdicié la mía? Yo me perdí toda una vida que podría haber tenido con Nathan, un hombre al que amaba, por haber estado tan entregada a mi deber. No desperdigies tú vida también, Nicci. No permitas que cualquier posibilidad de que Richard sea feliz se le escape también a él.

Nicci apretó con fuerza sus temblorosos dedos entre sí.

—¿Olvidas con quién estás hablando? ¿Te das cuenta de que intentas imponerle una Hermana de las Tinieblas a Richard, el hombre que dices que es la esperanza para el futuro de todo el mundo?

—Beee —se mofó Ann—. Tú no eres una Hermana de las Tinieblas. Tú eres distinta de las otras Hermanas de las Tinieblas. Ellas son auténticas Hermanas de las Tinieblas. Tú no. —Dio un golpecito en el pecho de Nicci—. Aquí dentro, no lo eres.

»Ellas se convirtieron en Hermanas de las Tinieblas porque eran codiciosas. Querían lo que no podían obtener. Querían poder y recompensas.

»Tú eres diferente. Tú te convertiste en una Hermana de las Tinieblas no porque codiciases poder, sino por el motivo contrario. Pensabas que eras indigna de tu propia vida.

Era cierto. Nicci era la única Hermana de las Tinieblas que no se había convertido para obtener poder o recompensas, sino más bien por el sentimiento de que no era digna de nada bueno. Odiaba tener que ser desinteresada, tener que sacrificarse a los deseos y necesidades de todos los demás, odiaba no disponer de su propia vida para sí y pensaba que todos aquellos sentimientos la hacían egoísta, la convertían en una mala persona. A diferencia de las otras Hermanas de las Tinieblas, ella no creía realmente que mereciera nada, salvo un castigo eterno.

Aquella motivación, basada en la culpa, en lugar de la codicia, inquietaba a las otras Hermanas de las Tinieblas, que no confiaban en Nicci. Ella no era en realidad una de ellas.

—Queridos espíritus —murmuró Nicci, apenas capaz de creer que aquella mujer a quien apenas veía, durante lo que parecieron décadas, mientras vivieron en el Palacio de los Profetas, pudiera comprender con tanta claridad cómo habían sido las cosas.

—No sabía que hubiera sido tan transparente.

—Fue siempre un motivo de tristeza para mí —dijo Ann con voz queda— que una criatura tan hermosa, con tanto talento, como tú, tuviera una opinión tan pobre de sí misma.

Nicci tragó saliva.

—¿Por qué no intentaste nunca decirme eso?

—¿Me habrías creído?

Nicci se detuvo en lo alto de la escalera, posando una mano en el pilar de arranque de mármol blanco.

—Supongo que no. Hizo falta Richard para hacer que lo viera.

Ann lanzó un suspiro.

—A lo mejor tendría que haber tenido una charla contigo e intentado hacer que tuvieras una mejor opinión de ti misma, pero siempre temí ser considerada demasiado benévolas y que la familiaridad acabara por menoscabar mi autoridad. También temía que decir a las novicias lo que realmente pensaba de ellas provocara que se tornasen engreídas. No eras tan transparente como podrías pensar, de todos modos. Jamás me di cuenta de la profundidad de tus sentimientos. Pensaba que lo que veía como tu recato te sería útil a medida que te convirtieses en una mujer. Estaba equivocada respecto a eso también.

—Jamás lo supe —dijo Nicci, con los pensamientos aparentemente perdidos en la remembranza de aquella época lejana.

—No creas que eras sólo tú, de todos modos. A otras, debido a que tenía tan buena opinión de ellas, las traté peor. Confiaba en Verna quizás más que en cualquier otra. Jamás se lo dije. En su lugar, la envié en una persecución a ciegas durante veinte años porque era la única persona a la que me atrevía a confiar una misión así. Todo parte de mi implicación en varios acontecimientos proféticos. —Ann meneó la cabeza—. Cómo me odió por esos frustrantes veinte años...

—¿Te refieres al viaje para encontrar a Richard?

—Sí. —Ann sonrió para sí—. Fue un viaje en el que ella también se encontró a sí misma.

Tras permanecer absorta en sus recuerdos por un momento, alzó la cabeza para sonreír a Nicci.

—¿Recuerdas cuando Verna le trajo por fin? ¿Recuerdas aquel primer día, en el gran salón, cuando todas las Hermanas estaban reunidas para dar la bienvenida al muchacho que Verna había traído y que era Richard, convertido ya en un hombre?

—Lo recuerdo —respondió Nicci a la vez que, también ella, sonreía al recordarlo—. Dudo que fueses a creer todo lo que se desencadenó aquel día. Cuando lo vi aquel primer día me juré que me convertiría en una de sus maestras.

Se había convertido en su maestra. Y al final Richard se había convertido en el suyo.

—Richard te necesita ahora, Nicci. Necesita a alguien que le dé su apoyo, ahora. En esta batalla necesita una compañera. Es una carga excesiva para un hombre solo. Necesita a una mujer que lo ame. Kahlan se ha ido. Si está viva es tan sólo un cascarón de lo que fue en el pasado. No recuerda a Richard ni lo ama. Él es un desconocido para ella. Lo triste del asunto es que Richard la ha perdido debido a esta guerra. Necesita a alguien, ahora, para que sea su compañera en la vida.

»Richard te necesita, Nicci, para que le susurres al oído por la noche esas cosas que debe oír. Tanto si lo sabe como si no, te necesita más que a ninguna otra cosa.

Nicci estaba a punto de prorrumpir en sollozos. Hallarse discutiendo en contra de aquello por lo que daría la vida la desgarraba por dentro. No había nada en su vida que pudiera querer más que a Richard.

Pero porque lo amaba, no podía hacer lo que Ann quería.

Empezó a descender la escalera, y cambió de tema.

—Necesito ver la tumba y luego hablar con Verna y Adie. No tengo tiempo que perder. Tengo que bajar a Tamarang para ayudar a Zedd a anular el hechizo de Seis. Justo ahora eso es lo que Richard más necesita.

»Por eso necesito saberlo todo sobre Seis. Puede que tú no conocieras a la mujer, pero tenías una red de espías desplegada por el Viejo Mundo.

—¿Sabías lo de los espías? —preguntó Ann, siguiendo a Nicci escaleras abajo.

—Lo sospechaba. Una mujer como tú no conserva el poder durante tanto tiempo como tú lo conservaste sin ayuda. Bajo tu gobierno el Palacio de los Profetas fue un remanso de estabilidad en un mundo lleno de confusión, un mundo que caía bajo el hechizo de la Fraternidad de la Orden. Tenías que haber tenido tu red desplegada por todos los rincones para mantenerte al tanto de todo lo que sucedía en el mundo exterior, para mantenerte al corriente de todas las amenazas potenciales. Al fin y al cabo, mantuviste el palacio a salvo y libre durante cientos de años.

Ann alzó una ceja.

—No lo hice tan bien como piensas, querida. De lo contrario, las Hermanas

de las Tinieblas no se habrían establecido justo bajo mis narices.

—Pero tú sospechabas, y tomaste precauciones.

—No fueron suficientes, en ninguno de los casos, por lo que se ve.

—Nadie puede ser perfecto, y nadie es invencible. Sigue siendo cierto que conseguiste durante un largo espacio de tiempo mantenerlas a raya. Tenías una red de informadores para que te ayudaran a estar al corriente de lo que sucedía en el mundo exterior. Sé que las Hermanas de las Tinieblas estaban siempre mirando por encima del hombro. Te temían.

»Con la clase de telaraña que sólo una Prelada puede tejer, debes haber oído algo sobre Seis a lo largo de los años.

—No sé, Nicci. Durante aquellos años pasaron muchas cosas importantes. Los rumores sobre una bruja no tenían mucho interés para mí. Había problemas más acuciantes. En lo referente a Seis, no oí realmente nada de interés.

—No estoy interesada en que traiciones confidencias, Ann. Sólo estoy interesada en cualquier cosa que pudieras saber sobre ella. Por alguna razón cogió la caja del Destino. Necesito recuperarla para Richard. Cualquier retazo de información podría ayudarme.

—Sencillamente jamás oí nada sobre ella de mis fuentes. Pero conozco su existencia en un sentido general —asintió Ann por fin—, y también sé que no puede poner en funcionamiento el poder de la caja.

—¿Entonces por qué la cogió?

—Si bien no sé nada en detalle sobre ella, aparte de lo que Shota nos contó, sí sé que el deseo de destruir lo bueno en la vida es lo que define a algunas personas. Las retorcidas creencias que adoptan no son más que la justificación para su odio hacia el bien. Ese impulso central les proporciona una afinidad con otros que tienen el mismo objetivo, el de aplastar a cualquiera que viva en libertad, que busque mejorar en la vida. Su fin... es destruir cualquier cosa buena... y eso los enardece.

»En última instancia, odian la vida. Se sienten incompetentes para enfrentarse a los desafíos de la vida. Aborrecen la necesidad de tratar con el mundo del modo en que éste es en realidad, así que aprovechan atajos. En lugar de trabajar duro, eligen destruir a aquellos que lo hacen. En lugar de crear algo que valga la

pena, quieren robar lo que otro ha creado.

—Así pues —sugirió Nicci—, estás diciendo que si bien no sabes nada específico sobre Seis, crees que, debido a su naturaleza, buscará a otros a los que impulse el odio.

—Correcto —repuso Ann—. ¿Y qué significa eso?

Al llegar al final de la escalera, Nicci se detuvo un momento, descansando una muñeca sobre el pilar de arranque. Dio unos golpecitos con una uña al blanco mármol, la mirada absorta en sus pensamientos.

—Eso significa que, a la larga, buscará una alianza con aquellas que poseen las otras dos cajas: las Hermanas de las Tinieblas. Puede que crean en cosas muy diferentes, pero las hermanas su odio.

Ann sonrió para sí.

—Muy bien, criatura.

—Ella misma no puede usar la caja —dijo por fin Nicci, pensando en voz alta—. Eso significa que tiene que haberla cogido como una herramienta para negociar. La quería para obtener poder. Cuando la gran barrera cayó vio el Nuevo Mundo como algo vulnerable. Conspiró y al final robó lo que Shota había creado aquí, en el Nuevo Mundo, pero en última instancia no era suficiente para ella. Su intención es tener poder a cambio de la caja que ahora posee.

Ann asentía.

—Se está asegurando de que cuando se libere el poder ella estará incluida. La atraen las posibilidades de destrucción masiva de todo lo que es bueno. Puede que desee poder para sí misma, pero creo que su auténtica pasión es ser parte del desmantelamiento de todos los valores positivos.

—Hay una cosa, de todos modos, que carece de sentido. —Nicci meneó la cabeza a la vez que clavaba la mirada en el largo corredor—. No es probable que las Hermanas de las Tinieblas quieran tener tratos con Seis. La temen.

—Temen más al Custodio. Deben tener la caja si quieren liberar el poder. No lo olvides. Ahora que han puesto las cajas en funcionamiento, perderán la vida si no consiguen abrir la caja correcta. Se verán obligadas a tratar con Seis.

—Supongo —dijo Nicci.

Parecía que faltaba algo, sólo que Nicci no conseguía encontrar qué. Daba la impresión de que tenía que haber algo más en todo aquello.



La mano de Nicci resbaló fuera del pilar y cayó a su costado mientras se ponían en marcha. Los suelos, paredes y techo del silencioso corredor que se extendía a lo lejos estaban hechos totalmente de pulidas losas de mármol blanco. Suaves zarcillos de vetas grises y doradas serpenteaban a través del mármol.

Antorchas en soportes de hierro dispuestas a intervalos uniformes a lo largo de las paredes proporcionaban al solemne corredor una luz titilante. El aire inmóvil transportaba el espeso olor de la brea y una pálida neblina de humo acre. En diferentes lugares a lo largo del pasillo había otros corredores que conducían a otras tumbas.

—Es una época peligrosa ésta en la que estamos —dijo Ann, las pisadas de ambas resonando en el mármol—. Nos aproximamos al punto más peligroso en la profecía. Nos aproximamos a lo que contiene el potencial para ser nuestro fin.

Nicci echó una mirada a la anciana Prelada.

—Por eso tengo que ayudar a Zedd y luego encontrar a Richard. Y asimismo hay que detener a Seis antes de que pueda unir las tres cajas. Ya ha demostrado lo peligrosa que es, pero si podemos encontrarla, Zedd podría ser capaz de manejar a la bruja.

»Creo que podría ser más importante para mí ponerles las manos encima a las hermanas Ulicia y Armina. Ellas tienen las otras dos cajas. Si unen las tres Cajas del Destino, no creo que las Hermanas de las Tinieblas tengan intención de dejar que Richard disponga de hasta el primer día de invierno del próximo año para abrir una de las Cajas del Destino. Sin lugar a dudas intentarán abrirlas tan pronto como tengan las tres. Tengo la sensación de que se nos podría estar agotando el tiempo.

—Estoy de acuerdo —dijo Ann mientras pasaban ante una antorcha sibilante—. Por eso es tan importante que estés ahí para Richard, tan importante que lo ayudes...

—Tengo intención de ayudarlo.

Ann alzó la mirada hacia Nicci.

—Un hombre necesita a una mujer para templar sus elecciones, en especial cuando esas elecciones pueden cambiar el rumbo de la vida misma.

Nicci contempló cómo sus sombras rotaban a su alrededor cuando pasaron ante otra antorcha.

—No estoy segura de saber de qué hablas.

—Únicamente una mujer que lo ame, que esté a su lado, en la que se confíe, puede ser una influencia positiva para él.

—Lo amo de verdad y estaré a su lado.

—Es necesario que hagas algo más que estar a su lado, Nicci, para ser la mujer que pueda tener la influencia necesaria.

Nicci le dirigió una mirada por el rabillo del ojo.

—¿Y qué influencia es, exactamente, la que crees que es necesaria?

—Una criatura necesita la fortaleza de un padre así como los cuidados de una madre. —Alzó sus dos índices presionados con fuerza uno contra otro—. Un varón y una hembra trabajando juntos nos dan forma, nos definen, nos guían. En esto no es diferente. Un hombre necesita el elemento femenino en su vida si tiene que ser un gobernante adecuado para guiar a la humanidad.

»Un general poderoso sin una mujer puede librar batallas y ganar guerras. Jagang puede aplastar a los que encuentre en su camino, pero no puede hacer más que eso... nada que merezca realmente la pena.

»Nuestro bando, nuestra causa, es diferente. No luchamos para ganar una guerra como a la que nos enfrentamos, luchamos por el futuro que esperamos que sea el resultado. Richard no sólo necesita que alguien lo ame, necesita a alguien a quien pueda amar. Vivir de la espada únicamente no es suficiente. Necesita ese aporte emocional. Necesita dar amor así como recibirllo.

Nicci no quería volver a aquella discusión otra vez.

—No soy esa mujer.

—Puedes serlo —la presionó Ann con voz suave.

—Estoy segura de que Kahlan es la mujer que merece el amor de Richard. Yo no. He hecho cosas terribles, cosas que jamás podré deshacer. He recorrido una senda muy tenebrosa. Todo lo que puedo hacer es pelear para detener las ideas malvadas por las que combatí una vez. Si puedo hacer eso, entonces puedo ganarme la redención en mi propio corazón. Pero no podría merecer el amor de Richard. Kahlan es esa clase de mujer. Yo no lo soy.

—Nicci, Kahlan no es una opción para nosotros. Carece de sentido formularlo como una elección entre tú y Kahlan. Ella ya no puede ocupar ese puesto. Cadena de Fuego se llevó a esa mujer. Sólo tú puedes ocupar ese puesto ahora. Debes casarte con Richard y ser esa mujer para él.

—¡Casarme con él! —Nicci soltó una risita amarga a la vez que negaba con la cabeza—. Richard no me ama. No tendría ninguna razón para querer casarse conmigo.

—¿Es que no aprendiste nada en el Palacio de los Profetas? —Ann chasqueó la lengua con impaciencia—. ¿Cómo conseguiste llegar a ser una Hermana?

Nicci alzó las manos con desesperación.

—¿Y ahora de qué estás hablando?

—Los hombres tienen necesidades. —Ann agitó un dedo ante Nicci—. Ocúpate de ellas con todo tu talento como mujer... como la mujer hermosa que el Creador te hizo ser... y él querrá más. Se casará contigo para conseguirlo.

Nicci quiso abofetear a la mujer, pero en su lugar, dijo:

—Richard no es así. Él comprende que el amor es lo que hace que la pasión entre un hombre y una mujer tenga sentido.

—Al final eso es lo que tendrá. Tú te limitarías a ayudar a que esa pasión con sentido llegue a existir. El corazón de un hombre seguirá sus necesidades. ¿Tienes tan poco seso como para pensar que todas las parejas se casan por amor? La sabiduría de los mayores a menudo crea una mejor boda. En ausencia de Kahlan, eso es lo que debemos hacer.

»Es tarea tuya empujarlo a tu cama y mostrarle lo que puedes hacer por él, lo que se pierde, lo que necesita. Si te ocupas de sus pasiones, su corazón será tuyo y, al final, sentirá esa pasión con sentido.

Nicci notó que enrojecía. No podía creer que estuvieran teniendo aquella conversación. Quería cambiar de tema pero no parecía capaz de articular palabra.

Sabía que tenía la amistad y confianza de Richard. Hacer lo que Ann sugería sería violar esa amistad e invalidar esa confianza. La sinceridad y el refugio que ofrecía a Richard la amistad de Nicci capacitaba a ésta para obtener su amor, pero hacer lo que Ann sugería destrozaría la confianza y la amistad que él sentía, y al hacerlo se descalificaría para llegar a ser de verdad alguna vez digna de él.

—No debes permitir que esta oportunidad se te escape, criatura, que se nos escape.

Nicci agarró el brazo de Ann y la detuvo en seco.

—¿Se nos escape?

Ann asintió.

—Tú eres nuestra conexión con Richard.

Nicci entornó los ojos.

—¿Qué conexión?

El rostro de Ann se tensó, pareciéndose la mujer cada vez más a la Prelada que Nicci recordaba.

—La conexión que nosotras necesitamos tener con jóvenes magos.

—Richard es nuestro líder, no por nacimiento, sino por su propia capacidad y fuerza de voluntad para llevar esto a buen término. Puede que no tuviera la intención de convertirse en el lord Rahl, de convertirse en quien nos lidere en esta guerra, pero a lo largo del camino fue haciéndose con el papel. Decidió que la vida significaba lo suficiente para él para que tuviera que pelear por su derecho a vivirla como le pareciera conveniente. Ha inspirado a otros a sentir lo mismo. Sólo debido a eso hemos conseguido llegar hasta aquí.

»No es un muchacho en el Palacio de los Profetas con un rada'han alrededor del cuello. Es su propio dueño.

—¿Lo es? Retrocede, criatura, y mira el contexto general. Sí, Richard es nuestro líder... y soy sincera al decirlo... pero es también un hombre que posee el don y no sabe nada sobre él. Más que eso, es un mago con ambos lados del don. ¿Cuál es el propósito de una Hermana de la Luz si no es enseñar a tales hombres a controlar su habilidad y...?

—No soy una Hermana de la Luz.

Ann hizo un ademán displicente.

—Pura semántica. Juegos de palabras. Negarlo no lo cambiará.

—No soy...

—Lo eres. —Ann golpeó con un dedo la parte central del pecho de la hechicera—. Aquí dentro, lo eres. Eres una persona que, por las circunstancias que sean, ha abrazado la vida. Ésa es la llamada del Creador. Llámate como quieras, Hermana de la Luz, o simplemente Nicci. No importa. No cambia nada. Peleas por nuestra causa... la causa de la vida, la causa del Creador. Eres una Hermana, una hechicera, que puede guiar a un hombre en lo que éste necesita hacer.

—No soy una prostituta. Ni por ti, ni por nadie.

Ann miró al techo.

—¿Te he pedido que lleves a tu cama a un hombre al que no amas? No. ¿Te he pedido que le quites algo con engaños? No. Te he pedido que vayas a ver a un hombre a quien amas, que le des amor, y que seas la mujer que tan desesperadamente necesita, que seas la mujer que recibirá su amor. Eso es lo que él necesita: una mujer que sea su conexión con su necesidad de amar. Ésa es la conexión final con su humanidad.

Nicci la fulminó con la mirada.

—Una niñera procedente del Palacio de los Profetas, eso es lo que en realidad quieres que sea para él.

Ann masculló una plegaria en demanda de fortaleza interior.

—Criatura —dijo, con la mirada descendiendo por fin para clavarse en Nicci—, sólo te pido que no desperdigies más tu vida. No captas del todo qué es lo que no ves. Puede que pienses que esto trata de amor, pero tú en realidad no conoces el amor, ¿lo conoces? Sólo conoces su inicio: el anhelo.

»Las circunstancias pueden no ser lo que tú pedirías en un mundo perfecto, pero ésta es la oportunidad que el Creador te ha dado, tu oportunidad de tener la mayor dicha que nos es posible alcanzar en esta vida: el amor. El amor total. Tu amor en estos momentos es unilateral, incompleto, deficiente. No es más que un dulce anhelo y una felicidad imaginada. No puedes saber lo que el amor es en realidad a menos que esos sentimientos que hay en tu corazón sean devueltos con la misma moneda. Sólo entonces es amor real, amor completo. Sólo entonces puede el corazón desbordarse. Todavía no conoces el gozo de la más humana de las emociones.

A Nicci la habían besado bestias en celo. No sintió ningún gozo ni placer. Ann tenía razón: Nicci no pensaba que pudiera comprender en realidad lo que sería ser besada por un hombre al que amara de verdad, un hombre para quien estuviera por encima de todo lo demás en su corazón. Sólo podía imaginar tal dicha. Qué pena para todos aquellos que no conocían la diferencia.

Ann abrió una mano en un gesto de súplica.

—Si en esa dicha de amor completo... para ambos... puedes guiar al hombre que amas a efectuar elecciones que no son otra cosa que las elecciones correctas, ¿qué hay de malo en eso?

Dejó caer la mano.

—No te pido que provoques que haga cosas malas, sino cosas correctas, que haga lo que él mismo querría hacer. Sólo te pido que lo salves de la clase de dolor que corre el riesgo de hacerle cometer un error, un error que nos arrastre a todos con él.

Nicci volvió a sentir que se le ponía la piel de gallina.

—¿De qué hablas?

—Nicci, cuando estabas con la Orden... cuando fuiste conocida como la Señora de la Muerte... ¿qué sensación te producía?

—¿Qué sensación me producía? —Nicci buscó en su mente una respuesta a la inesperada pregunta—. No lo sé. No sé qué quieras decir. Supongo que me odiaba a mí misma, odiaba la vida.

—¿Y en tu odio hacia ti misma te importaba si Jagang te mataba?

—No, en realidad no.

—¿Actuarías del mismo modo hoy? ¿Actuarías movida por el desinterés hacia ti misma?

—Desde luego que no. Por aquel entonces no me importaba lo que me sucediera. ¿Qué futuro podía existir? No pensaba que fuera merecedora de ninguna felicidad... no pensaba que pudiera tener jamás ninguna felicidad... así que nada me importaba en realidad, ni siquiera mi propia vida. Simplemente no pensaba que nada importara.

—No pensabas que nada importara —repitió Ann, y chasqueó la lengua antes de proseguir con su teatral consternación—. No pensabas que pudieras tener ninguna felicidad, y por lo tanto no pensabas que nada importara. —Sostuvo un dedo en alto para dejar algo en claro—. No tomaste la misma clase de decisiones entonces que tomarías hoy porque no sentías ningún cariño hacia tu persona. ¿Estoy en lo cierto?

Nicci sospechó que se acercaba a las fauces invisibles de una trampa.

—Así es.

—¿Y cómo supones que un hombre como Richard va a sentirse cuando por fin comprenda que ha perdido a Kahlan... cuando asimile de verdad la irrevocabilidad de tal hecho? ¿Pensará que vale la pena vivir? ¿Crees que sentirá la misma conexión con nosotros... tendrá la vida la misma importancia para él... si está perdido, solo, desesperado, abatido... sin esperanza? Si piensa que jamás podrá conocer la felicidad, ¿crees que le importará mucho lo que le suceda? Tú sabes como es eso, criatura. Dímelo tú.

A Nicci el corazón le dio un vuelco. Temía responder a la pregunta.

Ann movió un dedo.

—Si no tiene a nadie, ni amor, ¿crees que le importará mucho si vive o

muere?

Nicci tragó saliva, obligándose a contemplar la verdad.

—Supongo que es posible que no le importe.

—Y si no tiene esperanza para sí mismo, ¿tomará las decisiones correctas para nosotros? ¿O simplemente se rendirá?

—No creo que Richard vaya a rendirse.

—No crees que lo haga. —Ann se inclinó más cerca—. ¿Deseas hacer la prueba? ¿Someter nuestras vidas, nuestro mundo, la existencia misma, a una prueba semejante?

La intensidad de la expresión de Ann parecía haber petrificado a Nicci donde estaba.

—Criatura, si perdemos a Richard, entonces todos estamos perdidos.

Siguió hablando con voz queda, haciendo que Nicci sintiera como si la trampa estuviera cerrándose por fin a su alrededor.

—Tú misma sabes que él es de fundamental importancia. Por eso pusiste las Cajas del Destino en funcionamiento en su nombre. Sabes que es el único que nos puede liderar en esta batalla. Sabes que, sin él, las Hermanas de las Tinieblas liberarán al Custodio del inframundo. Sin Richard para detenerlas, soltarán la muerte sobre la vida. Pondrán fin al mundo de la vida. Nos conducirán al Gran Vacío.

»Sin Richard estamos todos perdidos —repitió, como si clavara el último clavo en un ataúd.

Nicci se tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Richard jamás nos abandonaría.

—Puede que no adrede. Pero si va a esta batalla solo, habiendo perdido el amor y la esperanza, puede tomar la clase de decisiones que no tomaría si tuviera a su cuidado el corazón de una mujer que amase. Ese amor podría ser el hilván que lo mantuviera todo unido, que lo mantuviera a él de una pieza.

»Esa clase de amor puede ser la única cosa que impide a un hombre darse por vencido cuando carece de fuerzas para seguir adelante.

—Eso puede muy bien ser cierto, pero sigue sin darte el derecho a decidir lo que debe sentir su corazón.

—Nicci, no creo que...

—¿Por qué luchamos, si no es por la inviolabilidad de la vida?

—Yo lucho por la inviolabilidad de la vida.

—¿Lo haces? ¿Lo haces de verdad? Toda tu vida ha estado consagrada a moldear a otros según querías. Quizá no fue porque odiaras lo bueno, ciertamente, pero tú decidiste cómo debían vivir antes, y por qué debían vivir. Moldeaste novicias para convertirlas en Hermanas de modo que pudieran cumplir el deber que tú les asignabas. Usaste Hermanas para formar a magos que asimismo hicieron lo que tú creías que el Creador quería.

»Todo aquél sobre el que has tenido control ha sido obligado a aceptar tu visión de cómo deberían vivir sus vidas y qué creencias seguir. Rara vez dejaste que las personas tomaran sus propias decisiones. A menudo no les permitías instruirse sobre la vida; tú les decías qué aspectos de ella importaban y cómo la vivirían. La única excepción parcial que conozco es Verna, cuando la enviaste lejos durante veinte años.

»Has estado planeando la vida de Richard cientos de años antes de que naciera. Planificaste cómo debía vivir su existencia... su única vida. Tú, Annalina Aldurren, basándote en tu propia interpretación de lo que leías en las profecías, decidiste cómo viviría Richard. Ahora estás planeando sus emociones por él. Probablemente incluso has planeado cuál será su lugar en el mundo de los espíritus.

»Tuviste encarcelado a Nathan casi toda su vida, aun cuando pasó siglos ayudándote en tus propósitos. A pesar de que llegaste a amarle, lo condenaste a una vida de encarcelamiento por lo que temías que era posible que hiciera.

»Ann, ¿por qué peleamos si no es por la capacidad de vivir nuestras propias vidas? Tú no puedes decidir lo que otros harán o no harán. No puedes erigirte en la versión buena de Jagang, la otra cara de la misma moneda.

Ann pestañeó con sincera sorpresa.

—¿Es lo que piensas que hago?

—¿No lo haces? Estás decidiendo la vida de Richard por él ahora igual que hiciste incluso antes de que naciera. Es su vida. Ama a Kahlan. ¿De qué le sirve su vida si no puede tener dominio sobre su propio corazón, si tiene que hacer lo que tú digas? ¿Quién eres tú para decidir que debe abandonar lo que más quiere y en su lugar amarme a mí?

»¿Cómo podría ser yo la clase de mujer a la que realmente podría amar si fuese a manipularlo del modo que quieras? Si hiciera lo que pides, invalidaría automáticamente cualquier emoción que creara en él, convertiría en una parodia cualquiera de tales sentimientos.

Ann pareció descorazonada.

—No quiero que lo ames en contra de tu voluntad. Sólo quiero lo que es mejor para ti, también.

—Daría cualquier cosa por ser capaz de utilizar tu incitación como excusa para hacer esto, pero jamás volvería a respetarme. Richard ama a Kahlan. No soy quién para reemplazar ese amor. Debido a que lo amo, jamás podría traicionar su corazón.

—Pero yo no pienso que...

—¿Te haría feliz tener el amor de Nathan como premio de una artimaña? ¿Sería eso satisfactorio para ti? ¿Te proporcionaría felicidad?

Ann desvió la mirada, a la vez que las lágrimas empezaban a llenar sus ojos.

—No, no lo haría.

—Entonces ¿cómo puedes pensar que me sentiría satisfecha seduciendo a Richard a expensas de mi amor propio. El amor, el amor real, es algo que obtienes por quien eres. No es un premio por tu actuación en la cama.

La mirada de Ann no sabía donde posarse.

—Pero yo sólo...

—Cuando me llevé a Richard al Viejo Mundo, cuando me lo llevé prisionero, quería obligarle a aceptar las creencias de la Orden. Pero también quería hacer que me amara. Con ese fin pensé en hacer algo muy similar a lo que me estás pidiendo que haga ahora. Richard lo rechazó.

»Ése es uno de los motivos por los que lo respeto tanto. No se parecía a ninguno de los hombres que había conocido, que simplemente me querían en su cama. Pensé que podría tenerle por los mismos medios. No era un animal como otros que permitían que sus pasiones los gobernaran. Es un hombre gobernado por la razón. Por eso es nuestro líder, no, como parececes pensar, porque tú has tirado de los hilos adecuados.

»De haber cedido ante mí jamás lo habría respetado del mismo modo en que lo hago ahora. ¿Cómo podría amarle de verdad si hubiera mostrado tal debilidad de carácter? Aun cuando yo accediera a tu plan, Richard no lo haría. Seguiría siendo el mismo Richard que el que era entonces. Todo lo que sucedería es que perdería el respeto que siente por mí. Al final el plan fracasaría. Fracasaría porque, en última instancia, tú tampoco lo habrías respetado.

»Pero ¿querrías de verdad que funcionase? ¿Querrías de verdad que un hombre que está gobernado por las pasiones en lugar de la razón fuera nuestro líder? ¿Deseas que sea simplemente una marioneta de tus deseos?

—No, supongo que no.

—Tampoco yo.

Ann sonrió entonces, y tomó el brazo de Nicci para conducirla por el corredor de mármol blanco.

—Odio admitirlo, pero entiendo lo que quieres decir. Supongo que he sido culpable de permitir que mi pasión por hacer la obra del Creador acabara transformándose en la creencia de que yo sola podía decidir cómo debía llevarse a cabo, y cómo deberían vivir otros.

Caminaron en silencio un momento, acompañadas por la luz titilante y el suave siseo de las antorchas.

—Lo siento, Nicci. A pesar de mí, has resultado ser una mujer de auténtico carácter.

Nicci clavó la mirada a lo lejos.

—Parece destinado a ser un sendero solitario...

—Richard sería sensato si te amara por tal y como eres.

Nicci tragó saliva, incapaz de hacer salir las palabras.

—Imagino que, en medio de todas estas urgencias, empecé a olvidar una lección muy parecida que ya había aprendido de Nathan.

—A lo mejor todo esto no es culpa tuya en realidad —concedió Nicci—. A lo mejor tiene más que ver con Cadena de Fuego, y cuánto estamos olvidando.

Ann suspiró.

—No estoy segura de poder achacar mis acciones de toda una vida a un hechizo que sólo se ha activado hace relativamente poco.

Nicci dirigió una mirada a la antigua Prelada.

—¿De qué lección de Nathan estás hablando?

—Un día me convenció de cosas muy parecidas a las que acabas de volver a hacerme ver. De hecho, usó un razonamiento muy parecido al que acabas de utilizar. Juzgué mal a Nathan, tal y como te he juzgado mal a ti, Nicci. Tienes mis disculpas, criatura, no tan sólo por esto, sino por otras muchas cosas que te he robado.

Nicci negó con la cabeza.

—No, no te disculpes por mi vida. Hice las elecciones que hice. Todo el mundo, en una medida u otra, debe enfrentarse a las pruebas de la vida. Siempre existirán aquellos que intenten influenciarnos o incluso dominarnos. No podemos permitir que tales cosas sean una excusa para tomar las decisiones equivocadas. En última instancia, cada uno de nosotros vive su propia vida y somos responsables de ella.

Ann asintió.

—Las equivocaciones de las que hablamos antes... —Posó una mano con

ternura en la espalda de la hechicera—. Pero tú has reparado las tuyas, criatura. Has llegado a ser responsable de ti misma. Lo has hecho muy bien.

—Aunque he llegado a ver los graves errores en mi modo de pensar, y he intentado corregir mis equivocaciones, no creo que eso cuente como una reparación. Pero te prometo, Ann, que si Richard necesita algo, lo obtendrá de mí. Eso es lo que una auténtica amiga haría.

Ann sonrió.

—Creo que de verdad eres su amiga, Hermana.

—Nicci.

Ann rió entre dientes.

—Nicci, pues.

Caminaron en silencio dejando atrás una docena de antorchas. Nicci se sentía aliviada de que Ann hubiera comprendido por fin. Supuso que uno no podía ser nunca demasiado viejo para llegar a comprender cosas nuevas. Esperó que Ann comprendiera de verdad, y que aquello no fuera tan sólo otra estrategia, otro modo de ejercer su influencia sobre los acontecimientos. A lo mejor Nathan sí que la había cambiado, como Ann había sugerido.

Para Nicci, parecía sincera. También daba la impresión de haber sido una conversación con Ann que había estado esperando tener toda su vida.

—Al hablar —dijo Ann— de Nathan y la terrible cosa que había pensado para él justo antes de que me ayudara a recuperar mi sano juicio, me he acordado de algo importante que dejé abajo, en las mazmorras.

Nicci echó una mirada a su regordeta compañera.

—¿Y qué es eso?

—Tenía intención de...

—Bien, bien, bien —dijo una voz.

Nicci se quedó petrificada donde estaba, alzando los ojos justo a tiempo de

ver a tres mujeres salir de un pasillo situado más adelante y a la izquierda.

Ann se las quedó mirando con expresión confusa.

—¿Hermana Armina?

La hermana Armina lucía una altanera sonrisita de suficiencia.

—Pero si es la difunta Prelada... de nuevo viva, al parecer. —Enarcó una ceja—. Creo que podemos remediar ese problema.

Ann usó su peso para empujar a Nicci detrás de ella.

—Corre, criatura. Te toca a ti ahora protegerlo.

No hubo duda en la mente de Nicci sobre a quién se refería Ann.



Por haber estado en innumerables enfrentamientos mortales, Nicci sabía que correr justo en aquel momento sería un error fatal. En su lugar, recurrió al instinto y alzó una mano por encima del hombro de su compañera, invocando cada fragmento de oscuro poder que poseía. La hechicera se entregó por completo a infligir una violencia desmedida sobre las tres mujeres situadas pasillo adelante.

En el mismo desconcertante momento en que percibió el fracaso de aquella conexión dinámica —y nada sucedió—, comprendió que en el interior del Palacio del Pueblo su poder era casi inútil. El peso muerto del pavor descendió sobre ella.

Del otro extremo del pasillo surgió un rayo. El repentino sonido dentro de los confines del corredor fue ensordecedor, y la llameante luz que describía un arco a través del blanco pasillo casi la cegó.

Oscuras sogas de suprema oscuridad se enredaron con la llamarada del rayo, creando una enmarañada mezcla que chasqueaba y detonaba allí donde tocaba. Volaron chispas. El aire ardió. Tan negro era el elemento de Resta que parecía como si existiera un vacío. Y existía, en efecto.

El mármol que cubría el suelo, techo y paredes se rasgó en fisuras irregulares ante el contacto. Esquirlas de piedra salieron disparadas por el pasillo, rebotando en todas partes. Nubes de polvo de mármol empezaron a flotar a medida que el aire mismo se convulsionaba con la violencia de la descarga de poder. La sacudida extinguió la luz de varias de las antorchas más próximas.

A pesar de que su poder estaba tan reducido que no funcionó, Nicci todavía pudo usar una cantidad suficiente de su don para percibir la familiar alteración en su percepción del tiempo.

Sus brazos y piernas parecieron pesados como plomo. El mundo, en el interior del túnel de su visión, pareció perder velocidad hasta casi detenerse.

Pudo ver cada pedazo de piedra girando sobre sí mismo mientras volaba

hacia ella por el humeante pasillo, y habría tenido tiempo más que suficiente para contarlos todos mientras estaban suspendidos en el aire. Pudo ver cada esquirla, laminilla y mota girando mientras volaba. Todo ese tiempo el rayo se revolvía violentamente, golpeando con una lentitud suprema a un lado y a otro, a la vez que dejaba un deslumbrante rastro de luminiscencia en la visión de Nicci.

Al mismo tiempo, mientras el mundo aminoraba la velocidad, la mente de la hechicera trabajaba a toda prisa, intentando pensar en un modo de detener lo que iba hacia ellas inexorablemente. Pero no tenía nada para conjurar que pudiera detener la Magia de Suma y de Resta reunidas en una mezcla tan virulenta. El poder que tenía hendía la piedra hasta alcanzar el lecho de roca. El mismo aire crepitaba.

A la vez que la cuerda de luz líquida serpenteaba sin obstáculos a través del pasillo, Ann se arrojó delante de Nicci. Nicci sabía muy bien lo que se avecinaba. Conocía la naturaleza de las tres mujeres que tenían delante. Conocía la clase de poder letal que habían invocado.

Sin tiempo para chillar una orden, Nicci se estiró en su lugar al frente para agarrar a la Prelada y arrojarla al suelo fuera de peligro. Atrapó el vestido gris y sus dedos iniciaron la lentísima tarea de cerrarse.

Era una carrera entre conseguir sujetarla con fuerza y el parpadeante rayo que parecía rugir sin control. Pero Nicci sabía que en realidad no estaba sin control.

La crepitante descarga de poder saltó de costado y chocó de lleno contra la baja mujer. El cegador fogonazo pasó a través de ella, saliendo por su espalda. El impacto fue de tal fuerza que arrancó a la Prelada de la floja sujeción de las manos de Nicci.

El cuerpo rechoncho de Ann fue a estrellarse contra la pared con fuerza suficiente para agrietar la losa de mármol. Un impacto así le habría roto casi todos los huesos del cuerpo a cualquiera.

Nicci pudo darse cuenta, no obstante, de que Annalina Aldurren ya estaba muerta antes de chocar con la pared.

El rayo cesó bruscamente. El retumbo dejó zumbando los oídos de Nicci. La luminiscencia ardió en su visión.

Ann, con los ojos sin vida, fijos, resbaló al suelo y cayó de bruces. Un charco

de sangre creció bajo ella, fluyendo sobre el mármol blanco.

Las tres mujeres del final del pasillo, igual que tres buitres posados sobre una rama seca, permanecían hombro con hombro, observando a Nicci.

Nicci sabía cómo habían conseguido lo que ella no pudo: habían unido su poder. Ella misma, cuando Jagang las había capturado en un principio, había unido su habilidad con las Hermanas de las Tinieblas. Aquellas tres habían actuado como una sola y por ese medio podían usar su poder dentro del palacio.

Lo que Nicci no sabía era cómo habían entrado.

Esperaba que en cualquier instante el rayo volvería a entrar en acción. Y entonces ella sufriría la misma suerte que Ann. Había habido un tiempo en que no le había importado morir. Ahora le importaba. Le importaba sobremanera. Lamentó que no fuera a tener la oportunidad de defenderse antes del final. Al menos sería rápido.

La hermana Armina le dedicó una sonrisa perversa.

—Nicci, querida. Cómo me alegro de volverte a ver.

—Andas en muy malas compañías —dijo la hermana Julia, que permanecía pegada a la derecha de la hermana Armina.

Una baja y robusta hermana Greta, a su izquierda, le lanzó una mirada de odio.

Las tres eran Hermanas de las Tinieblas. La hermana Armina se había librado de Jagang, junto con Ulicia, Cecilia y Tovi. Por su cuenta, aquellas cuatro habían activado Cadena de Fuego, capturado a Kahlan y puesto en funcionamiento las Cajas del Destino.

Pero las hermanas Julia y Greta, a quienes Nicci también conocía bien, hacía mucho tiempo que eran cautivas de Jagang. Que la hermana Armina estuviera con las otras dos carecía de sentido.

Sin disponer del tiempo para considerar las implicaciones de que aquellas tres estuvieran juntas, Nicci decidió que si iba morir, al menos intentaría pelear. Describió bruscamente un arco con un brazo, lanzando el escudo más poderoso que pudo invocar, sabiendo al mismo tiempo lo débil que sería, pero con la esperanza

de que pudiera resistir un lapso suficiente. Salió disparada en la dirección opuesta... de vuelta hacia la escalera.

No había dado ni tres pasos cuando una soga de aire compacto restalló, enroscándose a sus pies y haciéndola caer. Chocó con fuerza contra el suelo. El escudo había resultado inútil contra el poder unido de aquellas tres.

La sobresaltó un tanto que no hubieran utilizado la misma clase de poder letal que habían empleado con Ann. Sin esperar a considerar el motivo, o lo que pudiera venir a continuación, rodó a la izquierda y luego se levantó a toda prisa. Se lanzó a través de una entrada a otro pasillo. Detrás, oyó a las tres Hermanas corriendo hacia ella.

En aquellos sencillos corredores vacíos no había ningún lugar donde esconderse. Nicci sabía que si corría, ellas se limitarían a activar un rayo de poder para abatirla. No tenía una posibilidad real de dejarlas atrás y escapar del alcance de su poder. Pero, puesto que ellas corrían ya tras ella, probablemente esperaban que corriera, así que en su lugar Nicci apretó la espalda contra la pared, justo tras la esquina de la siguiente intersección.

Jadeó, recuperando el aliento a la vez que intentaba hacer el menor ruido posible. Desde donde aguardaba no podía ver el cuerpo de Ann, pero sí la brillante mancha de sangre discurriendo por el suelo de mármol blanco.

Costaba creer que Ann estuviera muerta. Había sido testigo de la ascensión y caída de reinos y de la desaparición de incontables generaciones durante un vastísimo lapso de tiempo. Parecía como si hubiera estado viva eternamente. Era abrumador intentar imaginar un mundo sin Annalina Aldurren.

Aunque Nicci no había querido a la Prelada, sintió de todos modos una punzada de pena por ella. La mujer había parecido finalmente aceptar algunos de sus errores. Tras todo aquel tiempo, tras una vida tan larga, había acabado por tener un amor auténtico en su vida.

A la vez que oía las pisadas acercándose a toda prisa, Nicci puso en orden sus ideas. No era momento para llorar a nadie.

No podía decirse que a Nicci le viniera de nuevo la violencia y la muerte, pero no estaba en absoluto acostumbrada a aquel estilo de combate. Como Señora de la Muerte había sido testigo de miles de muertes, y había matado a más personas de las que podía recordar, pero nunca lo había hecho sin armas. Ahora, sin su poder,

ésa era su única opción. Intentó pensar en cómo Richard haría tal cosa.

Cuando las tres Hermanas doblaron la esquina, Nicci usó todas sus fuerzas para estrellar su codo en la cara de la mujer que tenía más cerca. Oyó cómo se le partían los dientes. El corazón le bombeaba a tanta velocidad que ni siquiera sintió el golpe en el codo. La hermana Julia cayó de espaldas cuan larga era.

Sin una pausa, al mismo tiempo que la hermana Julia seguía patinando por el suelo, Nicci saltó sobre la hermana Armina, cogiéndola por los cabellos. La empujó y le estampó la cabeza contra la piedra. Nicci esperó haberla dejado al menos sin sentido. Si sólo quedaba una Hermana en pie ésta no podría usar su poder mejor de lo que podía Nicci.

Pero la hermana Armina seguía muy consciente. Chilló improperios mientras pugnaba por liberarse. Nicci tiró de ella hacia atrás, y la alzó por los cabellos para poder volver a balancearla y aplastarle la cara contra la pared.

Antes de que pudiera llevarlo a cabo, la fornida hermana Greta chocó contra la cintura de Nicci, derribándola, lejos de la hermana Armina. El impacto del peso de la Hermana envió con tanta fuerza a Nicci contra la pared que la dejó sin resuello. La hechicera intentó arañar a ciegas a la mujer que la placaba, en un intento de quitársela de encima.

La hermana Greta, sujetando a Nicci por la cintura, se retorció a un lado, arrojándola con facilidad de cara al suelo. Nicci giró sobre sí misma y asestó una patada a la Hermana.

La hermana Armina, con sangre corriéndole por la cara, plantó una bota sobre el pecho de Nicci. La hermana Greta se puso en pie a su lado, recuperando el resuello.

Antes de que Nicci pudiera forcejear para levantarse, una sacudida de dolor le recorrió como una llamarada todo el cuerpo, estallando en la base de su cráneo. La descarga le arrebató el aire de los pulmones. Las dos mujeres uniendo su don eran suficientes para incapacitarla.

—No es un modo muy amable de saludar a tus Hermanas —dijo la hermana Greta.

Nicci intentó no hacer caso del dolor. Agitó violentamente los brazos mientras intentaba levantarse, pero la hermana Armina puso más peso en el pie y al

misma tiempo expandió las afiladas púas de dolor. La visión de Nicci se desdibujó hasta quedar convertida en un punto en el centro de un oscuro túnel. Su espalda se arqueó mientras los músculos se contraían en nódulos. Sus dedos arañaron el suelo. Pensó que sería capaz de hacer cualquier cosa para conseguir que parara.

—Sugiero que permanezcas donde estás —dijo la hermana Armina—, o, si lo prefieres, te recordaremos hasta qué punto podemos provocar mucho más sufrimiento. —Enarcó una ceja en dirección a Nicci—. ¿De acuerdo?

Nicci no podía hablar. Lágrimas de sufrimiento brotaban a raudales de sus ojos. Asintió en su lugar.

La hermana Julia se acercó dando traspies, con las dos manos sobre la boca mientras gritaba a voz en cuello de dolor y rabia. La sangre le caía en hilillos por la barbillla, y cubría la parte delantera de su descolorido vestido azul.

La hermana Armina, con el pie todavía sobre el pecho de Nicci, se inclinó hacia abajo, posando un brazo sobre su rodilla.

Con una voz que sólo era en parte la suya, dijo:

—¿Has regresado por fin con nosotros, querida?

A Nicci se le heló la sangre.

Comprendió que la estaba contemplando la mirada de Jagang.

De no haber sentido un dolor tan atroz, de no haber sido porque apenas si podía respirar, sin duda habría salido corriendo, aun cuando eso hubiera significado una muerte súbita. Una muerte súbita sería preferible.

Incapaz de huir, imaginó que le arrancaba los ojos a la hermana Armina... que le arrancaba la ventana mental a Jagang.

—¡Voy a hacerte tragar los dientes de una patada por esto! —dijo la hermana Julia con una voz amortiguada por la mano con que se cubría la boca—. Voy a...

—Cállate —dijo la hermana Armina con aquella voz terrible que sólo era suya a medias—, o no permitiré que te curen.

Los ojos de la hermana Julia se llenaron de terror al reconocer la voz de

Jagang dirigiéndose a ella. Calló.

La hermana Armina alargó una mano.

—Dámelo.

La hermana Julia introdujo unos dedos ensangrentados en un bolsillo y sacó algo inesperado, algo que hizo que el terror dejara a Nicci completamente sin respiración. La hermana Julia se lo entregó a la hermana Armina.

La Hermana retiró el pie y se agachó sobre una rodilla, inclinándose sobre una postrada Nicci. Nicci sabía lo que se avecinaba. Forcejeó con todas sus energías, todo su pánico, pero no consiguió hacer que su cuerpo respondiera. Tenía los músculos bloqueados por el hormigueante poder que recorría como una llama sus nervios.

La hermana Armina colocó el collar, resbaladizo debido a la sangre, alrededor del cuello de Nicci.

Nicci oyó cómo el rada'han se cerraba con un chasquido.

En ese mismo instante, perdió la conexión con su han.

Había nacido con el don, aunque la mayor parte del tiempo ni siquiera pensaba en ello. Ahora estaba aislada de su habilidad. Igual que su visión u oído, siempre había estado allí, siempre había sido algo que usaba sin pensar. Ahora sólo había un aterrador vacío desconocido.

Una separación tan brusca de su don la dejó aturdida. Carecer de él era como quedarse sin una parte de ella, sin lo que era el núcleo mismo de su ser, de quién era, de lo que era.

—En pie —dijo la hermana Armina.

Cuando el dolor disminuyó por fin, todo el cuerpo de Nicci quedó flácido contra el suelo. No sabía si sus músculos funcionarían, o si tendría las energías para levantarse, pero conocía a la hermana Armina lo bastante bien como para no vacilar. Giró penosamente a un lado y se alzó a cuatro patas. Cuando no se movió con la rapidez suficiente para el gusto de la hermana Armina, una aturdidora sacudida de dolor golpeó la parte inferior de la espalda de Nicci, quien inhaló con fuerza para contener un grito. Sus brazos y sus piernas se crisparon involuntariamente y cayó

de bruces al suelo.

La hermana Greta rió entre dientes.

—Levanta —dijo la hermana Armina—, o te mostraré lo que es dolor de verdad.

Nicci volvió a izarse sobre manos y rodillas. Jadeó, recuperando el resuello. Cayeron lágrimas al suelo polvoriento. Sabiendo bien que no debía retrasarse, se puso en pie con un gran esfuerzo. Las piernas se le doblaban, pero consiguió mantenerse erguida.

—Limítate a matarme —dijo Nicci—. No voy a cooperar, no importa el dolor que me provoques.

La hermana Armina ladeó la cabeza, mirando de cerca a Nicci.

—Oh, querida, creo que te equivocas respecto a eso.

Volvía a ser la voz de Jagang la que hablaba.

Un cegador destello de dolor extremo, asestado por el collar de su cuello, descendió en cascada por el interior de Nicci. El dolor la hizo caer de rodillas.

Había soportado el dolor infligido por Jagang antes, cuando él había sido capaz de penetrar en su mente, antes de que ella aprendiera a detenerlo. Fue su devoción a Richard —el vínculo— lo que la había protegido, del mismo modo que protegía a las gentes de D'Hara y los que seguían al lord Rahl. Pero antes de eso, cuando él había podido penetrar en su mente, tal y como podía entrar en las mentes de estas Hermanas, Jagang había sido capaz de hacer que pareciera como si presionara finas púas de hierro en lo más profundo de los oídos de Nicci y luego enviara el dolor hacia abajo, desgarrándolo todo.

Esto era peor.

Nicci clavó la mirada en el suelo, esperando ver sangre brotar de sus orejas y su nariz. Sangre que cubriera la piedra. Pestañeó mientras jadeaba presa de un dolor insopportable, pero no vio sangre. Deseó verla. Si sangraba lo suficiente moriría.

De todos modos, conocía lo bastante bien a Jagang para saber que no le

permitiría morir. Aún no, en todo caso.

Al Caminante de los Sueños no le gustaba una muerte rápida para las personas que lo enojaban. Nicci sabía que probablemente no había nadie a quien Jagang quisiera hacer padecer más que a ella. Al final la mataría, desde luego, pero se vengaría primero. Sin duda la entregaría a sus hombres durante un tiempo, sólo para humillarla, luego la enviaría a las tiendas de tortura. Esa parte, lo sabía, duraría mucho tiempo. Cuando él acabara por aburrirse con sus padecimientos, ella pasaría sus últimos días con los intestinos siéndole extraídos muy despacio por una hendidura en el vientre. Él querría estar allí para verla morir, para asegurarse de que la última cosa que ella veía antes del fin era a él sonriendo triunfal.

La única cosa que lamentó la hechicera en aquel momento, mientras comprendía lo que estaba a punto de ocurrirle, fue que nunca volvería a ver a Richard. Pensó que si sólo pudiera verle una vez más podría soportar lo que la aguardaba.

La hermana Armina se aproximó más, lo bastante cerca como para estar segura de que Nicci podía ver su sonrisa de superioridad. Tenía ahora el control del collar que rodeaba el cuello de Nicci. También Jagang podía dominarla a través de aquella conexión.

El rada'han estaba pensado para controlar a magos jóvenes, y actuaba sobre el don. Aunque el Palacio del Pueblo reducía el don de Nicci no obstaculizaría la acción del collar, porque el rada'han actuaba internamente. El artilugio podía ocasionar un dolor inimaginable.

Nicci, de rodillas, tembló mientras jadeaba de intenso dolor. Su visión se oscureció cada vez más hasta que apenas pudo ver nada. Los oídos le zumbaban.

—¿Comprendes plenamente lo que sucederá en el caso de que nos desobedezcas? —preguntó la hermana Armina.

Nicci no podía responder. No tenía voz. Consiguió efectuar un leve asentimiento con la cabeza.

La hermana Armina se inclinó hacia ella. La sangre había dejado de manar por fin de su cuero cabelludo.

—Entonces ponte en pie, Hermana.

El dolor se disipó por fin lo suficiente para que Nicci fuera capaz de ponerse en pie.

Ella no quería estar de pie. Quería que la mataran. Aunque Jagang no iba a permitirlo. Jagang quería ponerle las manos encima.

Mientras su visión empezaba a aclararse, vio que la hermana Greta estaba en el otro extremo del pasillo, rebuscando en las prendas de Ann. Sacó algo de un bolsillo oculto bajo el cinturón de Ann. Lo inspeccionó y luego lo sostuvo en alto.

—Adivinad qué encontré —dijo, agitándolo para que las otras dos lo vieran—. ¿Deberíamos cogerlo?

—Sí —dijo la hermana Armina—, pero no te entretengas.

La hermana Greta se guardó el pequeño objeto y regresó junto a las otras dos.

—No lleva nada más.

La hermana Armina asintió.

—Será mejor que nos demos prisa.

Las tres permanecieron hombro con hombro, mirando de nuevo pasillo adelante, en dirección a Ann. Nicci podía darse cuenta de que, incluso con la conexión, seguían teniendo dificultades para utilizar su poder. Si el hechizo del Palacio del Pueblo no les consumiera el han, cualquiera de las tres, por sí misma, podría haber esgrimido la clase de poder que había matado a Ann.

El aire crepitó con la activación de Magia de Resta. Los pasillos se oscurecieron cuando el estallido apagó varias antorchas más. Una oscuridad negrísima onduló por el corredor, de vuelta hacia la Prelada, envolviendo por fin a la difunta. El zumbido del poder hizo que Nicci volviera a perder por un momento la visión bajo el opresivo manto de oscuridad.

Cuando recuperó la visión, Ann había desaparecido. Incluso su sangre ya no estaba. Todo rastro de su existencia había quedado borrado por la Magia de Resta. Parecía imposible que casi mil años de vida pudieran desaparecer en un instante.

Nadie sabría jamás qué le había sucedido.

Aunque el cuerpo y la sangre habían sido eliminados, el mármol hecho añicos no se arreglaba con tanta facilidad. A las Hermanas no pareció importarles.

A Nicci le pareció como si todo, incluso la esperanza, acabara de morir.

La hermana Armina agarró a Nicci por el brazo y la empujó pasillo adelante. Nicci dio un traspie pero recuperó el equilibrio. Anduvo rígidamente por delante de las otras tres, agujoneada para que siguiera moviéndose por agudos recordatorios que el collar enviaba a sus riñones.

No habían ido muy lejos cuando a Nicci le indicaron que doblara por un pasillo situado a la izquierda. Siguió sus órdenes como atontada, doblando esquinas y tomando por varios pasillos más pequeños cuando se lo decían hasta que fueron a parar a una tumba. Las puertas, bastante sencillas y revestidas de latón, estaban cerradas. No eran ni con mucho tan monumentales, ni estaban tan profusamente decoradas, como algunas de las otras que había visto cuando había visitado la tumba del abuelo de Richard, Panis Rahl, situada en una zona distante.

Pensó que era raro que fueran a meterse en una tumba. Se preguntó si las Hermanas tenían intención de ocultarse hasta que se les ocurriera un modo de poder huir del bien custodiado palacio. Puesto que era de noche, a lo mejor tenían intención de aguardar hasta una hora del día con más movimiento para que no se reparara en ellas con tanta facilidad. Cómo habían entrado, Nicci no tenía ni idea.

Cada puerta estaba repujada con un sencillo motivo de un círculo dentro de otro. La hermana Greta empujó una de las puertas e hizo pasar a las otras al interior, con Nicci en cabeza.

Dentro, las Hermanas usaron una chispa de su poder para encender una solitaria antorcha. Un ataúd profusamente decorado descansaba sobre un suelo elevado en el centro de la habitación. Las paredes por encima del ataúd estaban recubiertas de piedra de arremolinados marrones. Un granito negro que a la luz de la antorcha centelleaba cubría la parte inferior de las paredes.

Era una disposición curiosa, que hacía que la parte superior pareciera el mundo de la vida, mientras que la zona situada debajo, cubierta de piedra negra, evocara al inframundo.

Talladas en la piedra superior estaban las invocaciones primordiales en d'haraniano culto, que discurrían en franjas alrededor de la habitación. Nicci echó una ojeada a los signos. Parecían ser unas súplicas corrientes a los buenos espíritus

para que acogieran a aquel Rahl junto con los otros que habían llegado antes que él. Mencionaba la vida de aquel hombre y las cosas que había hecho por su gente.

Nicci no vio nada de una relevancia particular en lo escrito. Parecía ser la tumba de un lord Rahl del lejano pasado que había servido a su pueblo gobernando durante una época más bien tranquila de la historia d'haraniana. Las palabras la denominaban una época de «transición».

Grabado en el granito negro que cubría la parte inferior de las paredes había una admonición más bien curiosa sobre los cimientos del palacio. Aquellos cimientos, decía, los habían colocado todas las innumerables ánimas olvidadas hacía mucho.

El ataúd, hecho de piedra lisa, sencillo, estaba cubierto de inscripciones que aconsejaban a los visitantes que tuvieran presente a todos aquellos que habían pasado de esta vida a la siguiente.

La hermana Armina apoyó su peso contra un extremo del ataúd. Resoplando por el esfuerzo, empujó, y el féretro se movió unos centímetros, dejando al descubierto una palanca. La mujer alargó la mano, agarró la palanca y tiró de ella hacia arriba, hasta que se oyó un chasquido.

El ataúd giró sobre sí mismo, emitiendo un susurro.

Una vez que el ataúd hubo girado a un lado, Nicci se sorprendió al ver una oscura abertura. Aquello no era una tumba; era una entrada secreta.

Cuando la hermana Julia la empujó, Nicci subió a la plataforma y avanzó, hasta que vio unos escalones, toscamente tallados en la roca, que descendían al interior de la oscuridad.

La hermana Greta bajó por la abertura. Encendió una de una serie de antorchas metidas en una hilera de agujeros en la tosca pared de piedra y luego la llevó con ella mientras iniciaba el descenso. La hermana Julia entró a continuación, cogiendo también una antorcha.

—Bien —dijo la hermana Armina—, ¿a qué esperas? Ponte en marcha.



Alzando las faldas de su vestido negro, Nicci pasó por encima del borde elevado del pedestal que sostenía el ataúd. Se aferró el borde de la abertura para mantener el equilibrio mientras empezaba a bajar la empinada escalera. Las dos primeras Hermanas descendían ya, y el fluctuante resplandor de sus antorchas no mostraba otra cosa que un pozo casi vertical con peldaños.

Una vez que hubo pasado dentro detrás de Nicci, la hermana Armina empujó la palanca de vuelta al interior de la pared, luego cogió una antorcha. En lo alto, el ataúd volvió a su lugar, cerrando la entrada.

A Nicci le pareció como si estuvieran a punto de descender al inframundo mismo.

El hueco de la escalera era sólo lo bastante ancho para que las personas bajaran de una en una y, descendiendo en un ángulo pronunciado, los peldaños giraban en pequeños descansillos para luego seguir bajando. Los escalones mismos habían sido tallados de un modo rudimentario; eran irregulares, lo que convertía el descenso en traicionero. Daba la impresión de que quien fuera que había tallado los peldaños había seguido las vetas más blandas en la roca allí donde estaban disponibles. Tal trabajo daba como resultado una ruta sinuosa y tortuosa.

La escalera descendía tan pronunciadamente que Nicci se encontró teniendo que respirar el humo de las dos antorchas que llevaban las Hermanas situadas justo por debajo de ella. Mientras su mente trabajaba a toda prisa, intentando estudiar sus opciones, consideró por un breve instante arrojarse por el pozo cortado a pico con la esperanza de partirse el cuello, tal vez incluso haciendo caer con ella también a las dos mujeres que tenía debajo. Pero con lo estrecha que era la abertura imaginó que probablemente quedaría atascada antes de caer muy lejos. Como, además, los descansillos eran numerosos, lo más probable era que sólo se rompiera un brazo, no el cuello.

Bajaron durante lo que a Nicci se le antojó mucho tiempo. Descender en un ángulo tan inclinado hacia que le ardieran los muslos. Por el modo en que les

costaba respirar, las tres Hermanas acusaban también el esfuerzo. Quedaba claro que no estaban a la altura del exigente esfuerzo y se estaban cansando.

Si bien Nicci también empezaba a estar cansada, ella no experimentaba las dificultades tan acusadas de las otras. Las Hermanas tenían que detenerse varias veces para tomar breves descansos. Cuando paraban, se sentaban en un escalón, recostándose en la pared, jadeantes, mientras recuperaban el resuello. A Nicci la obligaban a permanecer de pie.

A ninguna de las tres les gustaba Nicci. Tal y como había dicho Ann, ella era diferente del resto de las Hermanas de las Tinieblas. Ellas siempre habían pensado que merecían recompensas eternas. Nicci siempre pensó que merecía un castigo eterno. Era una sombría paradoja que, sólo tras haber comprendido por fin el valor de su vida, fuese a obtener el castigo que había pensado que merecía. Jagang se ocuparía de eso.

Cuando pareció que no podría conseguir bajar otro tramo de escalones, llegaron a un rellano que resultó ser un corredor.

En algunos lugares el angosto túnel era tan bajo que tenían que pasar agachadas para no golpearse con el techo de roca. Las paredes estaban excavadas en la roca, y eran irregulares, por lo que el corredor tenía el aspecto de una cueva. En algunos puntos apenas había espacio para pasar. En los lugares pequeños el humo de las antorchas provocaba que a Nicci le escocieran los ojos.

El estrecho túnel se ensanchó de pronto para pasar a ser un corredor lo bastante ancho para que al menos dos personas pudieran caminar una al lado de la otra. Las paredes, en lugar de estar talladas en la roca, estaban construidas con bloques de piedra. El techo, compuesto por enormes bloques de piedra que abarcaban la anchura del pasadizo, era bajo y estaba ennegrecido por hollín, pero al menos no era tan bajo que Nicci tuviera que encorvarse.

Al poco rato empezaron a encontrar pasillos a los lados. No tardó en resultar evidente que había una maraña de corredores bifurcándose en todas direcciones. Al pasar ante estas intersecciones, la luz de las antorchas iluminaba brevemente largos pasillos oscuros. En algunas de las entradas laterales, no obstante, Nicci vio habitaciones con nichos excavados en las paredes.

La curiosidad pudo más que ella. Echó una ojeada por encima del hombro a la hermana Armina.

—¿Qué es este lugar?

—Unas catacumbas.

Nicci no había sabido que hubiera catacumbas debajo del Palacio del Pueblo. Se preguntó si alguien de palacio estaba enterado... Nathan, Ann, Verna, las mord-sith. Al mismo tiempo que se le ocurría la pregunta supo la respuesta. Nadie lo sabía.

—¿Qué hacemos aquí abajo?

La hermana Julia volvió la cabeza para dedicar a Nicci una burlona sonrisa ensangrentada y sin dientes.

—Lo averiguarás muy pronto.

Ahora que sabía lo que era aquel lugar, Nicci comprendió que lo que había visto amontonado en algunas de las habitaciones laterales eran cuerpos, cuerpos a millares, envueltos en mortajas y cubiertos de polvo a lo largo de oscuros, tranquilos y silenciosos siglos. Al pasar ante otras habitaciones colocadas a intervalos empezó a ver huecos en las paredes que no contenían restos individuales, sino montones de huesos. Los huesos estaban apilados en cantidades pasmosas, llenándolos por completo. Cuando la luz de las antorchas fue a parar al interior de habitaciones situadas a cada lado, Nicci vio cráneos apilados desde el suelo hasta el techo. No podía saberse hasta dónde llegaban en la oscuridad aquellas estancias con cráneos perfectamente apilados.

Nicci sintió consternación al pensar en los esqueletos que veía. Todos habían sido en el pasado personas que habían nacido, crecido y vivido. Ahora no había más que huesos para indicar que habían existido alguna vez.

La hechicera tragó saliva ante la aterradora idea de que pronto acabaría como otro cráneo anónimo más. Del mismo modo que ella no sabía nada sobre esas personas, lo que soñaban, en lo que creían, lo que amaban, o incluso qué aspecto habían tenido en vida, ella sería un esqueleto que se convertiría poco a poco en polvo.

Hacía tan poco tiempo que había estado arriba, entre la belleza del palacio, entre sus colores y su vida... Ahora lo que la rodeaba no era otra cosa que polvo, mugre y muerte, mientras iba camino de acabar igual.

Las dos Hermanas que iban delante enfilaron una confusa serie de intersecciones. Algunos de los pasillos que tomaron descendían, y en varias zonas tuvieron que bajar más tramos de escalera hasta corredores todavía más enterrados.

Por todas partes había habitaciones llenas de huesos, algunas con cráneos, algunas con otros huesos apilados con esmero en todo espacio disponible, todos dando testimonio silencioso de vidas que se habían vivido en alguna ocasión. Algunos de los pasillos que cruzaban estaban construidos con ladrillos pero la mayoría eran de piedra. A juzgar por la diversidad de tamaños de las piedras y estilos de construcción parecía como si pasaran de una era a otra, y que cada época hubiera preferido un método distinto para ampliar las cada vez más grandes catacumbas.

El siguiente giro que dieron las hizo pasar ante una habitación con una clase diferente de entrada. Habían deslizado a un lado unas gruesas losas de piedra que habían mantenido cerrada la caverna situada al otro lado. A Nicci le sorprendió ver a otra Hermana montando guardia allí. Más allá, en el interior, entre las sombras, había fornidos guardias de la Orden Imperial. A juzgar por su tamaño, la clase de cotas de malla que llevaban y las correas de cuero que les cruzaban los pechos, junto con los tatuajes que lucían atrás sobre las cabezas afeitadas, eran algunos de los soldados de más confianza y más hábiles de Jagang.

Por detrás de ellos, Nicci vio que la baja estancia estaba repleta de estanterías que contenían innumerables libros. Más allá, la luz de unos quinqués revelaba que había personas rebuscando entre los volúmenes. Jagang tenía a equipos de estudiosos dedicados a registrar escondites de libros para él. Estaban adiestrados y sabían lo que Jagang buscaba.

El lugar recordó muchísimo a Nicci las catacumbas que había en Caska. Era allí donde, con la ayuda de Jillian, Richard había hallado el libro *Cadena de Fuego*.

—Tú —dijo la hermana Armina a uno de los guardias—, ven aquí.

Cuando el soldado se detuvo fuera, en el pasillo, y se apoyó en su lanza, ella indicó con un ademán atrás.

—Reúne a unos cuantos obreros y...

—¿Qué clase de obreros? —interrumpió el hombre.

A guerreros como él no les intimidaban las Hermanas de las Tinieblas: eran

simples cautivas, esclavas del emperador.

—Hombres que sepan trabajar —respondió ella— con losas de mármol. La hermana Greta irá con vosotros y os mostrará lo que debe hacerse. Su Excelencia no quiere que nadie sepa que hemos descubierto un modo de entrar en el palacio.

Jagang, al ser un Caminante de los Sueños, penetraba con frecuencia en las mentes de las Hermanas, y al soldado empezaba a resultarle cada vez más evidente que la hermana Armina operaba bajo la dirección del emperador mismo, así que asintió sin poner reparos mientras ella seguía hablando.

—Hay un lugar cerca de donde entramos, en la parte de arriba, donde la piedra ha resultado dañada. Es una pequeña red secundaria de pasillos. Tendréis que arrancar algunas de las losas intactas de la pared y utilizarlas para cegar esa bifurcación de pasillos. Por el otro lado tienen que parecer como parte de la pared. El arreglo tiene que engañar a cualquiera que recorra ese corredor para que piense que no hay ninguna entrada allí. Es necesario hacerlo inmediatamente. —Inclinó la cabeza en dirección a Nicci—. Antes de que cualquiera que la busque descubra los daños.

—¿La gente que conoce el lugar no advertirá que se ha cerrado el acceso a una intersección?

—No si parece que ha estado así siempre. Es la zona de las tumbas del palacio. El lord Rahl visita allí a sus antepasados, pero sólo de vez en cuando. Es muy infrecuente que cualquier otra persona baje ahí, de modo que no es probable que nadie más advierta que falta una intersección... al menos hasta que sea demasiado tarde.

El hombre dirigió una mirada ominosa a Nicci.

—Entonces ¿qué hacía ella ahí abajo?

Cuando la hermana Armina le dirigió una mirada inquisitiva, Nicci sintió una repentina sacudida de dolor provocada por el collar.

La Hermana enarcó una ceja.

—¿Bien? Responde a su pregunta.

Nicci inhaló entrecortadamente para superar el agudo dolor que le llameaba

por la espalda y las piernas.

—Sólo paseaba... para tener una conversación privada... donde nadie pudiera molestarnos —consiguió decir entre agónicos jadeos.

La Hermana pareció indiferente a la explicación, y se volvió hacia el guardia.

—¿Lo ves? Es una zona que no se utiliza. Pero antes de que nadie baje allí a buscarla, y a la mujer que matamos, es necesario hacer lo que te he dicho. Trabajad tan deprisa como sea posible.

El hombre pasó una mano hacia atrás por su calva cabeza tatuada.

—De acuerdo. Pero parece mucho trabajo para ocultar unos pocos daños. —Se encogió de hombros—. Al fin y al cabo, si lo ven, no sabrán por qué está dañado. Probablemente pensarán que es de antaño. Ha habido batallas en el palacio en el reciente pasado.

A la hermana Armina no pareció complacerla que le llevaran la contraria.

—Su Excelencia no quiere que nadie de ahí arriba sepa que hemos encontrado un modo de entrar. Esto es de primordial importancia para él. ¿Quieres que le diga que sugieres que no merece la pena molestarte en llevar a cabo la tarea y que simplemente no debería preocuparse por ello?

El individuo carraspeó.

—No, por supuesto que no.

—Además de eso, nos proporcionará un lugar donde reunirnos y prepararnos sin que nadie sepa que estamos justo allí, justo al otro lado de un revestimiento de mármol.

Él agachó la cabeza.

—Me ocuparé de ello al momento, Hermana.

Nicci sintió náuseas. Una vez que la abertura quedara tapiada con losas de mármol la Orden podría reunir una considerable fuerza de asalto oculta a los que vivían en el palacio. Nadie sabría que el enemigo había hallado un modo de entrar. Esperaban que la Orden tuviera que acabar la rampa para atacar. Las fuerzas

defensivas del palacio serían cogidas por sorpresa.

Una punzada de dolor hizo que Nicci volviera a ponerse en movimiento. La hermana Armina la guiaba con aquel dolor, en lugar de limitarse a decirle dónde tenía que girar. Recorrieron innumerables corredores, todos construidos con bloques de piedra y con techos en bóveda de cañón.

Cuando doblaron una esquina, Nicci vio a un grupo de personas iluminado por antorchas. A medida que se aproximaban vio una escala de mano que ascendía hacia la oscuridad. Hacía ya mucho que había comprendido dónde debían estar, y adónde iban.

Había guardias reales concentrados alrededor de un agujero en un tejado de bóveda. Aquellos hombres eran la élite. Conocían su trabajo.

Al pensar en lo que había en lo alto de aquella escala, Nicci temió que las piernas fueran a doblársele.

Uno de los guardias reales, que evidentemente reconoció a la hechicera, se hizo a un lado, sin apartar los ojos de ella.

—Empieza a subir —ordenó la hermana Armina.



Nicci salió a lo que parecía ser un pozo enorme abierto en el suelo de las llanuras Azrith. No podía ver lo que había arriba más allá de las paredes de tierra y rocas, pero no necesitaba verlo.

Fuera, más allá del borde del pozo, la imponente rampa, iluminada por antorchas, se alzaba hacia el frío cielo nocturno. A lo lejos, la oscura sombra de la meseta se erguía imponente, dando la impresión de tocar las mismas estrellas.

El suelo del pozo era un confuso laberinto de distintas elevaciones, al parecer el resultado de diferentes cuadrillas de peones sacando material para la rampa. A aquellos obreros no se les veía por ninguna parte. Sin duda habían descubierto las catacumbas mientras cavaban.

En aquellos momentos había soldados por todas partes. Los que veía no eran tropas regulares de la Orden Imperial. Éstos eran soldados profesionales, los hombres experimentados más próximos a Jagang, que habían combatido con él en distintas campañas.

Nicci reconoció a muchos de ellos. Aunque no vio a ningún individuo al que conociera de nombre, conocía muchos de los rostros que la observaban. Estos hombres también la reconocieron a ella.

Una mujer como Nicci, con su melena rubia y figura curvilínea, no pasaba precisamente desapercibida en un campamento de la Orden Imperial. No obstante, cada uno de esos hombres la reconocía como la Señora de la Muerte.

En el pasado había mandado a muchos de ellos. La temían. Había matado a algunos de sus camaradas que no habían sido capaces de seguir sus órdenes del modo en que ella había esperado. Creer en la Orden requería el sacrificio desinteresado por el bien mayor: el sacrificio de esta vida por la otra vida. Como ella había hecho recaer sobre ellos tan virtuoso sacrificio, conduciéndoles a su ansiada otra vida, y todos ellos la odiaron por ello.

Y todos sabían también que era propiedad de Jagang. Su posesión personal.

Al igual que los soldados corrientes, ni uno de esos hombres osó jamás tocarla. No obstante, en el pasado Jagang la había entregado como un favor a algunos de sus oficiales, hombres como el comandante Kardeef.

Muchos de ellos habían estado allí el día que Nicci había ordenado que quemaran vivo a Kardeef. Algunos, siguiendo sus órdenes, habían ayudado a atar a su comandante a una estaca y a colocarlo sobre el fuego. A pesar de su reticencia, no osaron contradecir sus órdenes.

La hechicera mantuvo bien presente su antiguo estatus mientras permanecía de pie bajo la gélida noche con todos los ojos puestos en ella. Como una capa protectora, volvió a envolverse en aquella antigua personalidad. Aquella imagen de ella era su única protección. Mantuvo la cabeza erguida, la espalda recta. Ella era la Señora de la Muerte y quería que todo el mundo lo supiera.

En lugar de aguardar a que la hermana Armina le indicara el camino, Nicci empezó a subir la rampa. Había inspeccionado el campamento desde lo alto de la plataforma de observación del palacio y sabía cómo estaba distribuido. Sabía dónde encontrar las tiendas de mando. No tendría problemas para encaminarse a la tienda de Jagang. Puesto que Jagang probablemente observaba a Nicci a través de los ojos de la hermana Armina, la mujer no puso objeciones a que Nicci iniciara la marcha por su cuenta.

No servía de nada ser arrastrada pateando y chillando a los pies del emperador. No cambiaría nada. Era mejor que fuera al encuentro de su destino por su propio pie y con la cabeza bien alta.

Más que eso, sin embargo, Nicci quería que Jagang la viera del mismo modo que la había visto siempre. Quería que viera lo que conocía, que la viera como había sido, aunque ella no lo fuera ya. Incluso si sospechaba que podría ser de algún modo distinta, quería ofrecerle lo que conocía.

En el pasado, su seguridad había radicado en su indiferencia a lo que él podría hacerle. Esa indiferencia daba que pensar a Jagang. Lo enfurecía, lo exasperaba y lo fascinaba. Ella había sido alguien que había peleado a su lado por sus objetivos, y sin embargo sólo la había podido poseer por la fuerza.

Aun cuando ella ya no fuera dueña de su poder, aún era dueña de su mente, y era su mente lo que constituía su auténtico poder. Eso era lo que Richard le había

enseñado. Con o sin su don, podía seguir siendo indiferente a lo que Jagang pudiera hacerle. Esa indiferencia le proporcionaba poder.

Tras dejar atrás a los fuertemente armados vigilantes del perímetro, empezó a encontrar una hilera tras otra de obreros acarreando tierra y rocas de otros pozos. Cientos de mulas, que tiraban de toda clase de carros, avanzaban lenta y pesadamente en largas filas a través de la oscuridad. Unas antorchas mostraban a las hileras de peones el camino hasta la rampa. Los soldados de la Orden Imperial, el orgullo del Viejo Mundo, se habían convertido en vulgares obreros. No era exactamente la gloria por la que habían partido a luchar.

Nicci prestó poca atención a aquella actividad. Ya no le importaba qué hacían con la rampa... la rampa era sólo una distracción. Sintió náuseas al pensar en aquellos guerreros asaltando el palacio.

Tenía que pensar en un modo de detenerlos.

Por un breve momento la idea de que ella los detuviera le resultó absurda. ¿Qué podía hacer? Endureció su determinación a la vez que erguía más la espalda. Pelearía contra ellos hasta su último aliento si era necesario.

Las hermanas Armina y Julia iban unos pasos por detrás mientras Nicci avanzaba entre el campamento. La hermana Armina no haría más que hacer el ridículo si se abría paso para colocarse al frente. Al ponerse en cabeza, Nicci había retomado ya su puesto como la Reina Esclava.

Las antiguas pautas eran difíciles de romper. Ahora que estaban dentro del campamento, ninguna de las Hermanas quería cuestionar lo que Nicci hacía, al menos por el momento. Al fin y al cabo, ella marchaba en dirección a donde ellas la habrían llevado de todos modos, y no tenían ninguna forma de saber con seguridad si Jagang estaba en la mente de la hechicera o no. Sabían, igual que sabían los soldados, que era la mujer de Jagang. Eso le proporcionaba un rango tácito por encima de ellas. Incluso en el Palacio de los Profetas, siempre había constituido un misterio para ellas; siempre habían sentido rencor y celos hacia ella... lo que significaba que la temían.

Que ellas supieran, era posible que el emperador simplemente las hubiera enviado a traerle de vuelta a su tozuda y desafiante reina. Jagang, que sin duda observaba a Nicci a través de sus ojos, parecía no efectuar ningún esfuerzo por cambiar esa percepción en sus mentes. Incluso podría ser que Jagang en realidad lo

considerara de ese modo, que pensara de verdad que podía recuperarla.

Hizo como si no lo viera, pero Nicci reparó en el gran número de escoltas que tenía tras ella. Una reina no prestaba atención a los miembros de su séquito. Estaban por debajo de ella. Por suerte, ellos no podían oír cómo le martilleaba el corazón.

Cuando habían entrado en el campamento, algunos hombres se habían quedado inmóviles y mudos, igual que mendigos que contemplaran una procesión real que pasaba ante ellos. Otros surgieron corriendo de la oscuridad para ver lo que sucedía. Susurros quedos recorrieron la multitud: la Señora de la Muerte había regresado.

Para muchos de aquellos hombres, aun cuando la temían, ella era una heroína de la Orden, un arma poderosa. La habían visto descargar muerte sobre aquellos que se oponían a las enseñanzas de la Fraternidad de la Orden.

A pesar de que se le hacía extraño estar de vuelta, el campamento no era diferente de los que recordaba. Era el acostumbrado revoltijo de hombres, tiendas, animales y pertrechos. La única diferencia era que, a medida que permanecían allí durante tanto tiempo, todo el campamento empezaba a adquirir un aspecto de descomposición. La leña en las llanuras Azrith era prácticamente inexistente, de modo que las hogueras eran pocas y pequeñas, lo que dejaba todo el lugar atenazado por una especie de penumbra deprimente. Montones de basura crecían por todas partes y atraían nubes de moscas, y con tantos animales y hombres en el mismo lugar durante tanto tiempo olía peor que de costumbre.

La aglomeración de hombres descuidados amontonados por todas partes, a la que jamás había prestado mucha atención en el pasado, resultaba inquietante. Apenas parecían humanos. En muchos aspectos no lo eran. En el pasado, puesto que no le importaba lo que le sucediera, Nicci había sentido indiferencia hacia aquellos animales. Ahora, dado que le importaba su vida, era distinto. Más que eso, no obstante, en el pasado siempre había sabido que podía utilizar su poder si el miedo que sentían ante ella no los mantenía a distancia. Ahora sólo podía contar con el miedo que le tenían para mantenerlos alejados.

Era una larga caminata a través de cientos de miles de hombres hasta alcanzar su destino, pero debido a que el campamento llevaba tanto tiempo instalado se habían formado senderos. En algunos lugares los senderos se habían ensanchado hasta ser casi calzadas que poco a poco habían apartado tiendas y corrales. Ahora, mientras Nicci recorría esas calzadas, seguida de cerca por su

séquito. Hombres con ojos como platos bordeaban el camino, observándola.

Más allá del silencio inmediato de los hombres que la observaban mientras pasaba, el campamento era un lugar ruidoso, incluso a una hora tan intempestiva. Detrás de ella estaba el sonido de los trabajos en la rampa, de carros moviéndose, de rocas rompiéndose y obreros gritando al unísono mientras tiraban de pesadas cuerdas. En el campamento que la rodeaba las voces de soldados que reían, charlaban y discutían se transmitía a través del frío aire nocturno. Oyó órdenes chilladas a voz en cuello por encima del rítmico repiqueteo de unos martillos.

También podía oír el lejano rugido de los que vitoreaban a sus equipos en las partidos de Ja'La, que seguían celebrándose incluso a una hora tan tardía. En ocasiones se elevaban abucheos de desaprobación, que se veían sofocados al instante por salvajes gritos de apoyo.

Cuando pasó por delante de un corral repleto de enormes caballos de batalla, y luego ante una hilera de carromatos de provisiones vacíos, las tiendas de mando aparecieron ante sus ojos. Bajo un cielo iluminado por las estrellas, las banderas en lo alto de las tiendas ondeaban en la fría brisa. La visión de la tienda de mayor tamaño, la tienda del emperador, amenazó con privarla de su valor. Quiso huir, pero no iba a poder huir nunca más.

Ése era el lugar donde toda su vida le pasaba factura a Nicci.

Ése era el lugar donde todo finalizaba.

No quiso evitar lo inevitable, caminó con determinación hacia la tienda. No aminoró la marcha para pasar por el primero de los puntos de control en los círculos exteriores de protección que rodeaban la zona de mando. Los hombretones que montaban guardia la observaron mientras se acercaba, y sus miradas también incluyeron a los guardias del emperador que avanzaban detrás de ella. Se alegró de que casualmente llevara un vestido negro, porque era eso lo que había vestido siempre en la época en que aquellos hombres la habían conocido. Quería que la reconocieran. Una breve mirada hostil hizo que ninguno la abordara.

Cada círculo de hombres situado más cerca del centro del complejo era un círculo de hombres de más confianza. Cada círculo de hombres alrededor de las tiendas de mando tenía sus propias unidades, métodos y equipo. Cada uno quería ser el que impidiera que cualquier daño alcanzara a su emperador, y cada uno tenía un protocolo distinto para penetrar en su zona de responsabilidad.

Nicci hizo caso omiso de tales protocolos. Ella era la Señora de la Muerte, la Reina Esclava. No se detuvo por nadie. Nadie le dio el alto.

La tienda de Jagang estaba colocada aparte, en una agrupación de tiendas de mayor tamaño, pero, a diferencia de todas las otras tiendas del campamento, gozaba de un espacio amplio a su alrededor. Unas hermanas que patrullaban la zona tomaron nota de la presencia de Nicci, como lo hicieron los jóvenes con el don que vio, pero sus ojos se desviaron cuando ella les clavó una mirada feroz.

A Nicci la animó ver que ninguna de aquellas personas la veían como otra cosa que no fuera lo que había sido la última vez que estuvo entre ellas.

Vio entonces un espectáculo extraño. Además de una sección de los guardias personales de Jagang a cada lado de la gruesa colgadura que cubría la entrada a su tienda, había otros soldados también... soldados corrientes. Paseando de un lado a otro, también ellos parecían estar custodiando la tienda. No pudo imaginar por qué demonios habría vulgares soldados en el interior del complejo del emperador, y mucho menos custodiando su tienda. Nunca antes se había permitido el acceso de tales hombres al interior de la zona de mando.

Haciendo caso omiso de la rareza de la presencia de esos soldados regulares allí, Nicci fue directa hacia la gruesa colgadura que pendía de la entrada a la tienda de Jagang. Las dos Hermanas, que ya se mantenían bastante rezagadas, siguieron a Nicci de mala gana. Sus rostros palidecieron. Nadie, y mucho menos una mujer, sentía deseos de entrar en el santuario privado de Jagang.

Dos hombres fornidos, cada uno sosteniendo una pica, y con los rostros tatuados con dibujos de animales, apartaron la colgadura. Unos pequeños discos plateados dieron unos quedos repiques metálicos, informando al emperador de que alguien entraba en su tienda. La hechicera reconoció a los dos hombres que apartaron a un lado la colgadura para permitirle pasar, pero no los saludó mientras franqueaba el umbral.

Dentro, unos esclavos retiraban bandejas y fuentes de la mesa del emperador. El aroma de aquellos manjares recordó a Nicci que no había comido. El nudo de ansiedad de su estómago le había hecho olvidar su hambre.

Docenas de velas daban al lugar una calidez acogedora. Alfombras gruesas cubrían el suelo, de modo que las pisadas de los esclavos ocupados en sus tareas no molestaran al emperador. Algunos de los esclavos, todos con las cabezas gachas,

eran nuevos. A algunos los recordaba. Jagang parecía haber finalizado ya su cena y no estaba en la estancia exterior.

Las dos Hermanas, después de entrar detrás de ella, avanzaron despacio en dirección a las paredes más apartadas de la tienda. Al parecer querían estar lo más lejos posible.

Sabiendo dónde estaría Jagang. Nicci cruzó la habitación. Los esclavos se apartaron de su camino. Al llegar a la colgadura que cubría la entrada al dormitorio, la alzó y se agachó para pasar al otro lado.

Dentro de la cámara del emperador, Nicci lo vio por fin. Estaba sentado, dándole la espalda, en el otro lado de la lujosa cama cubierta de seda de color dorado. Unos puntos de luz provenientes de las velas y los quinqués se reflejaban en su cabeza afeitada. Su cuello, grueso como el de un toro, continuaba en forma de amplios y poderosos hombros. Llevaba un chaleco de lana de cordero, y sus colosales brazos estaban desnudos.

Estaba absorto leyendo un libro. Aunque propenso a la violencia, Jagang era un hombre inteligente que valoraba los conocimientos que encontraba en libros o en las mentes que habitaba. Convencido emocionalmente de la veracidad de sus creencias, jamás se molestaba en someter esas creencias al razonamiento. De hecho, consideraba que tales cuestionamientos eran pura herejía. En su lugar, sus esfuerzos estaban dedicados a reunir información, pues sabía que la información podía ser un arma valiosa. Era un hombre a quien gustaba estar bien provisto de toda clase de armas.

Algo captó la atención de Nicci, y miró a su izquierda.

Entonces la vio, sentada en el suelo, descansando sobre una cadera y apoyada en un brazo. Era la criatura más sublimemente hermosa que la hechicera había visto nunca.

Supo sin la menor duda quién era aquella mujer.

Era Kahlan, la esposa de Richard.

Los ojos de ambas se encontraron. La inteligencia, la nobleza, la vida en aquellos ojos verdes era fascinadora.

Aquella mujer era la igual de Richard.

Ann había estado equivocada. Aquella era la única mujer que podía por derecho estar junto a él.



Nicci vio que un rada'han rodeaba el cuello de Kahlan. Eso explicaría por qué parecía estar plantada sobre la descolorida alfombra. La mirada de la mujer no pasó por alto el collar que Nicci llevaba. La hechicera no pensó que escaparan muchas cosas a la mirada de Kahlan.

Una expresión vacilante asaltó los ojos verdes de Kahlan mientras se miraban la una a la otra. Fue un esbozo de cauteloso ánimo provocado por el hecho de que Nicci podía verla. Quedaron hermanadas al instante en más de un modo, compartiendo mucho más que el sólo hecho de llevar collares en el cuello.

Qué sensación de soledad y desamparo debía producir una vida invisible, y olvidada.

Invisible, al menos, para cualquiera que no fueran las Hermanas de las Tinieblas... y Jagang. Tenía que ser un motivo de esperanza que otra persona, incluso una desconocida, pudiera verla.

Al mirarla ahora, Nicci apenas podía creer que pudiera haber olvidado a aquella mujer, incluso con el hechizo Cadena de Fuego. Podía ver con claridad por qué Richard no había renunciado ni por un instante a encontrarla.

Incluso sin tener en cuenta su belleza exquisita, tenía una presencia, una conciencia inteligente de sí misma, que Nicci reconoció al instante: era tal cual la estatua que Richard había tallado de ella. Aquella estatua, llamada *Espíritu*, no había sido pensada para parecerse a Kahlan, sino para representar su coraje interior, y lo hacía de un modo que, al ver a la persona que la había inspirado, casi dejó sin aliento a Nicci.

Empezaba a comprender por qué, incluso a su relativamente joven edad, habían nombrado a Kahlan la Madre Confesora. Ahora, no obstante, no había otras Confesoras. Ella era la última.

Aunque se había sorprendido al principio al encontrar a Kahlan allí, Nicci

comprendió que tenía mucho sentido. La hermana Armina había sido una de las Hermanas que habían capturado a Kahlan y activado el hechizo Cadena de Fuego. La hermana Tovi había contado a Nicci que ellas habían conseguido eludir a Jagang utilizando el vínculo con Richard. Si bien suponía que Jagang podría haber conseguido superar el vínculo, Nicci pensó que tenía más sentido que el vínculo no las hubiera protegido nunca en realidad.

Si Jagang había capturado a la hermana Armina, tendría también a las hermanas Ulicia y Cecilia. Ése sería el motivo de que Kahlan estuviera allí. La habían tenido prisionera aquellas Hermanas, de modo que, también ella, habría sido atrapada en la red de Jagang.

Nicci vio que también Jillian estaba allí. Los ojos color cobre de la muchacha parpadearon sorprendidos al ver a Nicci. Si bien tenía sentido que Kahlan estuviera allí, Nicci era incapaz de comprender por qué estaba Jillian.

La muchacha se inclinó muy cerca de Kahlan, le acercó una mano a la oreja y le susurró algo... sin duda el nombre de Nicci. Kahlan respondió con un leve asentimiento, pero sus ojos revelaron muchísimo más. Había oído el nombre de Nicci antes.

Nicci señaló a toda prisa con dos dedos los ojos de Kahlan y los suyos propios, luego usó uno para posárselo sobre los labios, instándola a guardar silencio. Nicci no quería que Jagang supiera que podía ver a Kahlan, ni que conocía a Jillian. Cuanto menos supiera él, más seguras estarían ellas dos... si es que estar cautivo del emperador Jagang podía significar estar a salvo. Sin aguardar confirmación, Nicci apartó la vista de Kahlan y Jillian para volverse hacia Jagang.

Cuando éste arrojó el libro que leía a una mesilla y se dio la vuelta, clavando la negra mirada en ella, Nicci pensó que iba a desmayarse. Una cosa era recordarlo, otra muy distinta estar ante él.

Volver a estar bajo el escrutinio de aquellos ojos de pesadilla anuló su valor.

Sabía lo que la esperaba.

—Bien, bien —dijo Jagang a la vez que rodeaba la cama, con la mirada fija en ella—. Mira quién ha regresado. —Sonrió de oreja a oreja—. Eres tan hermosa como todos los sueños que he tenido sobre ti desde la última vez que estuviste conmigo.

A Nicci no le sorprendió el enfoque que él había tomado. No saber nunca

cómo reaccionaría él mantenía a los que lo rodeaban en un estado de temor constante. Su cólera podía desencadenarla la cosa más nimia, o nada en absoluto. Nicci le había visto estrangular a un esclavo por dejar caer una tabla de cortar el pan, y sin embargo en otra ocasión le había visto recoger una bandeja de cordero que habían dejado caer y con toda tranquilidad devolvérsela al sirviente a quien se le había caído sin interrumpir ni por un segundo su conversación.

En un sentido amplio, tal carácter caprichoso en el emperador era más que un reflejo del comportamiento irracional e imprevisible de la Orden. La abnegación de uno por la causa era medida teniendo en cuenta principios inescrutables. La suerte o la desgracia siempre parecían depender del capricho. Para cualquier persona, aquella perpetua duda lacerante era extenuante. Esta tensión constante dejaba a la gente lista para acusar a cualquiera de sedición —incluso a amigos o familiares— con tal de que eso le garantizara seguir vivo.

Al igual que muchos otros hombres, Jagang también pensaba que podía obtener el afecto de Nicci con un poco de adulación. Le gustaba imaginar que podía ser encantador. La forma que adoptaban sus alabanzas, no obstante, revelaban mucho sobre sus valores.

Nicci no efectuó ninguna reverencia. Era plenamente consciente de que el collar de metal que rodeaba su cuello le impedía usar su don; pero si bien carecía de defensa ante aquel hombre, no iba a fingir respeto inclinándose, ni se dejaría adular por su disimulada lascivia.

En el pasado, a pesar de su han, su auténtica seguridad siempre había radicado en la indiferencia a lo que él podría hacerle. Durante aquellas ocasiones en que él había sido capaz de penetrar en su mente, y ella no había llevado ningún collar alrededor del cuello, sus habilidades como hechicera no le habían ayudado, del mismo modo que sus otras Hermanas cautivas estaban ahora indefensas a pesar de que ninguna de ellas llevaba un collar.

La protección de Nicci siempre había sido su actitud, no su don.

Antes, a Nicci sencillamente no le había importado si la hería, o incluso si podría decidir en cualquier momento matarla. Pensaba que merecía cualquier padecimiento que él pudiera infligirle y no le importaba si moría. Eso la dejaba indiferente a la omnipresente posibilidad de que el antojo de asesinarla pudiera cruzar por la mente del emperador.

Aun cuando todo eso había cambiado debido a Richard, ella no podía permitir que Jagang lo supiera. Su única posibilidad, su única defensa, era hacerle pensar que nada había cambiado en su actitud, que le importaba tan poco lo que pudiera sucederle ahora como le había importado en el pasado.

A la Señora de la Muerte no le importaría si podía usar su poder o no. Para la Señora de la Muerte un collar no significaba nada.

Jagang se acarició la larga perilla que crecía bajo su labio inferior con el índice y el pulgar. Examinó a la hechicera de pies a cabeza, y a continuación soltó un suspiro, como si considerará qué haría con ella primero.

Nicci no tuvo que esperar mucho.

Le asentó un revés con tanta fuerza que la lanzó volando por los aires. Cuando aterrizó, su cabeza chocó contra el suelo pero, por suerte, las gruesas alfombras amortiguaron el impacto. Sintió como si le hubieran desgarrado los músculos de la mandíbula y hecho añicos el hueso. El golpe la dejó aturdida.

Pese a que la habitación parecía dar vueltas, ella estaba decidida a volver a ponerse en pie. La Señora de la Muerte no se acobardaba. La Señora de la Muerte se enfrentaba a la muerte con indiferencia.

Una vez que consiguió alzarse sobre las rodillas, se limpió la sangre de la comisura de los labios con la muñeca. La mandíbula, a pesar del dolor, parecía estar intacta. Se esforzó por izarse sobre los pies.

Antes de que consiguiera ponerse en pie, Jillian corrió a colocarse entre Nicci y Jagang.

—¡Déjela en paz!

Mientras Jagang se ponía en jarras, mirando iracundo a la muchacha, Nicci dirigió una veloz mirada a Kahlan. La hechicera reconoció la mirada vidriada por el dolor en los ojos de la mujer. Y por el modo en que le temblaban los dedos, supo con exactitud la clase de dolor que Jagang le infligía mediante el collar. Tal sufrimiento preventivo estaba pensado para mantenerla donde estaba, para impedir que interfiriera.

Nicci juzgó que era, desde la perspectiva de Jagang, una decisión sensata.

Hasta donde podía recordar, Nicci había sido capaz de evaluar a las personas y hacerlo deprisa, y ello se había convertido en un talento valioso, ya que la supervivencia en choques violentos a menudo dependía de la evaluación exacta de aquellos a los que se enfrentaba. Nicci podía advertir sólo mirando a Kahlan que era una mujer peligrosa, una mujer acostumbrada a interferir.

Jagang agarró a Jillian por el cogote y la alzó como a un gatito. Ella lanzó un quejido —más de miedo que de dolor— mientras él la sostenía en alto y la conducía a través de la habitación. La jovencita intentó arañarle las enormes manos sin resultado. Sus pies patearon el aire. Jagang alzó a un lado la gruesa colgadura que cubría la entrada a su dormitorio y arrojó a Jillian fuera.

—¡Armina! Vigila a la criatura. Quiero estar a solas con mi reina.

Nicci pudo ver cómo la hermana Armina atrapaba a Jillian entre sus brazos y la arrastraba atrás. Una ojeada le mostró a Kahlan todavía en el mismo lugar de la alfombrilla, con todo el cuerpo temblando levemente. Una lágrima de atroz dolor le corría por la mejilla. Nicci se preguntó si Jagang era consciente siquiera del mucho dolor que infligía a la mujer.

En el pasado había golpeado con frecuencia a Nicci más severamente de lo que había sido su intención o, cegado por la cólera, utilizando su habilidad como Caminante de los Sueños para infilir lo que podía ser con facilidad una dosis letal de dolor. Más tarde, tras comprender lo cerca que había estado de matarla, se disculpaba pero, al final, acababa diciendo que había sido culpa de Nicci por enfurecerlo tanto.

Mientras Jagang dejaba caer la colgadura, cerrando el acceso al dormitorio, los músculos tensos de Kahlan se aflojaron de repente. La mujer dejó caer el cuerpo, jadeando aliviada, dando la impresión de que apenas podía moverse tras el silencioso suplicio.

—Así pues —dijo Jagang a la vez que se giraba de nuevo hacia Nicci—, ¿lo amas?

Nicci pestañeó.

—¿Qué?

El rostro del hombre enrojeció de cólera al mismo tiempo que iba hacia ella.

—¡Qué quieras decir con qué! ¡Ya me has oído! —Le agarró un puñado de cabellos mientras se inclinaba hasta quedar a pocos centímetros de ella—. ¡No intentes fingir que no me entiendes o te arrancaré la cabeza!

Nicci sonrió, alzando la barbilla lo mejor que pudo para dejarle al descubierto la garganta.

—Por favor, hacedlo. Nos ahorrará a ambos muchísimos problemas.

Él le dedicó una mirada furiosa antes de soltarle el pelo. Se lo alisó antes de girar y apartarse unos cuantos pasos.

—¿Es eso lo que quieras? ¿Morir? —Volvió a girarse—. ¿Abandonar tu deber para con el Creador y la Orden? ¿Abandonar tu deber hacia mí?

Nicci se encogió de hombros.

—No importa mucho lo que yo quiera, ¿verdad?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Sabéis muy bien lo que significa. ¿Desde cuándo os ha importado en absoluto lo que yo quiero? Vais a hacer lo que queráis sin importar lo que yo podría tener que decir sobre ello. Al fin y al cabo, no soy más que una súbdita de la Orden, ¿no es cierto? Yo diría que lo que queréis es lo que siempre habéis querido... matarme.

—¿Matarte? —Extendió los brazos—. ¿Qué te hace pensar que quiero matarte?

—Vuestras acciones inmoderadas.

—¿Inmoderadas? —Le lanzó una airada mirada—. No puede decirse que sea inmoderado. Soy Jagang el Justo.

—¿Olvidáis que fui yo quien os dio ese título? Lo hice no porque reflejara ninguna verdad, sino para contrarrestar la verdad... para crear una imagen que sirviera a los propósitos de la Orden. Soy yo quien creó esa imagen para vos, sabiendo que las personas irreflexivas lo creerían simplemente porque nosotros lo proclamábamos. No sabréis como representar ese papel ni aunque vuestra vida dependiera de ello.

Las formas nebulosas de los ojos del emperador se deslizaron por una oscuridad negrísima que le recordó a Nicci la caja del Destino negra como el mismo inframundo que ella había puesto en funcionamiento en nombre de Richard.

—No sé como puedes decir tales cosas, Nicci. Siempre he sido más que justo contigo. Te he dado cosas que no he dado a nadie más. ¿Por qué haría yo eso si quisiera matarte?

Nicci suspiró.

—Limitaos a decir lo que queréis decir, o aplastadme el cráneo, o enviadme a las tiendas de tortura. No tengo mucho interés en jugar a este juego con vos. Creeis lo que deseáis creer sin tener en cuenta la realidad. Vos sabéis, y yo sé, que lo que yo pueda tener que decir sobre cualquier cosa no va a cambiar nada en realidad.

—Lo que tú dices siempre ha influido. —Alzó una mano hacia ella al mismo tiempo que el acaloramiento de su voz crecía—. Mira lo que acabas de decir sobre bautizarme como Jagang el Justo. Eso fue idea tuya. Yo la escuché y usé porque era una buena idea. Servía a nuestros fines. Lo hiciste bien. Ya te dije antes que, cuando ganemos esta guerra, te sentarás a mi lado.

Nicci no le respondió.

Él juntó las manos a la espalda y se alejó unos pasos.

—¿Lo amas?

Nicci dirigió un vistazo a un lado. Kahlan estaba sentada en la alfombra, observándola. La mujer tenía la preocupación pintada en el rostro ante la sensación de amenaza que flotaba en el aire. Daba la impresión de que quería decir a Nicci que dejara de provocar a aquel hombre. Con todo, si bien parecía evidentemente preocupada por lo que Jagang iba a hacer, también parecía interesada en la respuesta a la pregunta del emperador.

La mente de Nicci trabajaba a toda prisa mientras intentaba pensar en cómo responder; no porque le preocupara lo que Jagang pudiera pensar de la respuesta, sino movida por la preocupación de qué podría pensar Kahlan. Había que considerar el hechizo Cadena de Fuego, la necesidad de un campo estéril. Tal y como parecían estar las cosas en aquellos momentos era probable que ella estuviera muerta para entonces, pero si Richard llegaba a tener la oportunidad de utilizar el poder de las cajas para contrarrestar Cadena de Fuego, Kahlan tenía que seguir

siendo un campo estéril para que él tuviera una posibilidad de devolverla a lo que había sido.

—¿Lo amas? —repitió Jagang sin volver la mirada hacia ella.

Nicci llegó a la conclusión de que, para los propósitos de mantener un campo estéril, tanto daría el modo en que respondiera a la pregunta. No introduciría ninguna condición previa emocional en Kahlan. Era la conexión emocional de Kahlan con Richard, no la de Nicci, la que importaba.

—Mis sentimientos jamás han sido una carga para vos —respondió por fin Nicci con irritación—. ¿Qué podrían importaros?

Él dio la vuelta para mirarla fijamente.

—¿Qué podrían importarme? ¿Cómo puedes preguntar algo así? Te convertí prácticamente en mi reina. Me pediste que confiara en ti y que te permitiera marchar a eliminar al lord Rahl. Yo deseaba que permanecieras aquí, pero en su lugar te dejé ir. Confié en ti.

—Eso decís. Si de verdad confiaseis en mí, entonces no me interrogaríais. Da la impresión de que tenéis dificultades para comprender lo que significa la confianza.

—Eso fue hace un año y medio. No te he visto desde entonces. No he tenido noticias.

—Me visteis con Tovi.

Él asintió.

—Vi gran número de cosas a través de los ojos de Tovi... a través de los ojos de esas cuatro mujeres.

—Ellas pensaban que eran muy listas al utilizar el vínculo con el lord Rahl. —Nicci sonrió levemente—. Pero vos las vigilabais todo el tiempo. Lo sabíais todo.

Él sonrió con ella.

—Tú siempre fuiste más lista que Ulicia y las demás. —Enarcó una ceja—.

Confié en ti cuando dijiste que ibas a matar a Richard Rahl. Y acabaste no teniendo ningún problema para hacer que el vínculo funcionase para ti. ¿Cómo es eso posible, querida? Un vínculo así sólo funcionaría si estuvieses consagrada a él. ¿Te gustaría explicármelo?

Nicci cruzó los brazos.

—No consigo ver cómo puede ser tan difícil de captar. Vos destruís. Él crea. Vos ofrecéis una existencia consagrada a la muerte. Él ofrece vida. No son palabras vacías... Él nunca me golpeó hasta hacerme sangrar, ni me violó.

El rostro de Jagang, y su cabeza afeitada, enrojecieron de cólera.

—¿Violación? Si quisiera violarte lo haría... y con derecho... pero no fueron violaciones. Tú lo querías. Tan sólo eres demasiado tozuda para admitirlo. Me ocultas tus deseos lujuriosos tras tu fingida indignación.

Los brazos de Nicci cayeron a los costados mientras ella se inclinaba hacia él para hablarle.

—Podéis inventar cosas para justificar vuestras acciones, pero eso no las convierte en ciertas.

Con una expresión asesina crispándole las facciones, él dio la espalda a la mujer para no verla. Nicci esperaba plenamente que se revolviera de improviso contra ella y le pegara con fuerza suficiente para partirle la cabeza. Quería que lo hiciera. Un final rápido era preferible a una tortura interminable.

Los millares de sonidos estridentes que surgían de la noche a su alrededor quedaban ahogados por las acolchadas paredes de la tienda. Estar fuera del estruendo constante del campamento era un lujo. Fuera, el terreno estaba plagado de bichos. Dentro de la tienda del emperador había esclavos que retiraban constantemente las cucarachas. Los aceites perfumados de la tienda también camuflaban algo del hedor que flotaba en el ambiente.

En cierto sentido la tienda del emperador podría parecer un refugio tranquilo, pero no lo era. En realidad era uno de los lugares más peligrosos de todo el campamento. El emperador tenía un poder absoluto sobre la vida y la muerte, y Jagang jamás permitía que lo cuestionaran o desafiaran.

—Así pues —dijo Jagang por fin, todavía de espaldas a ella—, responde a mi

pregunta. ¿Lo amas?

Nicci se pasó una mano cansada por la frente.

—¿Desde cuando os han importado cuáles eran mis sentimientos? Jamás ha interferido con vuestra habilidad para violarme.

—¡Por qué todas esas estupideces sobre violaciones así de golpe! —rugió a la vez que daba una zancada hacia ella—. ¡Sabes que siento cosas por ti! ¡Y sé que tú sientes algo por mí!

Nicci no se molestó en responder. Él tenía razón sobre que ella nunca antes le había expuesto tales objeciones; no había sabido cómo oponerse. En el pasado no había creído que fuese dueña de su propia vida. ¿Cómo podía oponerse a que la Orden la usara para sus fines? Aún más, ¿cómo podía oponerse a que el líder de la Orden la utilizara para sus fines?

Gracias a Richard había llegado a comprender que su vida era suya, y eso significaba que también era dueña de su cuerpo y que no tenía por qué entregárselo a nadie si no quería.

—Sé lo que estás haciendo, Nicci. —Las manos del emperador volvieron a cerrarse en sendos puños—. Te limitas a utilizarle para ponerme celoso. Estás usando tus artimañas femeninas para hacer que te arroje sobre la cama y te arranque la ropa; ¡eso es lo que buscas en realidad y ambos lo sabemos! Lo estás utilizando para incitarme a una ardiente pasión por ti. Es realmente a mí a quien quieras, pero ocultas tus auténticas pasiones tras esas protestas de que te violé.

Nicci evaluó con frialdad su expresión acalorada.

—Estáis recibiendo un mal consejo de vuestros testículos.

Él echó un puño atrás. Ella se mantuvo firme donde estaba, contemplando las formas nebulosas que se movían por el paisaje nocturno de sus ojos.

La mano cayó por fin a un lado.

—Te he ofrecido lo que no he ofrecido a ninguna otra: ser prácticamente mi reina, estar por encima de todas las demás. Richard Rahl no puede ofrecerte nada. Únicamente yo puedo ofrecerte todo lo que un emperador puede ofrecer. Únicamente yo puedo ofrecerte una parte del poder que gobernará el mundo.

Nicci efectuó un amplio gesto con el brazo para indicar toda la tienda real.

—Ah, las recompensas de abrazar el mal. Todo sería mío con la condición de que renuncie a mi mente pensante y proclame que la injusticia total es una virtud.

—¡Te ofrecí el poder de gobernar conmigo!

La hechicera le lanzó una fría mirada colérica a la vez que dejaba caer el brazo.

—No, me ofrecisteis la obligación de ser vuestra furcia y la tarea de matar a aquellos que no quieren inclinarse ante vuestro mandato.

—¡Es el gobierno de la Orden! ¡Esta guerra no es para que yo gane gloria, y lo sabes! Este conflicto defiende la causa del Creador... para la salvación de la humanidad. Llevamos la auténtica voluntad del Creador a los infieles. Llevamos las enseñanzas de la Orden a aquellos que anhelan dar significado y propósito a sus vidas.

Nicci permaneció muda. Él tenía razón. Podría haber disfrutado enormemente del boato del poder, pero ella sabía que él creía sinceramente que no era más que un adalid de un bien mayor, un guerrero que servía a los auténticos deseos del Creador imponiendo las enseñanzas de la Orden en esta vida de modo que la humanidad pudiera alcanzar la gloria en la siguiente.

Nicci sabía muy bien lo que era creer. Jagang creía.

Se le ocurrió que era casi cosa de risa, no obstante, el modo en que la ideología que ella misma había fomentado le parecía en la actualidad tan profundamente estúpida. A diferencia de Jagang, y de la mayoría de las personas que abrazaban las creencias de la Orden, Nicci las había aceptado porque pensaba que tenía que hacerlo, que era el único modo de que alcanzara una vida moral. Soportó el yugo de la servidumbre, sin dejar en ningún momento de odiarse a sí misma por no ser feliz. Las Hermanas de la Luz en realidad no habían sido mejores, ofreciéndole sólo una variante de la misma abnegada llamada al deber, de modo que permaneció bajo el dominio invalidante de la Fraternidad de la Orden. Como un súbdito insensible de la Orden, ser utilizada por Jagang era uno de los muchos sacrificios que creía necesarios para ser una persona buena y moral.

Y entonces todo aquello había cambiado.

Cómo echaba de menos a Richard.

—Todo lo que le vais a traer a la humanidad es mil años de oscuridad —dijo, cansada de exponer la verdad a un creyente cuyos conceptos estaban basados en lo que la Orden predicaba, no en la realidad—. Todo lo que vais a hacer es arrojar al mundo a una era salvaje, larga y tenebrosa.

Él la miró con furia.

—Esa que habla no eres tú, Nicci. Sé que no lo es. Sólo dices esas cosas porque lord Rahl irradia odio por su prójimo. Lo repites sólo para hacerme pensar que lo amas.

—A lo mejor lo amo.

Él sonrió burlón.

—No. —Negó con la cabeza—. No, simplemente quieres utilizarle para manejarme a tu antojo. Así es como actúan las mujeres... intentando manipular a los hombres.

Antes que dejar que la condujera por el sendero de cuáles podrían ser sus sentimientos auténticos por Richard, Nicci cambió de tema.

—Vuestros planes de gobierno, vuestros planes para que la Orden lleve sus ideas a todo el mundo, no van a funcionar. Necesitáis las tres Cajas del Destino. Yo estaba allí cuando la hermana Tovi murió. Ella tenía la tercera caja pero se la robaron.

—Ah, sí, el valiente Buscador, empuñando la *Espada de la verdad*... —parodió una estocada—, interviniendo para liberar la caja del Destino de una Hermana de las Tinieblas malvada. —Le dedicó una mirada avinagrada—. Yo estaba allí, observando a través de sus ojos.

Había estado observando a Nicci a través de los ojos de Tovi.

—Sigue siendo un hecho que las Hermanas tenían las tres cajas. Puede que ahora tengáis a esas Hermanas, pero sólo tenéis dos cajas.

Una sonrisa astuta reemplazó la irritación de Jagang.

—Bueno, no creo que eso vaya a resultar un problema tan grande como piensas. Ni tampoco importará que hayas puesto esa caja en funcionamiento. Tengo modos de eludir dificultades tan insignificantes.

Nicci sintió cierta alarma al enterarse de que él sabía que había puesto en funcionamiento la caja, pero intentó no mostrarla.

—¿Qué modos?

La sonrisa de Jagang se ensanchó.

—¿Qué clase de emperador sería si no tuviera planes para toda eventualidad? No te preocupes, querida, lo tengo todo bajo control. Todo lo que importa es que al final me ocuparé de que las tres cajas vuelvan a reunirse. Cuando vuelvan a estar juntas usaré ese poder para acabar con toda resistencia al gobierno de la Orden.

—Si sobrevivís tanto tiempo.

La irritación de emperador regresó mientras estudiaba el rostro carente de expresión de la hechicera.

—¿Qué se supone que significa eso?

Ella hizo un ademán para indicar a lo lejos.

—Richard Rahl ha soltado a los lobos sobre vuestro amado rebaño.

—¿Lo que significa?

Ella enarcó una ceja.

—El ejército al que perseguisteis hasta aquí arriba ha desaparecido. No pudisteis destruirlo, ¿verdad? Adivinad dónde está ese ejército ahora.

—Desperdigado por miedo a perder sus vidas.

Nicci sonrió.

—No exactamente. Al ejército d'haraniano le han encargado que lleve la guerra a aquellos en el Viejo Mundo que sustentan esa guerra, a aquellos que dieron origen a la agresión. Esas gentes van a tener que enfrentarse a las

consecuencias de enviar asesinos al norte. Ellos, no menos que vos, tienen las manos manchadas con la sangre de inocentes. Piensan que la distancia los mantiene a salvo, pero el que estén muy alejados del mal que provocan directamente no los absolverá de sus delitos. Pagarán el precio.

—Estoy al corriente de los pecados más recientes de lord Rahl. —Los músculos de la mandíbula de Jagang se flexionaron cuando apretó los dientes—. Richard Rahl es un cobarde que va tras mujeres y niños porque no es capaz de enfrentarse a auténticos hombres.

—Ésa sería la clase peor de ignorancia si en realidad lo creyerais, pero no lo hacéis. Queréis que otros lo crean, de modo que extraéis medias verdades cuidadosamente seleccionadas para envolver vuestra causa en una falsa moralidad. Buscáis elaborar una excusa para lo inexcusable. Por así decirlo, os escondéis tras las faldas de mujeres mientras lanzáis flechas, de modo que cuando las flechas os sean devueltas, podáis fingir indignación ante esa atrocidad.

»Vuestro auténtico propósito, no obstante, es despojar del derecho incuestionable a la autodefensa a aquellos que deseáis destruir.

»Richard es un hombre que comprende la realidad de la amenaza que representan las creencias de la Orden. No deja que lo distraigan artimañas pensadas para oscurecer la verdad. Comprende que para sobrevivir tiene que ser lo bastante fuerte para eliminar la amenaza, sin importar la forma que adopte; incluso si se trata de destruir los campos que cultivan la comida que da a vuestros hombres la energía para degollar a personas que viven pacíficamente. Cualquiera que defienda esos campos es un cómplice de asesinato.

»Richard es un hombre que conoce la sencilla verdad de que, sin victoria, no existe supervivencia para su pueblo.

—Esas personas se buscan su propio sufrimiento al resistirse a las rectas enseñanzas de la Orden —replicó Jagang.

Los músculos de sus brazos se tensaron junto con los puños mientras paseaba. Daba la impresión de estar al borde de un ataque de violencia. No le gustaba que nadie le discutiera sus aseveraciones, así que se revolvió contra Nicci y las repitió con más energía, como si su voz alzada y las amenazas, fueran a dejar resuelta la cuestión.

—Richard Rahl demuestra su depravación, y la inmoralidad de aquellos a los

que lidera, al enviar a sus hombres a matar a mujeres y niños del Viejo Mundo, en lugar de alzarse y combatir a nuestros soldados. Sus atrocidades contra mujeres y niños demuestran el criminal cobarde que es en realidad. Tenemos la obligación de librar al mundo de personas tan pecadoras.

Nicci cruzó los brazos a la vez que le clavaba la clase de mirada iracunda que reservaba en el pasado para aquellos que no querían doblegarse a la voluntad de la Orden. Era una mirada que con frecuencia había precedido a acciones que le habían valido el título de Señora de la Muerte. Era una mirada que incluso daba que pensar al emperador.

—Todas las gentes del Nuevo Mundo son inocentes —dijo—. Ellos no llevaron la guerra a la Orden, la Orden llevó la guerra hasta ellos. Es cierto que personas en el Viejo Mundo... incluidos niños... resultaron lastimados o muertos. ¿Qué elección tienen esas personas? ¿Continuar siendo masacrados y esclavizados por temor a dañar a alguien inocente? Todos son inocentes. Sus hijos son inocentes. Los están matando, ahora.

»Sabéis, por vuestra presencia en la mente de la hermana Ulicia, la táctica que pensó que le procuraría la seguridad del vínculo con Richard y protegería su mente de vos. La hermana Ulicia sabía que la vida es lo más valioso para Richard, así que urdió la estratagema de que cuando usara el poder de las cajas para liberar al Custodio del inframundo de su prisión en el mundo de los muertos, ella concedería vida eterna a Richard. Que Richard no creería jamás que tal trato fuera posible, y mucho menos que lo aceptase, era irrelevante en la mente de Ulicia. Pensaba que hasta que la oferta fuera hecha y rechazada, sus intenciones de concederle vida eterna le proporcionaban inmunidad frente a vuestra habilidad como Caminante de los Sueños.

»Pero vos ya estabais secretamente incrustado en la mente de Ulicia. Es así como averiguasteis lo que más le importa a Richard, lo que es más valioso para él: la vida.

»Ése es un concepto ajeno a vos. La vida no es un valor para la Orden. Ellos enseñan que nuestras vidas son un estado transitorio sin sentido en nuestro camino a la vida eterna. Ellos creen que esta vida es un simple recipiente, un cascarón, para contener nuestra alma hasta que pueda alcanzar un plano superior de existencia. La Orden enseña que la gloria en la otra vida es nuestro mayor valor, y que esa gloria se obtiene mediante el sacrificio de esta vida a su causa. La Orden, por lo tanto, valora la muerte.

»Vos veis a aquellos que valoran la vida como débiles, inferiores. No podéis comprender lo que la vida, toda vida, significa para alguien como Richard, pero sí sabéis cómo utilizar lo que averiguasteis.

»Usáis ese valor para intentar intimidar a Richard para que no se enfrente al gran desafío de defender toda la vida. Al promover la mentira de que es un asesino de mujeres y niños creéis que podéis acobardarle, avergonzarle para que no ataque por miedo a que puedan morir civiles, y limitarle así a defenderse.

»Como guerrero experimentado sabéis muy bien que las guerras no se ganan poniéndose a la defensiva. Sin la dedicación total de la fuerza necesaria para aplastar las creencias despiadadas de un agresor, no se puede esperar jamás ganar una guerra porque esas creencias son lo que provoca la guerra en un principio.

»Richard también sabe que las guerras no se ganan a la defensiva, que para poner fin a la guerra con la mayor rapidez posible y la menor pérdida de vidas, el único modo es poner fin a la capacidad del agresor para perjudicarte y aplastar su devoción por las creencias que fueron las que dieron pie a su ataque.

»Vuestro objetivo, con esas mentiras vertidas contra un hombre que valora tanto la vida, es desacreditarlo, deshonrarlo y avergonzarlo para que tema actuar como debe si quiere ganar.

»Creáis una diversión con medias verdades para apartar todos los ojos de las implicaciones auténticas de vuestras creencias y ganar conversos a la ideología retorcida de la Orden. Acusáis a otros de las cosas de las que sois en realidad culpable, sabiendo que eso despertará emociones.

»Pero al final, esas acusaciones tan rimbombantes son simplemente una tapadera; un intento de agarrarse a un excusa para legitimar vuestras matanzas rutinarias.

»Vos y yo conocemos la realidad de los innumerables cadáveres de mujeres y niños que la Orden deja a su paso, pero éhos se pasan por alto en vuestra artificial indignación moral. Vuestra brutalidad, ferocidad y crueldad contra aquellos que no han hecho nada a los habitantes del Viejo Mundo define la naturaleza real de vuestras creencias. La enormidad de vuestra depravación queda agravada por el hecho de culpar a la víctima de los crímenes que vos cometéis sobre su pueblo, del mismo modo que me culpáis a mí de mi propia violación.

»Yo estaba allí el día que Richard dio a esas tropas sus órdenes. Conozco la

verdad.

»La verdad es que las mentes de la mayoría de los habitantes del Viejo Mundo han sido irrevocablemente mancilladas por su devoción fanática a ideas que sólo acarrean sufrimiento y muerte. A esas personas ya no se las puede redimir mediante el razonamiento. Richard sabe que el único modo de tratar con la maldad, de romper el vínculo de la gente con él, es hacer que aferrarse a tales creencias resulte insopportable.

»La Orden ha hecho que esto sea una guerra hasta las últimas consecuencias. Richard sabe que su pueblo no puede sobrevivir intentando coexistir con tal maldad, o disculpando a aquellos que la alimentan.

»La Orden busca exterminar la libertad. El cuchillo que la Orden intenta clavar en su corazón lo empuja la devoción por las creencias corruptas de la Orden. Richard entiende que debe eliminar la fuente de esas creencias o los librepensadores de todo el mundo morirán, asesinados por hombres alentados y alimentados por los habitantes del Viejo Mundo.

»La guerra es algo terrible. Cuanto antes se le ponga fin, menos sufrimiento y muerte habrá. Ése es el objetivo de Richard. Los pobres de espíritu retrocederían ante lo que debe hacerse por temor a ser criticados por los malvados. A Richard no van a disuadirle las palabras de hipócritas y resentidos.

»Lo cierto es que sus órdenes fueron que, siempre que fuera posible, sus soldados tenían que evitar lastimar a la gente, pero poner fin a la guerra es su objetivo primordial. Para hacer eso, deben destruir la capacidad de la Orden para hacer la guerra. Como soldados, ésa es la responsabilidad que les ha encomendado Richard. Están defendiendo el derecho de su gente a existir. Les dijo que cualquier otra cosa es simplemente dirigirse a la propia sepultura.

»Esta guerra no es más que una extensión de la gran guerra que lo devastó todo hace mucho tiempo, pero que en realidad jamás finalizó. El Viejo Mundo ha vuelto a ser presa de las ideas perversas de la Orden. ¿Cuántas vidas se han desperdiciado debido a esas creencias? ¿Cuántas más se desperdiciarán?

»La última vez, aquellos que se defendían de tales creencias no tuvieron el valor para aplastarlas y convertirlas en cenizas frías e inertes, y como resultado esta antigua guerra se ha reavivado otra vez a manos de la Fraternidad de la Orden. Tal y como sucedió entonces, la han desencadenado esas mismas ideas sin sentido de

que todo el mundo debe creer lo mismo que ellos o morir.

»Richard comprende que esta vez hay que ponerle fin de una vez por todas, que hay que liberar al mundo de la vida del veneno de la Orden. Él tiene el valor de hacer justo eso. Vuestras mentiras no lo disuadirán. A él no le importa lo que otras personas piensen de él. Únicamente le importa que no puedan volver a hacerle daño ni a él ni a aquellos que le importan.

»Para asegurarse de eso, se dará caza y se matará a aquellos que predicen el odio.

»Es posible que el ejército d'haraniano no sea ni con mucho tan numeroso como el de la Orden Imperial, pero os estrangularán. Quemaran cosechas y huertos, destruirán molinos y establos, destrozarán presas y canales. Cualquiera que se interponga en su tarea de detener vuestra capacidad para librarse una guerra del Viejo Mundo será eliminado.

»Lo que es más importante, esos soldados cortarán las líneas de suministros que se dirijan al norte. Poner fin a vuestra capacidad para matar a estas personas es el único objetivo de Richard. A diferencia de vos, él no necesita darle a nadie una lección sobre el poder... pero pondrá fin al vuestro.

»No habrá batalla final para decidirlo todo, como planeabais. A Richard no le importa cómo se detenga a vuestros hombres, únicamente que así sea... de una vez por todas.

»Sin suministros, vuestro ejército languidecerá y morirá aquí fuera en esta llanura estéril. Ésa es victoria suficiente.

Jagang sonrió de un modo que dio que pensar a Nicci.

—Querida, el Viejo Mundo es un lugar muy grande. Malgastan sus esfuerzos atacando cosechas. No pueden estar en todas partes.

—No tienen que estarlo.

Él se encogió de hombros.

—Es posible que puedan atacar convoyes de suministros aquí y allí, pero eso es simplemente el sacrificio que nuestro pueblo hará para el progreso de nuestra causa. Las bajas, no importa cuántas, son el coste de obtener fines morales.

»Debido a que comprendo el precio que debe pagarse para conducirnos a nuestra victoria final, ya he ordenado un aumento espectacular en el número de suministros que se envían al norte a nuestras valerosas tropas. Podemos enviar más hombres y suministros de los que Richard Rahl puede esperar detener.

»Las gentes del Viejo Mundo sacrificarán lo que deban para asegurarse de que tenemos lo que necesitamos para perseverar. El precio se ha elevado, pero nuestra gente lo pagará de buen grado. Imagino que tienes razón, que muchos de esos convoyes de suministros serán destruidos, pero las fuerzas d'haranianas no tienen hombres suficientes para detenerlos a todos.

A Nicci se le hizo un nudo en el estómago.

—Un alarde muy temerario...

—Si no me crees puedes juzgar por ti misma si digo la verdad. Otro convoy llegará pronto, un convoy de suministros tan largo que tendrías que permanecer en un mismo lugar durante dos días sólo para verlo pasar entero ante tus ojos. No te preocunes, nuestros valerosos hombres tendrán provisiones suficientes para llevar esta guerra a su conclusión.

Nicci negó con la cabeza.

—No veis la totalidad. Si no podéis atrapar y derrotar a las fuerzas d'haranianas, no podéis ganar esta guerra. Hay personas en el Viejo Mundo, igual que en cualquier otra parte, que ansían vivir sus propias vidas como deseen. La Orden puede que ciegue a muchos con sus enseñanzas, pero hay individuos en todas partes que utilizan la cabeza y comprenden la verdad de la vida. Hay personas así por todo el Viejo Mundo que se volverán contra la Orden.

»Sólo tenéis que mirar a Altur'Rang. Yo estaba allí cuando cayó. Había sido un lugar de padecimiento generalizado bajo el gobierno de la Orden Imperial. Ahora se ha quitado esas ataduras, las gentes del lugar prosperan. Otras personas verán tal cambio y eso las alentará a tener su propia vida. También ellas querrán prosperar.

Jagang pareció indignado ante tales palabras.

—¿Prosperar? No son más que infieles bailando sobre el terreno que será su sepultura. Serán aplastados. Eso es lo que verá la gente..., que la Orden castigará justamente a aquellos que dan la espalda a su deber para con su prójimo. El castigo

que sufrirán por su egoísmo será recordado durante mil años.

—¿Y las fuerzas d'haranianas? ¿Los lobos lanzados sobre vuestro rebaño? No serán eliminadas tan fácilmente. Seguirán quebrando el dominio de la Orden. Seguirán persiguiendo a aquellos que han enviado la guerra al norte, eviscerando el núcleo mismo de la Fraternidad de la Orden.

Jagang sonrió burlón.

—¡Oh, querida, estás tan equivocada en eso! Olvidas las Cajas del Destino.

—Sólo tenéis dos.

—Por el momento, tal vez, pero tendré las tres. Cuando las tenga, entonces soltaré su poder para que haga lo que le ordenemos. Con el poder de las cajas bajo mi control, toda oposición quedará barrida en una tormenta de fuego. Utilizaré el poder de las cajas para abrasar la carne de cada uno de esos soldados d'haranianos, y dejaré que cada uno tenga una muerte lenta y atroz. Perseguidos por el poder de las cajas, no habrá ningún sitio en el que puedan esconderse. Sus alaridos serán el sonido de una dulce justicia para nuestro pueblo, que ahora padece su brutalidad. También haré que cada uno de esos infieles traidores de Altur'Rang sufra las consecuencias de traicionar nuestras enseñanzas.

»El poder de las cajas servirá a la causa de la Fraternidad de la Orden y al final abatirá a los d'haranianos... sin importar dónde estén.

»Trituraré los huesos de Richard Rahl hasta convertirlos en polvo. Es hombre muerto, simplemente no lo sabe todavía.

La sonrisa burlona de Jagang le puso la piel de gallina a Nicci.

—Pero primero —dijo con evidente deleitación—. Quiero que viva el tiempo suficiente para verlo todo, que viva el tiempo suficiente para sufrir de verdad. Ya sabes lo mucho que me gusta que aquellos que se han opuesto a mí vivan de modo que puedan padecer el dolor de un auténtico sufrimiento.

Su voz descendió hasta ser un gruñido.

—Con ese propósito, tengo algo muy, muy querido para Richard Rahl. Cuando suelte el poder de las cajas podré por fin provocarle un dolor que no puede ni remotamente imaginar. Le provocará la clase de angustia emocional que

aplastará su espíritu, aplastará su alma, antes de que yo aplaste su cuerpo.

Nicci sabía que Jagang hablaba de Kahlan, pero no se atrevió a dejarle saber que estaba enterada de ello. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no echarle una mirada a la mujer, para no delatar lo que sabía.

—Venceremos —dijo—. Te ofrezco la oportunidad de regresar a mi lado... al lado de la Orden. Al fin y al cabo, no tienes otra elección que aceptar la voluntad del Creador. Es hora de que aceptes tu responsabilidad moral hacia tu prójimo.

Ella había sabido desde el momento en que había entrado en el campamento que no tenía posibilidad de escapar a lo inevitable. Jamás volvería a ver a Richard, ni a ser libre.

Jagang hizo un ademán displicente.

—No puedes lograr nada con tu afecto infantil por Richard Rahl.

Nicci sabía lo que iba a suceder si no se sometía a su autoridad. Si no aceptaba, él haría que fuera todo mucho más atroz para ella.

Pero su vida era suya, ahora, y no la arrojaría por la ventana.

—Si vais a triturar a Richard Rahl hasta convertirlo en polvo —repuso en su tono más condescendiente—, si él no es nada más que un problema insignificante para vos, entonces ¿por qué estáis tan preocupado por él? —Enarcó una ceja—. Es más, ¿por qué estáis tan celoso de él?

Con el rostro enrojeciendo de cólera, Jagang la agarró por la garganta y con un rugido la levantó hasta depositarla en la cama. Ella inhaló bruscamente justo antes de que él le aterrizará encima. Se puso a horcajadas sobre ella, luego se inclinó a un lado y tomó algo. Con el cuerpo de Jagang sobre ella, Nicci apenas podía respirar.

Una mano enorme le sujetó el rostro para mantenerle la cabeza inmóvil aun cuando ella no hizo ningún esfuerzo por resistirse. Con la otra mano tiró hacia fuera del labio inferior de la hechicera, y cuando le soltó la cara ella vio que sostenía un punzón.

Jagang se lo clavó a través del labio inferior, retorciéndolo para hacer un agujero. Lágrimas de dolor ardieron en los ojos de Nicci, pero no osó moverse para

que no le desgarrara el labio.

Tras extraer el punzón, introdujo un aro de oro abierto a través del labio recién perforado.

Inclinándose al frente, Jagang usó los dientes para cerrar el aro.

Su barba rala le araño la mejilla cuando se apretó contra ella y susurró en su oreja:

—Eres mía. Hasta el día que decida que tienes que morir, tu vida me pertenece. Será mejor que te olvides de Richard Rahl. Cuando haya terminado contigo el Custodio te tendrá por traicionarme.

La abofeteó. El tortazo pareció hacer vibrar todos sus dientes.

—Se terminó el ser la furcia de Richard Rahl. Muy pronto admitirás que no hacías más que intentar ponerme celoso y que es en mi cama donde realmente querías estar todo el tiempo... ¿No es cierto?

Nicci alzó la mirada hacia él sin mostrar ninguna emoción ni decir nada.

Él le asestó un puñetazo.

—¡Admítelo!

Con todas sus energías, Nicci mantuvo la voz imperturbable.

—No podéis hacer que alguien sienta afecto por vos pegándole.

—¡Tú has hecho que te pegara! ¡Es culpa tuya! Dices cosas que sabes que me enfurecerán. No te pegaría si no estuvieras siempre empujándome a ello. Tú te lo buscas.

Como para demostrar lo que decía, le asestó dos poderosos golpes en la cara. Ella hizo todo lo posible por no hacer caso del dolor. Sabía que aquello era sólo el principio.

Alzó los ojos hacia él y no dijo nada. Había estado debajo de él suficientes veces como para saber muy bien lo que venía a continuación.

Empezaba a dirigirse ya a aquel lejano lugar en su mente. Ya no se concentraba en el hombre que tenía encima, golpeándola. La mirada fue a posarse en el techo de la tienda.

Mientras sus puños la machacaban, ella apenas lo sentía. Era tan sólo su cuerpo, en algún lugar distante, lo que sentía dolor.

Tenía que respirar entre un borboteo de sangre.

Sabía que él le estaba quitando el vestido, sabía que sus manazas la toqueteaban, pero también hizo caso omiso de eso.

En su lugar... mientras Jagang le pegaba, la manoseaba, se subía sobre ella y la obligaba a separar las piernas... pensó en Richard, en que él siempre la trataba con respeto.

Mientras empezaba la pesadilla, ella soñó otras cosas.



Con el dorso de la muñeca, Rachel limpió el sudor de su frente. Sabía que en cuanto dejara de trabajar sentiría frío, pero en aquel momento sudaba. Era difícil parar, porque tenía prisa. Aunque se había detenido para pasar la noche, aún sentía el impulso de apresurarse, así que fue a toda velocidad que había construido su refugio.

No le gustaba pensar en lo que le sucedería si no se daba prisa.

Las ramas de pino que había cortado y apoyado contra la baja pared de roca ayudarían a impedir el paso del viento helado. Las había apuntalado con un soporte hecho de vástagos secos de cedro que había encontrado a poca distancia. Cortar ramas verdes de pino con un cuchillo no era fácil. Chase le había enseñado a construir un refugio, y probablemente no tendría muy buena opinión de éste, pero sin tener al menos una hachuela era lo mejor que podía hacer. Y más si tenía que darse prisa.

Había atado el caballo cerca, tras dejarle beber hasta hartarse en un riachuelo próximo, y había tenido la precaución de darle la cuerda suficiente para que pudiera alimentarse de los matojos de hierba que crecían a lo largo de la orilla.

Usando el pedernal que había en las mochilas, había encendido un fuego justo dentro de la protección contra el viento que había construido. Resultaba aterrador estar allí sola, en el monte, de noche. Podría haber osos, pumas o lobos. Una fogata la ayudaba a sentirse a salvo mientras dormía un poco esperando al alba. Necesitaba seguir adelante. Necesitaba apresurarse.

Cuando empezó a sentir frío, Rachel puso un pequeño tronco en el fuego y luego se sentó sobre la pequeña manta que había extendido encima de unas ramas de pino. Chase le había enseñado que un almohadón de ramas la mantendría alzada respecto del suelo y la ayudaría a mantenerse caliente. La creciente oscuridad la asustaba.

En lugar de dejarse vencer por el miedo, se acercó las alforjas y sacó un trozo

de cecina. Arrancó un pequeño bocado con los dientes y dejó que el sabor satisficiera su persistente hambre. No le quedaba mucha comida, así que intentaba conservar la que tenía. No tardó mucho en masticar y tragarse.

Partió un pedazo de galleta dura y, sosteniéndolo en la palma, dejó caer un poco de agua del odre sobre él para ablandarlo un poco. Las galletas estaban duras como piedras. La cecina era más fácil de masticar, pero tenía más galletas.

Había buscado bayas mientras cabalgaba, pero el invierno ya estaba muy adelantado para que quedara ninguna. Un día había descubierto un manzano silvestre. Aun cuando estaban resecos, sus frutos podrían haberle servido como comida, pero ella sabía bien que no debía comer fruta roja. La fruta roja era venenosa. No quería envenenarse.

Permaneció sentada sin hacer ruido durante un rato, masticando la cecina mientras clavaba la mirada en el fuego. Mantenía el oído aguzado. No quería que la sorprendiera un animal hambriento que pudiera pensar que ella sería un buen bocado.

Cuando alzó los ojos, había una mujer de pie ante ella.

Rachel lanzó una exclamación ahogada. Intentó retroceder, pero la pared de roca estaba justo detrás de ella. Se dijo que podría escabullirse hacia el lado si era necesario. Agarró a toda prisa el cuchillo y lo alzó.

—Por favor, no te asustes.

Rachel pensó que debía de ser la voz más agradable, dulce y amable que había oído nunca. Pero también sabía que no debía dejarse engatusar por palabras zalameras.

Mantuvo los ojos fijos en la mujer, intentando decidir qué hacer, mientras la mujer mantenía los suyos bajados hacia ella. No parecía amenazadora. No hacía nada que pareciera hostil. No obstante, había aparecido en mitad de la noche.

Había algo en ella que le resultaba vagamente familiar. La mujer era bastante bonita, con lisos cabellos rubios muy cortos. Tenía las manos unidas ante ella y los dedos entrelazados flojamente. Llevaba una sencilla túnica de lino. El chal que le rodeaba los hombros parecía teñido con alheña.

Por el modesto vestido parecía que debía ser una plebeya, más que una noble.

Por haber vivido en el palacio de Tamarang, Rachel sabía mucho sobre mujeres nobles. Las mujeres nobles a menudo significaban problemas para alguien como Rachel.

—Por favor, ¿puedo sentarme y compartir tu fogata? —preguntó la mujer con una voz que tuvo a Rachel pendiente de cada palabra.

—No.

—¿No?

—No. No te conozco. No te acerques.

La mujer sonrió un poco.

—¿Estás segura de que no me conoces, Rachel?

Rachel tragó saliva. Los brazos se le pusieron de carne de gallina.

—¿Cómo sabes mi nombre?

La sonrisa se ensanchó un poco... no con malicia, sino de un modo dulce y bondadoso. También los ojos de la mujer mostraban una ternura que les daba el aspecto de que jamás podrían tener la intención de causar daño. De todos modos, eso no disminuyó la cautela de la niña. Ya la habían engañado damas de aspecto agradable en el pasado.

—¿Te gustaría comer otra cosa?

—No. Estoy perfectamente —dijo Rachel—. Quiero decir, agradezco tu oferta, es muy amable por tu parte, pero estoy perfectamente, gracias.

La mujer se inclinó y recogió algo que descansaba sobre el suelo, detrás de ella. Cuando volvió a alzarse, Rachel vio que era una ristra de truchas pequeñas.

Las sostuvo en alto.

—¿Sería posible que usara tu fogata para asarlas para mí?

A Rachel le costaba pensar. Tenía que darse prisa. Eso era en todo en lo que parecía capaz de concentrarse... en que tenía que darse prisa. Pero no podía darse

prisa estando acampada. No podía irse hasta que fuera de día.

—Supongo que no pasará nada si asas tus peces.

La mujer volvió a sonreír. Era una sonrisa que por algún motivo levantó el ánimo de la niña.

—Gracias. No seré ninguna molestia para ti.

En un abrir y cerrar de ojos, dio media vuelta y desapareció en la noche. Rachel no tenía ni idea de adónde iba, o por qué. La ristra de peces seguía en el suelo, a poca distancia. La niña permaneció escuchando en la oscuridad mientras el fuego siseaba y chisporroteaba; aferró el cuchillo en el puño mientras se esforzaba por oír en el silencio nocturno, en busca de cualquier indicio de que la mujer pudiera ir acompañada.

Cuando regresó, la mujer tenía un montón de grandes hojas de arce, varias de ellas cubiertas con una gruesa capa de barro. No dijo nada mientras se acuclillaba y empezaba a preparar el pescado. Enrolló cada pescado en una hoja limpia de arce, los colocó en fila, puso una capa de barro encima y lo envolvió todo con hojas. Una vez que tuvo hecho el horno de barro lo depositó con cuidado sobre el fuego.

Todo ese tiempo, Rachel no la perdió de vista. Era difícil no hacerlo. Rachel era incapaz de apartar los ojos de la mujer. Había algo en ella que hacía que la niña ansiara terriblemente estar más cerca de ella. Con todo, su sentido de la cautela no se lo permitía.

Además, tenía prisa.

La mujer retrocedió unos pasos, al parecer para no asustar a Rachel, y se sentó en el suelo, doblando las piernas bajo el cuerpo, para esperar a que el pescado se asara. Danzaron llamas en el frío aire nocturno, y se alzaron remolinos hacia el cielo cada vez que la leña chasqueaba. De vez en cuando la mujer se calentaba las manos en el fuego.

A Rachel le costaba no pensar en el pescado. Olía deliciosamente. Podía imaginar lo bien que sabría, pero había dicho que no quería ninguno.

Reparó, entonces, en que había hecho una pregunta antes y que no había obtenido una respuesta.

—¿Cómo sabes mi nombre?

La mujer encogió un hombro.

—Los buenos espíritus deben habérmelo susurrado al oído.

Rachel pensó que era la cosa más estúpida que había oído jamás. Pero no pudo evitar reír tontamente.

—Lo cierto —dijo la mujer, con una expresión más seria— es que te recuerdo.

La carne de gallina regresó.

—¿Del castillo en Tamarang?

La mujer hizo girar un dedo.

—No. De antes.

Rachel frunció el entrecejo.

—¿Del orfanato?

La mujer emitió un pequeño sonido para confirmarlo. De improviso, parecía triste.

Juntas contemplaron cómo las llamas oscilaban y danzaban, y proyectaban luz sobre la pared de roca y el cobertizo de ramas de pino. A lo lejos, los coyotes aullaban con prolongados lamentos solitarios. Cada vez que los coyotes empezaban a aullar Rachel se alegraba de tener la fogata. Podría resultar presa fácil de cualquier animal salvaje de no ser por el fuego.

Los insectos chirriaban y zumbaban mientras algunas palomillas describían círculos a través de la luz. Chispas arremolinadas ascendían al cielo nocturno, dando la impresión de estar ansiosas por unirse a las estrellas. Todo ello empezó a adormilar a Rachel.

—Apuesto a que el pescado está listo —dijo la mujer con tono vivaracho.

Se movió al frente con rapidez y usó un palo para hacer rodar el pequeño horno de barro fuera del fuego. Abriendo bien las hojas sobre el suelo, dejó por fin

las truchas al descubierto. Estaban en su punto.

Cogió un pedazo y lo probó, gimió de placer ante lo bien que sabía.

A continuación colocó el resto de la trucha sobre una hoja de arce y se la ofreció a Rachel. Rachel permaneció sentada con la vista fija en su mano. Había dicho que no quería ninguna de las truchas de la mujer.

—Gracias, pero tengo mis propias cosas para comer.

—Tonterías, hay más que suficiente. Por favor, ¿no comerás un poco conmigo? ¿Sólo un poquito? Al fin y al cabo, he usado la fogata que tú hiciste con tu esfuerzo, de modo que es lo mínimo que puedo hacer.

Rachel contempló el pescado, de aspecto delicioso, que descansaba sobre la hoja que la mujer tenía en la palma de la mano.

—Bueno, si no te importa, entonces. Cogeré uno.

La mujer sonrió y el mundo pareció de improviso un lugar mejor. Rachel pensó que debía de ser una sonrisa como la que mostraría una madre... llena de sencillo placer ante lo maravilloso de la vida.

Intentó no devorar el pescado. El que estuviera ardiendo ayudó a que fuera más despacio. Eso, y las pequeñas espinas. Resultaba tan agradable comer comida caliente que casi gritó de alegría. Cuando terminó el pescado, la mujer le entregó otro. Rachel lo tomó sin vacilar. Necesitaba tanto comer... Se dijo que necesitaba estar fuerte para poder ir deprisa. El tierno pescado calmó el retortijón de hambre alojado en lo más profundo de su estómago, haciendo que el dolor se disipara. La niña comió cuatro truchas más antes de quedar harta.

—No fuerces tu caballo tanto mañana —dijo la mujer—. Si lo haces, morirás.

Rachel pestañeó.

—¿Cómo sabes eso?

—Fui a saludar a tu animal cuando tropecé contigo. Tu caballo está agotado.

A Rachel le supo mal por el caballo, pero tenía que darse prisa. No podía aminorar la marcha por nada. Tenía que ir deprisa.

—Si voy más lenta me atraparán.

La mujer ladeó la cabeza.

—¿Quién te atrapará?

—Los engullidores espirituales.

—Ah, entiendo.

—Los engullidores espirituales van tras de mí. Siempre que aminoro la velocidad empiezan a acercarse más. —Los ojos de Rachel se llenaron de lágrimas—. No quiero que los engullidores espirituales me atrapen.

De repente la mujer estaba allí, justo a su lado, rodeándola con un brazo, protegiéndola. Era una sensación tan reconfortante que Rachel empezó a llorar en el consuelo de aquella protección. Tenía que apurarse. Tenía tanto miedo.

—Si matas al caballo —dijo la mujer en un tono suave y tierno—, los engullidores espirituales te atraparán, ¿no es cierto? Haz que vaya sólo un poquitín más despacio. Tienes tiempo.

Rachel se acurrucó en el pliegue del brazo de la mujer.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Tienes que dejar que el caballo recupere sus fuerzas. No te servirá de nada matar al animal. Confía en mí, no querrás estar en terreno abierto sin un caballo...

—¿Porque entonces los engullidores espirituales me atraparán?

La mujer asintió.

—Porque entonces los engullidores espirituales te atraparán.

Cuando un escalofrío recorrió la espalda de Rachel, la mujer la apretó contra sí hasta que desapareció. Rachel reparó en que tenía el dobladillo del vestido en la boca, tal y como tenía por costumbre hacer cuando era pequeña.

—Alarga la mano —dijo la mujer con aquella voz tranquilizadora suya—.

Tengo algo para ti.

—¿Qué es?

Cuando Rachel alargó la mano la mujer depositó algo pequeño en ella. La niña lo alzó más cerca del rostro para verlo mejor. Era corto, y recto.

—Mételo en tu bolsillo.

Rachel alzó los ojos hacia el dulce rostro que la contemplaba.

—¿Por qué?

—Para cuando lo necesites.

—¿Necesitarlo? ¿Para qué lo necesitaré?

—Lo sabrás cuando llegue el momento. Lo sabrás cuando lo necesites. Cuando así sea, recuerda que está ahí, en tu bolsillo.

—Pero ¿qué es?

La mujer sonrió con aquella sonrisa maravillosa.

—Es lo que necesitas, Rachel.

Desconcertada como estaba, a Rachel no se le ocurría para qué le serviría. Deslizó el pequeño objeto dentro de su bolsillo.

—¿Es mágico? —preguntó.

—No —respondió la mujer—. No es mágico. Pero es lo que necesitarás.

—¿Me salvará?

—Tengo que irme ahora —dijo la mujer.

Rachel sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—¿No podrías quedarte sentada junto al fuego un ratito?

La mujer la contempló con mirada sagaz y tierna.

—Supongo que podría.

Rachel sintió que la carne de gallina regresaba a sus brazos.

Sabía quién era la mujer.

—¿Eres mi madre, verdad?

La mujer pasó una mano por los cabellos de Rachel. Sonreía con tristeza. Una lágrima le corrió por la mejilla.

Rachel sabía que su madre estaba muerta, o, al menos le habían contado que lo estaba.

A lo mejor aquél era el buen espíritu de su madre.

Abrió la boca para volver a hablar, pero su madre la acalló con dulzura, luego inclinó la cabeza de Rachel contra ella.

—Necesitas descansar. Yo te vigilaré. Duerme. Estás a salvo conmigo.

Rachel estaba muy cansada. Escuchó el maravilloso sonido del latir del corazón de su madre. Pasó los brazos alrededor de las costillas de su madre, y se apretujó contra ella.

La pequeña tenía un millar de preguntas, pero no creía que fuera a ser capaz de hacer pasar una sola palabra a través del nudo que tenía en la garganta. Además, en realidad no quería hablar. Sólo quería permanecer en el refugio que ofrecían los brazos de su madre.

A pesar de lo mucho que quería a Chase, esto era algo que resultaba tan especial que sabía que era injusto compararlo con cualquier otra cosa. Quería a Chase con toda su alma. Esto era maravilloso de otro modo. Como dos mitades que conformaban un todo.

Rachel sólo comprendió que había estado dormida porque cuando abrió los ojos justo amanecía. Unas nubes de un violeta oscuro daban la impresión de estar tratando de ocultar la luz que se aproximaba por el este.

Se incorporó bruscamente.

Todo lo que quedaba del fuego eran cenizas frías.

Estaba sola.

Antes de que pudiera pensar en nada más, antes de que tuviera tiempo de entristecerse, supo que tenía que darse prisa.

Con un esfuerzo frenético recogió a toda velocidad sus escasas pertenencias —la manta, el pedernal y el acero, el odre— y las metió de cualquier modo en las alforjas. Vio el caballo no muy lejos, contemplándola.

Tenía que asegurarse de no hacer correr demasiado al animal. Si agotaba al caballo y éste moría, tendría que ir a pie.

Y entonces los engullidores espirituales la atraparían.



Kahlan cerró con ternura ambas manos alrededor del tembloroso puño entreabierto de Nicci. Esperó que, mediante aquella conexión, aquel sencillo acto, la mujer cubierta de sangre, que yacía en la cama de Jagang, pudiera al menos obtener cierto consuelo. A pesar de toda la empatía que la embargaba, Kahlan no podía ofrecerle mucha ayuda.

Había sido una noche aterradora y terrible. Jagang llevaba a menudo a cautivas a su lecho, y con frecuencia les hacía daño, bien porque sencillamente no tenía en cuenta su propia fuerza, o porque su intención era lastimarlas cuando no cooperaban.

Esto era distinto. Con Nicci, estaba dando rienda suelta a unos celos atroces.

Nunca había hecho tanto daño a ninguna de aquellas otras mujeres como a Nicci. Mentalmente, comprendió Kahlan, él se estaba desquitando, ajustando cuentas, haciendo pagar a Nicci el precio de haberle sido infiel.

En cierto sentido, Jagang también había mostrado a Kahlan la clase de tratamiento que podía esperar una vez que recuperara por fin la memoria. Kahlan intentó dejar fuera de su mente las cosas que había visto y oído para no sentir náuseas, y se concentró en su lugar en el presente, y el futuro.

Soltó una mano y giró el cuerpo para coger un odre de agua que descansaba sobre el suelo a poca distancia. Nicci sujetó levemente la otra mano, al parecer temerosa de perder la compasión que había en aquella conexión.

—Toma —dijo Kahlan con un susurro mientras alzaba el odre hasta los labios de Nicci.

Salpicaduras de sangre seca enmascaraban el rostro y los cabellos de la hechicera.

Aparte de sujetar flojamente la mano de Kahlan, Nicci no respondió.

—Bebe —la instó Kahlan—. Es agua.

Nicci no hizo ningún esfuerzo por beber, así que Kahlan dejó que un poco de agua goteara por los labios agrietados de la mujer y penetrara en su boca. Nicci tragó, luego apartó la cabeza del odre con un grito de dolor.

—Chist —instó Kahlan—. Sé que duele, pero intenta mantenerte quieta. Necesitas beber. Necesitas agua. Cuando uno está herido, el cuerpo necesita agua para reponerse.

Con lo mucho que le había apretado la garganta mientras la insultaba hecho una furia, era un milagro que Jagang no hubiera aplastado la tráquea de Nicci. Sus poderosas manos habían dejado unos impresionantes moratones, no obstante, y no sólo en el cuello.

Los ojos azules de Nicci se abrieron poco a poco, concentrándose en el rostro de Kahlan. Kahlan estaba agachada, sentada en el suelo, junto a la cama. Estaba inclinada muy cerca de Nicci, intentando mantener la voz baja, de modo que no llegara hasta aquellos que estaban fuera del dormitorio. No quería que nadie la oyera hablando con Nicci. Ésta no había querido que Jagang supiera que podía ver a Kahlan. Kahlan consideraba prudente no dejar nunca que un enemigo supiera más de lo absolutamente necesario, y al parecer Nicci pensaba de un modo muy similar.

Incómodo como era estar inclinada por encima del borde de la cama, Kahlan no se atrevía a levantarse de la alfombra. Conocía las consecuencias de levantarse cuando Jagang le había dicho que permaneciera en el suelo.

Un irregular corte profundo en la línea del cuero cabelludo de Nicci, en el lado derecho de la frente, seguía sangrando. Un golpe de refilón del puño lleno de anillos de Jagang había desgarrado un colgajo de cuero cabelludo. Kahlan cogió un paño, lo dobló y lo presionó con suavidad sobre la herida de la frente de la hechicera, colocando el pedazo suelto de carne en su lugar mientras aplicaba presión para detener la hemorragia. En unos instantes la tela quedó empapada de sangre. A pesar de lo mucho que deseaba ayudar, pocas otras cosas se le ocurrían que pudiera hacer, aparte de intentar detener un poco el sangrado y ofrecerle un trago de agua.

La herida del aro de oro que perforaba el labio inferior de Nicci todavía supuraba, dejando un rastro de sangre a lo largo de su mandíbula y su cuello, pero

no era grave como la herida de la frente, por lo que Kahlan no intentó hacer nada por ella.

Echó con cuidado hacia atrás un mechón de pelo rubio de Nicci para retirárselo de la cara.

—Lamento lo que te hizo.

Nicci asintió levemente, con la mandíbula temblando un poco mientras contenía las lágrimas.

—Deseaba tanto detenerle... —dijo Kahlan.

Con la parte posterior de un dedo Nicci atrapó la lágrima que descendía por la mejilla de Kahlan.

—No había nada que pudieses hacer —consiguió decir la hechicera—. Nada.

Su voz era débil pero, a pesar de eso, todavía contenía la misma elegancia aterciopelada de antes. Era una voz que se correspondía a la perfección con el resto de ella. Kahlan jamás habría imaginado que una voz tan deliciosa pudiera expresar también un desprecio tan justificado como el que había mostrado a Jagang.

—No hay nada que ninguna de nosotras pueda hacer —musitó Nicci mientras se le cerraban los párpados—. Excepto tal vez Richard...

Kahlan estudió los ojos azules de la mujer por un momento.

—¿Realmente piensas que Richard Rahl puede hacer algo?

Nicci sonrió para sí.

—Lo siento. No me di cuenta de que había dicho la última parte en voz alta. ¿Dónde está Jagang?

Kahlan efectuó una comprobación y vio que la herida bajo la tela que había apretado contra la cabeza de Nicci había dejado de sangrar.

—¿No lo oíste cuando se fue? —preguntó mientras dejaba la tela empapada de sangre a un lado.

Nicci movió la cabeza de lado a lado para decir que no lo había oído. Kahlan alzó el odre a modo de pregunta. Nicci asintió. Hizo una mueca de dolor mientras tragaba, pero bebió.

—Bueno —dijo Kahlan cuando Nicci acabó de beber—, alguien vino en su busca. Él fue a la entrada y un hombre le habló en voz baja. No pude oírlo todo, pero sonó como si dijera que habían encontrado algo. Jagang regresó y se puso su ropa. Por lo deprisa que se vistió, era evidente que tenía prisa por echar una mirada al descubrimiento. Me dijo que me quedara donde estaba.

»Luego colocó una rodilla sobre la cama, se inclinó sobre ti y te susurró que lo sentía.

Nicci soltó una risotada, pero ésta quedó interrumpida de golpe al hacer ella una mueca de dolor.

—Es incapaz de sentir pena por nadie que no sea él mismo.

—No seré yo quien te lo discuta —repuso Kahlan—. De todos modos, prometió hacer venir a una Hermana para que te curara. Te pasó una mano por la cara y volvió a decir que lo sentía. Luego hizo una pausa, bajando los ojos hacia ti con expresión preocupada. Se inclinó un poco más cerca y dijo: «Por favor, no te mueras, Nicci». Tras eso salió a toda prisa, repitiéndome que permaneciera en el suelo.

»No sé cuánto tiempo estaré fuera, pero sospecho que aparecerá una Hermana por aquí en cualquier momento.

Nicci asintió, sin que pareciera importarle en realidad si la curaban o no. Kahlan podía comprender, en cierto modo, que Nicci pudiera preferir deslizarse a la oscura eternidad de la muerte a enfrentarse a lo que sería su vida a partir de ahora.

—Lamento muchísimo que te haya atrapado, pero no sabes lo bueno que es tener a otra persona que es capaz de verme... alguien que no está con ellos.

—Puedo imaginarlo muy bien —respondió Nicci.

—Jillian dijo que te había visto antes. Con Richard Rahl. Me habló un poco sobre ti. Eres tan hermosa como dijo que eras.

—Mi madre me decía que ser hermosa era sólo útil para las prostitutas. A lo mejor tenía razón.

—A lo mejor estaba celosa de ti. O era sólo una estúpida.

Nicci sonrió tan ampliamente que pareció que iba a echarse a reír.

—Era lo último. Odiaba la vida.

La mirada de Kahlan se apartó de Nicci mientras jugueteaba con un hilillo suelto del cubrecama.

—¿Así que conoces a Richard Rahl bastante bien?

—Bastante bien —dijo Nicci.

—¿Estás enamorada de él?

Nicci miró hacia ella, contemplando los ojos de Kahlan durante un buen rato.

—Es más complicado que eso. Tengo responsabilidades.

Kahlan sonrió un poco.

—Entiendo.

Le alegró que Nicci no hubiera intentado mentir, negándolo.

—Tienes un voz hermosa, Kahlan Amnell —susurró Nicci mientras la miraba con fijeza—. De verdad que la tienes.

—Gracias, pero a mí no me parece hermosa. A veces pienso que sueno como una rana.

Nicci sonrió.

—Ni por asomo.

Kahlan frunció el entrecejo.

—¿Me conoces, entonces?

—No en realidad.

—Pero sabes mi nombre. ¿Sabes algo sobre mí? ¿Sobre mi pasado? ¿Quién soy en realidad?

Los ojos azules de Nicci la observaron del modo más curioso.

—Sólo lo que he oído.

—¿Y qué has oido?

—Que eres la Madre Confesora.

Kahlan sujetó un poco de pelo tras la oreja.

—Yo también he oido eso.

Volvió a comprobar la entrada y, viendo que la colgadura seguía en su lugar y no oyendo voces cerca, volvió a girar la cabeza hacia Nicci.

—Me temo que no sé lo que significa. No sé apenas nada sobre mí. Como seguro que puedes imaginar, resulta de lo más frustrante. A veces, me siento tan desanimada al no ser capaz de recordar nada...

La voz de Kahlan se apagó cuando los ojos de Nicci se cerraron bajo una punzada de atroz dolor. Le costaba respirar.

Kahlan posó una mano sobre el hombro de la mujer.

—Aguanta, Nicci. Por favor, aguanta. Vendrá una Hermana a curarte en cualquier momento. Ellas me han hecho daño otras veces... un daño horrible... y me curaron, así que sé que pueden hacerlo. Estarás bien después de que vengan.

Nicci asintió levemente, pero no abrió los ojos. Kahlan deseó que una de las Hermanas acudiera rápidamente. Al no haber otra cosa que pudiera hacer, Kahlan volvió a dar de beber a la hechicera, luego humedeció otra vez el trozo de tela y se lo pasó con cuidado por la frente.

Kahlan estaba dividida entre permanecer donde le habían dicho y correr a la abertura que conducía fuera del dormitorio para exigir que alguien fuera en busca de una Hermana. Sabía, no obstante, que el collar que llevaba al cuello la tumbaría

antes de que fuera capaz de dar dos pasos. Era un tanto sorprendente que no hubiera venido ya una Hermana. Por lo general, siempre había al menos una de ellas a mano.

—No he visto nunca a nadie hacerle frente a Jagang como lo hiciste tú —dijo Kahlan.

—En realidad no importaba. —Nicci hizo una pausa para recuperar el aliento—. Él iba a hacer lo que quería hacer. Pero yo no estaba dispuesta a aceptarlo.

Kahlan sonrió ante el espíritu de rebeldía de la mujer.

—Jagang ya estaba enojado contigo mucho antes de que llegases. La hermana Ulicia le contó que estabas enamorada de Richard. Ella no dejaba de hablar y hablar sobre ello.

Los ojos de Nicci estaban abiertos, pero no dijo nada mientras los mantenía clavados en el techo.

—Por eso Jagang te interrogaba..., por lo que la hermana Ulicia le contó. Estaba celoso.

—No tiene motivos para estar celoso. Debería preocuparle más que un día voy a matarle.

Kahlan sonrió. Luego, se preguntó si Nicci quería decir que Jagang no tenía motivos para estar celoso porque no había nada entre ella y Richard, o porque lo había pero el emperador no tenía derecho a pretender su corazón.

—¿Crees que alguna vez tendrás una oportunidad de matarlo?

En un gesto de desaliento, Nicci alzó una mano sólo un poco, luego volvió a dejarla caer al costado.

—Probablemente no. Creo que soy yo la que va a resultar muerta.

—A lo mejor podemos pensar en algo antes de que eso suceda —repuso Kahlan—. ¿Cómo consiguió capturarte, de todos modos?

—Yo estaba en el palacio.

—¿Hallaron un modo de entrar?

—Sí. A través de unas catacumbas olvidadas que pasan por debajo de las llanuras Azrith y bajo la meseta. Las cámaras y pasillos subterráneos parecen haber sido abandonados hace milenios.

»Creo que fue una expedición de reconocimiento la que me atrapó. No han empezado a invadir el palacio, todavía, pero en cuanto tengan colocado lo que necesitan estoy segura de que lo harán.

Kahlan comprendió que era eso lo que habían descubierto enterrado en el pozo. Con un modo de entrar, era sólo una cuestión de tiempo que asaltaran el palacio y masacraran a todos los que había allí arriba. Sabía que cuando eso sucediera toda esperanza se habría perdido. Jagang habría derrotado al último foco de resistencia contra la Orden Imperial. Él goberaría el mundo.

Al menos, lo haría si conseguía ponerle las manos encima a la tercera caja del Destino. Kahlan no dudaba de su palabra de que pronto conseguiría también eso. Parecía que el tiempo no tan sólo se le acababa a Richard Rahl, sino también a toda esperanza de que sobreviviera la libertad.

Nicci, con la barbilla temblando, miró en dirección a Kahlan.

—Por favor, ¿me tapas?

—Lo siento —dijo Kahlan—, debería haberlo pensado.

En realidad, lo había hecho, pero había pensado que a lo mejor sería peor si tapaba a Nicci y la sábana se adhería a las heridas. De todos modos, podía comprender por qué Nicci quería que la tapara.

Estiró el cuerpo, atrapó el borde de la colcha dorada y tiró de él hacia arriba. Teniendo siempre presente el collar, procuró no alzarse del suelo.

—Gracias —dijo Nicci mientras conseguía tirar ella misma de la colcha dorada para cubrirse.

—No te avergüences —indicó Kahlan.

Nicci frunció levemente el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

—Jamás deberías avergonzarte de ser una víctima. No hubo ninguna culpa por tu parte. Lo único que deberías sentir es cólera ante una violación así. Tú no hiciste nada para alentarlo. Fue violación, tal y como dijiste.

Nicci sonrió un poco a la vez que tocaba la mejilla de Kahlan.

—Gracias.

Kahlan inhaló profundamente.

—Jagang ha prometido hacerme más o menos lo mismo que te hizo a ti.

La mano de Nicci se cerró con fuerza sobre la de Kahlan, ofreciendo a su vez algo de consuelo.

Kahlan vaciló, pero luego prosiguió:

—La única razón por la que no lo ha hecho aún es porque quiere que sea peor de lo que sería si lo hiciera ahora. Me contó que quiere esperar hasta que yo sepa quién soy. Dice que cuando recuerde mi pasado y quién soy, será muchísimo peor para mí. Dice que quiere que «él» lo vea. Jagang dice que quiere destruirnos a ambos de ese modo, destruirlo todo.

Nicci cerró los ojos y se los cubrió con una mano, como si fuera incapaz de soportar pensarla.

—Parece muy evidente que tiene que estar hablando de alguien de mi pasado. ¿Sabes quién es ese «él»?

La respuesta de Nicci tardó un buen rato en llegar.

—Lo siento, pero no te recuerdo a ti, o a tu pasado. Todo lo que sé son las cosas que he oído, como tu nombre y que eres la Madre Confesora.

Kahlan asintió. No creía que estuviera obteniendo toda la verdad. Estaba bastante segura de que Nicci sabía más de lo que admitía, pero pensó que era mejor, no obstante, no presionarla sobre el tema. Por el momento, obligarla a hacer cualquier cosa que no quisiera hacer parecía demasiado cruel. Tal vez la mujer tenía sus propias razones para no querer decir más. A lo mejor aquellas razones eran

estRICTAMENTE PERSONALES Y NO INCUMBÍAN A KAHLAN.

Kahlan sonrió, decidida a alejarse de un tema tan sombrío.

—Me gustaron todas las cosas que dijiste sobre Richard Rahl. Ese Richard parece la clase de hombre que me gusta.

Nicci sonrió de un modo apenas perceptible.

—Los dos sois buenas personas.

Kahlan movió un pulgar a un lado y a otro del borde del cubrecama.

—¿Cómo es? No dejo de oír cosas sobre él. Cada vez que me doy la vuelta, parece como si el fantasma de Richard Rahl estuviera rondando de algún modo por mi vida. —Kahlan alzó la vista—. ¿Cómo es en realidad?

—No lo sé. Es simplemente... Richard. Es un hombre a quien le importan profundamente aquellos a los que ama.

—Por lo que contaste a Jagang, pareces saber lo que piensa ese Richard sobre muchas cosas. Pareces haber estado a su lado muchas veces. Suena como si a él le importases mucho.

Nicci desechó la sugerencia con un veloz movimiento de una mano. Miró en dirección a Kahlan.

—Hay soldados corrientes fuera de la tienda de Jagang. ¿Sabes por qué?

El brusco cambio de tema indicó a Kahlan que estaba indagando en cosas de las que Nicci no quería hablar. Se preguntó por qué.

Devolvió la atención a la pregunta de Nicci.

—Esos soldados están ahí porque pueden verme. Pocas personas pueden. La hermana Ulicia contó a Jagang que cree que no es más que una anomalía. Después de que yo matara a dos de los guardias de Jagang y a la hermana Cecilia...

Con una expresión vehemente, Nicci alzó un poco la cabeza.

—¿Mataste a la hermana Cecilia?

—Sí.

—¿Cómo conseguirte matar a una Hermana de las Tinieblas?

—Fue en Caska, el lugar donde Richard y tú visteis a Jillian.

—¿Quién te contó eso?

—Jillian.

La cabeza de Nicci volvió a descender.

—Oh.

—Jillian dijo que ayudó a Richard a encontrar el libro *Cadena de Fuego*, que estaba buscando en las catacumbas de Caska. Allí es donde Jagang capturó a las hermanas, Ulicia, Armina y Cecilia. Ellas pensaban que iban a reunirse con la hermana Tovi cuando llegaran allí. Resultó que Tovi ya estaba muerta, y era Jagang quien estaba allí esperándolas. Se sorprendieron mucho.

—Apuesto a que sí —dijo Nicci.

—Al igual que casi todas las demás personas, los guardias de Jagang no podían verme, así que mientras el Caminante de los Sueños estaba ocupado con las Hermanas, discutiendo respecto a un libro, yo extraje los cuchillos de los guardias de sus vainas. Puesto que no podían verme, no tenían ni idea del peligro en que estaban. Mientras permanecían en silencio vigilando a su emperador yo usé sus propias armas para acuchillarlos.

»Antes de que cayeran siquiera al suelo empujé a Jillian por delante de mí, al interior del laberinto de túneles. Cuando todo el mundo salió corriendo por la puerta detrás de nosotras lancé un cuchillo. Había tenido la esperanza de alcanzar a Jagang pero fue la hermana Cecilia quien cruzó la puerta primero. Me cogieron después de eso, pero fue suficiente para ayudar a Jillian a escapar.

Kahlan soltó un abatido suspiro.

—Al final no sirvió de nada. Jagang regresó al campamento con las otras dos Hermanas y conmigo, pero envió hombres en busca de Jillian. Finalmente la encontraron y la trajeron de vuelta.

»Ella es el modo que tiene Jagang de hacerme acatar sus deseos. Me prometió que si lo enojo, no haciendo lo que me dice, le hará cosas terribles a ella.

—Es un hombre despiadado.

Kahlan asintió.

—Sin embargo, después de lo que hice, Jagang comprendió que necesitaba unos vigilantes que pudieran verme, así que registró el campamento en busca de hombres que pudiesen reconocerme. Encontró a varios. Quedan treinta y ocho.

Nicci dirigió una mirada a Kahlan.

—¿Quieres decir que había más al principio?

—Sí.

—¿Qué le sucedió al resto?

Kahlan clavó la mirada en los ojos de Nicci.

—Siempre que tengo la oportunidad los mato.

Nicci sonrió.

—Buena chica.

Kahlan sonrió con ella, pero luego la sonrisa desapareció.

—Ahora, si mato a más, significará la tortura para Jillian.

La expresión de la hechicera reflejó su preocupación por Jillian.

—No dudes ni por un momento de su palabra. Lo hará sin vacilar.

—Lo sé. ¿Tienes alguna idea de por qué algunas personas pueden verme cuando casi nadie puede? ¿Sabes si es realmente una anomalía como dice la hermana Ulicia?

—Las Hermanas utilizaron un hechizo Cadena de Fuego en ti. Eso hizo que todo el mundo te olvidara. Richard descubrió que hay un defecto en el hechizo y ese...

—¿Ves a lo que me refiero? Richard otra vez, ligado a mi vida. —Sacudió la cabeza—. A veces no sé si es algo bueno o no. —Cuando Nicci no dijo nada, la instó a seguir adelante—. Así pues, ¿cómo descubrió ese defecto?

—Es una larga historia. Básicamente, intentábamos encontrar un modo de deshacer el hechizo Cadena de Fuego.

—¿Intentabais ayudarme? Pero dijiste que no me recordabais. ¿Por qué tendríais que hacer tal cosa si nadie me recuerda?

Cuando Nicci tuvo que recostarse, esforzándose por respirar, Kahlan añadió:

—Lo siento. Sé que hago muchas preguntas, es sólo que...

—Estamos intentando detener el daño que se está causando a todo el mundo —consiguió decir por fin Nicci tras soportar un escalofrío de dolor—. El problema es mucho más amplio que el que la gente te olvide. El hechizo Cadena de Fuego nos ha enredado a todos en él. Si sigue campando a sus anchas puede acabar con la misma vida.

Kahlan se reprendió en silencio por haber fantaseado alguna vez con que Richard Rahl había estado en realidad intentando salvarla, con que a lo mejor él la conocía y ella significaba algo para él.

—Yo llevaba a cabo una red de verificación —siguió Nicci—. Richard vio indicaciones en el hechizo... diseños únicos... que le indicaron que estaba contaminado. Explicó muchísimas cosas. Es necesario que anulemos el hechizo Cadena de Fuego porque, además de que hace que la gente te olvide, provoca también problemas mucho mayores.

—¿Qué clase de problemas?

Nicci hizo una pausa para tomar unas cuantas bocanadas entrecortadas de aire antes de continuar.

—Puesto que está contaminado, los efectos dañinos del hechizo se expandieron de modos inesperados. Tememos que, descontrolado, destruirá las mentes de aquellos a quienes ha infectado. Creo que la contaminación puede ser responsable de que el hechizo no funcione como se deseaba. Como resultado, hay unas cuantas personas que al parecer no están afectadas.

—¿Por qué estoy yo en el centro de todo esto?

En el silencio que siguió, Kahlan pudo oír el suave siseo de un quinqué. Los sonidos del campamento situado fuera de la tienda daban la impresión de provenir de otro mundo.

—Las Hermanas utilizaron el hechizo para poderte enviar al interior del palacio, sin que te vieran, para robar las Cajas del Destino para ellas. La clave de las cajas es un libro llamado *El libro de las sombras contadas*. Necesitan a una Confesora para que confirme si el libro que utilizan es la auténtica llave que abre las cajas.

—He visto el libro —dijo Kahlan.

Sabía que Nicci decía la verdad respecto a aquella parte, porque Jagang ya había exigido que Kahlan confirmara si el libro era una copia auténtica o una falsa. Ella había dicho que era falsa.

Sabía que también tenía que haber más en todo aquello, pero que, por alguna razón, Nicci se guardaba bastantes secretos.

Kahlan tiró de un hilo de la colcha.

—Ojalá pudiera hablar con Richard Rahl. Me pregunto si podría tener respuestas para mí.

—Ojalá pudieras conocerle. Pero eso parece ahora poco probable.

Kahlan quiso preguntar si habría sido probable hasta acontecimientos recientes. Pensó que quizás Nicci acababa de revelar más que lo que había tenido intención de revelar.

—Odio decirlo, pero creo que tú y yo no vamos a poder ver jamás el resultado de esta lucha, pero ¿crees realmente que Richard Rahl va a ser capaz de detener alguna vez esta locura?

—No lo sé, Kahlan. Pero puedo decirte que es el único que puede hacerlo.

Kahlan volvió a tomar la mano de la hechicera.

—Bueno, si puede, espero que te rescate. Deberías estar con él. Tú lo amas.

Nicci cerró los ojos con fuerza. Desvió la cabeza mientras se le escapaba una lágrima que trazó un lento sendero por entre las costras de sangre seca.

—Lo siento —dijo Kahlan—. No debería haber dicho nada. Debes echarle de menos hasta lo indecible.

—No —consiguió decir Nicci al tiempo que movía la cabeza—, no es eso. Es sólo que lo que Jagang hizo duele, eso es todo. Me cuesta respirar. Creo que tengo algunas costillas rotas.

—Lo están —respondió Kahlan—. Las de este lado, al menos. Las oí partirse cuando él te dio puñetazos ahí. De haber tenido un cuchillo lo habría castrado, el muy bastardo...

Nicci sonrió.

—Creo que podrías hacerlo, Kahlan Amnell. Es demasiado tarde para mí, pero si tienes la oportunidad, hazlo antes de que empiece contigo.

—Nicci, no abandones la esperanza.

—No hay muchos motivos para la esperanza.

—Sí, los hay. Mientras haya vida, existe el potencial para que podamos mejorar las cosas. Al fin y al cabo, ¿no pusisteis tú o Richard las Cajas del Destino en funcionamiento?

—Yo lo hice —dijo Nicci—. En nombre de Richard.

—¿Qué son esas cajas, de todos modos? ¿Por qué existe un poder mágico que está pensado para ser capaz de, de... no sé, vencer toda oposición y gobernar el mundo?

—Ése no es el propósito con el que se crearon. Fueron creadas como una contramedida al hechizo Cadena de Fuego.

Kahlan comprendió, entonces, que Richard Rahl debía haber estado intentando ayudarla. Aun cuando estuviera ahora intentando salvar a otros de los efectos del hechizo, él no había descubierto el defecto que provocaba aquel daño a otras personas hasta después de que estuviera intentando solventar cómo restituir los recuerdos de Kahlan.

Puesto que tenía dificultades para respirar, Nicci fue presa de un ataque de tos que era a todas luces terriblemente doloroso. Empezó a dar boqueadas y Kahlan pudo oír un movimiento de fluidos en los pulmones de la hechicera. Nicci empezaba a ser presa del pánico debido a sus esfuerzos infructuosos por respirar. Aferró la colcha con los puños y su espalda se arqueó mientras intentaba con desesperación tomar aire.

Kahlan echó la colcha rápidamente hacia atrás y colocó una mano justo sobre la parte superior del abdomen de Nicci.

—Nicci, escúchame. Respira con mi mano. Despacio.

Los ojos aturdidos de Nicci buscaron los de Kahlan pero no pudo hablar entre sus jadeantes intentos por inhalar aire. Empezaron a brotarle lágrimas.

Kahlan frotó con suavidad la mano alrededor del abdomen en un pequeño círculo, hablando con toda la calma de que fue capaz.

—Ve poco a poco, Nicci. Concentra la mente en mi mano. Siente donde está. Lleva tu respiración despacio y acompasadamente hacia ella. Vas a ponerte bien. Intentas respirar demasiado deprisa, eso es todo.

»No estás sola. Todo va bien. Lo prometo. Respira lentamente y podrás hacerlo sin problemas. Deja que las inhalaciones bajen hacia mi mano.

Kahlan siguió frotando despacio y hablando en un tono tranquilizador.

—Todo va bien. Puedes conseguir mucho aire si te permites ir más despacio y lo inhalas.

Nicci observaba a Kahlan como si estuviera pendiente de cada palabra.

—Lo haces muy bien. No te dejaré morir. Sólo piensa en mi mano. Deja que tu respiración descienda hasta mi mano. Más despacio. Más despacio. Eso es, con calma... con calma. Eso es. Lo estás haciendo bien. Sólo piensa en mi mano y sigue respirando despacio.

La respiración de Nicci se tornó más lenta. Daba la impresión de que por fin obtenía el aire que necesitaba con tanta desesperación. Kahlan siguió frotando con cuidado el abdomen de la hechicera justo por debajo de las costillas a la vez que la instaba a ir más despacio. Durante todo ese tiempo Nicci sujetó la otra mano de

Kahlan con fuerza. Tras un corto espacio de tiempo la crisis pasó, y Nicci pudo respirar con más comodidad. Necesitaba más ayuda, de todos modos, de la que Kahlan podía ofrecerle, y ésta deseó que llegara de una vez una Hermana.

—Oye, Nicci, puede que no volvamos a tener una oportunidad de hablar, pero no te rindas. Hay un hombre aquí que creo que va a hacer algo.

Nicci tragó saliva mientras recuperaba la serenidad.

—¿De qué hablas? ¿Qué clase de hombre?

—Es un jugador de Ja'La. Es el hombre punta de un equipo que pertenece al comandante Karg.

—Karg —dijo ella con repugnancia—. Lo conozco. Las cosas que les hace a las mujeres son más repugnantes que las de Jagang. Karg es un bastardo retorcido. Mantente lejos de él.

Kahlan enarcó una ceja.

—¿Me estás diciendo que en el siguiente baile de gala, si me pide que baile con él, debo declinar la oferta?

Nicci sonrió levemente.

—Eso sería lo mejor.

—Sea como sea, hay algo en ese hombre punta del equipo del comandante Karg... Me conoce. Puedo verlo en sus ojos. Deberías verle jugar Ja'La.

—Odio el Ja'La.

—No es eso a lo que me refiero. Ese hombre es diferente. Es... peligroso.

Nicci miró con el entrecejo fruncido a Kahlan.

—¿Peligroso? ¿En qué modo?

—Creo que trama algo.

—¿Como qué?

—No lo sé. No quiere que nadie del campamento lo reconozca.

—¿Cómo sabes eso?

—Es una larga historia, pero encontró un modo de que nadie lo reconociera. Se pintó la cara con dibujos extravagantes... con pintura roja... a la vez que pintaba también las caras de todos los hombres de su equipo. —Kahlan se inclinó más cerca—. A lo mejor es un asesino o algo así. Podría ser que tenga la intención de matar a Jagang.

Nicci volvió a cerrar los ojos, perdiendo interés.

—Yo no me haría muchas ilusiones sobre tal cosa.

—Lo harías si vieses los ojos de ese hombre.

Kahlan quiso hacer a Nicci un millar de preguntas, pero oyó voces al otro lado de la entrada. Luego oyó que una mujer en el exterior despedía a un esclavo.

—Creo que viene la Hermana. —Kahlan oprimió la mano de Nicci—. Sé fuerte.

—No creo...

—Sé fuerte por Richard.

Nicci la miró fijamente, incapaz de hablar.

Kahlan gateó a toda prisa lejos de la cama. La colgadura colocada sobre la entrada se abrió y la hermana Armina entró, tirando de Jillian tras ella.



Bien, ¿qué esperas que haga yo? —preguntó Verna mientras pasaban ante una antorcha humeante sujetada a un soporte de hierro—. ¿Sacar a Nicci de la nada?

—Espero que averigües adónde fueron ella y Ann —dijo Cara—. Eso es lo que espero.

A pesar de la pulla de la mord-sith, Verna quería encontrar a Nicci y a Ann tanto como Cara. Lo que sucedía era que no se mostraba tan vehemente al respecto.

El traje de cuero rojo que llevaba Cara resaltaba igual que la sangre en el virtuoso blanco de las paredes de mármol. El estado de ánimo de la mordsith, que parecía hacer juego con el color de su vestimenta, no había hecho más que empeorar a medida que había transcurrido el día y la búsqueda había resultado infructuosa. Algunas otras mord-sith las seguían a cierta distancia, junto con un contingente de la Primera Fila. Adie no estaba muy lejos, por detrás de ellos; Nathan encabezaba la marcha.

Verna comprendía los sentimientos de Cara, y de un modo extraño éstos la reconfortaban. Nicci era más que una persona al cuidado de Cara, más que una mujer a la que Richard quería que Cara protegiera. Nicci era la amiga de Cara. No es que ella fuera a admitirlo abiertamente, pero estaba muy claro a juzgar por la cólera que la consumía. Nicci, como la misma Cara, había sido hacia mucho una persona alentada por un siniestro propósito. Ambas habían regresado de aquel terrible lugar porque Richard les había dado no tan sólo la oportunidad de cambiar, sino una razón para hacerlo.

A Verna no la alarmaba tanto el que una mord-sith chillara y vociferara, como el que sus preguntas se tornaran sosegadas y sucintas. Era entonces cuando se le erizaban los pelillos del cogote; cuando estaba claro que aquello era trabajo para ellas. Porque el trabajo de las mord-sith no era en absoluto agradable. Era mejor no cruzarse en el camino de una de aquellas mujeres cuando tenían intención de obtener respuestas. Verna sólo deseaba poder tenerlas.

Comprendía la frustración de Cara y no se sentía menos inquieta y perpleja ante lo que podría haberles sucedido a Nicci y Ann. Sabía, no obstante, que repetir las mismas preguntas e insistir en obtener respuestas no proporcionaría tales respuestas como tampoco haría aparecer a las dos mujeres desaparecidas. Supuso que las mord-sith recurrían a su adiestramiento cuando no parecía existir otra solución.

Cara se detuvo, con los brazos en jarras, y miró atrás, a lo largo del pasillo de mármol. Detrás de ellas unos cientos de hombres de la Primera Fila aminoraron la marcha hasta frenar para no sobrepasar a aquellos que iban en cabeza. El eco de las botas sobre la piedra fue menguando hasta ser un susurro. Varios de los soldados sostenían ballestas con flechas que llevaban plumas rojas, listas para ser disparadas. Aquellas flechas le provocaban sudores a Verna, quien casi deseaba que Nathan no las hubiera encontrado nunca. Casi.

Aquel laberinto en apariencia interminable de pasillos estaba vacío y silencioso a excepción de las sibilantes antorchas. Cara frunció el entrecejo, pensativa, luego volvió a ponerse en marcha. Era la cuarta vez desde que Ann y Nicci habían desaparecido la noche anterior que habían bajado a los pasillos que conducían a las tumbas. Verna no tenía ni la más remota idea de qué intentaba dilucidar la mord-sith. No era probable que las dos desaparecidas fueran a brotar de las paredes de mármol.

—Tienen que haber ido a alguna otra parte —dijo por fin Verna.

Cara volvió la cabeza.

—¿Adónde?

Verna alzó los brazos y finalmente los dejó caer otra vez.

—No lo sé.

—El palacio es muy grande —dijo Adie.

La luz de las antorchas prestaba a los ojos completamente blancos de la hechicera una inquietante cualidad translúcida.

Verna indicó con un ademán el silencioso corredor.

—Cara, hemos pasado horas yendo arriba y abajo por estos pasillos y sigue

siendo evidente ahora como lo era la última vez que estuvimos aquí que están vacíos. Nicci y Ann tienen que estar en alguna parte arriba, en el palacio. Estamos malgastando nuestro tiempo aquí abajo. Estoy de acuerdo en que es necesario que las encontremos, pero tenemos que mirar en otra parte.

Los ojos de Cara parecían fuego azul.

—Estaban aquí abajo.

—Sí, estoy segura de que tienes razón. Pero «estaban» es la palabra que importa. ¿Ves algún rastro de ellas? Yo no. Sin duda estás en lo cierto sobre que estuvieron aquí abajo. Es obvio, no obstante, que han ido a otra parte desde entonces. —Verna suspiró con impaciencia—. Estamos malgastando un tiempo valioso yendo arriba y abajo por pasillos vacíos.

Mientras todo el mundo aguardaba donde estaban, Cara caminó pasillo adelante un corto trecho. Cuando regresó volvió a ponerse en jarras.

—Hay algo que no está bien aquí abajo.

Nathan, que estaba sólo algo más allá y no tomaba parte en la discusión, se volvió para mirarlas con fijeza, mostrando curiosidad por primera vez.

—¿No está bien? ¿Qué quieres decir... con que no está bien?

—No lo sé —admitió Cara—. No puedo señalarlo con precisión pero hay algo aquí abajo que no me parece que esté bien.

Verna extendió las manos, buscando comprender.

—¿Te refieres a alguna clase de... esencia de magia, o algo así?

—No —respondió la mord-sith, desechando con un ademán la idea—. No me refiero a eso. —Devolvió la mano a su cadera cubierta de cuero rojo—. Es sólo que da la impresión de que algo está mal... no sé qué, pero algo.

Verna paseó la mirada por el lugar.

—¿Crees que falta algo? —Indicó con la mano al frente, al pasillo vacío—. ¿Adornos, mobiliario, algo de esa naturaleza?

—No. Por lo que recuerdo, jamás hubo adornos aquí abajo, al menos en la mayoría de pasillos. Pero no he bajado a las tumbas muchas veces... nadie lo ha hecho.

»Rahl el Oscuro visitaba la tumba de su padre de vez en cuando, pero hasta dónde sé no tenía ningún interés en visitar las demás. Y él convirtió esta zona en un lugar de acceso prohibido. Cuando iba a la tumba de su padre, por lo general, llevaba a sus guardaespaldas, no a las mord-sith, así que no estoy muy familiarizada con este lugar.

—A lo mejor es eso lo que sucede —sugirió Verna—, una sensación incómoda provocada por la falta de familiaridad.

—Supongo que podría ser —dijo Cara, mientras fruncía la boca con irritación por tener que admitir que era una posibilidad.

Todo el mundo permaneció en silencio, considerando qué deberían hacer a continuación. Siempre era posible, después de todo, que las dos mujeres desaparecidas fueran a aparecer en cualquier momento y preguntaran a qué venía tanto alboroto.

—Dijiste que Ann y Nicci querían estar a solas para mantener una conversación privada —comentó Adie—. A lo mejor se fueron a algún lugar privado.

—¿Toda la noche? —preguntó Verna—. No me lo imagino. No tenían mucho en común. No eran amigas. Querido Creador, ni siquiera creo que se cayeran bien la una a la otra. No puedo imaginármelas charlando toda la noche.

—Yo tampoco —dijo Cara.

Verna alzó los ojos hacia el profeta.

—¿Tienes alguna idea de sobre qué podrían hablar Ann y Nicci?

La larga melena blanca de Nathan acarició los hombros de éste cuando negó con la cabeza.

—Ann, naturalmente, no veía con muy buenos ojos a Nicci, teniendo en cuenta que se pasó a las Hermanas de las Tinieblas. Sé que eso siempre la molestó... y con motivo. Fue más que una traición a la causa de la Luz; fue una traición

personal y una traición al palacio. Ann podría haber estado a solas con Nicci para poder aconsejarla sobre cómo regresar al Creador.

—Eso habría sido una conversación breve —replicó Cara.

—Supongo que sí —admitió Nathan, y se rascó el puente de la nariz mientras reflexionaba—. Bueno, conociendo a Ann, muy bien podría tratarse de algo sobre Richard.

Cara frunció el ceño a la vez que miraba en dirección al profeta.

—¿Qué pasa con Richard?

Nathan se encogió de hombros.

—No lo sé con certeza.

La frente de Cara se tensó.

—No he dicho que tuviera que ser con certeza.

Nathan pareció un tanto reacio a hablar de ello, pero finalmente lo hizo.

—Ann a veces mencionaba que pensaba que Nicci podría ser capaz de guiarlo.

Verna también torció el gesto.

—¿Guiarlo? ¿Guiarlo cómo?

—Ya conoces a Ann. —Nathan alisó la pechera de su camisa blanca—. Siempre piensa que necesita guiarlo todo. A menudo me ha mencionado la inquietud que le produce tener una conexión tan tenue con Richard.

—¿Por qué piensa que necesita una «conexión» con lord Rahl? —preguntó Cara, haciendo caso omiso del hecho de que era Nathan ahora el lord Rahl y no Richard.

Verna no podía decir que se sintiera más cómoda con la idea de que Nathan fuera el lord Rahl de lo que se sentía Cara.

—Ella siempre ha pensado que necesitaba controlar lo que Richard podría hacer —dijo Nathan—. Siempre está calculando y planificando. Nunca le ha gustado dejarlo todo al azar.

—Muy cierto —repuso Verna—. Siempre tuvo una red de espías para asegurarse de que el mundo giraba como era debido. Tenía conexiones en los lugares más remotos para poder ejercer influencia sobre lo que veía como el motivo de su vida. Nunca le gustó dejar nada importante a otros, mucho menos a la casualidad.

Nathan suspiró profundamente.

—Ann es una mujer decidida. Cree que Nicci... puesto que abjuró de las Hermanas de las Tinieblas... no tiene otra elección, ahora, que no sea la causa de las Hermanas de la Luz.

—¿Qué causa? ¿Por qué piensa que Nicci tiene que dedicarse a las Hermanas de la Luz? —preguntó Cara.

Nathan se inclinó un poco hacia la mord-sith.

—Piensa que nosotros, los magos, necesitamos que una Hermana de la Luz guíe cada uno de nuestros pensamientos y acciones. Siempre ha creído que no se nos debería permitir pensar por nosotros mismos.

La mirada de Verna vagó por el vacío pasillo.

—Supongo que yo creía algo muy parecido. Pero eso fue antes de Richard.

—Ten en cuenta, no obstante, que tú has pasado mucho más tiempo con Richard del que Ann pasó jamás. —Nathan meneó la cabeza, triste—. Si bien tiene que haber llegado a la conclusión de que Richard necesita actuar por su cuenta, como la mayoría de nosotros creemos, últimamente parece haber estado recayendo en sus antiguas costumbres, sus antiguas creencias. No estoy seguro de que el hechizo Cadena de Fuego no le haya borrado las cosas que había aprendido.

Verna había sospechado algo muy parecido.

—Debemos dejar que Ann hable por sí misma, pero creo que está claro que el hechizo Cadena de Fuego nos está afectando a todos. Sabemos que, si no se le controla, lo más probable es que siga haciendo de las suyas en nuestras mentes y

muy posiblemente destruya nuestra capacidad de razonar. El problema es que ninguno de nosotros se da cuenta de cómo estamos cambiando. Cada uno de nosotros siente que somos tal y como hemos sido siempre. Dudo que eso sea cierto. No hay forma de decir lo mucho que cualquiera de nosotros ha cambiado. Cualquiera de nosotros podría, sin darse cuenta, llevar nuestra causa por mal camino.

—Puedes discutir todo eso con Ann cuando las encontremos —dijo Cara, impaciente por regresar al tema que los ocupaba—. No están aquí abajo. Tenemos que ampliar nuestra búsqueda.

—A lo mejor no han acabado de hablar —sugirió Nathan—. A lo mejor Ann no quiere que la encuentren hasta que haya convencido a Nicci de lo que debe hacer.

—Podría ser —convino Verna.

Nathan jugueteó con el borde de su esclavina.

—No me extrañaría que esa mujer se hubiera escondido con Nicci, con la intención de estar a solas con ella hasta que pueda intimidarla.

Cara agitó una mano con gesto desdenoso.

—Nicci está consagrada a ayudar a Richard, no a Ann. No secundaría a Ann, y Ann no podría obligarla. Nicci puede usar Magia de Resta, después de todo.

—Estoy de acuerdo —dijo Verna—. No puedo imaginarme a las dos simplemente yéndose por ahí todo este tiempo sin hacernos saber dónde están.

Adie se giró hacia Verna.

—¿Por qué no le preguntamos dónde está ella?

Verna miró a la anciana hechicera con el entrecejo fruncido.

—¿Te refieres a usar el libro de viaje?

Adie hizo un movimiento afirmativo.

—Sí. Pregúntale.

Verna se mostró escéptica.

—Estando aquí, en el palacio, es poco probable que vaya a mirar en su libro de viaje en busca de un mensaje mío.

—A lo mejor no está en el palacio—indicó Adie—. A lo mejor las dos tuvieron que partir por alguna repentina razón importante y ella ya te envió un mensaje al libro de viaje.

—¿Cómo diantre iban a poder las dos abandonar el palacio? —quiso saber Verna—. Estamos rodeados por el ejército de la Orden Imperial.

Adie se encogió de hombros.

—No es imposible. Yo puedo ver con mi don. Anoche quizás tuvieron que irse por algún motivo. A lo mejor era importante y no tuvieron tiempo de contárnoslo.

—¿Tú podrías hacer eso? —preguntó Cara—. ¿Podrías salir en la oscuridad y conseguir pasar a través del enemigo?

—Desde luego.

Verna hojeaba ya su libro de viaje. Tal y como había esperado, estaba en blanco.

—No hay mensaje. —Volvió a guardarse el librito—. Probaré lo que sugieres, no obstante, y escribiré un mensaje a Ann. A lo mejor mirará su libro de viaje y responderá.

Haciendo un floreo con la esclavina, Nathan volvió a ponerse en marcha.

—Antes de que vayamos a mirar a otra parte quiero volver a comprobar la tumba.

—Colocad un centinela aquí —gritó Cara a los soldados—. El resto, venid con nosotros.

Ya a una buena distancia pasillo adelante, Nathan tomó por una escalera que bajaba. Los demás lo siguieron, con las pisadas resonando mientras apresuraban el paso para alcanzarlo. Nathan, Cara, Adie, Verna y los soldados que cerraban la marcha descendieron todos al nivel siguiente.

Las paredes del nivel inferior eran bloques de piedra en lugar de mármol. En algunos lugares estaban manchadas por siglos de filtraciones de agua. Las filtraciones dejaban como resultado formaciones amarillentas que hacían que la piedra diera la impresión de estarse derritiendo.

No tardaron en llegar ante piedra que realmente se había derretido.

Nathan se detuvo ante la entrada a la tumba de Panis Rahl. El alto profeta, con el rostro sombrío, clavó la mirada más allá de la piedra derretida en el interior de la tumba. Era la cuarta vez que había regresado para echar una mirada al interior de la tumba y en esta ocasión tampoco parecía distinta.

Verna estaba preocupada por aquel hombre. Si bien él quería hallar respuestas, tenía una especie de soterrada rabia en ebullición. Jamás lo había visto de aquel modo. La única persona en la que podía pensar que tuviera la misma clase de furia contenida era Richard. Debía ser una cualidad de los Rahl.

Las puertas que en una ocasión habían custodiado la cripta habían sido reemplazadas con una especie de piedra blanca pensada para sellar la enorme tumba. Parecía haberse hecho tal trabajo a toda prisa, pero no había conseguido detener la extraña afección que se había apoderado de la tumba de Panis Rahl.

En el interior, cincuenta y siete antorchas apagadas descansaban en elaborados soportes de oro. Nathan alargó una mano y, utilizando magia, encendió varias de ellas. A medida que las llamas prendían, las paredes de la cripta se animaron con una luz titilante que se reflejaba en el pulido granito rosa de la habitación abovedada. Bajo cada antorcha había un jarrón pensado para contener flores. Por las cincuenta y siete antorchas y jarrones, Verna supuso que Panis Rahl debía de haber tenido cincuenta y siete años cuando murió.

Un pedestal en el centro de la grande y tenebrosa habitación sostenía el ataúd, haciendo que pareciera como si flotase sobre el suelo de mármol blanco. El ataúd, recubierto de oro, resplandecía suavemente bajo la oscilante luz cálida de las cuatro antorchas. Por el modo en que las paredes estaban recubiertas de pulido granito que ascendía y recorría por completo la bóveda, Verna imaginó que, cuando todas las antorchas de la habitación estaban encendidas, el ataúd debía resplandecer con dorada magnificencia mientras parecía flotar por sí solo en el centro de la habitación.

Palabras esculpidas en d'haraniano culto cubrían los lados del ataúd. Tallada

en el granito, bajo las antorchas y jarrones de oro, una franja interminable de palabras en el mismo idioma casi olvidado rodeaba la habitación. Las letras profundamente grabadas brillaban a la luz de las antorchas, dando casi la impresión de estar iluminadas por detrás.

Lo que fuera que provocaba que se derritiera la piedra blanca empezaba a afectar a toda la estancia. Verna sospechó que la piedra blanca utilizada para tapiar la entrada era un sustituto seleccionado deliberadamente para atraer y absorber la fuerza invisible responsable del problema. Ahora que la piedra blanca se había derretido casi por completo aquellas fuerzas empezaban a atacar la tumba.

Las losas de piedra de las paredes y el suelo no se habían fundido ni quebrado, pero justo empezaban a distorsionarse, como si estuvieran sometidas a un gran calor o presión. Verna pudo ver que las junturas entre el techo empezaban a rajarse. Era evidente que no se debía a un defecto de construcción, sino más bien a alguna clase de fuerza externa.

Nicci había dicho que quería ver la tumba porque creía saber por qué se derretía. Por desgracia, no había revelado la naturaleza de sus sospechas. No había ninguna señal de que ella y Ann hubieran visitado la tumba.

Verna estaba impaciente por encontrar a ambas mujeres para que todo el misterio quedara solucionado. No tenía ni la más remota idea de cuál podría ser el problema con la tumba del abuelo de Richard, pero no pensaba que fuera nada bueno. Tampoco pensaba que quedara mucho tiempo para resolver el acertijo...

—Lord Rahl —llamó una voz.

Todos se giraron. Un mensajero fue a detenerse no muy lejos. Todos los mensajeros llevaban túnicas blancas adornadas alrededor del cuello y en la parte delantera con el dibujo de unas enredaderas moradas entrelazadas.

—¿Qué sucede? —preguntó Nathan.

Verna pensó que por mucho tiempo que viviera jamás se acostumbraría a oír a la gente llamar a Nathan «lord Rahl».

El hombre efectuó una breve reverencia.

—Hay una delegación de la Orden Imperial aguardando al otro lado del puente levadizo.

Nathan pestañeó, sorprendido.

—¿Qué quieren?

—Quieren hablar con lord Rahl.

Nathan dirigió una veloz mirada a Cara y luego a Verna. Ambas estaban igual de sorprendidas que él.

—Podría ser una estratagema —dijo Adie.

—O una trampa sin más —añadió Cara.

El rostro de Nathan se curvó en una expresión agria.

—Sea lo que sea, creo que será mejor que vaya a ver qué es.

—Yo también voy —dijo Cara.

—Igual que yo —añadió Verna.

—Vamos a ir todos —dijo Nathan mientras empezaba a alejarse.

Verna y el pequeño grupo de personas que la acompañaban siguieron a Nathan fuera de la esplendida entrada del Palacio del Pueblo y a la brillante luz del sol del atardecer. Largas sombras proyectadas por las imponentes columnas descendían en cascada por los escalones que tenían delante. A lo lejos, al otro lado de la gran extensión de los jardines, la enorme muralla exterior se alzaba en el borde de la meseta. Había hombres patrullando por una pasarela entre las almenas de la imponente muralla.

Había sido una larga ascensión desde las tumbas situadas en las profundidades del palacio y estaban todos sin resuello. Verna se protegió los ojos con una mano mientras descendían la magnífica escalinata tras el profeta de largas piernas. Guardias apostados en cada uno de los amplios rellanos saludaron al lord Rahl llevándose un puño al corazón. Había un número mayor de soldados patrullando la amplia extensión de terreno que conducía a la muralla exterior.

La escalera finalizaba en una vasta área de piedra azul que los condujo a una calzada que zigzagueaba. Unos cipreses altos bordeaban la corta calzada en su camino hacia los muros exteriores.

Al otro lado de las puertas que permitían atravesar la colossal muralla, la calzada era menos espléndida mientras descendía por las paredes verticales de la meseta en una serie de curvas muy pronunciadas.

El puente levadizo estaba custodiado por cientos de tropas de la Primera Fila. Eran todos soldados bien adiestrados y fuertemente armados, bien dispuestos a impedir que nadie subiera por la calzada para asaltar el Palacio del Pueblo. De todos modos, existían pocas posibilidades de que eso sucediera. La calzada era demasiado estrecha para lanzar un ataque significativo. En un lugar tan angosto unas pocas docenas de hombres preparados podían contener un ejército entero. Además de eso, el puente levadizo estaba alzado. El vertical precipicio producía vértigo y la distancia entre un lado y el otro era excesiva para escalas de asalto o cuerdas con garfios. Sin el puente bajado nadie podía acercarse al palacio.

Al otro lado del puente levadizo aguardaba una pequeña delegación. Por la sencilla vestimenta parecían ser mensajeros. Verna sí que vio a unas cuantas docenas de soldados con armas ligeras, pero permanecían muy por detrás de los mensajeros para no parecer una amenaza.

Nathan, con la capa echada atrás sobre los hombros, aun cuando hacía frío, fue a detenerse en el borde del abismo, con los pies separados y los puños sobre las caderas, ofreciendo un aspecto imponente e imperioso.

—Soy lord Rahl —anunció al grupo situado al otro lado del precipicio—. ¿Qué queréis?

Uno de los hombres, un tipo delgado que vestía una sencilla túnica de cuero, intercambió una mirada con sus camaradas y luego se aproximó un poco más a su lado de la sima.

—Su Excelencia el Emperador Jagang me ha enviado con un mensaje para el pueblo d'haraniano.

Nathan paseó una mirada por las personas que había detrás de él.

—Bueno, soy lord Rahl, así que hablo por el pueblo d'haraniano. ¿Cuál es el mensaje?

Verna fue a colocarse con calma detrás del profeta.

El mensajero parecía más molesto por momentos.

—No sois el lord Rahl.

Nathan contempló al hombre con una furibunda mirada muy propia de los Rahl.

—¿Te gustaría que conjurase un viento que os expulsara de esa calzada? ¿Resolvería el asunto a tu entera satisfacción?

Los hombres del otro lado dirigieron miradas furtivas al precipicio.

—Es sólo que esperábamos a otro... —dijo el mensajero.

—Bueno, yo soy lord Rahl. Si tenéis algo que decir, decidlo, de lo contrario estoy ocupado. Tenemos que asistir a un banquete.

El hombre efectuó finalmente una leve reverencia.

—El emperador Jagang está dispuesto a hacer una generosa oferta a todos los que se hallan en el Palacio del Pueblo.

—¿Qué clase de oferta?

—Su Excelencia no tiene deseos de destruir el palacio o a sus habitantes. Rendíos pacíficamente, y se os permitirá vivir. Si no os rendís, cada uno de vosotros tendrá una muerte lenta y atroz. Vuestros cuerpos serán arrojados desde los muros a la llanura, donde alimentarán a los buitres.

—Fuego de mago —dijo Cara por lo bajo.

Nathan frunció el entrecejo y miró atrás.

—¿Qué?

—Tu poder funciona aquí. El de ellos, si tienen el don, no funcionaría tan bien aquí arriba, de modo que sus escudos serían menos efectivos. Puedes carbonizarlos a todos.

Nathan agitó un brazo en un ademán grandilocuente dirigido a los que estaban al otro lado.

—¿Me perdonáis un momento?

El hombre inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Nathan condujo a Cara y a Verna de vuelta calzada arriba, hasta donde Adie, otras mord-sith y la escolta de soldados aguardaban.

—Estoy de acuerdo con Cara —dijo Verna antes de que el profeta pudiera decir nada—. Dales nuestra respuesta del único modo que la Orden entiende.

Las tupidas cejas de Nathan descendieron sobre sus ojos.

—No creo que eso sea una buena idea.

Cara cruzó los brazos.

—¿Por qué no?

—Jagang probablemente está observando nuestra reacción a través de los ojos de esos hombres —dijo Verna—. Estoy de acuerdo con Cara. Necesitamos demostrarle fortaleza.

Nathan frunció el entrecejo.

—Me sorprendes, Verna. —Sonrió educadamente a Cara—. Tú no me sorprendes, sin embargo, querida mía.

—¿Por qué estás tan sorprendido? —quiso saber Verna.

—Porque sería la acción equivocada. Por lo general, tú no das consejos tan malos.

Verna se contuvo. No era el momento de lanzarse a una acalorada discusión. Y menos ante los ojos de Jagang. También recordó con suma claridad que había pensado durante la mayor parte de su vida que el profeta estaba loco. No estaba del todo segura de que su evaluación fuera equivocada. También sabía por pasadas experiencias que discutir con Nathan era como intentar convencer al sol para que no se pusiera.

—No puedes estar considerando seriamente la rendición —dijo en voz baja.

Nathan puso mala cara.

—Por supuesto que no. Pero eso no significa que debamos matarlos por pedirlo.

—¿Por qué no? —Cara empuñó su agiel a la vez que se inclinaba hacia el profeta—. Yo, por mi parte, creo que matarlos es una idea excelente.

—Bueno, pues yo no —resopló Nathan—. Si les incinero, eso dirá a Jagang que no tenemos intención de considerar su oferta.

Verna contuvo su furia.

—Bueno, es que no la tenemos.

Nathan le dirigió una intensa mirada.

—Si les decimos que no tenemos intención de considerar la oferta, entonces las negociaciones han finalizado.

—No vamos a negociar —replicó Verna con creciente impaciencia.

—Pero no tenemos que decirles eso —recalcó Nathan.

Verna irguió el cuerpo, y se toqueteó el pelo e inhaló profundamente.

—¿Cuál sería el propósito de no decirles que no tenemos intención de considerar en serio su oferta?

—Ganar tiempo —respondió Nathan—. Si los arrojo desde esa carretera a la sima, Jagang tendrá mi respuesta, ¿no es cierto? Pero si tomo la oferta bajo consideración podemos alargar las negociaciones.

—No puede haber negociaciones —dijo Verna entre dientes.

—¿Con qué fin? —preguntó Cara, haciendo caso omiso de Verna—. ¿Por qué querríamos hacer algo así?

Nathan se encogió de hombros como si fuera obvio y ellas fueran unas idiotas al no verlo.

—Retrasarlos. Ellos saben lo difícil que va a ser tomar el palacio. Con cada centímetro de elevación que consigue esa rampa suya, ésta se vuelve más difícil de

construir. Podría fácilmente llevarles todo el invierno, y posiblemente mucho más tiempo, acabarla. A Jagang no puede hacerle ninguna ilusión tener un ejército tan inmenso detenido ahí durante todo el invierno. Están muy lejos de casa y necesitan muchas provisiones. Podría perder todo el ejército debido a la inanición o a una enfermedad virulenta.

»Si piensan que podemos rendirnos, entonces podrían reflexionar y aplicar esfuerzos en conseguir el palacio de ese modo. Nuestra rendición resolvería su problema. Pero si piensan que no existe otro modo que no sea hacernos salir por la fuerza de aquí, pondrán todos sus esfuerzos en lanzar un ataque. ¿Por qué empujarlos a hacerlo?

La boca de Verna se crispó.

—Supongo que tiene cierto sentido. —Cuando Nathan sonrió ante la pequeña victoria, añadió—: No mucho, pero un poco.

—Yo no estoy en absoluto segura de que lo tenga —dijo Cara.

Nathan extendió los brazos.

—¿Por qué rechazar la oferta? No ganaremos nada haciéndolo. Deberíamos mantenerlos ocupados planteándose cómo podemos rendirnos sin pelear. Se han rendido suficientes ciudades para hacer que parezca una posibilidad razonable. Si creen que hay una posibilidad de que podamos rendirnos, esa esperanza impedirá que se entreguen por completo a finalizar su rampa.

—Debo admitir —dijo Cara—, que tiene mérito dar esperanzas falsas a la gente que quiere tener esas mismas esperanzas.

Verna hizo por fin un movimiento afirmativo de cabeza.

—Supongo que por ahora no puede perjudicarnos hacer que le den vueltas a la cabeza.

Ahora que había concluido la tarea de convencerlas, Nathan se frotó las manos.

—Les diré que estudiaremos su oferta.

Verna se preguntó si Nathan tenía otro motivo para considerar la oferta. Se

preguntó si en realidad podría estarse planteando rendir el palacio. Si bien Verna no se hacía ilusiones de que Jagang fuera a mantener su palabra de no hacer daño a los que estaban en el palacio si se rendían, se preguntó si Nathan no estaría pensando en organizar su propio acuerdo de rendición, un acuerdo que lo dejaría como el lord Rahl permanente de un D'Hara vencido bajo la autoridad de la Orden Imperial.

Al fin y al cabo, una vez finalizada la guerra, Jagang necesitaría a personas que gobernarán las tierras conquistadas.

Se preguntó si Nathan era capaz de tal traición.

Se preguntó hasta qué punto había crecido el rencor del profeta durante casi una vida entera de encarcelamiento en el Palacio de los Profetas, sin ser culpable de otra cosa que de lo que las Hermanas de la Luz lo consideraban capaz de hacer. Se preguntó si podría estar pensando en vengarse.

Se preguntó si las Hermanas de la Luz, tratándolo como lo habían tratado, podrían haber sembrado las semillas de la destrucción.

Mientras contemplaba a un sonriente lord Rahl dirigirse de vuelta al borde de la sima, Verna se preguntó si el profeta tramaba arrojarlos a todos a los lobos.



Richard estaba cada vez más preocupado. Había esperado que en uno de los partidos vería su oportunidad, pero después de que Jagang y Kahlan hubieran acudido al primer partido de Ja'La hacia una docena de días, el emperador no había vuelto a aparecer para ver un partido.

Richard estaba frenético de preocupación respecto al motivo. Intentaba no pensar en lo que Jagang podría estarle haciendo a Kahlan, y sin embargo no podía evitar imaginar lo peor.

Sentado, encadenado al carro, rodeado por un corro de guardias, no había gran cosa que pudiera hacer al respecto. No obstante lo desesperadamente que quería actuar, tenía que usar la cabeza y buscar la oportunidad adecuada. Siempre había sido un riesgo que una buena oportunidad pudiera no presentarse y entonces se viera obligado a actuar, pero hacer algo sólo llevado por la frustración no era probable que consiguiera nada, excepto tal vez arruinar cualquier posibilidad que tuviese de conseguir la oportunidad que necesitaba. La espera lo estaba enloqueciendo.

Dolorido como estaba por el partido de Ja'La de aquel día, anhelaba tumbarse y descansar un poco. No obstante, sabía que su ansiedad iba a impedirle dormir mucho, tal y como le había impedido dormir durante días. Iba a necesitar dormir, de todos modos, porque al día siguiente tenían el partido más importante que habían disputado hasta el momento. Un partido que esperaba que le conseguiría la oportunidad que buscaba.

Alzó los ojos cuando oyó a un soldado acercándose con la cena del equipo. Hambriento como estaba Richard, incluso los acostumbrados huevos duros resultaban apetecibles. El soldado, arrastrando la carretilla pequeña que siempre utilizaba para transportar la comida, se abrió paso entre los guardias que rodeaban a los cautivos del equipo de Richard. Los soldados dedicaron al hombre sólo una mirada superficial. Las ruedas de la carretilla chirriaron con un ritmo familiar mientras el individuo avanzaba pesadamente. Se detuvo delante de Richard.

—Alarga las manos —dijo a la vez que cogía un cuchillo y empezaba a cortar algo que tenía en la carretilla.

Richard obedeció. El hombre alzó algo de la carretilla y se lo arrojó a Richard. Con gran sorpresa, vio que era una buena tajada de jamón cocido.

—¿Qué es esto? ¿Una última buena comida antes del aciago partido de mañana?

El hombre alzó las asas de la carretilla.

—Han llegado provisiones. Hay comida para todo el mundo.

Richard se quedó mirando la espalda del soldado mientras éste conducía su carretilla hacia adelante para dar de comer a los otros hombres. No muy lejos, La Roca, su rostro y su cuerpo cubiertos con líneas de pintura roja, silbó con satisfacción al ver que recibía algo que no eran huevos. Era la primera vez desde que estaban en el campamento que les habían dado carne, pues hasta aquel día los habían alimentado por lo general con huevos. Algunas veces les habían dado estofado con unos pocos preciosos pedazos de cordero o buey.

Richard se preguntó cómo habían conseguido llegar los suministros al campamento. Se suponía que el ejército d'haraniano impediría que llegara cualquier suministro al ejército de la Orden. Matar de hambre a los hombres de Jagang era la única posibilidad real que tenían de detenerlos.

Por si Richard no hubiera estado ya bastante preocupado, la gruesa tajada de jamón de su mano representaba una nueva inquietud. Supuso que tenía sentido que algún que otro convoy de suministros consiguiera pasar. Con la comida agotándose, este reabastecimiento había sido oportuno.

El Viejo Mundo era un lugar enorme. Richard sabía que no había modo de que el ejército d'haraniano pudiera cubrir todo el territorio. Por otra parte, se preguntó si el jamón que sostenía podría ser un indicio de que las cosas no les estaban yendo tan bien al general Meiffert y a los hombres que se había llevado al sur.

La Roca gateó más cerca de él, arrastrando la cadena.

—¡Ruben! ¡Nos dan jamón cocido! ¿No es maravilloso?

—Ser libre sería maravilloso. Comer bien como un esclavo no es mi idea de lo maravilloso.

El rostro de La Roca mostró una expresión alicaída, luego se animó.

—Pero ser un esclavo que come jamón es mejor que ser un esclavo que come huevos, ¿no crees?

Richard no estaba de humor para discutirlo.

—Supongo que tienes razón.

La Roca sonrió ampliamente.

—Eso pensaba yo también.

En la creciente oscuridad del anochecer los dos hombres comieron en silencio. Saboreando el jamón, Richard tuvo que admitir para sí que La Roca realmente tenía razón. Casi había olvidado lo bueno que podía ser algo que no fueran huevos. Esto, también, ayudaría a proporcionarles energías a él y a su equipo. Iban a necesitarlas.

La Roca, masticando un gran bocado de jamón, gateó un poquitín más cerca. Tragó y luego se lamió los dedos.

—Dime, Ruben, ¿sucede algo malo?

Richard dirigió una ojeada a su fornido alero derecho.

—¿Quéquieres decir?

La Roca arrancó una tira de carne.

—Bueno, no lo hiciste tan bien hoy.

—Ganamos por cinco puntos.

La Roca alzó los ojos por debajo de sus espesas cejas.

—Pero acostumbrábamos a ganar por más.

—La competición se está volviendo más dura.

La Roca encogió un hombro.

—Si tú lo dices, Ruben. —Lo meditó un momento, claramente nada satisfecho—. Pero ganamos por más puntos contra aquel equipo de hombres tan grandotes... hace unos pocos días. ¿Recuerdas? Los que nos insultaron e iniciaron la pelea con Bruce antes de que el partido hubiera empezado siquiera.

Richard recordaba al equipo. Bruce era el nuevo alero izquierdo. Había reemplazado al jugador original, el que habían matado durante el partido al que habían asistido Jagang y Kahlan. A Richard le había preocupado en un principio que un soldado regular de la Orden Imperial no fuera a hacerlo tan bien al jugar bajo un hombre punta que era un cautivo, pero Bruce había estado a la altura.

El día del que La Roca hablaba, el alero del otro equipo había insultado a los soldados regulares del equipo de Richard por jugar a las órdenes de un cautivo. Bruce había respondido a los insultos dirigiéndose con suma tranquilidad hasta el hombre y partiéndole el brazo. La pelea que había seguido había sido desagradable, pero el árbitro le había puesto fin con rapidez.

—Lo recuerdo. ¿Qué tiene que ver?

—Creo que eran más duros que el equipo de hoy y los derrotamos por once puntos.

—Ganamos el partido de hoy. Eso es lo que importa.

—Pero nos dijiste que debemos aplastar toda oposición si hemos de conseguir jugar con el equipo del emperador.

Richard inhaló con fuerza.

—Todos lo hicisteis bien, La Roca. Supongo que simplemente defraudé a todo el mundo.

—No, Ruben... no nos has defraudado. —La Roca lanzó una risotada y golpeó el hombro de Richard con el dorso de su enorme mano—. Como dices, ganamos. Si ganamos mañana, entonces jugaremos con el equipo del emperador.

Richard contaba con que Jagang aparecería como mínimo para ver jugar a su propio equipo por el campeonato. Seguramente no se perdería ese partido.

El comandante Karg había contado a Richard que el emperador era muy consciente de la creciente reputación del equipo rojo, pero a Richard le preocupaba por qué Jagang no había ido a verlo por sí mismo. Richard había pensado que aquel hombre querría evaluar a los probables adversarios de su equipo y que, por lo tanto, asistiría al menos a los últimos encuentros antes del partido final.

—No te preocunes, La Roca. Vamos a derrotar ese equipo mañana y conseguiremos jugar contra el equipo del emperador.

La Roca lanzó a Richard una sonrisa torcida.

—Y entonces, cuando ganemos, podremos elegir a la mujer que queramos. Cara de Serpiente nos lo prometió.

Richard masticó jamón mientras contemplaba al hombre cubierto de dibujos pensados para aumentar su fuerza y su poder.

—Hay cosas más importantes que ésa.

—Es posible, pero ¿qué otras recompensas hay para nosotros en la vida? —La sonrisa burlona de La Roca regresó—. Si ganamos contra el equipo del emperador, conseguiremos mujeres.

—¿Has pensado alguna vez que tu recompensa podría no ser otra cosa que una pesadilla aterradora para la mujer que elijas?

El otro frunció el entrecejo, mirando con fijeza a Richard un momento. En silencio, volvió a comer jamón.

—¿Por qué dices eso? —preguntó por fin, incapaz de reprimir su irritación—. Yo no haría daño a una mujer.

Richard dirigió una ojeada a la expresión agria del hombre.

—¿Qué piensas de las mujeres que siguen al campamento?

—¿Las que siguen al campamento? —La Roca, sorprendido por la pregunta, se rascó el hombro mientras reflexionaba—. La mayoría de ellas son unas arpías viejas y horrendas.

—Bien, si no estás interesado en ellas, eso sólo deja a las cautivas, mujeres

arrancadas de sus hogares, sus familias, sus esposos, sus hijos, de todo lo que amaban. Las que son obligadas a servir como prostitutas para unos soldados que con toda probabilidad fueron los mismos que asesinaron a sus padres, esposos e hijos.

—Bueno, yo...

—Las mujeres que a menudo oímos gritar por la noche. Las que oímos llorar.

La mirada de La Roca se desvió. Picoteó un trozo de jamón.

—A veces, sus gritos no me dejan dormir por la noche.

Richard miró entre los carros y guardias al campamento situado más allá. A lo lejos, los trabajos en la rampa proseguían. Imaginó que la gente que había arriba, en el Palacio del Pueblo, el último lugar que resistía a la Orden Imperial, no podía hacer otra cosa que esperar la llegada de la horda. No había nada que pudieran hacer. No había ningún lugar seguro al que pudieran ir. Las creencias que movían a la Orden Imperial estaban engullendo a toda la humanidad.

Abajo, en el campamento, puñados de hombres se reunían alrededor de fogatas. Entre las sombras y la penumbra Richard pudo ver cómo arrastraban a una mujer a una tienda. Ella había tenido en el pasado sus propios sueños y esperanzas para el futuro; ahora que la Orden prescribía su visión a la humanidad, ella no era más que una propiedad. Empezaba ya a formarse una fila de hombres en el exterior, aguardando su recompensa por servir a la Orden Imperial. En última instancia, a pesar de todas sus grandilocuentes declaraciones de fe, era esto de lo que iba todo en realidad: el ansia de algunos de gobernar sobre todos los demás, de imponer su voluntad, la pretensión de tener una superioridad moral que les daba el derecho de tomar, por cualquier medio, lo que querían.

En otros lugares Richard pudo ver a hombres reunidos que bebían y apostaban. El convoy de suministros debía haber traído licor. Iba a ser una noche ruidosa.

Kahlan estaba en algún lugar allí fuera, en aquel mar de hombres.

—Bien, pues —dijo Richard—, a menos que quieras ser partícipe de los abusos que se cometen con esas mujeres, eso deja a las seguidoras del campamento, que se prestan voluntariamente.

La Roca pensó en silencio durante un rato mientras mordisqueaba su comida.

Si la ira silenciosa pudiese cortar el acero, Richard se habría quitado el collar y estaría haciendo algo para sacar a Kahlan de allí y llevarla a lugar seguro... a cualquier lugar seguro que quedara en un mundo que había enloquecido.

—Sabes, Ruben, tú sí que sabes cómo estropear las cosas.

Richard le dirigió una ojeada.

—¿Preferirías que mintiese? ¿Qué me invente algo sólo para aliviar tu conciencia?

La Roca suspiró.

—No. Pero de todos modos...

Richard comprendió entonces que era mejor que no desanimara a su alero derecho o el hombre podría muy bien no jugar todo lo bien que sabía. Si perdían el siguiente partido no tendrían la posibilidad de jugar con el equipo del emperador y entonces Richard podría no tener una oportunidad de volver a ver a Kahlan.

—Bueno, te estás haciendo muy famoso, La Roca. Los hombres empiezan a aclamarte cuando te ven salir al campo. Podría ser que hubiera muchas mujeres hermosas que estuvieran ansiosas de estar con el grandote y apuesto alero del equipo campeón.

La Roca sonrió por fin.

—Eso es cierto. Estamos ganándonos a muchos soldados. Los hombres empiezan a vitorearnos. —Agitó su trozo de jamón en dirección a Richard—. Tú eres el hombre punta. Tú tendrás una barbaridad de mujeres hermosas que querrán estar contigo.

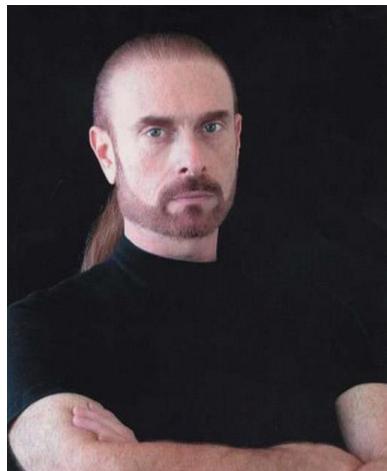
—Sólo hay una que quiero.

—¿Y piensas que estará dispuesta? ¿Y si no quiere saber nada de ti?

Richard abrió la boca, pero luego la cerró. Kahlan no lo conocía. Sí conseguía tener una oportunidad de apartarla de Jagang, ¿qué haría si ella pensaba que no era más que otro desconocido que intentaba capturarla? Después de todo, ¿no tendría

ella que pensarlo? ¿Y si no estaba dispuesta a ir con él? ¿Y si se resistía? Desde luego no habría tiempo para explicarle las cosas.

Suspiró. Ahora tenía otro motivo para mantenerse despierto por las noches.



Terry Goodkind (nacido en 1948 en Omaha, Nebraska, Estados Unidos) es un escritor estadounidense y autor de la serie de fantasía épica La Espada de la Verdad que, según su editor de Estados Unidos Libros Tor que en agosto de 2006 emitió un comunicado de prensa, tiene más de 10 millones de ejemplares en versión impresa y se ha traducido en 20 idiomas diferentes. En un artículo reciente, se informó de que se ha vendido de la saga 25 millones de ejemplares en todo el mundo.